

JUAN

TONOMA DE NUP

CIC

TRAL DE BIBLIOTI

CLARETTE

UNA MUJER  
DE  
GANCHO

RAID  
PQ2207  
.C6  
F48



1020026180

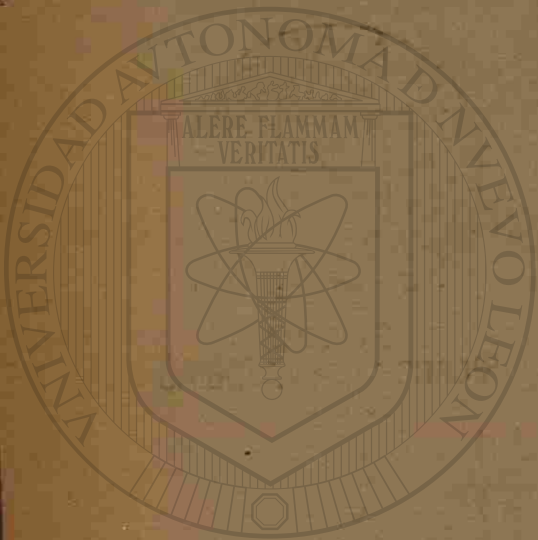


FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNA MUJER DE GANCHO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Num. Clas. \_\_\_\_\_  
Num. Autor \_\_\_\_\_  
Num. Arg. 29840  
Procedencia 8  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificación \_\_\_\_\_  
Catalogado \_\_\_\_\_



# BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE LA CASA Y SE HALLAN DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

## LITERATURA

- Arambilet**.—*Agnes* (narración del día): 1 peseta.
- Barbey d'Aureilly**.—*Lo que no muere*: 2,50.
- Belot**.—*Las de amor*: 2,50.
- Belot**.—*La Culobra* (continuación de *Lo que de Amor*): 2,50.
- Belot**.—*Las Corbulas blancas*: 2,50.
- Belot**.—*La Explotación del secreto* (continuación de *Las Corbulas blancas*): 2,50.
- Belot**.—*La Pecedora*: 2,50 y 3 en tela.
- Belot**.—*Una tina de miel en Monte Carlo*: 3 y 3,50 en tela.
- Bouvier**.—*Las Borjonas del día*: dos t. 5.
- Canizo**.—*Justicia y Providencia*: 2,50.
- CLARETIE**.—*Juan Morán*: 2,50.
- CLARETIE**.—*Norá*: 2,50 y 3 en tela.
- CLARETIE**.—*La Fugitiva*: 3 y 3,50 en tela.
- CLARETIE**.—*La Querida*: dos tomos, 5 y 6 en tela.
- CLARETIE**.—*El Sr. Ministro*: dos tomos, 5 y 6 en tela.
- CLARETIE**.—*Santiago*: 2,50 y 3 en tela.
- CLARETIE**.—*Un Diputado republicano*: 2,50 y 3 en tela.
- Cubas**.—*El Ángel del presidente*: 1,50.
- Cubas**.—*El Panal de miel*: 2,50.
- Cubas**.—*La Moraja de limosnas*: 1,50.
- Cuentos escogidos** de varios autores: 2,50.
- Delpit**.—*Las Reptilianas de la vida*: 2,50.
- Dickens**.—*Días penosos*: 2,50.
- Dumas**.—*Pauлина y Pascual Bruno*: 3 y 3,50 en tela.
- Eca de Queiros**.—*El Primo Basilio*: dos tomos, 5.
- Edmond**.—*La Leñadora*: 2,50.
- Enault**.—*Gabriela de Celestangre*: 2,50.
- Ennery**.—*El Príncipe de Morla*: 2,50.
- Feuillet**.—*La Muerta*: 2.ª ed.: 3.
- Feuillet**.—*Los Amores de Felipe*: 2,50.
- Feuillet**.—*Un Matrimonio en la aristocracia*: 2,50.
- Feuillet**.—*El Conde Luis de Camors*: 2,50 y 3 en tela.
- Feuillet**.—*La Novela de un joven pobre*: 2,50 y 3 en tela.
- Feuillet**.—*El Viajero*: 3 y 3,50 en tela.
- Fortunio**.—*La Virgen de Belem*: 2,50.
- Gaboriau**.—*Matrimonios de aventura*: 2,50 y 3 en tela.
- Gaboriau**.—*Los Hombres de paja*: 2,50 y 3 en tela.
- Gaboriau**.—*El dinero de los otros*: 2,50 y 3 en tela.
- Galería de desgraciados**, por varios escritores y escritoras: 1.
- Gautier**.—*Fortunio y La Muerta enamorada*: 2,50.
- Gautier**.—*Novelas cortas*: 2,50.
- Houssaye**.—*La Comedianta*: 2,50.
- Jorge Sand**.—*El Castillo de Flamarande*: 2,50 y 3 en tela.
- Jorge Sand**.—*Las Dos Hermanas*: 2,50 y 3 en tela.
- Julio Simón**.—*Dios, Patria y Libertad*: 2,50.
- La Cerda**.—*El Gran problema*: 2,50.
- La Cerda**.—*La Tela de Arana*: 1.
- Mahalin**.—*La Bella Florchaterai*: dos t. 5.
- Malot**.—*Zola la saltimbanquis*: 2,50 y 3.
- Musset**.—*La Confesión de un hijo del siglo*: 2,50 y 3 en tela.
- Ohnet**.—*El Gran Margal*, 2.ª ed.: 3.
- Ohnet**.—*Las Señoras de Croix-Mort*, 2.ª edición: 3.
- Ohnet**.—*Lise Fleuron*: 2,50.
- Ohnet**.—*Sergio Pannin*: 3 y 3,50 en tela.
- Ohnet**.—*La Ferrería de Pont-Avesnes*: 3,50 en tela.
- Ohnet**.—*Negro y Rosa*: 3 y 3,50 en tela.
- Ortega Munilla**.—*Orgía de hambres*: 2,50.
- Ossorio y Bernard**.—*Cuadros de guerra*: tratados a pluma: 2.
- Ossorio y Bernard**.—*Romances*: 1.ª ed.: 1.
- Ossorio y Bernard**.—*Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol*: 2.
- Rivière**.—*El Combate de la vida*: tres tomos, 7,50.
- Soles Eguílaz**.—*En el quinto cielo*: 2,5.
- Trueba**.—*El Gabán y la Chaqueta*: dos tomos, 5.
- Ulbach**.—*El Suplicio de un padre ó confesión de un sacerdote*, 2.ª ed.: 2,50.
- Vascáno**.—*Javier Malo*: 2,50.
- Willie Collins**.—*Señorita ó Señora*: 2,50 y 3 en tela.
- X<sup>mas</sup>**.—*Al lado de la dicha*: 2,50.
- Zaccane**.—*Los Dramas de la Polso*: 2,5.
- Zola**.—*Germinal*, 2.ª ed.: dos tomos, 6.
- Zola**.—*Su Excelencia Eugenio Rougon*: dos tomos, 5.
- Zola**.—*El Vientre de París*: dos tomos, 5.
- Zola**.—*La Confesión de Claudio*: 3 y 3,50.
- Zola**.—*La Fortuna de los Rougon*: dos tomos, 5 y 6 en tela.
- Zola**.—*La Conquista de Plazais*: dos tomos, 5 y 6 en tela.
- Zola**.—*Nana*: 3.
- Zola**.—*Teresa Raquin*: 3.
- Zola**.—*La Ralea*: 3.
- Zola**.—*A la dicha de las damas*: 3.
- Zola**.—*Aneta Micoulin*: 3 y 3,50 en tela.
- Zola**.—*Cuentos á Ninon*: 3.

Se piden al Administrador de El Cosmos Editorial (Arco de Santa María, 4, bajo) el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

JULES CLARETIE.

# UNA MUJER DE GANCHO

VERSIÓN CASTELLANA

POR

P. SAN ROMAN



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Vdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

098368

DE BIBLIOTECAS

MADRID

EL COSMOS EDITORIAL

ARCO DE SANTA MARÍA, 4, BAJO

1887

29344

OB

A

B

B

B

Bel

Bel

Be

Be

Cl

Cl

Cl

Cl

Cl

Cl

CL

Cul

Cu

Cu

Cu

De

Du

Ec

Ed

En

En

Fet

Fet

Fet

Fet

For

Gabo

Gabor

Gabor

Galer

varios es

5 pec



FQ 2207  
26  
F48

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.  
Queda hecho el depó-  
sito que marca la ley.*

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID, 1887.—Est. tip. «SUCESORES DE RIVADENEYRA».  
Paseo de San Vicente, núm. 20.

TA

na-

a

o

y

l

o

l

ti

tr

7,5

d

i

a

5

3

4j



# UNA MUJER DE GANCHO.

## I.

La venta está situada á la orilla del agua, y sus blancas murallas se reflejan en el Sena. Una barca llena de frescos pescados está amarrada entre los rosales debajo de las ventanas. Algún pintor que ha pasado por allí (de los muchos que visitan este sitio) ha bosquejado en la puerta de entrada un conejo medio desollado que parece estremecerse bajo la acción de un gran fuego. El nombre del posadero se destaca en grandes letras azules: LABARBADE. En esta posada es donde se hospedan los artistas que visitan el bosque de Fontainebleau.

La hija del posadero Labarbade, Antonieta, era una notabilidad en Samoreau. Tenía diez y seis años, grandes ojos negros que brillaban en su rostro algo pálido, y espesos cabellos recogidos con un descuido tal, que á veces se desataban brus-



camente cayendo sobre sus espaldas. Sabía que era bonita, porque cuando pasaba por las calles, todas las miradas se dirigían á ella, y además tenía espejos que le repetían lo que ya sabía. La joven los ocultaba bajo su lecho ó detrás de su armario para que su padre no la viera. Era éste un hombre de mal carácter, agriado aun más por la desgracia. Había trabajado toda su vida sin gran suerte, siendo de esos seres que nacen condenados á trabajar siempre. Su primera mujer, la madre de Antonieta, había muerto joven, y casado por segunda vez, el pobre hombre no había encontrado más que disgustos y desavenencias en su hogar. Su segunda mujer, avara, adusta y vanidosa, aunque muy bella, educaba á la pobre Antonieta con mucha dureza. Con frecuencia la pegaba, y con más frecuencia aún la dejaba sin comer, enviándola á la cama sin cenar *para enseñarla*. Antonieta no decía nada; se acostaba y mordía las sábanas, á fin de que no la oyese llorar su madrastra que estaba en la habitación próxima.

La niña era terca y jamás se humillaba. Se rebelaba contra la injusticia y oponía la ironía á la severidad, acostumbrándose poco á poco al abandono en que la dejaban.

Al principio Labarbade había tomado la de-

fensa de su hija, oponiéndose á que se la maltratase. Cuando llegaban estas escenas, levantaba la voz y cortando una gran rebanada de pan la ponía en las manos de la niña, acompañada de algunas manzanas ó bizcochos, diciéndola: *¡Vete ahora!* pero como las querellas le disgustaban, dejó de luchar contra su mujer, que sabía hacerle pagar bien caras aquellas rebeliones, y hasta llegó á persuadirle de que toda la culpa era de Antonieta y de que sin ella su hogar hubiera estado siempre tranquilo.

—Arreglaos como podáis (dijo una noche). Después de todo, esta chica es muy desobediente y no merece que yo la defienda.—Y separó bruscamente de sí á la niña, que se había colocado á su lado como para defenderse de la cólera de su madrastra. Desde aquel día la pobre Antonieta se encontró completamente aislada en su casa.

Su madrastra acababa de tener un hijo y Labarbade, de carácter débil bajo su brusca apariencia, había abandonado por completo á la niña para no ocuparse más que de su *Benjamín*. Antonieta, entregada sin defensa á la cólera de su madrastra, se indignaba en silencio contra su padre. Hasta entonces había contado con aquel socorro que la había proporcionado á veces meses enteros de tranquilidad; pero ahora todo había acabado para

er-  
us-  
pe-  
e la  
gua  
tana  
rbo-  
ino.  
to al  
seos,  
hier-  
r las  
s que  
osten-

hojas  
llo del  
teados  
lento,  
renian.  
sueños!  
Anto-  
la casa,  
cuartito  
paredes

ella. Su madrastra había triunfado. ¡Qué aislamiento! Pero la niña tenía paciencia. Algo instintivo la decía que aquella vida no duraría mucho tiempo. Trabajaba para aturdirse y olvidar. Pensaba. Conducía la barca y le gustaba arrollar con ella los juncos que bordeaban las orillas del río. Con los cabellos sueltos, los brazos desnudos saliendo de un corpiño que permitía verla hasta los sobacos, dirigía su barca sirviendo de barquero á los jóvenes que querían atravesar el río para llegar á la posada de Labarbade. Cuando la decían alguna galantería se ponía del color de la grana. Aquellas risas maliciosas acompañadas de significativos gestos, palabras extrañas y frases de doble sentido, la turbaban y la hacían enrojecer. Cuando se encontraba sola, se repetía cuanto la habían dicho, cerraba los ojos tratando de comprender, adivinaba, soñaba. Lo desconocido la torturaba. Entreveía un porvenir que tardaba en llegar. La habían dicho tantas veces los que por allí pasaban: «¿Quieres venirte conmigo á París?» ¡París! Este nombre no significaba para ella otra cosa que Libertad, y el más ardiente deseo de su vida era ser libre. La casa la abrumaba, se ahogaba en su cuarto, y odiaba á su padre, á su hermanito, á los vecinos y hasta al país.

¡Qué vida! ¡Pasarla, casarse allí, envejecer, perder su hermosura! ¡Todas sus paisanas la disgustaban con sus toscas manos y sus grandes y pesados pies! Cuando no iba á coger anguilas de la barca para llevarlas á la cocina, ni sacaba agua del pozo, se apoyaba en el alféizar de una ventana abierta y miraba correr el agua, agitarse los árboles y alejarse á los que pasaban por el camino. Otras veces salía de la casa y se sentaba junto al agua. ¡Qué dicha! ¡Estaba sola con sus deseos, con sus sueños, en la pradera llena de altas hierbas que se doblaban como pretendiendo besar las aguas; entre los rosales, los encorvados juncos que relucían al sol y los amarillos nenúfars que ostentaban sus brillantes y anchas hojas!

Sólo turbaba el silencio, el roce de las hojas secas arrastradas por el viento, el murmullo del agua, á través de la cual se movían los plateados peces, y detrás, en el camino, el vago ruido lento, sordo y como amenazador de los que iban y venían. ¡Vivir allí, dormir allí, viendo á París en sueños! Pero de pronto la voz de su padre llamaba á Antonieta, y ésta tenía que levantarse, volver á la casa, sentarse al hogar, ó encerrarse en aquel cuartito en que tantas veces había llorado.

¡Qué triste era todo aquello! Las paredes



blanqueadas con cal, el entarimado de carcomidas tablas, el techo atravesado de vigas ennegrecidas por el polvo, una cama con colcha amarilla, un armario viejo y un aparador con loza de flores rojas y azules, sillas de paja y de nogal, y colgados del techo grandes rosarios de setas, un bote de pomada, una *terrina de foie-gras* conservada como una reliquia, amarillentos papeles, algunos libros rotos y empolvados; ¡y qué libros! Antonieta los había leído y releído todos: *La vida de Abd-el-Kader*, *El Anuario del departamento*. La joven se ahogaba en aquella casa, y sin sus esperanzas para el porvenir y su sed de placeres se hubiera muerto.

Pero estaba decidida á vivir.

Una noche (era la fiesta de Samoreau) la hermosa joven se fué al baile, burlando la vigilancia de su madrastra. Había pasado muchas noches cosiendo un vestido blanco que Labarbade le había comprado como aguinaldo y que su madrastra había conservado en pieza; pero Antonieta sabía muy bien dónde estaba el vestido, y había abierto el armario, cogido la tela, y por un patrón de una costurera de Fontainebleau le había cortado.

Era una hermosa noche de Julio, y los jóvenes de Samoreau bailaban en la plaza. Se oía el ruido

de las carabinas que disparaban con objeto de hacer blancos, que eran premiados con un conejo. Había también el juego de la rueda, que giraba, parándose delante de los diferentes premios, que consistían en objetos de porcelana ordinaria, navajas y cosas de poco valor. Se escuchaba un ruido compuesto de mil ruidos: gritos, cantos, risas, música y tiros. La luz era roja; lámparas de esquisito iluminaban la sala de baile, formada por piquetes entre los cuales pasaba una cuerda que hacía las veces de muralla. Colocados sobre un tablado había cuatro músicos, con los carrillos hinchados, tocando el clarinete y la trompeta. La luz de las lámparas que estaban suspendidas de los árboles enrojecía las caras apopléticas de los músicos, envolviendo en tintes rojos á los mozos y á las muchachas vestidas de pereal blanco. Una especie de fiebre enloquecía á los hombres y á las mujeres, que bailaban gritando y riendo con tal frenesí, que cuando terminaba el baile, se dejaban caer rendidos en el suelo.

Á través de las hojas verde-oscuro de los castaños penetraban los pálidos rayos de la luna.

En medio de la multitud bailaba Antonieta. Estaba encantadora con su nerviosa alegría, su color animado y sus brillantes ojos. Como com-

prendia que la miraban, procuraba agradar. Más prudente, sin embargo, que todas aquellas soeces gentes, parecía una nota discordante en medio de aquella juventud frenética. Estaba rodeada de jóvenes y de mujeres que no separaban la vista de ella, y se sentía orgullosa de atraer hacia sí tantas miradas.

De pronto la multitud de bailarines se separó, empujada brutalmente, y Antonieta recibió un terrible bofetón en medio del rostro. La joven vaciló y estuvo á punto de desmayarse. No veía ni oía nada. La sangre corría por su vestido blanco. Un rumor de indignación se levantó, y entre aquel ruido oyó Antonieta una voz que decía estas palabras:

—Ya te enseñaré yo á venir á bailar sin mi permiso, bribona.

Era su padre.

La joven sintió que la cogían por un brazo y la arrastraban.

Cuando estuvo en su casa, loca de vergüenza, de cólera y de amor propio ultrajado, hizo un paquete con sus peines, su pomada y sus espejos, y saltando al jardín por la ventana de su cuarto, que estaba á poca altura, se dirigió al puente de Valvins. Después atravesó el bosque, y sin te-

mor á nada se dirigió á París. Conocía el camino, porque un día de feria su padre la había llevado en una tartana á ver la fiesta.

Por el camino comió algunos pedazos de pan que había cogido de su casa maquinalmente; convivía también con algún dinero con que poder vivir dos ó tres días. Al llegar contó su fortuna.

Tenía veinte francos.

Antonieta sentía hambre y se paraba ante los escaparates de los restaurants con su paquete en la mano. Se encontraba en una estrecha calle llena de ruido, de coches y de obreros y obreras que volvían del trabajo. Había llovido. Todas aquellas gentes estaban llenas de lodo, y Antonieta, fatigada, sentía el peso de sus vestidos mojados y completamente llenos de lodo; pero nada de esto la entristecía, sino que, por el contrario, todo lo que veía la alegraba. De cuando en cuando pasaba á su lado cantando algún atrevido que la miraba descaradamente. Ella no bajaba los ojos y le parecía que ya en alguna parte había oído aquella canción, aquella copla y aquellos gritos.

Sentía necesidad, y el pan se había acabado. Al volver una calle, un olor apetitoso detuvo á Antonieta, que miró con avidez y vió una vendedora de



patatas fritas y de sardinas que removía su sartén.

—Dadme cuarenta céntimos de patatas.

Y después de haber pagado, echó á andar mientras comía con ansia sus patatas fritas, sintiéndose dichosa, confiada y libre.

Desde luego conoció que París era su elemento. Hasta el fango de las calles le gustaba. ¡Qué diferencia de cuando en Samoreau miraba el lodo que salpicaba su ventana, produciéndole accesos de melancolía! Estaba en su centro. París estaba hecho para ella, y creía haberle visto en sueños cien veces.

Antonieta sintió sed. Entró en una taberna, pidió de beber y vació su vaso, mientras una porción de hombres la miraban dándose con el codo.

Salió, y á pesar del cansancio que sentía, siguió andando, deteniéndose á contemplar aquellos escaparates llenos de albasas y de cuanto puede ambicionar una mujer. Sus piernas se doblaban; pero quería seguir viendo, devorando con los ojos aquellas maravillas. ¡Sombreros, vestidos, diamantes! ¡Oh! bien sabía ella que en París había de encontrar todo esto.

Pero recordó que tenía que descansar, que dormir; ¿y dónde? Antonieta pensaba con angustia

que tendría que dar su nombre en la posada, y si su padre quería perseguirla podría ser descubierta inmediatamente. Entonces se alejó bruscamente de las casas en que algunos anuncios iluminados anunciaban que se admitían huéspedes. ¿Pero qué hacer? La joven vagaba, dejando pasar las horas y sintiéndose cada vez más fatigada. Por fin llegó á un gran boulevard, á lo largo del cual había dos filas de árboles y bancos de trecho en trecho.

Antonieta empezaba á sentirse invadida por el miedo. La soledad no se le había presentado jamás bajo una forma tan aterradora. Se había sentado con los brazos caídos y los ojos fijos en el suelo, oyendo el vago murmullo producido por mil ruidos que se confundían en uno solo, y tenía fijo el pensamiento en la casa paterna que acababa de abandonar, en la cual por lo menos tenía asegurado el pan y un lecho para dormir. Este pensamiento llenaba de lágrimas sus ojos.

De pronto Antonieta se despertó, por decirlo así. Una mano se había posado sobre su hombro. La joven miró, y vió una mujer sentada á su lado, decentemente vestida y que parecía una obrera.

—¿Qué tenéis?—le dijo.—¿Lloráis?

—No—dijo Antonieta como si la hubieran co-

gido cometiendo una falta, enjugando apresuradamente sus lágrimas.

No quería confesar que sentía dolor por nada ni por nadie del mundo.

La mujer se encogió de hombros, levantándose del banco adonde estaban sentadas, y ya se alejaba cuando Antonieta la llamó.

—¡Señora!

—¿Qué queréis?

—Acabo de llegar á París y no conozco en él á nadie; busco una habitación donde pasar la noche.

¿No podríais indicarme alguna?

—Sí—dijo la mujer;—mi casa.

En estas clases que saben lo que vale el tener un sitio donde albergarse, es donde generalmente se encuentra más caridad. El pueblo ha conservado la costumbre de la hospitalidad á que rinden culto los árabes, ó más bien, comprende y practica la francmasonería de la caridad. La mujer era una obrera que vivía sola y estaba separada de su marido. Habitaba á algunos pasos de allí, en la calzada del Maine, una habitación con una cocina y una especie de salita, que era su taller. Era ribeteadora, y lo que ganaba le bastaba para vivir y hasta podía hacer algunas economías. Era una pobre mujer casada con uno de esos habladores

que peroran en los cafés, abandonando el trabajo. Su mujer le había amado mucho; después la desilusión y el cansancio habíanvenido, y un día se habían separado de común acuerdo. Victoria Herbant había, pues, quedado sola, sin hijos y sin más afecciones que la de un hermano que la iba á ver algunas veces y trataba de distraerla.

Si Victoria trabajaba con ardor, era por él, pues el joven tenía diez años menos que su hermana, y ésta le consideraba más bien como si fuese su hijo.

Al llegar á casa de la obrera Antonieta estaba ya perfectamente enterada de todo esto, porque Victoria era un poco habladora y muy confiada y caritativa. La pobre mujer había leído en la fisonomía de la niña una tristeza y una angustia tales, que se había ofrecido á ayudarla sin reflexionar.

—Vais á encontrar la casa muy pequeñita—decía Victoria al subir la escalera;—pero nos arreglaremos como podamos.

Con un colchón en el suelo y unas sábanas muy limpias se arregló el lecho de Antonieta. La joven se acostó en seguida; pero no durmió, porque Victoria, sentada á su lado, la preguntaba sin cesar y tuvo que confesárselo todo.



—Hija mía—dijo cuando la niña acabó su relato—habéis obrado mal al abandonar la casa paterna. ¡Ah! nunca he sido yo más dichosa que cuando mi madre me regañaba porque me ponía aceite de olor en los cabellos! Yo también he sido coqueta; pero la coquetería ha pasado en mí como pasará en vos.... Mirad, hija mía, ahora es preciso trabajar, trabajar mucho, para que podáis hacer ahorritos; y cuando queráis casaros, procurad escoger muy bien para no equivocaros.

—Tenéis razón—murmuró Antonieta, cuyos ojos iban cerrándose poco á poco entre sueños de terciopelos y rubíes....

—Os estoy fatigando—dijo Victoria retirándose;—dormid, dormid, y hasta mañana. Antonieta no oía ya.

Al día siguiente, al despertar, experimentó un gran placer. Un sol alegre, lleno de calor y de vida, entraba por la ventana, y Victoria estaba sentada á su lado trabajando. Todo en aquella habitación era alegre y limpio; había un reloj sobre la chimenea, que representaba á Pablo abrazando á Virgínia, candelabros de zinc, grabados en las paredes, y en un jarrón ajado, triste, amarillento, un ramo de flores de azahar con cintas empolvadas, recordaba el matrimonio de Victoria. La cama

estaba ya hecha, y tenía una colcha blanca y roja hecha á punto de croché, y sobre la cómoda Victoria había puesto el calzado que debía guarnecer aquel día.

—¡Ah!—dijo á Antonieta—¡qué buena cara tenéis hoy! Vamos, hablemos mientras se calienta vuestro café. Yo tomo por las mañanas café con leche. Voy á serviroslo también. Veamos.... ¿Qué sabéis hacer?

—Yo, nada.

—Vamos, pues es necesario que aprendáis á coser. Miradme á mí.... esto no es difícil.... ensayad.

Y haciendo ponerse á Antonieta delante de la máquina de coser, la enseñó cómo maniobraban las agujas y cómo el cuero quedaba cosido á cadeneta doble.

—Ya he aprendido—dijo Antonieta;—pero no haré esto nunca.... me aburriría.

—Pero es necesario que hagáis algo—dijo la señora Herbaut.

Precisamente en la misma casa, y encima del piso de Victoria, había un cuarto desalquilado que costaba ciento cincuenta francos por año y tenía una pequeña ventana que daba sobre la calle; Antonieta se quedó con él, y en seguida escribió á su

padre, diciéndole que hacía tiempo había tomado su resolución; que en Samoreau se hubiera muerto; que París le era indispensable; que tenía ya una posición debida á su trabajo y que *nunca pediría nada á nadie*. Estas últimas frases iban dirigidas á su madrastra.

La contestación á esta carta no se hizo esperar. Labarbade, que había aparentado una gran cólera y había maldecido, impelido sin duda por su mujer, acabó por enviar á paseo á su hija y la escribió diciéndola que en ninguna ocasión ni por ningún motivo quería oír hablar de ella; las últimas palabras de su carta eran: *Has empezado y acabarás como una perdida. Tú ya no eres nada para mí*.

Antonietta leyó esta carta sin emoción alguna; su padre al escribirla había llorado, sin embargo.

En los primeros tiempos de su residencia en la gran ciudad, Antonietta trabajaba, pues le era de todo punto indispensable; sus veinte pesetas habían desaparecido bien pronto; pero este trabajo incesante le era insoportable; soñaba con la inacción y el reposo que París le había prometido; algunas veces confiaba estos locos sueños á Victoria, que la miraba con cierto terror.

—Pobre niña mía—decía entonces la obrera—

nosotros hemos nacido abajo y abajo debemos quedarnos; es peligroso querer subir; yo he tenido amigas que tenían también esos sueños. ¿Dónde están esas pobres jóvenes? ¡Ah! ¡Si supierais cuántos entierros he acompañado desde el hospital á la fosa común! Mientras que yo, aunque no soy rica ni dichosa, al menos vivo tranquila.

José Guérin, el impresor, venía algunas veces á ver á su hermana; era éste un muchacho alegre, franco, risueño y aturdido; sabía y hablaba de todo; conocía todas las noticias, lo mismo las de hoy que las del día siguiente, pues éstas las predecía con tal certeza que podía decirse que las sabía: de todo lo que en París sucedía no se le escapaba nada; sabía el color del pelo de la mujer de moda, la hora en que iba al Bosque, el nombre de los que arruinaba, la lista de las deudas que contraía en las tiendas; los secretos de las empresas literarias; por qué tal obra no había tenido aceptación, y por qué razón Mlle. Jane Esler había rehusado tal papel; qué canción iba á producir un gran escándalo; qué cadáver se conducía á la Morgue; las frases que se oían con más atención en el Jockey-Club; el duelo que se concertaba; para qué y por qué una noticia política embargaba los animos; todo lo que sucedía en el barrio Mont-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS  
"ALFONSO GARCÍA GONZÁLEZ"  
1625 MONTERREY, MEXICO



martre, calles de Brida, Monffetard y Péron y Mexique. Sin haber aprendido nada á fondo, tenía una tintura de todo. Algo conocedor de las ciencias, de las letras, de las artes, no se quedaba nunca cortado; tomaba una idea de un autor, la transformaba, la cambiaba, añadiendo de su parte lo que creía conveniente, con un *chic* tan especial, que le resultaba una *composición*; imitaba á Mélingue ó á Bressant, conocía sus obras, las juzgaba, apreciaba y condenaba, *importándosele poco dónde daba el golpe*, y guiñando el ojo cuando se le hacía presente que era de un escritor afamado y á la moda, respondía con su acento pretencioso:

—Todavía se puede llamar feliz, pues encuentra quien corrija sus faltas.

Antonietta se encontraba verdaderamente satisfecha cuando hablaba con él. Se sentía comprendida y adivinada. La jerga parisién con que José adornaba sus discursos, la comprendía perfectamente. Y tenía la intuición de todo lo picante, lo mismo en las frases recogidas en medio de la calle, que las más cultas, pero equivocadas, de los salones. Cuando José, hablando con ella, se encontraba interrumpido por Victoria Herbaut, que dulcemente y dándole un golpecito en la boca le decía: «¡Callate ya, descarado!» Antonietta replica-

ba entonces con impaciencia: «Dejadle que hable.»

La joven no era ya la campesina un tanto salvaje de Samoreau. El sol parisién había hecho desaparecer aquellos tonos demasiado rudos que el aire y los rayos campestres habían marcado, dejando solamente en aquella fisonomía viva y alegre los reflejos sanos y el color trigueño que alguna vez se ve tan bien imitado en ciertas estatuas de bronce.

José tenía mucho gusto; sabía dibujar un poco. Hizo el retrato de Antonietta. Las sesiones tenían lugar á la caída de la tarde, con luz artificial. Era una verdadera lucha. Antonietta no podía estarse quieta en su sitio, y José se enfadaba y gritaba cada vez que su modelo se movía. El retrato, hecho á dos lápices y bastante mal dibujado, pero muy expresivo, le costó dos semanas, y una vez acabado, José le puso un marco. Antonietta estaba asombrada de lo que sabía Guérin. «Cauta bien, baila perfectamente y escribe con gran gusto—decía á su compañera.—«¡Es un Fénix!»—respondía la señora Herbaut. A fuerza de admirarle tan ingenuamente, Antonietta acabó por amarle. No había amado nunca, pero se daba cuenta exacta de lo que la pasaba. Se encontraba en poder de todos los deseos del amor. Pero no era de su agrado disimular, y el día en que José, á fuerza de ex-

citaciones, la confesó que á su vez él la adoraba desde el momento en que la vió por primera vez, Antonieta se sintió embargada por un sentimiento de triunfo, y orgullosa de sí misma, feliz, se creyó hasta más bonita.

La señora Herbaut veía ó adivinaba estos sentimientos sin decir ni una palabra; pensaba para sí que los dos jóvenes unidos harían una bonita pareja. Les oía con gusto hablar del matrimonio; les dejaba en libertad de charlar y de ir y venir donde querían. Apoyada en el brazo de José, sujetos los cabellos en una redecilla guarnecida de azabaches, con un pequeño broche de doblé en el cuello y unas mangas blancas de encaje, Antonieta iba á pasearse los domingos por el campo, tomando parte en los bailes campestres. Lo que le gustaba sobre todo era Noyent, con sus islas de bosques espesos, un pueblo de marineros bailando bajo los arcos del viaducto, aquellas casas de comedas al aire libre, las orillas del río, en que los obreros, los dependientes del comercio, las grisetas y los militares, sentados y alegres, comían viendo deslizarse ante ellos la corriente. Dar un paseo en un bote llevaba su alegría al límite. José remaba; ella se bañaba las manos en las aguas del Marne, cortaba los juncos que alcanzaba á su paso,

y trataba de coger los pececillos que salían nadando por debajo de los costados de la barca. Traía á su memoria, de la manera que se recuerdan las cosas de un tiempo que pasó, aquellos días en que ayudaba al padre Labarbade en su oficio de patrón, metida en la vieja embarcación de aquél. Alguna vez se entretenía en despertar á algún piloto metiéndole por las narices el extremo de una pajita, al encontrarle dormido en una barca á la sombra del toldo. Si aquél se enfadaba, Antonieta se reía y José remaba con toda su fuerza.

Por la tarde comían en la isla del Amor sobre la hierba, se balanceaban en el columpio del restaurant, y Antonieta se dejaba lanzar al vacío excitada, calenturienta, abriendo la boca y narices al aire fresco que la azotaba el rostro y plegaba las ropas que llevaba contra sus piernas. Después se empezaba el baile. Brincaba sobre el suelo á las primeras notas que dejaban oír esas orquestas campestres tan características. Los rigodones en cuadrilla la enloquecían; se lanzaba al baile, arrastraba á José, y electrizada por la música, hacía mil movimientos como si estuviese sometida á la acción de una pila voltaica. . . . .

Plaisance es una pequeña ciudad, de un carác-



ter singular, nacida ayer, puede decirse, y de tan poca extensión, que se recorre de un solo paseo— es uno de los rincones desconocidos del gran París. Todas las calles de este barrio de la gran ciudad datan de 1845. Así se ven en sus letreros: calle de Médiah, calle Mazagran, calle Constantine, recuerdos de la campaña de la Argelia, entonces muy reciente, y como glorificación de las victorias africanas; todavía frescas. Las casas son bajas, preciosas, muchas de un solo piso, casi todas pintadas de colores vivos, que las dan un aspecto alegre y limpio. Pequeños hoteles para alquilar; las casitas de campo con todos sus accesorios; bonitas fondas; vendedores de vinos que van de dos en dos fraternalmente unidos como si no estuviesen muy firmes sus cabezas, dan animación á las calles. Hay rejas de madera pintadas de verde, y otras que aparecen con este color por lo cubiertas que están de enredaderas y plantas trepadoras; la hiedra que sube por los sillarejos salientes de la mampostería deja ver solamente las apiculadas hojas de las ventanas llenas de polvo. Gran movimiento por todas partes; ruido en las calles, y canciones alegres en las numerosas tiendas de toneles. Un pueblo trabajador mezclado á otro callejero; obreros ó gitanos,

es lo único que allí se ve, lo mismo por la tarde que por la mañana, tanto por el día como por la noche. Las mujeres con velo en la cabeza, los corredores de comercio con gorra y abrigos con un brillo que indica su mucho uso. La calzada de Maine, no lejos de allí, presenta el aspecto de todos los barrios exteriores. Árboles pequeños y delgados, puestos ambulantes de libros viejos, y vendedores charlatanes, cuadros antiguos y estampas carcomidas amontonadas al lado de trajes usados y relojes descompuestos; aquí ó allá un establecimiento de confección de ropas para trabajadores, sirviéndoles de muestra blusas azules y pantalones de algodón con botones de hueso que se distinguen á primera vista. Volviendo á la derecha se ve el antiguo camino de ronda, triste y ancho, que conduce al cementerio de Montparnasse. Es el cementerio de los pobres. Se ve pasar algún carro mortuario, ó bien el ataúd de un niño, llevado en hombros, al cual los invitados ó parientes siguen con el sombrero en la mano, y las mujeres con sus gorras adornadas con tules negros de á veiate céntimos el metro y con los ojos arrasados de lágrimas.

El camino está sembrado de tiendas de la gente que comercia y vive de la muerte: marmolistas,

vendedores de siemprevivas; letreros en que se lee «¡Adiós!» hechos con estas flores; grabados que representan los acompañantes de un entierro llorando sobre la tumba; coronas; en fin, todos los objetos propios del caso, por si alguno quisiera comprar, si por casualidad lo ha olvidado. Pequeños ángeles de yeso, feos y mal moldeados, con las manos en actitud de orar, la pareja con la misma expresión precisamente, parece que esperan resignados la hora en que los han de colocar en una de aquellas tumbas, y que después la lluvia los oculte deshechos bajo el verde musgo. Los enterradores viven allí y allí comen. Su restaurant, así llamado, es una taberna situada en una callejuela que irónicamente llaman calle de la *Alegría*. El figón es pequeño, presenta un aspecto triste; su construcción es del siglo pasado, con rejas, una puerta baja, los muros y ventanuas pintadas de verde, y en el frontón de la casa algunos tiestos. Aquellas paredes no oyen los cánticos del *Requiem* ó del *Dies iræ*; las desverguenzas que en ninguna parte se aclimatan, allí hacen carrera. Cuando los enterradores han acabado sus trabajos, y después de comer, se reúnen y cantan, parece aquel figón un infierno. La mayor parte de estas calles son asquerosas. En ellas corre el arro-

yo arrastrando los detritus con la basura y formando un fango obscuro y de mal olor. Los chicos juegan en medio de la calle sin temor á los coches, que son raros por allí, y se crían fuertes y sanos con aquellos aires. La proximidad del cementerio les sirve para hacerlos buenos. Cerca de allí, en el Campo del Asilo, se reúnen los jugadores de bolos. Este juego, desterrado de Luxemburgo, rechazado por las construcciones y demoliciones modernas, se había refugiado en aquel terreno, donde sin duda en 1815, antes de tomar el camino de Fontainebleau, acamparon un momento los vencidos campeones. Empleados de poca importancia, pequeños propietarios, en fin, bastantes vagos, miran, apoyados en sus bastones, las bolas que ruedan, y miden la distancia.

Antonieta gustaba mucho de pasearse por aquellos sitios, estudiar aquella vida, ver y escuchar. Rezaba el empedrado con sus vestidos, bajo los cuales se dibujaba en círculo la puntilla de una enagua que se ocultaba y se veía signiendo los movimientos de su poseedora. La cabeza sin nada que la cubriese, los cabellos bien peinados y relucientes por la pomada, un pañuelo de seda alrededor del cuello: este era su atavío cuando salía sin objeto, con el solo fin de mirar los escaparates



de las tiendas. Todas se parecían. Fondas con pieles de conejo colgadas delante de la puerta, pastelerías con pasteles de hojaldre, flanes, ramilletes, frascos aquí y allí, dulces de Saroic colocados en vistosos frutereros. Modistas y almacenes de ropa blanca, preciosos sombreros con plumas y adornos de brillantes colores detrás de los cristales de los escaparates; también llamaban su atención algunos corsés blancos con puntillas. Siguiendo se encontraban librerías, vendedores de imágenes, cambiantes de monedas, fotógrafos con sus muestras de vistas de todas partes, retratos en cartulina colocados en muestrarios á la puerta; y tantos como allí había, otras tantas eran las estaciones en que se detenía Antonieta, haciéndose un cúmulo de reflexiones y gozando de aquello que para ella era un verdadero espectáculo. Los zapatos y botinas la volvían loca, los retratos la gustaban en extremo. En todas partes se encontraban trabajadores en traje de día de fiesta, petrificados delante del escaparate que primeramente habían encontrado, derechos, con el cuello oprimido dentro de sus corbatas, con los ojos muy abiertos y sus gruesas manos abiertas y estiradas; algunas jóvenes delgadas y cloróticas mirando á los que pasan con un aire estúpido; soldados con grandes

espuelas; campesinos con el paraguas debajo del brazo. Antonieta no los miraba. Lo que la encantaba era la reunión de los artistas y gente del teatro, aquella gente joven con sus cabelleras largas y grasicentas, su aire pensativo é insolente, las manos metidas en los bolsillos de algún sobretodo forrado de astrakán, ó bien vestidos con sus distintos trajes de mosqueteros, bandidos, señores de la Edad Media.

¡Y las mujeres! Trajes de gran cola galoneados de oro, una corona en la cabeza, soberbias, altivas, irresistibles, princesas, reinas de ferias, genios con trajes de malla.

—¡Hay mujeres que se visten así y se exhiben por la noche!—pensaba Antonieta.—¡Qué ilusión, qué sueños, que deseos lascivos, qué envidia invadía entonces á la joven! El teatro no estaba lejos de allí. Antonieta iba á él; se emborrachaba con el espectáculo, se poseía, se apoderaba de ella la fiebre; escuchaba la voz de los primeros actores como se escucha una música deliciosa; cerraba los ojos y creía encontrarse en el lugar de la joven actriz; colocada en esta pendiente, después de caer el telón, apagadas las luces, vivía en un nuevo mundo de deseos insaciables que creaba en su imaginación.

José con todas aquellas cosas había llegado á amarla locamente. Ella era á su vez toda suya; se había entregado á él con una voluntad tan llena de descos, que á veces osaba ofrecerle lo que él no se atrevía á pedir. El joven sufría á veces grandes inquietudes, y sentía los efectos de aquellos ensueños reprimidos hasta entonces. Pero su entusiasmo por José llegó al límite el día que le anunció que en su imprenta se había organizado una representación dramática á beneficio de un compañero que la máquina había inutilizado, y que había pedido obtener para ella, Antonieta, un papel para la representación.

—Me alegro—dijo la joven, poniéndose roja y después pálida.—; Un papel! ;No sé si sabré desempeñarlo!

—;Tú?... Pero no seas tonta; tú tienes todo lo que constituye el talento. ;Mirate, obsérvate y verás!

Antonieta gozaba. Ella llenaba un papel en aquel pequeño cuadro, y era como la llave de la representación, la *cuerda sensible*. José la había hecho repetir el papel; por las tardes se dedicaban á esto con gran esmero, dándole él las entonaciones, la expresión, los gestos. En fin, Antonieta obtuvo un triunfo, fué muy aplaudida. Por casua-

lidad había en la sala uno ó dos periodistas que se decidieron á visitar aquella noche el teatro del pasaje de Saumon, y que citaron el nombre de Antonieta algunos días después en la plana que dedican los periódicos á dar cuenta de los éxitos teatrales. Cuando la joven lo leyó tuvo un desvanecimiento de alegría. Cogía el periódico, le miraba, leía en alta voz aquel nombre que era el suyo, reía, abrazaba á José y le acariciaba. Estaba contenta, era feliz, porque creía que un nuevo camino se presentaba delante de ella. Había encontrado su ruta. Aquello podía servir de pedestal para llegar á tener derecho á una estatua. Declaró terminantemente que se haría actriz. ;Sí, actriz, actriz! Esta vida la gustaba, la entusiasmaba.

A José no le chocó esta determinación. Ya había soñado él también alguna vez con los éxitos del teatro; había tomado parte en Monteparre en las representaciones extraordinarias; cantaba perfectamente los *couplets*, este género que hoy causa tanto entusiasmo.

—Pues bien, sea—dijo José.

Tenía muchos amigos entre los actores. Sin gran trabajo cogió del brazo á uno de ellos y le rogó que le presentase al director. Él á su vez presentó á Antonieta, que debutó la semana siguiente.



—¿Qué nombre pondremos en el cartel?—preguntó el director.

—Señora....—respondió José, interrogando á Antonieta con la mirada.

—Escuchad—dijo el empleado de la contaduría, que hasta entonces oía y callaba—¿os parece bien Bruyène?

—¡Oh, no, ese nombre no me gusta!—respondió la joven.

—¿Cómo os llamáis?—dijo otra vez el empresario.

—¡Antonieta!

—Pues perfectamente, ¡pondremos *Antonia!* Este tiene bastante *chic*, es muy á propósito.

—¡Ah! sí, *Antonia*, ese es muy bonito—dijo Antonieta.—¡Y muy parisién!

Y riendo, batía palmas.

*Antonia* pasó así de la sombra á la luz. Todas las noches se la aplaudía por su gracia y por un descaño, al cual el público no estaba acostumbrado. Se la trataba como á niño mimado. Salía de escena borracha, gozosa, toda roja, enloquecida con los bravos, enviando aquellas sonrisas tan deseadas del público. Entre bastidores la aguardaba José. En medio de dos ó tres coristas del pequeño teatro, de figurantas, de tramoyistas, Antonieta re-

saltaba como una reina. José conocía que cada día perdía terreno en aquel corazón, que ya no se dedicaba á él por completo. Veía que había sido un pasatiempo para aquella cabeza casquivana y ávida de lo desconocido. Ya su papel había concluido.

—¿Qué es lo que os sucede?—les preguntó un día Victoria Herbaut.—¿Estáis enfadados?

—No—respondieron los dos á un tiempo.

—Pues estoy casi segura de que no me engaño; vamos á ver, ¿has hecho tú algo que enfade á Antonieta? porque veo que no te habla como antes. Será necesario que os caséis pronto.

—¿Casarnos?..... ¡Ah! ¡casarnos!—dijo José.—No, de ningún modo; te prometo que si siguen las cosas como ahora, no nos casaremos.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué? Ya lo verás.

José se arrepentía ya de haber lanzado á Antonieta á la vida del teatro. Al principio se sintió orgulloso de los éxitos alcanzados por la joven, pues en el fondo del corazón de más de un obrero parisién hay siempre un germen de aventurero, cuyo único fin es engrandecerse y brillar. Lo mismo que José se decidió á ser actor en los teatros de aficionados, se hubiese decidido á ser *bufón*, si los

bufones existiesen todavía. Había nacido artista, decía él. Por estas razones no podía menos de agradecerle que Antonieta al debutar se hubiese hecho aplaudir tanto. La señora Herbaut se había resistido un poco; pero cedía fácilmente en todas las cuestiones, y visto el resultado, hasta se dedicaba ahora con entusiasmo á coser los trajes que Antonieta debía ponerse en escena: éstos no eran una gran cosa por su valor; pero arreglados con cierto gusto, y contando con la gracia de la que los lucía, eran lo suficiente para volver locos á todos los que la contemplaban. Pero José se veía en estos momentos separado de Antonieta por la fila de mecheros de gas de la embocadura, como si aquella fuese una barrera infranqueable. Ella vivía en un mundo, él en otro. Aunque al volver á casa todas las tardes, los dos cantaban y reían, colgada ella de su brazo como antiguamente, José comprendía muy bien que Antonieta no era ya la misma.

—Has cambiado de tal manera, que parece que te han vuelto del revés, hija mía—decía el joven.  
—Ya no eres la misma, desgraciadamente; pero después de todo, como sabes, harás lo que te parezca, sin que yo trate de impedirlo, pues eres libre.

Al oír esto Antonieta se echaba á reír; contes-

taba á José como mejor podía, pero no volvía á hablar del asunto. ¡Pensaba en otra cosa!....

—Pero ¿me quieres algo todavía, Antonieita?

—¡Majadero! ¡Más que nunca!

Pero ya su humilde habitación la disgustaba. Era estrecha, triste, *miserable*. Prefería vivir en casa de José, donde había una salita con algunos bustos de yeso, grabados y una pequeña biblioteca. Esto, á pesar de que ya había soñado alguna vez con algo más, le agradaba. Había visto á sus compañeras partir por las tardes, después de terminado el espectáculo, en algún coche. Estaba deseosa de telas de Orleans, de sombreros de felpa, de brochadas manteletas. Los trajes llamativos de última moda, los abrigos ceñidos á la cintura, dibujando un largo y estrecho talle, y los sombreros altos con preciosas combinaciones de plumas y cintas, la atraían, la fascinaban. Era preciso que ella poseyese aquello, y pronto. Al subir una tarde la escalera que conducía al cuarto de la señora Herbaut, que había subido con el corazón tan oprimido cuando su llegada á París, oyó ruido en la parte alta, gritos y trepidaciones; subió de prisa, y abriendo la puerta del departamento de Victoria, vió á la pobre mujer que trataba de desasirse, pálida y casi desmayada, de los brazos de



un hombre que la maltrataba. Antonieta, asustada, lanzó un grito. El hombre se volvió hacia ella.

—¿Quién es esta mujer?—preguntó aquel hombre con voz ronca y fuerte.

Victoria se había desprendido de los brazos de su marido, y empujando á Antonieta hacia la puerta, la dijo:

—Marchaos al momento, pobre hija mía, marchaos; de seguro os pega también. Escapad. ¡Es mi marido!

Antonieta salió y se quedó inmóvil en la meseta de la escalera, no atreviéndose á dar un paso y escuchando los gritos que salían del cuarto, cuando el hombre salió bruscamente, empujando con fuerza la puerta detrás de él y arrojando una mirada soez, la mirada característica, sin expresión, del hombre borracho, bajó la escalera á tropezones, haciendo vibrar la baranda, á la cual se agarraba fuertemente. Cuando Antonieta no oyó ya el ruido de aquellos pesados pasos, entró en la habitación y encontró á la señora Herbaut sentada sobre la cama y llorando.

—Pero ¿qué es lo que ha pasado?—preguntó la joven.—¿Por qué ha venido?

Victoria bajó la cabeza sin responder, enjugando las lágrimas en su pañuelo.

—¿Os ha hecho daño, señora Herbaut?

Victoria la enseñó las manchas de la ropa, y levantándose las mangas presentó á Antonieta las muñecas rojas y completamente destrozadas de arañazos. Antonieta temblaba todavía. Estaba muy pálida. Tenía miedo.

—No os debéis asustar, niña mía—dijo Victoria.—Más pronto ó más tarde, esto debía suceder. Si me hubiese dejado tranquila, hubiera sido demasiada felicidad para mí. Al parecer, no tiene trabajo y necesita dinero. Yo no quería dárselo. Tampoco tengo demasiado, ¿no es verdad? Entonces me ha maltratado.... Haced el favor de echar un poco de sal en agua para ponérmela en los brazos.... Verdaderamente, me ha hecho daño..... Y después ha cogido la hucha, ya sabéis.....; pero no, ahora recuerdo que nada os había dicho; no lo sabías, Antonieta.... Yo ahorraba en ella algo para José y para tí. ¡Yo que esperaba sorprenderos el día que os casaseis, mis queridos hijos!

—¡Que nos casásemos!—repitió Antonieta.

Le parecía que escuchaba el eco lejano de una frase que no comprendía ya.

—Ya lo creo—dijo la señora Herbaut;—será preciso que lleguéis á esto. Los dos os queréis, está muy bien; pero continuar en el estado en que

estáis, no es posible: ésta no es una situación legal. Pueden venir pequeños, y por ellos sobre todo es preciso ponerse en el mando al amparo de la ley. ¿Qué hay en la tierra más hermoso que estos pequeños seres buenos y dulces como el pan? ¡Yo sé por mí misma que si hubiese tenido un hijo!.... La carbonera tiene uno, ¿no le has visto? Es un ángel; negro como el ébano cuando juguetea en la tienda, y un cupido los días que lo lavan para ir á paseo. ¡Cuánto daño me hace esto! ¡Oh! si tuviese yo ya un hijo mozo!....

—Señora Herbaut, os perdéis en conjeturas.

—No, esto no es nada. Si mi marido tomase la costumbre de venir con frecuencia, es cuando temería perder la cabeza.

—¿Para qué va á volver aquí?

—Está en su perfecto derecho.

—Bueno; pero ¿no podéis quejaros al juez?

—¡Oh! Herbaut está en su casa cuando está aquí. Nosotros estamos separados convencionalmente, sin que la ley haya intervenido para nada. El puede venir á cualquier hora: todavía soy una cosa suya, todavía le pertenezco.... ¿Separarse? ¡Para esto es necesario pleitar, es necesario ser rico!.... Pero yo creo que no volverá; al menos, así lo espero. Seguramente alguna mujer le hizo per-

der la cabeza. ¡Cuántas atrocidades se cometen por el dinero!

—Contad á José cuando venga lo que ha pasado.

—¡Oh! nunca—dijo Victoria.—¡Se pegarían!

¡Se pegarían! Esta frase quedó grabada en el corazón de Antonieta. Una vez sola en su cuarto, se puso á reflexionar. ¡Cómo!—se decía—estos son los resultados del casamiento! ¡El encadenamiento, la esclavitud! ¿Son estas las felicidades que había soñado compartir con José? Temblaba ante la sola idea de que ella pudiese estar unida por toda la vida como lo estaba la señora Herbaut, y la horrorizaba una existencia como la de aquella pobre mujer.

—¡Ah!—decía en voz alta—no imitaré yo á Victoria.

Después, impacientándose, se encontraba mal en aquella estancia. Experimentaba un sentimiento de temor. Aquel hombre podía volver. Estaba en su casa, según había dicho Victoria. Si volvía otra vez con las intenciones de antes, con seguridad estaba expuesta á sus golpes y malos tratamientos.

—No será á fe mía—dijo Antonieta.

Y recordó su huida en otro tiempo de la casa

748  
29844



paterna. Entonces tuvo la idea de volver á escaparse, esta vez sin misterio, sin esconderse, en pleno día, y sin temor de no encontrar donde guarecerse.

En esto llamaron á la puerta de su cuarto, contiguo al de la señora Herbaut.

—¿Qué es lo que sucede?—dijo José con aire alarmado.....—¡Victoria está herida!..... ¿Qué pasa?

—¿No lo sabes?—dijo Antonieta.

—No.

—¿No te ha dicho nada ella?

—Nada ha querido decirme.

—¡Válgame Dios, qué tonta!..... ¡Ha sido su marido que ha venido!

—¿Herbaut? ¿Y es él quien la ha herido?.....

¡Ah infame!—dijo José apretando los puños;—pero ese bribón va á continuar amargando siempre nuestra vida?

—Debe ser un malvado—dijo Antonieta.

—¡Que no vuelva, porque le mataré!—continuó José.—¡Pobre Victoria! No quería decirme nada; no había quien la hiciese hablar..... ¿Comprendes por qué? Estaba como si no supiese qué hacer, y mira tú, he creído por un momento.....; pero vaya una idea.....

—¿Cuál es la idea? Di.

—¡No! ¡Es demasiado estúpida!

—Pero dila, hombre.....

—Pues bien, pensé que habíais tenido alguna cuestioneilla.

—Vaya—dijo Antonieta—¿me haces mucho favor á mí con esos pensamientos! Noto que tienes muchos de ese género desde hace algún tiempo.

Aparentó incomodarse, aunque no lo estuviese realmente. La convenía demostrar aquel mal humor, como si aquella suposición la hubiese penetrado en el alma y la mortificase. Empezaba, realmente, á sentirse invadida de aquellas laxitudes que en otro tiempo sintió en casa de su padre, de aquella sed de aire libre, de aquel deseo de movimiento, que dominaba su naturaleza voluble, ávida diariamente de nuevas sensaciones. Aquella vida falsa, mitad del teatro, mitad en la clase media necesitada, se le hacía pesada. Se encontraba poco satisfecha al lado de José. Antes, al terminar la representación, se vestía prontamente, bajaba de su cuarto, se agarraba del brazo del joven y salía del escenario con él contenta y satisfecha. Ahora tardaba mucho en bajar, coqueteaba ya con éste ó con aquél, y discutía sobre quien tenía más derecho á tutearla, tratando de que ninguno se quedase descontento. «Él bien puede aguardar un

rato», decía para sí. Cuando al salir encontraba siempre á José en la puerta del cuarto de artistas, ahogaba un suspiro.—¡Ah! ¿eres tú? —le decía, como hubiese podido decir: «¿Estás aquí todavía?» Realmente no existía entre ellos ya nada de común. Ella había remontado su vuelo, él se había quedado en la tierra. Cuando José hablaba, Antonieta no le escuchaba, no oía lo que decía. Si llegaba alguna vez á hacer alusión al matrimonio proyectado, la joven respondía como aquel que sale de un sueño, sin ilación con lo que se hablaba.

José conocía, veía perfectamente todos estos cambios. Nada se le escapaba. Podía decir palmo á palmo el terreno que iba perdiendo. Se hacía sus reflexiones, en este punto tan triste para él, todos los días y poco á poco, de una manera lenta, tomó su partido, maldiciendo con toda el alma los bastidores, los actores, y en fin, *el demonio del teatro con su aparato*, como él decía.

—¡Ah! ¿te enfadas? —dijo á Antonieta, viéndola sentarse en una silla con la barba en la palma de la mano.—¡Sí te enojas, me marcharé!

—No, no me incomodo—respondió Antonieta,....—Pero ¿qué motivo he dado yo para que pensaras que me había peleado con tu hermana?

¿Acostumbro á tener malos modales ni mal carácter con ella? Muchas veces, cuando voy á hablar, pienso y me callo por no.....

—¡Ah! ¿ya te se escapó algo! ¿Es á mí á quien dices eso? ¿Y por qué callarse cuando se tiene que decir alguna cosa? ¿Tienes algún motivo de queja conmigo?.... ¿Es posible que puedas tenerle? Vamos á hablar francamente, hija mía: yo no soy para tí lo que era antes. Me dirás que se cansa una de todo; que yo ya gasté el tiempo que me correspondía. ¡Ahora otro! Esto es lo que tú piensas, ¿no es cierto?

—Sí, te lo confieso; quiero ser franca—dijo Antonieta bajando la cabeza.

—Te hago justicia. Al menos eres sincera. Esto te fastidia, tú misma lo dices. ¡Pobre chiquillal! ¿Crees que llegarás á ser feliz? Con una cabeza como la tuya, nunca satisfecha, que lo que hoy quiere mañana la fastidia, no es posible ser dichosa. ¡Apuesto á que te figuras que los chales de la India constituyen la felicidad! Vaya, hasta la vista; en la calle de Breda, siempre que esté, sabes que me encuentras á tu disposición. ¡Eres libre! ¡Pero te advierto que la modesta comida de nuestra casa te alimentaría más que les platos de un hotel. Míralo bien. Yo he hecho todo cuanto he



podido para unirme á mí. Te he querido, pero verdaderamente, con todo mi corazón, ¿comprendes, Antonieta? con todas mis fuerzas. A mí no me gusta hacer frases; pero te digo esto porque siento lo que te va á suceder. Trabajando quizá hubiese alcanzado una posición: no siempre voy á ser impresor, esto es lo natural; pero tú tienes otras ideas...., en fin, sea.... ¡Dios quiera que no tengas que arrepentirte nunca de lo que hoy haces!

—Pero después de todo—exclamó Antonieta—¿tengo yo la culpa de haber nacido con estas inclinaciones á la comodidad y al lujo?

—¡Vaya un modo de disculparte! Sin duda crees que has nacido para ser admirada. ¡Pobrecilla!.... Es cierto que eres bonita, que los trajes de seda te están perfectamente, y que un elegante sombrero de plumas te sentará mejor que una modesta gorrita; ¡pero hay tantas como tú!.... y mira, mira luego lo que las pasa. Te aseguro, hija mía, que más te valía estar trabajando en casa de tu padre ó viviendo conmigo en la pobreza, porque aunque esto te parezca muy fastidioso, es mucho más seguro.

—Es posible—dijo Antonieta levantándose y poniéndose el sombrero.

—¿Te vas?

—Sí.

—Pues yo, como es algo tarde, me quedaré haciendo compañía á Victoria.

En cuanto Antonieta se encontró en la calle, se fué inmediatamente á ver á una amiga suya del teatro, en cuya casa se alquilaban cuartos amueblados.

—Amiga mía—dijo Antonieta después de saludarla—deseo vivir con alguna comodidad, y no puedo resistir la pobreza y el mal aspecto del barrio que he ocupado hasta aquí, por lo cual deseaba una habitación en esta casa.

—Tenéis razón, mi querida Antonia. Debéis abandonar esos barrios exteriores y veniros aquí. Hay una habitación en la casa, que el portero me dejará ocupar hasta el quince, pues estoy en muy buenas relaciones con él, y creo que de aquí á ese día tenéis tiempo de conquistar á quien pueda ponerlos un hotel.

Aquella misma tarde Antonieta anunció que se marchaba de casa. La señora Herbaut se quedó pálida y lloró. José se contentó con decir á su hermana:

—Hay personas que gozan revolcándose en el lodo. ¿Qué quieres que le hagamos?

—No te hagas el fuerte de espíritu ni más malo

que eres—respondió Victoria.—¡Tú sufres mucho, querido hermano!

—¡Bah! ¡pobre Victoria mía! No te inquietes, que los dolores no matan.

Tenía la ironía en la voz y las lágrimas en los ojos.

## II.

Desde entonces Antonieta buscaba la ocasión. Hay en París millares de jóvenes presas en la inmensa tela de araña que tiende el deseo. Había entrado en el teatro bajo la protección de la gruesa Luisa, que la había alojado en la calle de Laval. Esta compañera conocía perfectamente el teatro de *Variedades*, donde se representaba una revista muy en boga; el director era un viejo cómico con la voz cascada por una laringitis crónica, que se pasaba de cuando en cuando sus uñas negras por los cabellos grises y grasientos, daba una vuelta á sus largas melenas y decía: «¡Cuando yo cantaba *La Dama Blanca* en Toulouse, donde había unas grandes voces, se asombraba el público!» Este individuo vió á Antonieta, la encontró hermosa, habló al empresario y se contrató á la bella joven para la compañía.

—Es preciso hacer un gran debut. Se colocará á Antonieta en *primer término*, muy cerca de la embocadura—decía.

—¡Buen sitio para la pesca de peces incautos!—respondió Pauville el empresario.

Antonieta estaba loca de alegría. ¡Por fin iba á tener una plaza en un verdadero teatro! ¡en *Variedades*!

¡Cuántas historias de bastidores recordaba haber leído allá en la taberna del padre Labarbade, cuando recogía algún número del *Figaro* caído del bolsillo de algún pintor de los que iban allí á comer!

¡*Variedades*! Esta sola palabra bastaba para enloquecerla de alegría, hasta el punto de que la fiebre se apoderaba de ella.

Había llegado el invierno, y durante los ensayos Antonieta tiritaba de frío en algún rincón del escenario, dando largos paseos entre bastidores, y golpeando el suelo con los pies para que no se le quedasen helados, aguardaba á que le diesen el aviso para su entrada en escena, que se verificaba al mismo tiempo que la de sus compañeras.

Dos horas de espera para decir dos palabras en *coro*; y miraba entonces llena de envidia, pero con esperanza, y hasta con certidumbre de llegar á pa-



que eres—respondió Victoria.—¡Tú sufres mucho, querido hermano!

—¡Bah! ¡pobre Victoria mía! No te inquietes, que los dolores no matan.

Tenía la ironía en la voz y las lágrimas en los ojos.

## II.

Desde entonces Antonieta buscaba la ocasión. Hay en París millares de jóvenes presas en la inmensa tela de araña que tiende el deseo. Había entrado en el teatro bajo la protección de la gruesa Luisa, que la había alojado en la calle de Laval. Esta compañera conocía perfectamente el teatro de *Variedades*, donde se representaba una revista muy en boga; el director era un viejo cómico con la voz cascada por una laringitis crónica, que se pasaba de cuando en cuando sus uñas negras por los cabellos grises y grasientos, daba una vuelta á sus largas melenas y decía: «¡Cuando yo cantaba *La Dama Blanca* en Toulouse, donde había unas grandes voces, se asombraba el público!» Este individuo vió á Antonieta, la encontró hermosa, habló al empresario y se contrató á la bella joven para la compañía.

—Es preciso hacer un gran debut. Se colocará á Antonieta en *primer término*, muy cerca de la embocadura—decía.

—¡Buen sitio para la pesca de peces incautos!—respondió Pauville el empresario.

Antonieta estaba loca de alegría. ¡Por fin iba á tener una plaza en un verdadero teatro! ¡en *Variedades*!

¡Cuántas historias de bastidores recordaba haber leído allá en la taberna del padre Labarbade, cuando recogía algún número del *Figaro* caído del bolsillo de algún pintor de los que iban allí á comer!

¡*Variedades*! Esta sola palabra bastaba para enloquecerla de alegría, hasta el punto de que la fiebre se apoderaba de ella.

Había llegado el invierno, y durante los ensayos Antonieta tiritaba de frío en algún rincón del escenario, dando largos paseos entre bastidores, y golpeando el suelo con los pies para que no se le quedasen helados, aguardaba á que le diesen el aviso para su entrada en escena, que se verificaba al mismo tiempo que la de sus compañeras.

Dos horas de espera para decir dos palabras en *coro*; y miraba entonces llena de envidia, pero con esperanza, y hasta con certidumbre de llegar á pa-

recerse á ellas, á aquellas preciosas jóvenes que pasaban ante su vista envueltas en abrigos y cubiertas con ellos como las aves con sus mantos de pluma. El autor, en medio del escenario, con la barba metida en el cuello de terciopelo de su paletot; el director de escena envuelto en un gabán ruso, apoyado en el respaldo de una silla y sentado al lado del apuntador, el cual, con las manos en los bolsillos, no acertaba á sacarlas para volver torpemente las hojas del manuscrito, con sus dedos gordos, hinchados y llenos de sabañones. Los mecheros de gas parecían apagarse dentro de los cristales que los encerraban, y volver á lucir á cada momento bajo la influencia del viento.

Antonietta contemplaba aquella sala vacía, que le parecía inmensa; el escenario, donde la luz de afuera penetraba como si pasase antes por un cristal sucio ó por una niebla formada por los vapores malsanos de aquella atmósfera; el bombero envuelto en su gabán, con el pico á la espalda y un casco amarillo en la cabeza; los actores con sus sobretodos forrados de astrakán y temblando dentro de sus vestidos. No podía olvidar las hermosas pieles, los abrigos forrados de nutria que veía en las peleterías. Se sentía asediada después por los deseos, por apetitos ardientes, por la nece-

sidad de poseer pronto todo lo que soñaba, y sólo le servía de algún consuelo el ver en medio de aquel cuadro de frío algunas bailarinas en traje de punta de malla, de color rosa pálido, con un corpiño mal apretado y un trozo de tul por las espaldas, atravesar la escena soplándose las puntas de los dedos para ir al foyer, donde daban su lección de baile.

Antonietta, habiendo salido alegre para el teatro, volvía siempre disgustada, casi triste, fastidiada, como ella decía, de aquellos ensayos; y cuando franqueaba la pequeña puerta que había detrás del escenario y que comunicaba con una galería donde en aquellos días de tanto frío una niebla helada se pegaba á sus vestidos, se acordaba á su pesar con amargura de la impresión recibida la tarde de su llegada á París; se sentía presa de la nostalgia del campo, de deseos de correr como otras veces á lo largo de la orilla del río, y de remar con los brazos desnudos y los cabellos sueltos, bajo el benéfico calor del sol de su país.

Pero luego la vista de los boulevares con los escaparates de sus tiendas llenos de preciosidades la hacía experimentar envidiosos deseos no satisfechos; la dejaba entrever las puertas de un



mundo en el cual había soñado vivir. Aquellos abanicos con figuras pintadas; aquellos objetos de fantasía; aquellos caprichos en saquitos de cuero, en neceseres y bolsas para todos usos, de piel fina, ya roja, ya gris; las bolsas de bombones, todas blancas ó rosa, ó azul de cielo; las cajas de pastillas de chocolate y anises con filetes dorados, y los canastillos de cristal ó china; los elegantes portamonedas y preciosos muñecos de bronce ó barro; en fin, aquel lujo elegante, le parecían otros tantos productos de una tierra prometida, en la cual tenía un deseo ardiente de poner los piés. Pensaba que algún día había de entrar con la cabeza erguida en la casa de aquellos comerciantes de ricas telas, de sombreros, de abanicos, de objetos japoneses, y que pediría para comprar todo lo que quisiera, riendo y gastando con espléndidez un dinero de que no era dueña.

Con frecuencia se detenía de repente frente á los escaparates de algún almacén de grabados y litografía, y se quedaba pensativa mirando las muestras de tarjetas ó cartas de convite con blasones, cifras ó escudos de nobles franceses, ó bien otras con nombres extranjeros, coronas de marqueses, títulos mejicanos ó peruanos, gentes que Antonietta no conocía ni de vista, y cuyas cartas

de invitación, por consiguiente, la retenían lo mismo que podían hacerlo otras cualesquiera; pero lo mismo que los mapa-mundis y cartas geográficas atraen á los aficionados á viajes y á nuevos mundos, así se sentía atraída Antonietta por aquellas otras cartas y tarjetas. ¡Qué de ilusiones se formaba en aquellos momentos! ¡Quizá entre aquel cúmulo de nombres desconocidos para ella, habría alguno que la encontraría en su camino y que algún día la trataría mucho! ¡Ah! ¡si entre todos aquellos hubiese uno solamente que se atreviese á sacarla de su situación de actriz de último orden para ponerla enfrente del mundo con que soñaba!....

—¡Bah!—se decía;—ya sucederá lo que deseo.

Y abandonaba los grabados de Stern, las tarjetas de visita y los cuadros de Bristol, para mirar los retratos de las actrices á la moda y decirse:

—¡Ya tendré yo aquí mi sitio algún día, como estas otras lo tienen hoy!

Después, pasando delante del cristal y mirándose en él de soslayo,

—¡Creo que valgo tanto como ellas!—se decía.

Había por entonces en su teatro dos actrices á quien ella envidiaba, contemplándolas con una mezcla de admiración y celos: las dos, jóvenes, no se parecían en nada la una á la otra, y decían al-

gunos á Antonieta que ella se parecía bastante á una de aquéllas. Era esta Judith Favola, muchacha morena, de hermosos ojos negros y dulces, con una gracia encantadora; cantaba bien, accionaba con gran soltura, imitando en la obra que estaba de cartel á Dejaset con un traje de la época del Directorio. Era muy querida y mimada por el público, y aspiraba á pasar al drama, representando entonces comedias con gran éxito. La otra, Leonide Lenoir, era una belleza del siglo XVIII, un busto de Pajon animado de todo el espíritu de la época presente, con una viveza graciosísima y una inteligencia clara y profunda que hacía resaltar aún más su belleza física; pero eran tales sus encantos y tan privilegiada su inteligencia, que hasta sus rivales se declaraban vencidas, reuniendo así á los triunfos de actriz de raza los de la mujer hermosa. También se decía, y Antonieta lo oía repetir, que esta joven poseía el divino arte de la poesía, ejerciéndolo con bastante inspiración en la prosa y en los *couplets* de Clairville; que quizá algún día llegase á entrar en casa de Molière y que la que hasta entonces era el entusiasmo de todos, con su vestido corto y el sombrero á lo Cushman, sería seguramente algún día una elegante condesa de Beaumarchais ó una Silvia de Marivaux.

Antonieta escuchaba todo esto, observaba, y comparándose á Judith ó á Leonide cuando estaba sola, se decía entre suspiros:

—Estas son las mujeres á quien yo envidio.

Le parecía que estaba hecha de un barro más vulgar, que no poseía aquellas seducciones innatas, aquellos encantos y belleza propios de Dugarry ó de una hija de Judea con costumbres y gustos de parisién. *La chiquilla del padre Labarbade*, como la llamaban en Samoreau, ¿podría nunca compararse con criaturas tan extraordinariamente dotadas?

—Pues bien, sí, tengo grandes esperanzas, ¿qué me falta? *La ocasión, sólo la ocasión.*

Confía en tales momentos todos sus deseos y apuros á la gruesa Luisa, que la hablaba de *la moral*.

—Miradme á mí, hija mía—le había dicho hacía algún tiempo su gruesa compañera, á quien sus cuarenta años bien empleados daban derecho á hacer el papel de Mentora;—no deben hacerse tonterías en los primeros años. Después, cuando se tiene una posición asegurada, se hace lo que se quiere. Hasta entonces es necesario tener mucho ojo y guardar las flores, como suele decirse. Hay mucho charlatán en el mundo donde vais á entrar,



y muchos que en lugar de moneda usan siempre promesas. Os voy á dar un medio para que podáis saber si los que os hablan son ó no gentes *chic* ó no *chic*. Es muy sencillo. Miráis, como la que no hace nada, el forro del sombrero. Si leéis la etiqueta de un buen sombrero, os podéis arriesgar. Esta no es una regla general; pero de cien veces, ochenta el sombrero revela el estado del dueño.

Claro es que hay individuos que son cualquier cosa y tienen sombreros del mejor fabricante; pero este dato te servirá para caer por lo menos con un hombre que sepa vivir. Acuérdate de este consejo, mi querida Antonieta. Es muy parisién, te lo aseguro. ¡Ah! ¡Sin las etiquetas de los sombreros, hubiese yo sido engañada con más frecuencia y no tendría ni una piedra de mi casita de Anteuil, ni un bonito número de obligaciones de los caminos de hierro!

Se aproximaba el momento en que Antonieta iba á poder aprovecharse de tan buenos consejos. Había debutado. Se había fijado la atención sobre ella. Algunos periódicos, aunque de poca importancia, redactados por gentes especiales en esta materia, habían enviado alabanzas para la nueva figurante, tratando de brindarle protección:

«Hemos notado entre las coristas dignas de pa-

sar á primer puesto, los bonitos ojos negros de la señorita Antonia, un *ángel* que lo es verdadero y una *fuelle* en que no nos cansaríamos de beber.»

Pouville fué el que decidió que Antonieta se llamase Antonia en los carteles.

—¡Esto suena mejor! ¡Es más corto! ¡Y no Antonieta, que se puede decir que es un nombre político y que recuerda días desgraciados de nuestra historia!

Basada en este primer éxito á que se referían los periódicos, la gruesa Luisa aconsejó á Antonia que hiciese su entrada en el mundo. Visitó Luisa á una amiga suya que recibía en la calle de Fontaine-Saint-Georges que había invitado para el día siguiente á todos sus conocimientos. Luisa propuso presentar á Antonia. La arregló una bonita *toilette*, prestándola algunos adornos, y le dijo después, que había llegado la hora de *lanzarse*.

—¡Eres bonita como pocas! ¡Este traje te sienta admirablemente! Tienes todo el aire de una andaluza.

Antonieta entró en casa de Violeta esforzándose para no aparecer cortada por el lujo que la rodeaba. Aquellos candelabros, los damascos, las luces, las flores, la sobrecogían sin poderlo evitar. En la

mesa no sabía cómo sentarse; la silla del sitio que debía ocupar se había enganchado en la alfombra y no se atrevió á aproximarla, comiendo de lejos, incómoda y mal sentada, ó mejor dicho, no comiendo. La sala estaba resplandeciente, viéndose en ella una multitud de mujeres hermosas, preciosos trajes, joyas riquísimas de brillantes y esmeraldas, produciendo reflejos de distintos colores; hombres vestidos de correcta etiqueta con sus corbatas blancas. Hacía un calor insoportable. Antonieta sentía que todo lo que había en derredor suyo giraba y se oscurecía ante sus ojos. El ruido, ese sordo murmullo de muchas conversaciones juntas, aumentaba por momentos. Se reía y se gritaba mucho, gastando todos sus fuerzas, que iban consumiéndose, del mismo modo que las bujías que los alumbraban. De vez en cuando el ruido de una botella de champagne que se destapaba producía una nota saliente en aquel discordante concierto. Se abrían las ventanas de cuando en cuando, y una bocanada de viento húmedo llevaba hasta aquella viciada y sofocante atmósfera algunas notas del *Noël de Adam*, que alguno cantaba abajo, en el cuarto del portero, ó bien se oían los cantos y baile del otro lado de la calle en la casa del carbonero.

Delante de Antonieta, un hombre elegante, de buena presencia, pero con aire un poco triste como si estuviese fastidiado de aquel barullo, y al cual la dueña de la casa había dicho dos ó tres veces: «¿Y qué, León, comprasteis al fin los cuadros de Werther?» observaba á la recién presentada, la *Antonia* de Variedades, con una mirada mitad de curiosidad, mitad de asombro.

Aquella preciosa joven morena, de ojos inteligentes y voluptuosos, vestida con modestia, aunque elegante, con manos de reina, de encantadora sonrisa, le parecía extraña á aquel sitio, fuera de lugar, en aquel tumulto donde las risas se hacían histéricas y donde el espíritu se abrasaba con los vapores del vino.

— Una que empieza — se dijo el joven. — El vicio tiene también sus novicias.

A partir de aquel momento, el caballero León, que empezaba á aburrirse, tomó interés en aquel báquico festín. Se entretenía en observar y analizar las impresiones de aquella preciosa chica, que muy pálida en aquel momento, se paseaba por donde había menos gente, tratando de disimular su alegría y mirándolo todo, pero sin asombrarse de nada, como el que se encuentra en su casa. Esto divertía á León, que trataba de estudiar á la



nueva aprendiz del vicio. «Hasta los treinta años (decía), se es poeta, á los treinta se es filósofo.» Él tenía treinta y dos años y no era más que un curioso. Le parecía muy entretenido el tratar de prever á dónde llegaría aquella niña de veinte años que debutaba allí muy contenta, en apariencia, pero envidiando seguramente las fiestas y esplendores de las señoritas de buen nombre, aunque esclava por otra parte de los atractivos de las bellas cortesanas, á las cuales en hermosura nada tenía que envidiar, por ser una de esas criaturas nacidas para el placer, y que las grandes corrientes afrodisiacas no producen sino raras veces. Una Dubarry, una Emma Lyonna. León no tenía nada mejor que hacer que gastar el tiempo y olvidar algunas cosas que le molestaban. Por un momento se sintió con deseos de darse la satisfacción de servir de primer escalón á Antonieta, y ¿quién sabe si llegaría á jugar un importante papel en la eterna comedia de la redención de una mujer, que puede decirse que todos los hombres de corazón han intentado?

—¡Necio!—se dijo después de haber cruzado por su imaginación aquella idea.—La era de las redenciones pasó ya; pero esta vida de París es tan pesada y tan tonta, que es preciso distraerse con algo.

Antonia se sentía en su elemento, experimentaba las impresiones del nadador que juega con el agua.

Miraba á Luisa que la hacía graciosos gestos, y la hubiese contestado gritando de buena gana á través de la mesa:

—Sí, estoy muy contenta, ¡estoy gozando!

Después escuchaba con atento oído las conversaciones de los que la rodeaban, y con sus negros y hermosos ojos, en los cuales se marcaba la expresión de la curiosidad, miraba á todos los convidados y trataba de enterarse al vuelo de las historietas graciosamente referidas aquí ó allá, en el tono picaresco del parisién que se chancea de alguna cosa; las anécdotas de los boulevares, ó las intrigas de las mujeres más á la moda, referidas de la manera ó más espiritual ó más cínica del mundo. Una de las que allí se contaban era la historia de la pequeña Linander, que teniendo dos amantes, se hacía comprar por uno un hotel elegante que habitaba, y encontrándose ya propietaria de aquel bien inmueble donde vivía, se hacía pagar por el otro un alquiler ilusorio de aquella misma casa, diciéndole al finalizar el año: «¡El dueño de la finca es un perro! Me ha subido el precio en cinco mil francos», aumento que

se hacía pagar. También se hablaba de una linda muchacha que entretenía á un pintor y á un banquero, y que á éste le hacía pagar bien caros los paisajes que el artista la regalaba. O bien la graciosa candidez de la vieja Sergis, mujer muy conocida, muy rica y de mucha historia, que se iba haciendo vieja repitiendo: «Mi palabra, estas chicas de hoy día son tontas. Nos ha sucedido una generación de muchachas muy jóvenes, frescas y bonitas, que después de cenar se abandonan por algunos luisés, mientras que en nuestros tiempos pedíamos diez mil francos, y si no los daban nos reíamos en sus narices.» Todas estas ideas por allí desparramadas esparcían olor á podredumbre, hedor de corrupción. Y eso que todo se adornaba y que aquella necia corriente se miraba con cristales de color de rosa. Se refería todo con un aire de corrupción elegante, un escepticismo, una relajación y unos giros de imaginación tan singulares, que Antonietta se quedaba estupefacta, pero la hacían decir:

—¡Bah! ¡ya me acostumbraré! Esto es muy divertido; yo he nacido para vivir entre estas gentes: éste sí que es mi mundo.

Después de la sobremesa, y mientras se organizaba una partida de *baccarat*, aquel hombre pá-

lido que tanto la observaba se acercó á ella y la preguntó:

—¿Estáis aburrída, señorita?

—No.....

—¿Pues cómo estáis tan silenciosa?

—Porque estoy escuchando.

—¿Trabajáis en Variedades?

—Sí.....

—Aun no he visto la revista que están haciendo allí.

—¿Cómo se llama?

—¡*Los Corderitos!*

—¡Bonito título! Y dicen que está bien escrita; pero lo importante es que haya mujeres hermosas.

Antonía se sonrojó ligeramente.

—Todavía se pone colorada vuestra amiga—dijo el joven dirigiendo la palabra á la gruesa Luisa.

—¡Ya lo creo!—respondió la *Mentora*;—es fruto nuevo, querido; no tiene pretensiones, y vale de seguro más que las demás que están henchidas de ellas, como sucede á Cora, Violeta, Cachemire, Ana Tillam y Tula.

—¡Es muy posible!—respondió el joven.

Y durante toda la noche no volvió ya á dirigir la palabra á Antonietta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.



Se le conocía que tenía deseos de marcharse y que se encontraba contrariado.

—¿Cómo se llama ese caballero?—preguntó Antonia á Luisa.

—El señor de Bruand. ¡Oh! ¡muy *chic!*.... Lo que es á éste no tienes necesidad de mirarle el sombrero.

—Me gustaría tratar al señor de Bruand—añadió la joven.

—Un momento después se puso á buscarle por todo el salón. De sus preciosos ojos negros, muy brillantes entonces, parecían desprenderse esas partículas que saltan de la espuma del champagne.

El señor de Bruand no estaba allí ya.

Se había marchado lleno de fatiga de casa de Viola.

—¡Qué estúpidas—se decía—son estas fiestas periódicas, con sus cenas, el Carnaval, los bailes en día fijo á que casi siempre la fatalidad nos obliga á asistir cuando más nos molesta y cuando se tiene necesidad de reposo y de olvido del mundo!.... Esos placeres que llevan con ellos su fecha como los forzados su marca infamante, tienen algo triste, y al acostarse por la mañana con la cabeza pesada y los miembros doloridos, un

espectro satírico y burlón viene á nuestra cabecera y nos murmura al oído: *¡Ya tienes un año más!*

¡Un año más! ¿y qué significaba esto á la edad del Conde de Bruand?.... Nada, absolutamente nada.... y sin embargo, León se acordaba de que el año pasado había asistido á todos los bailes en compañía de dos amigos que ya no estaban en el mundo. El uno había muerto en Cochinchina y el otro en una travesía, siendo su cadáver arrojado al mar. ¡Pobre Roberto de Trevaues! ¡El más alegre y bueno de todos sus compañeros! ¡Hacia un año estaba junto á él, lleno de vida y de esperanza! Y lentamente, de reflexión en reflexión, obtuvo por resultado de la cena, un letargo turbado por fantasmas cuyo aspecto era cada vez más triste, como una opereta de los Bufos que acabase por un monólogo de Hamlet. Mientras que el coche le conducía á su casa, el joven miraba las calles todavía oscuras, las luces medio apagadas, el cielo algo nublado y el piso húmedo. Algunos comerciantes abrían ya sus tiendas; los barrenderos hacían la limpieza de los paseos y aceras, dirigidos por uno que parecía tener sobre ellos gran autoridad; los obreros con el pan debajo del brazo marchaban de prisa á su trabajo.... ¡Todas aquellas pobres

gentes tenían un deber, una ocupación, algo útil en que emplear el tiempo!....

De pronto un hombre pasó apagando rápidamente las luces de gas ya casi extinguidas. La calle quedó solamente alumbrada por un pequeño resplandor; eran los primeros albos del día.

—¡El día!.... pensó el señor de Bruand.... ¡el día!.... El mundo se despierta; se hablará, se pensará en mil cosas; en fin, se vivirá! ¡Qué noche más tontamente empleada! ¡Ah! las cenas, ¡qué diversión! Voy á acostarme.

Y ya en su cama, con un sueño intranquilo, efecto de la fiebre que tenía, veía á la media luz de su cuarto, la preciosa figura de Antonia, con su color mate, sus encarnados labios sonrientes, fijando sobre él una mirada penetrante y profunda, capaz de conmover al granito.

¡Soñaba que aquella criatura era de las predestinadas á todos los triunfos! Creía encontrarse en un palacio inmenso, perfectamente decorado, amueblado con un lujo oriental, y donde respirando una atmósfera de placer y voraces apetitos, una colección de hombres de todas edades, jóvenes y viejos, estaban de rodillas delante de una hermosa é insolente mujer, cuyos cabellos negros caían sobre su blanca espalda: era aquella mujer la ver-

dadera encarnación de la mujer que se vende y de la cortesana que reina.... ¡Reino indestructible de la carne y de la muerte! Y aquella bella joven, lejos de aplastar la cabeza de la serpiente como la Virgen, la acariciaba, y domándola, se hacía de ella un collar y una pulsera; aquella belleza, reina del vicio y de la audacia, se parecía á Antonieta, la *debutante* que marchaba con la cabeza levantada y la sonrisa en los labios á la conquista de París.

—¡He estado terriblemente romántico en mis sueños!—se decía algunas horas después el señor Bruand mientras se limpiaba las uñas.—La preciosa Antonia no tiene nada de diosa del apocalipsis, gracias á Dios! ¡Dominar París! ¡Pobre joven! Gracias que no se muera tísica, efecto de su vida ó de alguna pulmonía que coja al salir de una cena como la de anoche. No llegará á ser nada. Es una bonita *entreténida* y nada más. ¡Pero eso sí, bonitísima, verdaderamente preciosa!

Y en aquel momento la veía todavía pensativa, pálida, interesante y atrayente. Mientras tanto acababa de vestirse y arreglarse.

—Vaya una tontería!—se decía;—no sé por qué razón estoy pensando tanto tiempo en una chiquilla con quien no he hablado cuatro palabras, ni



¿qué me importa á mi lo que ella llegará á ser?  
¡ Como si fuese yo algún colegial!

## III.

El señor Bruand era conde. La posesión del castillo de Bruand, situado á tres leguas de Cosme-en-Cosnois, le pertenecía todavía. Su abuelo no había emigrado. Había servido á la República, como Custine, como Biron, y se había hecho matar á la cabeza de los cazadores de Lecourbe en Hohenlinden. Su hijo, el padre de León, educado en el castillo de Bruand por un profesor de bastante edad, había crecido libre, corriendo por el bosque, vestido como uno de sus criados, montando á caballo, cazando y pescando, haciendo, en fin, desde la infancia, la vida campestre. Se había casado á los veinte años, y había tenido tres hijos y perdido al poco tiempo á su mujer. Sólo León, el menor, vivía y aun era un niño cuando el conde Hubert de Bruand murió en una partida de caza. A los diez años se encontraba León huérfano y poseedor de una gran fortuna que le daba rentas suficientes para hacer vida de gran lujo hasta en

París. Su tutor era un honrado y digno pariente de su madre, muy débil y muy buen hombre, que envió al joven á París, dejándole entera libertad, pues decía que la naturaleza de León era esencialmente honrada, y que aun cuando el joven se extraviase, volvería siempre al buen camino.

En esto tenía razón el tutor. León Bruand sintió al principio esa fiebre parisién que pervierte tantos espíritus débiles y tantas conciencias vacilantes; pero pronto desapareció, sintiendo el hastío de los falsos placeres, y en lugar de querer aturdirse hundiéndose más en el torbellino de las revueltas aguas del vicio, se detuvo á la orilla, contentándose con el espectáculo que le ofrecía aquella sucia corriente. Desde entonces se hizo un parisién *dilettanti*. A los veinte años estaba cansado de hacer aquella vida; á los veintidós, de contemplarla en otros, y á los veinticinco se casaba.

Entonces León respiró, se sintió revivir y fué dichoso; pero su mujer murió al dar á luz á los dos años de matrimonio, dejando á León trastornado ante aquella imprevista é inmensa desgracia, ante aquella fosa repentinamente abierta á sus pies. Al encontrarse en medio de una soledad que le era tan grata cuando la compartía con ella (la soledad de dos es el mundo entero encerrado

¿qué me importa á mi lo que ella llegará á ser?  
¡ Como si fuese yo algún colegial!

## III.

El señor Bruand era conde. La posesión del castillo de Bruand, situado á tres leguas de Cosme-en-Cosnois, le pertenecía todavía. Su abuelo no había emigrado. Había servido á la República, como Custine, como Biron, y se había hecho matar á la cabeza de los cazadores de Lecourbe en Hohenlinden. Su hijo, el padre de León, educado en el castillo de Bruand por un profesor de bastante edad, había crecido libre, corriendo por el bosque, vestido como uno de sus criados, montando á caballo, cazando y pescando, haciendo, en fin, desde la infancia, la vida campestre. Se había casado á los veinte años, y había tenido tres hijos y perdido al poco tiempo á su mujer. Sólo León, el menor, vivía y aun era un niño cuando el conde Hubert de Bruand murió en una partida de caza. A los diez años se encontraba León huérfano y poseedor de una gran fortuna que le daba rentas suficientes para hacer vida de gran lujo hasta en

París. Su tutor era un honrado y digno pariente de su madre, muy débil y muy buen hombre, que envió al joven á París, dejándole entera libertad, pues decía que la naturaleza de León era esencialmente honrada, y que aun cuando el joven se extraviase, volvería siempre al buen camino.

En esto tenía razón el tutor. León Bruand sintió al principio esa fiebre parisién que pervierte tantos espíritus débiles y tantas conciencias vacilantes; pero pronto desapareció, sintiendo el hastío de los falsos placeres, y en lugar de querer aturdirse hundiéndose más en el torbellino de las revueltas aguas del vicio, se detuvo á la orilla, contentándose con el espectáculo que le ofrecía aquella sucia corriente. Desde entonces se hizo un parisién *dilettanti*. A los veinte años estaba cansado de hacer aquella vida; á los veintidós, de contemplarla en otros, y á los veinticinco se casaba.

Entonces León respiró, se sintió revivir y fué dichoso; pero su mujer murió al dar á luz á los dos años de matrimonio, dejando á León trastornado ante aquella imprevista é inmensa desgracia, ante aquella fosa repentinamente abierta á sus pies. Al encontrarse en medio de una soledad que le era tan grata cuando la compartía con ella (la soledad de dos es el mundo entero encerrado



en un edén de algunos pasos), se turbó, tuvo miedo y empezó á viajar, queriendo olvidar y acordándose siempre. Había amado mucho á su mujer, considerando su vida asegurada y ligada para siempre á la suya.... y ahora, ahora tendría que formase una vida nueva; ¡una vida! aun podría formársela; ¡pero una felicidad!

Para consolarse le quedaba á León una niña. ¡La niña que había costado la vida á su madre! La entregó á una nodriza, no queriendo verla y pareciendo odiarla y compadecerla á un tiempo, pues decía: «¡Pobre niña, que crecerá sin madre!»

Un día le anunciaron que la niña había muerto. Al principio quedó como anonadado; pero luego cayó sobre una butaca y le oyeron llorar y decir:

—¡Qué solo estoy!

Después, súbitamente volvió á aparecer en el círculo de sus antiguas amistades. Allí le aclamaron «¡León, León Bruand!» Al principio se con dolieron del dolor que León disimulaba mal; pero después, las anécdotas del día, las últimas noticias, todas esas historietas parisienses que son la vida, la preocupación y como el alma de ese mundo en que León volvía á posar su pie, hicieron que al poco tiempo no se ocuparan ya de él. Aquel movimiento eléctrico que reinaba á su alrededor

era el único capaz de hacerle olvidar el pasado.

Por primera vez en su vida trató León de aturdirse. Jugó, tuvo los mejores caballos y las queridas más de moda. Todos le envidiaron, le adularon y trataron de imitarle.

Pero un conocedor del corazón humano hubiese podido ver la amargura, el cansancio y el desprecio ocultos bajo aquella simpática envoltura. León estaba triste; hacía aquella vida de aturdimiento porque era la más fácil y la que pasaba más de prisa.

—Soy curioso—decía á veces Bruand;—quitadme la curiosidad, y no me quedaria pretexto para vivir.

Esta curiosidad se gastaba todos los días; pero aun quedaba bastante para que León se fuese sosteniendo. Iba éste á cumplir veintiocho años, pero su corazón tenía sesenta. Razonaba como un viejo, diciendo á veces: *En mi tiempo....* Aquel tiempo databa de cinco años atrás; pero entre estas dos épocas tan cercanas existía para él una tumba, un mundo....

Al ver á Antonia, León de Bruand se sintió de repente, no conquistado, porque no podía serlo, sino atraído, curioso, como él decía, ante aquella flor que aun conservaba cierto aroma silvestre que

la hacía aun más preciosa al encontrarse en una estufa de París.

Antonia le parecía digna de una mirada. La analizó y se prometió conocer el secreto de aquella preciosa muchacha de dientes blancos y de ojos negros llenos de misterio.

—Secreto banal; al fin y al cabo (pensaba León), ¿qué me importa?

El sábado siguiente había baile de máscaras en la Ópera. Todos los alrededores del teatro estaban resplandecientes de luz. En las tabernas y cafés de las cercanías, algunos pobres muchachos traidos de frío, toscamente disfrazados, tomaban aguardiente, esperando á la primera comparsa.

Sonaron las once. Los boulevards iban llenándose de gente. Á través de la compacta multitud circulaban las máscaras, dando codazos á derecha é izquierda y arrastrando á alguna pobre muchacha que con las espaldas desnudas y el vestido corto iba temblando de frío. Por todas partes no se oían más que gritos, bromas, canciones é insultos. La sala estaba llena, presentando multitud de colores: el blanco, el amarillo, el rojo, el azul; la imitación del arco iris. Por las escaleras circulaban oleadas de seda, encajes, plumas, dominós, fracs y condecoraciones; hombres y muje-

res que subían y bajaban tropezándose, dirigiéndose ojeadas y diciéndose tonterías.

—Vamos al *foyer*—dijo León de Bruand á su amigo Gontran de Rives.

León atravesó el gran pasillo en que están los aficionados, los periodistas y los elegantes, pasando revista de ojos y manos á cuantos dominós y máscaras femeninas vió al paso.

Los dos amigos entraron en el *foyer*, donde se escuchaban bromas entre el ruido, el polvo, el gas y el calor, el perfume del ponche y los suculentos olores de la cocina.

De repente un dominó blanco fué á apoyarse en el brazo de León Bruand.

Todas las máscaras que llevan dominó se parecen; los mismos ojos brillantes detrás de la careta de terciopelo; la sonrisa que se clarea bajo el encaje negro; las manos que se apoyan en nuestro brazo como dos pequeños problemas; la voz disimulada bajo el adornado capuchón y las ondulaciones del cuerpo ocultas entre los pliegues de aquel largo ropaje.

Pero Antonieta tenía interés en dejarse reconocer. Desde la noche de Navidad la habían hablado mucho del Conde y de su carácter, y quería quistarle á todo trance.



- ¿Estáis menos triste ahora? —le dijo.
- ¿Lo he estado alguna vez? —replicó León.
- Sí. La otra noche estabais con *spleen*.
- ¡Terrible palabra! sólo en una boca bonita se oye con gusto.
- ¡La mía es horrible!
- Ahora está mintiendo.
- ¿Por qué decís que está mintiendo, si no me conocéis?
- ¿Lo creéis así?
- Decid sino cuál es mi nombre.
- Uno muy bonito que os sienta muy bien.
- ¿Estáis viendo como no lo sabéis?
- Para probaros lo contrario, esta noche os lo diré á los postres en la *Maison-d'Or*. ¿Queréis?
- Sí —dijo Antonia.

Quando puso el pie en la *Maison-d'Or*, donde aun no había estado, entró como una reina en su palacio. Subió con la cabeza alta, imperativa, insolente, encantadora. Estaba hermosísima; su tez, ordinariamente pálida, animada aquella noche por un suave carmín, estaba deslumbradora; sus ojos despedían fuego, y sus blanquísimos dientes parecían dispuestos á devorar.

León Bruand hizo con ella lo que se hace con los tigres jóvenes. Le tendió día por día precisa-

mente lo que quería que devorase; no su corazón, sino la punta de sus dedos, luego su mano, y después su brazo.

Desde entonces Antonia se puso de moda. Felicitaron á León por su descubrimiento y arrojaron hermosos ramos á la joven cuando cantaba algunos *couplets*. El Conde la amuebló un entre-suelo en la calle de *Taibout*.

Antonia dió reuniones, recibió cartas de amor y versos. La citaron en algunos artículos de los periódicos, hablando de un tal Valaque que había querido suicidarse por ella.

En el teatro la buscaban; en las carreras separaban los gemelos del caballo á la moda para fijarlos en ella. Los fotógrafos la rogaron que subiese á su casa al pasar, para tener el honor de hacer su retrato, que los estudiantes compraron para contemplarle por la noche al acostarse, ó mientras estudiaban, dentro de su pupitre disimuladamente entreabierto. En fin, hasta publicaron su biografía los periódicos de teatros.

El padre Labarbade volvió á su casa una noche después de haber estado en *Fontainebleau*, con los ojos enrojecidos por el llanto.

—¿Qué tienes? —le preguntó su mujer.

—¡Nada!

El pobre hombre cogió á su hijo, que tenía ya siete años, y sentándole sobre sus rodillas, le dijo dulcemente:

—¿Verdad que tú serás bueno cuando seas mayor?

—¡Ya lo soy ahora!—dijo el chico haciendo una mueca y desprendiéndose de las brazos de su padre.

Y corrió á refugiarse bajo la égida de la señora Labarbade, mirando *al viejo* con las cejas fruncidas y diciendo:

—¿Verdad, mamá, que soy bueno?

—Eres un ángel—dijo la madre.

—Ya lo creo, y sin embargo, papá me está gruñendo siempre..... ¡Oh, te quiero á tí mucho más que á él!

Labarbade se levantó bruscamente, sacó de su bolsillo una fotografía que representaba una joven medio desnuda con una varita mágica en la mano. Era un retrato de Antonieta, que había comprado Labarbade á un vendedor de *Fontaine-bleau*. El pobre hombre le hizo pedazos, le arrojó al suelo y le pisoteó con rabia.

Entretanto la señora de Labarbade estaba delante del fogón haciendo á su hijo una golosina, que el chico miraba con ojos ávidos, entonando

una canción por entonces muy en boga en Samoreau. . . . .

León de Bruand estaba decidido en sus relaciones con Antonieta á no poner nada de lo que era verdaderamente suyo. Dedicaba generosamente á la joven su fantasía, su talento y su gracia; pero contaba con avaricia, por decirlo así, todas las noches las moléculas de su ser. Esta clase de relaciones duran más ó menos, y todas se parecen. Al nacer, llevan en sí mismas el germen de su extinción. León se hubiese creído culpable con su pasado, con sus recuerdos y su conciencia, dando á lo que sólo era una distracción, la importancia de un amor verdadero.

Antonia le encontraba encantador, imponente, en aquel aire desdeñoso que suele dominar las almas mezquinas y que le era peculiar. Estaba orgulloso; ¡León era conde! Cuando la escribía, se deleitaba mirando las armas del papel, y en el teatro procuraba humillar á sus compañeras pronunciando con familiaridad el nombre del Conde de Bruand.

Una noche el Conde hablaba de Antonia con su amigo Gontrán de Rives.

Á fe mía—decía éste—que tu aventura dura



mucho tiempo. Parece que se trata de una pasión.

—No—dijo León.

—¿De un capricho?....

—Menos aún. Nunca he amado á Antonieta, si la definición del verbo *amar* es exacta. Sólo me ha seducido y despertado mi interés. Mi defecto dominante, la curiosidad, ha hablado en mí, y he querido saber dónde iría esa joven y de dónde venía. Esta distracción puede aún durar mucho tiempo, porque mi *dilettantismo* no se ha hastiado. Antonia sigue interesándome, pues hasta ahora, como diría un pintor, no se ha *bosquejado*, y si tuviese que hacerte su retrato, vacilaría. ¿Buena? no lo es; tiene demasiados vicios. ¿Mala? es incapaz de serlo, porque tendría que desplegar una energía de que carece. Es como todas sus compañeras; perezosa y vulgar, con facciones de madona de Vinci; y el encanto de un tipo creado por *Shakespeare*. No es la primera vez que en nuestra vida parisién encontramos esos tipos.

Antonia permanecía en ese estado de beatitud perfecta que sigue al triunfo. No ambicionaba nada, gozando de su éxito y de su lujo. Se la veía en todas partes, luciendo sus magníficos trajes y su alegría. Cuando no representaba, recorría dos ó tres teatros cada noche, exhibiéndose en un sitio,

volviendo al coche, yendo á otro, haciendo crujir su vestido al entrar en el palco, donde reía á carcajadas para hacerse notar y atraer todos los anteojos, tomando posturas estudiadas ante un espejo y sonriendo sin cesar para enseñar sus preciosísimos dientes. La gustaba ir después á cenar á un restaurant, escandalizando, manchando sus vestidos y riendo sin motivo. Nunca llegaba á tiempo á sus ensayos, é inventaba todos los días excéntricas *toilettes* para humillar á sus rivales. Parecía adorar á León que la proporcionaba todos aquellos triunfos. La verdad es que en el fondo se sentía algo *sujeta*, como ella decía, pues el joven pasaba algunas veces días enteros en su casa, haciéndola hablar, interrogándola y aburriéndola.

—¡Ah, qué caprichoso sois! ¿Qué os importa que haya estado aquí ó allá cuando tenía diez y seis años?

—¡Oh, nada!—respondía León.

Entonces la joven pensaba en las bromas de sus camaradas, en las partidas de placer de los actores que conocía, en los almuerzós *sui generis*, en la alegría desbordada y en la vida bohémia que la enloquecía.

León la veía quedarse de pronto pensativa, y se

regocijaba, pues el espectáculo amenazaba ser curioso.

Una mañana, á la hora de levantarse, el criado del señor Bruand anunció que el señor Celestino Fargeau deseaba hablar á su amo.

—¡Fargeau! —dijo León; —¡que entre al momento!

Era su antiguo preceptor del castillo de Bruand, un infeliz llevado por el Conde de Bruand, padre, de París á Bruand; un profesor capaz de adorar á su discípulo, como había hecho con León, pero incapaz de atenerse á un régimen de instrucción. El pobrecillo vivía en París de la casualidad, á la manera del lazarillo de Tormes.

Fargeau entró como una bomba en el cuarto de León, que estaba en traje de mañana fumándose un cigarro. Había dejado en la antecámara su apabullado sombrero, y su aspecto pobre contrastaba con la elegancia del Conde.

Celestino Fargeau tenía cincuenta años, y algunos hilos blancos brillaban en su negra barba y en su cabeza, cuyos cabellos iban clareando. Tenía la tez pálida de los que viven por la noche, y las profundas arrugas de los que han sufrido.

Su fisonomía se iluminó al apereibir al Conde de Bruand.

—¡Pardiez, no habéis variado nada! ¡Quién pudiera decir otro tanto!

Y añadió después de haber estrechado la mano que León le tendía:

—Vengo á pedir os un favor, no para mí, á Dios gracias, sino para una pobre mujer....

—Estoy á vuestras órdenes, mi querido Fargeau.

—He aquí el favor que deseo pedir os. Vivo en Batignolles, en una casa de obreros donde habita también una pobre mujer muy buena que se ha arrojado ayer por la ventana.... A decir verdad, se ha caído, pues se tiró huyendo del que la perseguía. En una palabra, está muy enferma; se ha roto una costilla, la tibia y el peroné.... Se encuentra moribunda y sin un cuarto.... ¿Comprendéis?....

—Gracias por haberos acordado de mí, mi querido maestro —dijo León de Bruand dirigiéndose á su secreter.

Tomó de él cinco billetes de cien francos y se los entregó á Fargeau, que se puso á doblarlos con precaución, como hombre que no está acostumbrado á manejar semejantes papelotes.

—Y cuando vuestra protegida tenga necesidad de más socorros.... —añadió León.



Fargeau le interrumpió.

—Tenemos bastante por ahora—dijo.—Al principio tuve intención de hacer una colecta en el barrio; pero el hermano de la mujer, un buen chico que ha llevado al momento todas sus economías, me dijo que no conseguiríamos nada. Entonces pensé en vos, y á fe mía que estoy contento de haberos vuelto á ver.

Como si hubiese estado esperando para entrar, á que Fargeau hubiese acabado de hablar, se presentó Antonieta al terminar éste, arrastrando la larga cola de su vestido guarnecido de encajes.

Fargeau se levantó y saludó á la joven, que le miró con aire entre asombrado y desdeñoso.

—Mi amigo Celestino Fargeau—dijo el Conde.

—La señorita Antonia—añadió designando á la joven.

—La he aplaudido más de una vez—murmuró Celestino.

Antonia saludó.

—Vaya—dijo entonces Fargeau dirigiéndose á la puerta—os dejo, mi querido León, repitiendo las gracias en nombre de nuestra protegida.

—¿Qué protegida?—exclamó Antonia.

—Una pobre mujer que se ha caído de un tercer piso y está medio muerta á estas horas.

—¡Ay Dios mío!—dijo la joven. ¡Pobrecilla! ¿Y será pobre?

—Muy pobre—respondió Fargeau.

—¡Se habrá fracturado algún hueso!

—Está gravemente herida; pero como la cirugía es una ciencia tan adelantada, quizá....

—¡Ah, pobre mujer! ¿La conocéis, León?—preguntó Antonia.

—No.

—Pues bien, yo quisiera conocerla; porque lo que habéis dicho me ha conmovido. Conducidme á su casa, caballero. ¿Queréis venir con nosotros, León?

—Bueno—dijo el Conde.

Y dió orden de enganchar.

Fargeau subió al coche y se sentó al lado de Antonia y frente á Brnard.

Por fin llegaron á la casa. Antonia subió la primera. La escalera era sucia y húmeda, y la joven recordaba la que subía en otro tiempo en la calle del *Mwinne*. Cuando llegaron al tercer piso, se detuvieron.

—Es aquí, ¿verdad?

—Sí—dijo Fargeau.

—Antonia viene aquí como iría al teatro— pensó Bruand— á caza de emociones.

La llave estaba puesta y Fargeau abrió la puerta. Atravesaron un estrecho pasillo y entraron en un cuartito con una cama, donde Antonia apercibió á una mujer cuya frente estaba rodeada de una venda.

La enferma fijaba en la joven sus grandes ojos extraviados, y á medida que Antonia avanzaba parecía más asombrada y más inquieta. De repente lanzó un grito de admiración, al que Antonia respondió pronunciando un nombre y retrocediendo roja como una cereza.

—¡Victoria!

En efecto, era Victoria Herbaut, cuyo rostro estaba lívido y desfigurado. Antonia la miró con el corazón oprimido por la angustia. En aquella mirada había más terror que piedad.

—¡Oh, pobre Victoria!— dijo la joven.

—Sí....—articuló débilmente la enferma;— ¡haces bien en compadecerte.... Todo ha acabado para mí.... ya os figuraréis que mi marido tiene la culpa. Me mudé de donde vivía, huyendo de él, porque, como sabéis, solía ir á dar escándalo. Creí que no le sería tan fácil averiguar las señas de mi nuevo domicilio; pero ¡ay! me equivoqué;

no ha tardado en saberlas, y ha venido borracho como siempre, mi querida Antonieta, como siempre....

Antonia se había estremecido al oír pronunciar el nombre de Antonieta, que no era el suyo é hizo á la señora de Herbaut una seña para que se callase.

—No, no—dijo Victoria— quiero contároslo todo; pero sentaos, señores—añadió volviendo sus grandes ojos hacia Fargeau y el Conde.

Y dirigiéndose hacia una anciana vecina suya que la estaba haciendo compañía, le dijo:

—Señora Grenolar, acercad sillas.... Como os iba diciendo, ha venido, me ha pegado y ha vuelto á marcharse varias veces; pero la otra noche llegó más embriagado que nunca y me pidió dinero.... Yo no tenía, y me amenazó con un aire tan feroz y unos ojos tan extraviados, que tuve miedo.... Abrí la ventana para pedir socorro, y al ver que venía hacia mí con una silla levantada, me incliné demasiado y me caí.... ¡Ah, ya véis en qué estado estoy!—dijo moviendo sus manos con desconsuelo la pobre mujer.

—¡Señora Herbaut!— exclamó la vecina;—ya sabéis que el médico ha recomendado una completa inmovilidad.



—Es verdad..... pero me parece inútil..... Conozco que no hay esperanza para mí. ¡Pobre José!

—¡José!—dijo Antonia tratando de sonreír.

—Sí—continuó Victoria;—el pobre fué á buscar á Herbaut á una taberna donde se escondía, y le llevó á casa del comisario de policía; pero antes Herbaut le dió una puñalada en un brazo. Dicen que no será nada. ¡Dios lo quiera!

—Pero no habléis—dijo Antonia interrumpiéndola bruscamente;—os está prohibido.

—¡Prohibición inútil! Me muero, lo sé, y estoy casi contenta. Sólo os pido una cosa: que me juréis que habéis de ir á mi entierro..... Tengo una idea. ¡Oh! os juro que aun en estos momentos me es muy agradable, mi querida Antonieta.

Antonieta no estaba tranquila. Miraba á León, temiendo que hubiese adivinado algo al oír el nombre de José; pero León hablaba con su amigo Fargeau y parecía no ocuparse de nada.

Antonia no había vuelto aún del asombro que la había causado aquel encuentro, ó más bien aquel choque con Victoria Herbaut. En cuanto á Victoria, no extrañaba aquella rara casualidad, porque no se daba cuenta con claridad de lo que pasaba á su alrededor. Una sola idea parecía dominar en

ella, y ya iba á hablar, cuando Antonia se inclinó bruscamente hacia su oído y le dijo en voz baja:

—No digáis nada, señora Herbaut. Mi *esposo* está ahí.

—¡Ah! ¡os habéis casado!—dijo Victoria con doloroso asombro.

Y añadió un momento después, también en voz baja:

—Ciertamente, José no os hubiera hecho tan rica.

En aquel momento se oyó la llave de la puerta de entrada.

—¡Es José!—dijo la señora de Herbaut.

Antonia se puso pálida. León se levantó y miró á la puerta que se abría, dando paso á José, que entró con el brazo izquierdo en cabestrillo y se detuvo, algo cortado al ver tanta gente. Cuando apercibió á Antonieta, se puso muy colorado y retrocedió ligeramente: después la saludó, sin decir una palabra, quitándose su gorrilla. Saludó también al Conde y tendió la mano á Fargeau.

—Amigo mío—le dijo Celestino al oído—traigo dinero. ¡Estáis salvados!

—¿Dinero? ¿y es quizá de la señora?

—No—dijo León que lo había oído todo.—Es mío y os le presto. Me le devolveréis cuando podáis.

José había tomado los billetes de Banco y no sabía qué hacer ni qué decir.

—Aquí tenéis mi tarjeta — dijo el Conde.— Cuando vuestra hermana esté curada y vos podáis trabajar, os permito que penséis en vuestro acreedor.

El joven estaba horriblemente pálido, no atreviéndose á tomar ni á rehusar aquel dinero.

—Es que no sabéis.....—murmuró.

Fargeau cogió su mano derecha y le dijo al oído:

—No creáis que ese dinero proviene de *ella*.

León había ya salido, y esperaba en el tramo de la escalera. Antonia se inclinó de nuevo sobre Victoria.

—Volveré—dijo.

—¡Oh, sí!—balbuceó la moribunda. Y su voz temblaba.

Antonia no había mirado á José; pero de pronto recobró toda su sangre fría, se fué derecha á él y le dijo tendiéndole la mano:

—¡Hagamos las paces!

—¡Las paces!—respondió José.—¿Acaso estábamos en guerra?..... ¡Pues si hace quince días que fuí á presenciar vuestros triunfos al teatro!

—Entonces, dadme vuestra mano.

—Aquí la tenéis.

—Ve á verme — le dijo la joven en voz baja.

—Vivís muy lejos—respondió José en tono natural.

—Celestino Fargeau ofreció su brazo á Antonia para bajar la escalera.

Al llegar á la puerta, dijo León al oído de su amigo:

—Arriba se ha representado una comedia.....

¿Os habéis apercibido de ello, Fargeau?..... ¿Qué os parece? Por mi parte encuentro horrible esa mezcla de sangre y de polvos de arroz.

—¡La antítesis!—dijo Celestino.

Antonia y León subieron al coche.

Fargeau sacó de su bolsillo una pipa de espuma de mar, usada y ennegrecida, y se puso á fumar con delicia mientras llegaba á París, como él decía. Llegó á la calle de *Racine* ante un cafetuchero cuya puerta abrió bruscamente. Al ver á la señorita del mostrador, eternamente sentada en el mismo sitio, la dirigió una sonrisa, y llevando maquinalmente la mano á su sombrero, fué á sentarse en un rincón. El mozo le trajo en seguida una botella de cerveza y los periódicos, sin preguntarle lo que deseaba.

—¿Ha venido Terral?—preguntó Celestino.



—Todavía no.

—Cuando venga, traednos el tablero de ajedrez.

Desdobló uno de los periódicos y le recorrió rápidamente; tomó un segundo é hizo lo mismo, deteniéndose solamente para tomar un sorbo de cerveza ó mirar la columna de humo que se desprendía de su pipa.

Hacía veinte años que se había abierto el *Café Athalie*, y Fargeau había desperdiciado muchas horas en aquella misma mesa, hablando, jugando, desarrollando sus ideas siempre extrañas, y dejando que el tiempo pasara por hombres y cosas, sin darse cuenta de que la edad venía y de que de año en año los auditores no eran los mismos.

IV.

Celestino Fargeau era un ser raro, incomprensible; un bohemio que vivía de la casualidad en esa civilización que se hace cada día más hipócrita á medida que se descompone más. Había hecho todo lo que hay que hacer en este mundo, á excepción de una maldad. Nació pobre, había vivido pobre, y estaba resignado á morir lo mismo. Fué educado por un tío suyo bastante rico,

que debía dejarle por heredero; pero una aventurera se mezcló en el asunto, y el tío no pudo legar á su sobrino una fortuna que ya no tenía. Celestino se consoló muy pronto, pues no era interesado, y entró en la Escuela Normal, donde estudió y se hizo profesor, siendo destinado á provincias al terminar sus estudios.

Pero Celestino era un espíritu ávido de espacio, desordenado, sistemático, y al cabo de un año hizo dimisión. Un honrado anciano que vivía en *Pont-Eveque* le escogió para el preceptor de su hijo. Fargeau se paseaba por las tranquilas calles del pueblecillo, descifrando en las paredes de la iglesia las inscripciones de tiempo de Robespierre. Pasaba su vida bostezando desde por la mañana hasta por la noche, y cuando tenía algunas horas libres, iba á sentarse bajo los manzanos, fumando en su pipa y mirando extenderse á lo lejos el hermoso valle de *Auge*. Aquella existencia de provincia le ahogaba; pero había nacido perezoso, y la inactividad le retenía allí á su pesar.

Sin embargo, volvió á París y trató de buscar ocupación, luchando con valor y haciendo callar por mucho tiempo su necesidad de reposo: intentó dedicarse á ocupaciones diferentes; pero no tuvo éxito en ninguna de ellas, por lo cual se retiró á

—Todavía no.

—Cuando venga, traednos el tablero de ajedrez.

Desdobló uno de los periódicos y le recorrió rápidamente; tomó un segundo é hizo lo mismo, deteniéndose solamente para tomar un sorbo de cerveza ó mirar la columna de humo que se desprendía de su pipa.

Hacía veinte años que se había abierto el *Café Athalie*, y Fargeau había desperdiciado muchas horas en aquella misma mesa, hablando, jugando, desarrollando sus ideas siempre extrañas, y dejando que el tiempo pasara por hombres y cosas, sin darse cuenta de que la edad venía y de que de año en año los auditores no eran los mismos.

IV.

Celestino Fargeau era un ser raro, incomprendible; un bohemio que vivía de la casualidad en esa civilización que se hace cada día más hipócrita á medida que se descompone más. Había hecho todo lo que hay que hacer en este mundo, á excepción de una maldad. Nació pobre, había vivido pobre, y estaba resignado á morir lo mismo. Fué educado por un tío suyo bastante rico,

que debía dejarle por heredero; pero una aventurera se mezcló en el asunto, y el tío no pudo legar á su sobrino una fortuna que ya no tenía. Celestino se consoló muy pronto, pues no era interesado, y entró en la Escuela Normal, donde estudió y se hizo profesor, siendo destinado á provincias á terminar sus estudios.

Pero Celestino era un espíritu ávido de espacio, desordenado, sistemático, y al cabo de un año hizo dimisión. Un honrado anciano que vivía en *Pont-Eveque* le escogió para el preceptor de su hijo. Fargeau se paseaba por las tranquilas calles del pueblecillo, descifrando en las paredes de la iglesia las inscripciones de tiempo de Robespierre. Pasaba su vida bostezando desde por la mañana hasta por la noche, y cuando tenía algunas horas libres, iba á sentarse bajo los manzanos, fumando en su pipa y mirando extenderse á lo lejos el hermoso valle de *Auge*. Aquella existencia de provincia le ahogaba; pero había nacido perezoso, y la inactividad le retenía allí á su pesar.

Sin embargo, volvió á París y trató de buscar ocupación, luchando con valor y haciendo callar por mucho tiempo su necesidad de reposo: intentó dedicarse á ocupaciones diferentes; pero no tuvo éxito en ninguna de ellas, por lo cual se retiró á



un rincón, desengañado, para vegetar en él hasta que le llegase la muerte.

Aceptó sin protesta la vida que se había hecho ó que le habían hecho. En aquella vida de casualidad había tenido mil distintas ocupaciones. Era instruido, y su memoria había conservado hasta en los menores detalles todos los hechos de la historia confusa y tumultuosa de los últimos treinta años; pero esta ciencia y esta claridad de ideas y de recuerdos no le servía más que para hacerse escuchar de los asistentes al *Café de Athalie*.

Hacia algún tiempo que Fargeau había tomado la costumbre de jugar todos los días su partida de ajedrez con un joven llamado Fernando Terral, el cual pasaba largas horas en conversación con el filósofo. Terral tenía cuando más veintiocho años; pero desilusionado, escéptico, mordaz, parecía mayor que Fargeau por sus ideas. Fargeau, en medio de todas las vicisitudes de su vida, había conservado la fe, y aunque á menudo se había desesperado, no sabía negar. Tenía un placer especial en conversar con el joven Terral, tan instruido, inteligente y romántico, si bien en todo opuesto á sus ideas.

El amigo de Fargeau no tardó en presentarse

y saludando á éste, se sentó á su lado y pidió una copa de aguardiente.

Empezaron la partida de ajedrez. Fargeau, paciente y matemático, parecía llevar gran ventaja sobre su adversario, que estaba distraído y movía sus piezas maquinalmente.

—Pero poned cuidado—decía Fargeau de cuando en cuando.

Terral se encogía de hombros y seguía pensando en otra cosa.

Alto, delgado, moreno, de largos cabellos negros y brillantes algo rizados, de mejillas casi imberbes, pero de finos y retorcidos bigotes, hallándose reunidas en él la agilidad y la fuerza y poseyendo un gran encanto en sus hermosos ojos negros, al mismo tiempo dulces y amenazadores, Terral se balanceaba con orgullo al andar, como si hasta las piedras de la calle se hubiesen admirado á su presencia. Tenía los bolsillos vacíos; pero llevaba su traje, ya usado, con una desenvoltura que le hacía aparecer elegante, irguiendo su cabeza con un gesto despreciativo y burlón que le sentaba á las mil maravillas.

Pero aquel día el joven parecía pensativo y triste. Fargeau lo notó en seguida y se echó á reír. Aquella naturaleza compleja, ardiente y atrevida, dis-

puesta á todo lo audaz, le proporcionaba un curioso caso de estudio, y Fargeau tenía un gran placer en analizar aquel tipo singular en que se reunían todas las ambiciones.

—Vamos—dijo de repente—dejemos el juego, porque sus azares no logran hoy fijar vuestra atención.

—Tenéis razón—dijo Terral—no es esta partida la que me preocupa, sino la que juego con la fortuna, de cuyo buen éxito empiezo á desesperar.

—Vaya, vaya, si eso fuera verdad, no lo diríais.

—Es posible; y sin embargo, parece que presiento una derrota. Hace mucho tiempo que lucho en París.

—¿Quizá un año?

—¡Dos años, dos!

—¡Oh! ¡oh!—dijo Fargeau, riendo—lo menos hace treinta que lucho yo, y ya me he resignado á no vencer.

—¡Sí; habéis nacido dichoso porque no aspiráis á nada! ¡sois un sabio!

—¡Bonito título! ¡Lástima grande que no sirva para nada!

—Yo, en cambio, me desespero al ver que no

consigo lo que quiero y que todas mis esperanzas se deshacen como pompas de jabón. Hace mucho tiempo que busco y que espero, pues soy de aquellos que necesitan, más que comer, la vida de lujo; de disipación, la única posible á mis ojos.

—¡Ah!—exclamó Fargeau meneando la cabeza, —¿pero qué diablos esperabais encontrar en París al dejar vuestra provincia? ¿La gallina de los huevos de oro? Hace mucho tiempo que la mataron, hijo mío; pero al hablar de gallina recuerdo que tenemos que comer. Vamos, y por el camino seguiremos hablando.

Salieron.

Terral andaba mirando á las piedras y sin decir una palabra, y Fargeau, cogido al brazo del joven, le examinaba con gran curiosidad. Así cruzaron la calle de *Monsieur le Prince* hasta la escalera que conduce á la de *Saint-Hyacinthe* y *Saint-Michel*. Subieron sus gradas y se encontraron casi en seguida á la entrada de una especie de tienda sin muestra alguna, en la que se apercibían desde fuera dos largas mesas, en cada una de las cuales podrian comer treinta personas.

—Aquí se come muy mal—dijo Fargeau;—pero para nosotros esta operación no es cuestión de placer, sino un deber estricto que la naturaleza



nos impone y que cumplimos haciendo algún gesto de cuando en cuando.

Algunos hombres estaban ya sentados, y delante de ellos acababan de colocar botellas medio llenas. El uno devoraba la sopa mientras que el otro partía un trozo de carne y el de más allá comía la ensalada. El mantel tenía manchas de todas clases, cuyo análisis hubiera servido para ejercitar la sagacidad de algún químico. Alrededor de las mesas circulaba una joven delgada y morena, de dudosa belleza, pero cuyos grandes ojos negros y labios de un rojo vivo, parecían ejercer una magnética influencia entre los asistentes al café, que hablaban con evidente dulzura cuando dirigían á la señorita Julia sus humildes súplicas.

Una mujer de edad respetable, y de una gordura más respetable aún, estaba detrás del mostrador. Sus ojos de águila lo vigilaban todo. Llevaba el libro en que constaban las cuentas de los parroquianos, y en su manera de saludar á cada uno de los que entraban, no era difícil adivinar el crédito de que éste gozaba en la casa.

—¿Sabéis en qué consiste para mí la felicidad?  
—dijo bruscamente Terral á su amigo Fargeau que estaba comiendo lentamente.

—¿En qué?—respondió éste.

—En el lujo, en el escándalo, en el ruido, en la vida de placeres, como el juego, la mesa, la mujer, la mujer sobre todo.....

—¿Qué mujer?—dijo Fargeau friamente.—Tenemos varias especies.

Y viendo ocasión de poder echar uno de sus discursos favoritos, dejó sobre el sucio mantel el tenedor que tenía en la mano y dijo:

—¿Queréis escucharme un minuto?

—Os escucho.

Entonces Fargeau empezó á disertar, clasificando á las mujeres en varias clases y especies, de entre las cuales consideraba como más dañina la de *mujeres de gancho*.

—Y ahora—dijo Fargeau volviendo á coger su tenedor cuando hubo terminado—decidme si es la *mujer de gancho* lo que vos llamáis la mujer.....

—¿Conocéis á la célebre Antonia?—dijo Terral como si no hubiese oído la pregunta que le dirigian.

—¿Qué Antonia?

—La que está en el teatro de Vaudeville.

—¡Ah! si, si.

—La querida del Conde de Bruand.

—El conde de Bruand es mi antiguo discípulo, y en su casa he visto á Antonia.

—¡Ah!—dijo Terral—¿vuestro discípulo?....

—Mi único discípulo, puedo decir, y del cual estoy orgulloso.

—¡Antonia!—dijo Terral, que se había quedado pensativo de repente, entreviendo detrás de aquel nombre todo un mundo de voluptuosidades ignoradas, de sorpresas y de fiebres.

—Y.... ¿volveréis á verla?—preguntó á Fargeau.

—¿A Antonia?

—Sí.

—Mañana quizá, si va, como ha prometido, á ver á Victoria Herbaut.

—¿Victoria Herbaut?

—Sí, una infeliz que está moribunda y á quien el Conde de Bruand y su querida fueron hoy á socorrer.

—Decid—preguntó Terral levantando hacia Fargeau su mirada resuelta—¿no podría yo también ir á ver á esa mujer?

—¡Qué ideal!—dijo Celestino;—por mal no hay inconveniente.

—Pues entonces, iré mañana.

—Cuando queráis—dijo Celestino.

Desde aquel momento Fernando Terral, que había visto á Antonieta en el teatro, en paseo y en

todas partes, admirándola, contemplándola y enviándola, no pensó más que en aquella que él llamaba, como Fargeau, como el Conde de Bruand y como todo el mundo, *Antonia*.

La familia de Terral era provinciana; el padre había sido portero; pero su vista debilitada le había obligado á dejar este modesto empleo, viviendo de sus economías en *Saint-Mesmin*, cerca de *Musidan*, siempre renegando de su suerte. Estaba viudo, lo cual le consolaba un poco, y había obtenido para su hijo una plaza gratuita en el colegio de Bergerac. Allí es donde Fernando había crecido, constantemente encerrado y sirviendo como punto de mira para las burlas de sus compañeros á causa de su modesta condición. Desde muy niño se había encontrado entre el agrio carácter de un padre viejo y la crueldad de sus condiscípulos. Fernando desde entonces se había propuesto este atrevido problema: *¡Vencer!* Vencer á los hombres y á los obstáculos, saltar por encima de todo, sin detenerse en inútiles miramientos ni consideraciones de ninguna clase.

Peró en lugar de marchar hacia esta victoria por línea recta, Fernando, poco instruido, sediento de goces, comprimido y aspirando á la libre satisfacción de todas sus necesidades, se dictó desde



su entrada en París este programa claro y terminante: *Llegar al fin, cueste lo que cueste y sea como quiera.*

La naturaleza le había hecho hermoso, atrevido, emprendedor, y le había dotado de audacia, esa gran virtud que puede llegar á ser fácilmente un gran vicio.

Tenía sed y hambre. Sed de toda clase de placeres, y hambre de la vida parisién, de ese picante incitador que la grande y poderosa villa da en detalle y vende por junto. Con tales ideas no se puede estar mucho tiempo en provincias, y Fernando dejó á *Saint-Mesmin* el mismo día que se dirigía también á París un compatriota suyo, pintor, llamado Carlos Burdenois, que iba también á probar fortuna. Habían sido amigos de la infancia, y en Contras, durante la larga espera del tren que viene de Burdeos, se confiaron mutuamente sus proyectos y esperanzas. Al llegar á París se separaron, y Burdenois se fué á vivir á *Saint-Denis* con un pariente suyo. Dos horas después Terral no pensaba ya en Carlos Burdenois ni en el viejo padre Terral encerrado en su vieja casa de provincia y más solo ahora que nunca.

¿Y qué iba á hacer en París aquel joven? Lo que antes fué á hacer Antonia: probar fortuna, esperar

en la casualidad. No tenía ocupación, ni protector, ni talento, ni oficio; pero estaba seguro de tener todo esto un día, ó más bien de poderse pasar sin ello. Por un instante pensó en hacerse hombre de letras. «¡Hay tantos, se decía, que reemplazan la vocación por la aventura!» Quizá hubiera podido conseguirlo; pero dejó pasar el tiempo sin hacer nada, y pronto sintió aversión hacia todo lo que fuera trabajo y estudio. Vivió de mala manera, y un verano en Baden, por casualidad, ganó algunos miles de francos, y sonriendo á esta caricia de la fortuna, volvió á París, jugó á la Bolsa y se lo gastó todo.

Pero el tiempo había pasado y Fernando había vivido; esto ya era algo; y además, empezaba á hacerse conocer en París.

¡Ser conocido! ese era su sueño; y no porque desease la celebridad que nada produce; sino porque la reputación es el primer escalón de la fortuna. Un hombre conocido encuentra protectores, amigos, prestamistas y garantías. Fernando Terral quería, pues, ser conocido. Conocido por alguna acción ruidosa, por alguna excentricidad, por algún escándalo, no importándole cuál fuese éste, con tal de conseguir su objeto. Muchas veces su pensamiento se fijaba en alguno de los privile-

giados de París, de los ilustres del boulevard, y se decía: «¡Quién fuera él!» Ó bien pensando en tal ó cual heroína de la vida fácil: «¡Si la vieses de mi brazo una noche, todo el mundo hablaría de mí al día siguiente.»

De este modo razonaba Terral cuando Celestino Fargeau le prometió presentarle á Antonieta.

Aquella era quizá la ocasión que venía hacia él. Fernando estaba aún á las puertas de aquel mundo parisién en que reinaba la hija del padre Labarbade; pero conocía todos sus secretos y todas sus miserias. Había visto á Antonieta, que era de esas que siendo ignorantes siguen el principio del sabio viviendo en una casa de cristal. París entero está en el secreto de la vida de sus héroes. La crónica, esa fama de cien plumas, se había apoderado de Antonia, de sus trajes, de sus habitaciones y de su manera de ser. En todos los escaparates de París estaba su retrato. Su hermosura era célebre, y su palidez, que ella afectaba y preparaba, tenía un encanto y seducción particular, si bien bajo aquel blanco mate no hubiera sido difícil encontrar el color moreno y saludable de su tez de aldeana.

La joven tenía una manera particular de vestirse, que había encontrado por intuición. Tenía sobre todo la manía de los sombreros, de los que cam-

biaba diariamente. Sólo uno, adornado de magníficas plumas, consiguió el honor de ser llevado una semana. Un día Antonieta tuvo la idea de contar los que iba arrinconando. ¡Ciento veinte sombreros! y todos frescos y nuevos. El Conde de Bruand la encontró arrojándolos á la casualidad, hacia donde estaba su doncella, que los recibía al vuelo.

Por fin llegó el día en que Terral y Fargeau iban á ver á Antonieta. Sabían hablando de *Montparnase* á la calle *des Dames*.

—¡Qué París—decía Terral—y qué hombres los que le tienen en su mano ó bajo su rodilla!

—¡Dominar París! ¡Dirigir las turbas!—exclamó riendo Fargeau.—¡Es una gran cosa, pardiez! ¿Queréis saber un medio para llegar hasta ahí? ¡Tener genio! Llamamos Víctor Hugo ó Balzac, y estad seguro.....

Fargeau se interrumpió diciendo:

—¡Chít! llegamos al cuarto de la enferma.

Victoria Herbaut se iba debilitando de día en día, y el médico desesperaba de salvarla. A menudo había llamado á Antonieta á su cabecera, pues quería unirse á ella, verla hablar, quizá reconciliarla con José; pero si éste se encontraba allí cuando entraba Antonieta, cogía su gorra y bajaba de dos saltos la escalera.



—¿No la quieres ya?—le preguntaba muchas veces su hermana.

—No me gustan sus costumbres.

—Pero sufres al verla.

—Lo único que me hace sufrir, hermanita, es tu enfermedad.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras! Lo demás me tiene sin cuidado.

Antonia seguía yendo allí por distracción quizá, pues aquel dolor era al fin un espectáculo como otro cualquiera.

Fernando Terral la vió por fin y se acampó ante ella como un general ante una ciudadela, interrogando á sus grandes ojos negros, queriendo dominar á aquella mujer que dominaba. Al principio llamó la atención de la joven, pues sus miradas tenían algo de desdenoso y fiero que exasperó el orgullo de Antonieta. Siguió encontrándole todos los días en casa de Victoria Herbaut. La seducía con su frialdad profundamente estudiada, y logró atraerla de tal manera, que desde aquel instante Antonia no volvió á visitar á Victoria más que por ver á aquel joven cuyos profundos ojos negros la turbaban.

Fargeau iba allí muy poco, y el Conde de Bruand

sólo algunas veces á buscar á Antonia, á quien encontraba siempre hablando con Terral, sin inquietarse por ello.

Trataba de animar á la enferma, saludaba al joven y se alejaba.

Fernando sentía inmensos deseos de perseguirle por la escalera y abofetear su rostro.

Cuando José llegaba y encontraba á Terral y Antonieta cerca del lecho de su hermana, miraba al joven sin saludarle, pues lo adivinaba todo.

Las fuerzas de Victoria iban disminuyendo de día en día. La pobre mujer lo sentía, y sonreía á su hermano diciéndole:

—¡Esta vez no hay remedio!

—No digas eso, por Dios. ¡Ten valor!

—¡Ah! bastante valor he tenido..... ya no le necesito, porque mis sufrimientos van á terminar.

José miraba á su hermana con unos ojos cuya expresión era tan cariñosa que parecía acariciar.

—José mío—le dijo ella—quiero que *le* perdones, porque en el fondo no es malo. Cuando yo no esté en el mundo, deseo que procures hacerle volver al buen camino. ¿Me lo prometes?..... No quiero verle, porque nada adelantáramos con eso; pero cuando sepa que he muerto, creo que se arrepentirá de su vida pasada..... Además, quería otra

cosa..... Su reloj, ya sabes, su reloj de plata está en el Monte de Piedad hace muchos años, y sabe Dios el dinero que he gastado en renovar las paletas..... Pues bien, quisiera que desempeñaras ese reloj que *llevaba el día de nuestra boda.....* Quizá tenga yo la culpa de sus extravíos, por no haber sabido entender su carácter. ¡Ah! nada de esto hubiera pasado si hubiéramos tenido un hijo!.....

Y la pobre enferma, cuya cabeza se extraviaba, volvía siempre á esta misma idea.

—Desempeñarás el reloj, ¿no es verdad?

José hacía un signo afirmativo.

—Luego se le llevará cuando hayas retirado la demanda, y le dirás que al morir lo he olvidado y perdonado todo..... ¿Verdad, José?..... Y si eso no puede detenerse, si le juzgan..... procura acusarle lo menos posible..... ¡ya no volverá á hacerme daño!

Y el pobre José se levantaba sofocado y se iba á la escalera fumando un cigarrillo, mientras abundantes lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Comprendía, veía claramente que su hermana iba á morir.

—¡Será el primer dolor—pensaba—que ha causado á los que ama!

Una tarde volvía Antonia del ensayo, del brazo del Conde de Bruind.

La entregaron una carta.

Antonia reconoció al momento la letra de José.

—¡Ah, me lo figuraba!—dijo tranquilamente.

—¿El qué?—dijo León.

Antonia le tendió la carta.

«Victoria ha muerto. Os quería mucho. Pasado mañana á las diez la enterrarán en la iglesia de Batignolles.»

—¡Pobre mujer!—dijo el Conde.

Antonia arreglaba sus cabellos entretanto delante de un espejo.

Sin embargo, al día siguiente se acordó, mientras tomaba chocolate en su lecho, de que á las diez enterraban á Victoria Herbauf.

Llamó á su doncella y la dijo:

—Vestídmeme.

—¿Qué vestido quiere la señora?

—Esperad..... Al salir de la iglesia tengo que ir á Asnières á casa de Coralía..... Dadme mi vestido malva.

La misa se decía en una capillita en cuyo centro estaba el ataúd cubierto con un paño negro y rodeado de cirios. José había pagado los gastos de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS

“MAY 17 1923”

1923 MONTERREY, MEXICO



la iglesia, y estaba allí pálido como un muerto y con los ojos enrojecidos por el llanto. A su alrededor estaban los compañeros de taller y algunas vecinas. El sacerdote recitaba fervorosamente las oraciones.

Fernando Terral estaba allí también y miraba con curiosidad á aquellas gentes que rezaban ó lloraban.

De pronto se oyó un ruido de sillas y el roce de un vestido de seda.

Todos volvieron la cabeza.

Era Antonieta que entraba elegantemente vestida y llevando en sus enguantadas manos un libro de misa de terciopelo azul.

La joven se arrodilló cerca del ataúd.

Los fatigados ojos de José se fijaron en ella.

Terminada la misa, y cuando Antonia salía de la iglesia, encontró á Terral que la esperaba para ofrecerle agua bendita.

Ella hizo el signo de la cruz y después dijo á Terral:

—¿Queréis darme vuestro brazo hasta mi coche, señor Terral?

Fernando sonrió con aire de triunfo y ofreció el brazo á Antonia.

—¡Pobre mujer!—dijo la joven saliendo de la

iglesia.—Señor Terral, id á verme á mi casa, donde estoy todos los días desde que termina el ensayo hasta la hora de comer. De cuatro á cinco.

Fernando se inclinó.

Terral había acertado á llegar en la mejor ocasión á cruzarse en la vida de Antonieta. Decididamente la joven se aburría. El Conde de Bruand le proporcionaba una existencia de lujo demasiado uniforme, y ella hubiera deseado una vida más accidentada. No había encontrado aún el hombre soñado por ella, *su amo*. El Conde era demasiado político, y José había sido demasiado amante. En cuanto la joven vió á Fernando Terral, comprendió que era el tipo de sus sueños, y antes de que fuese su amante la dominaba ya y la hacía sentir el influjo de su voluntad. Una vez suya, se sintió dichosa; quería serlo por completo, romper su cadena, dejar al señor Bruand, dejar el teatro é irse á comer pan y cebolla á cualquier parte, á un granero.

—Vamos, no seas loca—decía Terral.

Él la quería amada, envidiada, para hacerse notar. No era una querida para él, sino un instrumento, y ni la había amado ni la amaría jamás.

—No; seguirás al lado del Conde de Bruand. ¿Qué me importa? Sé que me amas, y esto me

basta. Además, eres libre por completo. Si yo consigo lo que deseo, ya nos iremos juntos á donde quieras y sin tener que vivir en una boardilla.

—Tienes muchísima razón—decía Antonia.

La joven estaba entusiasmada por completo; recibía cartas de Fernando, que besaba y escondía en su seno como si fueran reliquias. Hacía excursiones con su amante en coches de alquiler, en los que Terral bajaba las cortinillas, pues no creía aún llegada la hora de que el mundo presenciase su triunfo.

—¿Te da vergüenza ir conmigo?—decía Antonia abrazándole.

Iban á los lugares más solitarios de París, y la joven se excusaba como podía con el Conde de Bruand, mintiendo como una diplomática para explicar sus ausencias. Terral escondía aquel amor como si se tratase de un adulterio. ¡El amor prohibido! Este amor tiene su castigo; así que para satisfacerse tiene que recurrir á los hoteles, esconderse en los fiacres, disimularse, hacerse bajo é innoble. El sol, la luz, la claridad le están prohibidos, y sólo vive en las tinieblas y en el disimulo, cobarde, lívido, estigmatizado por el orden y la rectitud, que, chocando con él, á cada paso le repiten que no es la pasión, sino la trai-

ción, y no el amor, sino el vicio, y el vicio que se esconde y tiene miedo.

## V.

La fuga de Antonieta había sido un golpe terrible para el padre Labarbade. El pobre viejo no tenía ya amor al trabajo é iba envejeciendo y poniéndose cada vez más sombrío. Sus amigos le aconsejaban que se cuidase si no quería enfermar, á lo que respondía Labarbade encogiéndose de hombros y yendo á sentarse en un banco delante de su posada, desde donde miraba correr el río con gran deseo de precipitarse en él.

Su mujer le decía:

—Todos los parroquianos van á marcharse de la posada si continúas poniéndoles esa cara de mal humor.

—Que hagan lo que quieran—respondía el padre Labarbade con aire indiferente.

Y añadía algunas veces:

—Aunque la posada se desacredite, siempre tendremos con qué vivir.

—Nosotros sí....., sobre todo tú, que vas ves-



basta. Además, eres libre por completo. Si yo consigo lo que deseo, ya nos iremos juntos á donde quieras y sin tener que vivir en una boardilla.

—Tienes muchísima razón—decía Antonia.

La joven estaba entusiasmada por completo; recibía cartas de Fernando, que besaba y escondía en su seno como si fueran reliquias. Hacía excursiones con su amante en coches de alquiler, en los que Terral bajaba las cortinillas, pues no creía aún llegada la hora de que el mundo presenciase su triunfo.

—¿Te da vergüenza ir conmigo?—decía Antonia abrazándole.

Iban á los lugares más solitarios de París, y la joven se excusaba como podía con el Conde de Bruand, mintiendo como una diplomática para explicar sus ausencias. Terral escondía aquel amor como si se tratase de un adulterio. ¡El amor prohibido! Este amor tiene su castigo; así que para satisfacerse tiene que recurrir á los hoteles, esconderse en los fiacres, disimularse, hacerse bajo é innoble. El sol, la luz, la claridad le están prohibidos, y sólo vive en las tinieblas y en el disimulo, cobarde, lívido, estigmatizado por el orden y la rectitud, que, chocando con él, á cada paso le repiten que no es la pasión, sino la trai-

ción, y no el amor, sino el vicio, y el vicio que se esconde y tiene miedo.

## V.

La fuga de Antonieta había sido un golpe terrible para el padre Labarbade. El pobre viejo no tenía ya amor al trabajo é iba envejeciendo y poniéndose cada vez más sombrío. Sus amigos le aconsejaban que se cuidase si no quería enfermar, á lo que respondía Labarbade encogiéndose de hombros y yendo á sentarse en un banco delante de su posada, desde donde miraba correr el río con gran deseo de precipitarse en él.

Su mujer le decía:

—Todos los parroquianos van á marcharse de la posada si continúas poniéndoles esa cara de mal humor.

—Que hagan lo que quieran—respondía el padre Labarbade con aire indiferente.

Y añadía algunas veces:

—Aunque la posada se desacredite, siempre tendremos con qué vivir.

—Nosotros sí....., sobre todo tú, que vas ves-

tido de cualquier manera y vives como un oso; pero, ¿y el niño?

Labarbade sonreía entonces con amargura. —¡Ah, el niño!..... Que trabaje como he trabajado yo. A cada uno le llega su vez. Es una tontería sacrificarse por los hijos.

—¿Acaso es culpa de Adolfo el que tu hija esté en París dando escándalo? ¡Pobre hijo mío! ¡Bien necesita del amor de su madre, puesto que tú le detestas!

—¿Yo?

Y Labarbade salía de su casa é iba á sentarse al jardinillo, bajo el viejo cerezo donde jugaba Antonieta cuando era pequeñita. Cuando notaba que estaba completamente solo, lloraba.

Una mañana se levantó pálido, con los ojos hinchados y muy agitado. Habían llegado pintores de París pidiendo un almuerzo que esperaban cantando en el comedor.

—¿Pero no te ocupas del almuerzo?—decía la señora Labarbade.—Están esperando y ya comienzan á impacientarse.

—Es verdad—dijo maquinalmente Labarbade;—han pedido un almuerzo.—¿Y el pescado?

—Está en la barca, ¿quieres que vaya á buscarlo?

—¿Qué barca?

Su mujer le miró asustada.

—¿Qué te pasa?..... ¿Estás loco?

—No sé..... mi cabeza se pierde. ¿Por qué gritan esas gentes?

Las alegres canciones de los pintores llegaban allí entre risotadas y algazara.

—Vamos, ¿quieres servirles ó no?—preguntó la señora Labarbade.

—No; estoy cansado, estoy enfermo.

—¿Enfermo?

—No puedo tenerme en pie. ¿No ves que tengo fiebre? ¡Que se vayan!

Entretanto en el comedor los cuchillos se dejaban oír golpeando fuertemente los vasos.

—Decididamente estás empeñado en desacreditar tu posada.

La puerta de la cocina se abrió, y un joven de cabellos rojos entró diciendo:

—Cuando os parezca que hemos esperado bastante, servidnos el almuerzo, padre Labarbade.

—No hay pescado hoy—dijo Labarbade bruscamente.

—¿Cómo?

—Id á comer al puente Valvins.

—¡Ah!—dijo el joven;—y para eso nos estáis haciendo esperar?



—¿No véis que está delirando?—dijo la señora Labarbade.—Yo os serviré.

Y se puso á trabajar con ardor. Cuando los pintores hubieron partido, se aproximó á su marido, que estaba sentado en una silla con la cabeza inclinada sobre el pecho, y le dijo:

—Cuando uno está malo, se acuesta. Yo sabré despachar el trabajo sin necesidad de tí, porque tenemos un hijo y no quiero que cuando sea mayor no tenga qué comer.

—No somos pobres de pedir limosna—dijo Labarbade.

—Ya lo sé; pero si puedes duplicar los cuatro cuartos que tenemos, ¿por qué no hacerlo? Tenías más ánimos cuando trabajabas para tu señora hija.

—¡Voto á Dios!—exclamó Labarbade como si le hubiese picado una víbora;—¡no hables de mi hija!

—¿Y por qué? ¿Es acaso sagrada la señorita Antonia?

—¡Antonía!—dijo el pobre viejo levantándose.—¡No la llames así, mala mujer! Te prohibo que le des ese nombre. Nunca la has querido, y la pobrecilla era muy desgraciada aquí. Quizá tú sola eres la causa.... y yo, bestia, bruto, que la

pegaba.... Dame agua.... ¡Oh, me abraze! Te he dicho que me des agua.

La señora Labarbade se encogió de hombros; llenó un vaso en la fuente y se le llevó á su marido, que, humedeciendo en él su pañuelo, se refrescó la frente, las sienes y los labios.

Después quiso levantarse, pero sus piernas se doblaron.

—Dios mío, ¿qué es esto?—dijo.

—¡Qué ha de ser!—dijo su mujer.—Que te preocupas demasiado por una ingrata que ni siquiera se acordará de tí.

—¿Quién te ha dicho que no se acuerda de mí?.... La he echado mi maldición, y por eso no se atreve á venir; pero me sigue amando. Iré, iré á París y la veré. ¿Á qué hora sale el tren?.... Hay una media hora de aquí á *Fontainebleau*, y á la noche podré estar en París.... ¿Dónde está mi sombrero?.... no puedo encontrarle. ¿Qué haces ahí mirándome como una tonta?.... Iré á abrazar á mi hija, porque soy libre para hacer lo que quiera.... á menos que ella no me haga arrojar á la calle, que es posible.... todo es posible.... Tiene cuballos y vestidos de seda. ¡Ya verás tú cómo desgarró esos vestidos!.... ¿Qué dices? ¡Te pregunto que qué dices!

—Nada—dijo la señora Labarbade, que empezaba á tener miedo.

—¡Me ahogo!..... Un baño de pies..... ¡Oh, estoy muy malo, lo conozco! Me parece que se abre mi cabeza. ¡Quiero acostarme!

—¿Y si viene gente?

—¡Que se vayan todos, todos!

Y Labarbade soltó una carcajada.

La señora Labarbade se asustó de aquella risa nerviosa y corrió á avisar al médico, quien al llegar encontró acostado á Labarbade, le tomó el pulso é interrogó meneando la cabeza.

Al salir dijo á la señora Labarbade:

—Está muy grave. Ha caído enfermo como herido por el rayo.

—Pero ¿qué es lo que tiene?

—Una apoplejía fulminante. Voy á buscar mi bolsa para sangrarle en seguida. Entretanto, ponle hielo en la cabeza.

—¡Una apoplejía fulminante!—repitió la señora Labarbade.

Y quedó aterrada.

El delirio del pobre hombre iba aumentando. El infeliz se retorcía como una culebra. No entendía ni veía nada, y todos sus ocultos sufrimientos, sus amarguras y sus dolores acudían á

sus labios. Llamaba á su hija y la rechazaba; la maldecía y quería abrazarla. Gritaba, reía y lloraba, y sus manos se extendían como buscando algo ó alguien en el vacío. Su rostro estaba tan desfigurado por las contracciones nerviosas, que no parecía el mismo, y la señora Labarbade temblaba al verse sola en la posada con aquel moribundo. El terror se apoderó de ella de tal manera, que, dejando al enfermo, quiso huir, ir á buscar á Adolfo á su colegio, ó á llamar á alguna vecina. Cuando abrió la puerta, se encontró con el doctor que venía á sangrar al enfermo; pero no pudieron reducir á éste á la quietud necesaria en estos casos, y hubo necesidad de llamar á unos albañiles que trabajaban en una obra de la casa inmediata, para que sujetasen al pobre delirante.

La sangría hizo mucho bien á Labarbade, le debilitó y logró hacerle conciliar el sueño hasta la noche.

—Mañana por la mañana volveré—dijo el doctor.—Espero que la noche será tranquila.

Durante ésta la señora Labarbade velaba á su marido, en compañía de una vecina que se alababa de saber muchos remedios caseros para curar.

Labarbade se despertó, y enderezándose brusca-



mente, miró á la luz con fijeza, y dijo con voz ronca:

—¿Quién está ahí?

—Yo—dijo la señora Labarbade.

—¿Quién sois?..... Antonieta..... ¿Dónde está Antonieta? ¿La habéis visto?..... A ella es á quien busco. ¿Por qué me han atado á esta cama? ¿Qué es lo que he hecho? ¿Dónde está mi hija?

Las dos mujeres se miraron. El delirio continuaba. Labarbade arrojó lejos de sí las ropas y saltó del lecho. Sus abrasadas pies se apoyaron en las frías baldosas, y el infeliz empezó á pasear gesticulando ante aquellas mujeres mudas de terror.

—Pediré á mi hija y me la devolverán..... Adolfo..... ¿quién ha hablado de Adolfo?..... ¡Ah, los hijos! ¡Ingratos..... ingratos! ¿Dices que amo á mi hija más que á Adolfo?..... pues bien, sí, mucho más..... Tengo hambre..... Dadme de comer. ¡Que quiero comer he dicho!..... Sí, te volveré á ver, Antonieta..... ¡Ah, qué calor!..... ¡Ana!

—¿Qué?—dijo la señora Labarbade, muy sorprendida al oírse nombrar en medio de aquel caos.

—Te he dicho que me des mi traje de verano, y no lo has hecho..... Ya sé que lo que tú desearías es que yo me muriese aquí de calor..... No tengas

miedo, que tú cargarás con todo, porque nuestras pobres rentas están á tu nombre.

—¡Oh!—dijo la señora Labarbade—no lo creáis, señora Germain. ¡Está loco!

—¿Queréis que le haga una tisana?—dijo la señora Germain.

—Bueno.

La buena mujer sacó algunas hierbas de su bolsillo y las echó en una cafetera, que llenó luego de agua y vino blanco, poniéndolo todo á hervir.

—¿Creéis que con eso se aliviará?

—Ya veréis el efecto que le hace.

El padre Labarbade, rendido de cansancio, se había vuelto á arrojar instintivamente sobre su lecho, diciendo algunas palabras entrecortadas.

—¡Dios mío!..... ¡Antonieta maldita!..... ¡Me muero!

Quando la medicina de la señora Germain estuvo hecha, trataron de hacérsela tomar al enfermo; pero éste cogió la taza que le tendían y la estrelló contra el muro, diciendo:

—¡No quiero, no quiero veneno!

La señora Labarbade se puso roja y después verde de cólera.

—¡Ah!—exclamó—¿Crees que soy tu hija? Ella tal vez se atreviese á envenenarte.

Y salió, dejando á Labarbade que delirase solo cuanto quisiese. La señora Germain, profundamente ofendida por el mal éxito de su tisana, se había retirado también; de modo que el pobre enfermo quedó completamente solo en su cuarto, gritando, amenazando y llorando.

Su mujer le oía desde una habitación de abajo, muerta de miedo, creyendo que todo aquel furor era contra ella. No se hubiese atrevido por nada del mundo á entrar en el cuarto de su marido, temiendo que éste se arrojase sobre ella como un insensato, y permanecía allí, escuchando aquellas exclamaciones que desgarraban el silencio de la noche y la hacían estremecer como otras tantas sacudidas eléctricas. De cuando en cuando se levantaba, y dirigiéndose á la ventana, separaba las cortinas para ver si amanecía.

Pero las estrellas brillaban aún sobre un cielo sin nubes, retratándose en la límpida superficie del río.

La señora Labarbade volvió á sentarse lanzando un suspiro.

Pensaba en aquella Antonia que Labarbade amaba aún, y en el pequeño Adolfo, en su hijo, que dormiría entonces en su lecho del colegio *Desvignes* en *Fontainebleau*. Sabía que Antonieta

había hecho fortuna en París, porque había leído en los periódicos las descripciones de su lujo y de sus triunfos.

—¡Debe odiarme! ¡Ah, qué lástima! ¡Hubiera podido ser tan buen apoyo para Adolfo!.... Si yo me atreviese.... pero no, debe odiarme todavía.

Pero luego pensaba que el carácter de Antonieta era capaz de una violencia en el pronto, mas incapaz de guardar rencor y conservar odio profundo.

Iba amaneciendo. Una luz pálida entraba en el cuarto donde la señora Labarbade había pasado la noche. En el cuarto del enfermo no se oían ya gritos; la lumbre del hogar se apagaba, y estremeciéndose de frío y bostezando, la señora Labarbade subió al cuarto de su marido.

Se detuvo á la puerta y escuchó. No se oía el más leve ruido. Levantó el picaporte, entró bruscamente y miró al lecho.

—¡Nadiel

Pero casi al mismo instante apercibió en una esquina, tendido, rígido, con los brazos extendidos y boca abajo, al infeliz Labarbade. Sin duda al querer lanzarse de su lecho debía haberse caído, porque se había abierto la sien derecha contra el mármol del lavabo. La señora Labarbade lanzó un grito al tocar aquellos miembros helados.



El médico, que no tardó en llegar, declaró que el fallecimiento databa de tres ó cuatro horas.

—Señora—añadió con alguna severidad—no debe dejarse solos á enfermos tan graves.

Y luego, meneando la cabeza:

—Por lo demás, el caso era fulminante y completamente desesperado.

Era un consuelo.

Aquel mismo día la señora Labarbade fué á buscar á su hijo al colegio.

—Tu padre ha muerto—le dijo.

—¡Ah!

Y añadió:

—Ya me extrañaba á mi verte no siendo día de salida.

El día que enterraron á Labarbade, el pequeño Adolfo llevaba una gran corona. Cuando bajaron el ataúd á la fosa, el chico arrojó su corona y se inclinó con curiosidad para ver el efecto que hacía.

Por la noche su madre le cogió en brazos y dijo acariciándole:

—Ya no tienes en el mundo más que á mí; pero seguramente no has perdido al que más te amaba de los dos.

—¿Me volverás á poner en el colegio?—preguntó Adolfo con zalamería.

—No sé, veremos—dijo la señora Labarbade. Pensaba en Antonia.

—¡Si vieras qué mal se está allí!—exclamó Adolfo.

—¡Pobre hijito! Es verdad que estás pálido. Toma, toma la llave del armario y coge unas almen-dras que te tengo allí guardadas.

El mismo día de la muerte de Labarbade, su viuda escribió á Antonia, que no estaba entonces en París, pues León la había llevado á pasar una semana á Arcaehón. La carta permaneció, pues, unos días en casa del portero, y cuando Antonia volvió la encontró entre otras muchas: al leerla se puso algo pálida y quedó un instante pensativa.

A los pocos instantes entró su doncella.

—Señora, ahí está el peluquero.

—Bien; que espere. ¿No sabes lo que me pasa, Constanza?

—No.

—Ya no puedo ponerme mi sombrero de crepón rosa. Estoy de luto.

—¿De luto?

—¡Papá ha muerto!

—¡Ah, señora!

—¡Oh, estoy contrariada! Si crees que no se

ama á los padres, te equivocas.... ¿Dónde está el peluquero?

El peluquero entró.

—Hace mucho tiempo que no me habéis peinado, señor Anatolio. En Arcachón no hay un buen peluquero. Quiero que me leáis el *Moniteur de la Coiffure*, porque deseo encontrar un tipo nuevo.... ¡Ah, qué contrariada estoy! ¿Habéis perdido ya vuestro padre?

—Hace mucho tiempo.

—Más vale así. Cuando se es pequeño no se siente tanto. Figuraos que yo le he perdido ahora: ¡oh! lo que es hoy no saldré de casa.... y á propósito ¿habéis tenido noticias de la pieza de Meillac? ¿Qué se dice por ahí? Yo hubiera querido volver de Arcachón dos días antes para asistir al estreno; pero mi *esposo* estaba entusiasmado en aquel país, mientras que yo me aburría....

—Pues ha tenido un gran éxito.

—¿Y Camila?

—¡Hum, hum!.... Esta mañana estaba yo afeitando á Renaud, el que escribe en el *Figaro* que tiene la pretensión de decir que es una actriz consumada; pero yo la encuentro bonita y nada más.

—Bonitilla, sí; es muy rubia: de seguro había de estarla bien el luto.

Cuando salió el peluquero, Antonia se tendió en un sofá y trató de conciliar el sueño, porque aquella era la hora de su siesta; pero como no lo consiguiera, se levantó y llamó á su doncella. Quería pedir noticias de Fernando Terral.

—Ayer ha venido—dijo Constanza—y le advertí el próximo regreso de la señora; así es que seguramente volverá hoy.

—Estaré sólo para él, y si el *señor* viene, le dirás que estoy en paseo. Di á Fermín que enganche y que se vaya á pasear los caballos por donde quiera.

Los ocho días que había pasado en Arcachón habían parecido eternos á Antonia. La joven amaba á Terral, ó más bien creía amarle; mas lo cierto es que éste se había impuesto á ella, la había conquistado y la dominaba por completo. Fernando había sabido atacar el corazón de aquella mujer por todas sus vanidades y todos sus vicios. Había demostrado un ardiente amor á la joven con cierto fondo de desprecio, y ella se sentía dominada por aquella voluntad de hierro y loca de amor bajo la mirada ardiente y poderosa de aquel joven que parecía entregársele por completo y que se guardaba sin embargo todo entero. Si León Bruand la hubiese amado así, con un amor en que la bur-



la hubiera sucedido bruscamente á las caricias, Antonia hubiese adorado al Conde; pero León, más frío y más desdenoso en realidad, aunque no demostraba su desdén, se contentaba con sonreír y tratar á la joven como á una niña mimada, accediendo á todos sus caprichos.

León Bruaud había querido llevar á Antonia á Arcachon; pero ésta se hubiera negado á ir, si Fernando no la hubiese dicho que partiera.

Terral creía que aun no había llegado la hora de presentarse ante París, ante aquel París casi fantástico de sus sueños, llevando á Antonia de su brazo. Quería estar seguro de aquella mujer, probarla, y sobre todo, añadir otro título á aquel que la gente no dejaría de darle al decir: *Fernando Terral, el que quitó la querida al Conde de Bruaud*. Quería ser algo más, ¿pero el qué? No lo sabía: esperaba sin embargo, confiando en su suerte.

Fernando se encontró una noche con un hombre, á quien reconoció en seguida: era Carlos Burdenois, su amigo de la infancia y su compañero de viaje, á quien no había vuelto á ver. Burdenois dijo á Terral que había podido conseguir un destínulo en el que ganaba seiscientos francos al año.

—¡Ay! amigo mio, ya se que cincuenta francos al mes es la miseria; pero ¿qué importa? acepto la

lucha y trabajaré. Es cierto que no como todos los días; pero me resigno, y lo único que siento es no tener un taller bastante grande para trabajar, ni dinero para pagar los modelos, lo cual me obliga, cuando tengo que hacer algún estudio del natural, como hoy, á ir á casa de un pintor amigo mio que tiene un magnífico taller en el boulevard Pigale y cuenta siempre con magníficos modelos. Esto me hace perder mucho tiempo, por la gran distancia que hay desde su estudio al boulevard *Saint-Jacques* donde yo vivo. Por la noche suelo dar un paseo por los boulevards desiertos que van desde el camino de hierro de *Sevane* hasta la valla de *Fontainebleau*. Eso los días que ceno.

—¿Y los días que no cenas?

—¡Ah! esos suprimo el paseo y le reemplazo por la cama, según dice el proverbio que se haga.

—Pues mira, yo, antes de hacer una vida como la tuya, desgarraría mi última camisa para hacer una cuerda y ahorcarme con ella.

—¿Según eso, has hecho fortuna, mi querido Fernando? Pues yo no tengo un cuarto, sino una boardilla y soy el más feliz de los hombres.

—Yo no; estoy cansado, descontento, á pesar de que el cielo parisién parece despejarse para mí.

Tengo mi parte de amor en el festín, y espero mañana mi parte de riqueza.

—¿Tú también estás enamorado?

—¿Enamorado? ¿A qué conduciría eso? Me aman únicamente.

—Yo no sé ni aun el nombre de la encantadora joven que viene todos los días á Luxembourg á pasearse con su padre; pero la sigo como un perro, cambiando con ella alguna mirada ó seña, nada, y me creo tan feliz como un rey.

—¿Es un idilio?

—Un puro idilio. ¡El idilio de un *Realista!* Tengo un compañero que pretende que trato el amor como Gleyre sus cuadros.... No puedes figurarte, ¡es un ángel! El otro día, en esta misma alameda, pasaba su padre, que es un señor muy grave que tiene cara de sabio, y llevaba el pantalón remangado, que dejaba al descubierto sus medias azules. ¡Pobre hombre! yo no pude menos de sonreirme: ella me vió, y bajándose, amigo mío, ¡pero con tanta gracia! arregló el pantalón, dándole unas palmaditas con sus pequetísimas manos.... ¡Oh, podría hacer un cuadro precioso!

—¿Arreglando los pantalones....?

—Calla, escéptico. Véte con esas que te aman,

mientras que yo sueño con la que no me conoce. ¡Hasta la vista!

Precisamente entonces iba Fernando á aconsejar á Antonia que partiese á Arcachón con el Conde de Bruand, lo cual no agradó mucho á la joven. ¡Ocho días sin ver á Terral! ¡Si dejase de amarla! ¡Si la olvidase!

Antonia fué de mal humor durante todo el viaje.

—¿Conque Arcachón os parece horrible?—decía el Conde.

—Horrible, sí.

—Pues os sentará muy bien, porque el aire resinoso de los pinos es magnífico para los pulmones.

—Sí, burlaos. ¡Ah! Dios mío, ¡si me hiciese engordar!

—Luego bebáis vinagre y adelgazaríais.

Y el Conde encendía siempre un cigarro al final de estos diálogos y fumaba distraidamente.

¡Con qué inmensa alegría volvió Antonia á París! ¡El ruido, las luces, los teatros....! Aquel era su centro.

Después de haber despedido á su peluquero y pedido noticias de Fernando á la doncella, Antonia volvió á llamar.



—Señora, en este mismo momento iba á entrar, porque hay ahí una señora que pregunta por vos.

—¿Una señora.....? Y decidme, ¿tenéis seguridad de que el señor Terral vendrá hoy? porque si no, voy á escribirle.

—¡Oh, señora! estad segura de que vendrá.

—¿Lo crees así.....? ¿Y quién es esa señora?

—La señora de Labarbade, ha dicho.

Antonia se puso roja como una amapola.

—¡Ah.....! ¿Una señora de luto?

—Sí, señora.

—Que pase.

La verdad es que Antonieta estaba gozosa al volver á ver á su madrastra y presentarse ante ella con todo su lujo. Así es que cuando entró la tendió sus manos; pero esto no bastó á la señora Labarbade, que la cogió la frente, se la besó y dijo con voz turbada por las lágrimas:

—¡Ya ves que desgracia, hija mía!

—Sí.....—dijo Antonia;—pero siéntate.

—Murió el miércoles por la noche, querida mía. ¡No se concibe! ¡Después de haberle cuidado tan bien!

He podido conseguir que te perdonase, porque no sabes lo incomodado que estaba contigo; y á la verdad no sé de qué, porque has sabido crearle

una posición y llegar á ser una actriz, una buena actriz, en lugar de estar trabajando en nuestra posada como tu pobre padre, que ha pasado treinta años en ella y apenas nos ha dejado á tu pobre hermano y á mí un pedazo de pan que llevar á la boca. Adolfo me ha dado mil besos para tí. ¡Pobre hijo mío! ¡Si vieras qué bueno es y qué inteligente, mi querida Antonieta! Déjame que te llame Antonia. ¿Quieres? Has hecho muy bien en cambiar tu nombre..... ¡Ah! Si fueses á *Samoreau* en tu coche, dejarías asombrado á todo el mundo; porque tienes coche, ¿verdad?

—Un coupé.

—¡Ah, un coupé.....! ¡Un coupé! ¡Qué desgracia que no haya podido verte tu pobre padre! ¡Qué lujo tienes, chica! Y eso que no he visto más que la antesala. Es preciso hacerte la justicia de decir que desde muy pequeña eras inteligente, y tu aire de superioridad me daba envidia algunas veces. En más de una ocasión recuerdo haber dicho á tu pobre padre: «Mira á tu hija; parece una reina.» Estoy segura que aunque te hubieras puesto por sombrero una cacerola, hubieras parecido bien.

Antonieta se sentía dulcemente acariciada por aquellos piropos. La señora Labarbade sabía muy bien que su flaco era la vanidad, y á fuerza de

adulaciones y zalamerías la hizo adoptar el plan que había madurado en *Samourcau*, y que era el siguiente: entrar en casa de Antonia en calidad de mayordomo femenino, para vigilar á los criados, tomarles cuentas y mantener la casa en el mejor orden.

—Escucha, hija mía; eres rica, hermosa y estás rodeada de admiradores; pero puedes arruinarte y perder tu belleza por cualquier desgracia que no se puede prever. Esto no sucederá, estoy segura; pero por si llegase, deja á tu mamá política el cuidado de guardarte una manzana para la sed. Tanto más que una mujer de mi edad es necesaria á una joven de la tuya. La unión hace la fuerza. Sólo te pido en cambio de mis servicios que te encargues de la educación de tu pobre hermanito, que es tan bueno y te quiere tanto.

—Sea lo que tú quieras—dijo Antonieta.

También ella había soñado con la dama de compañía que venía á ser en su casa la señora Labarbade.

No la disgustaba encontrarla en su madrastra dulcificada y convertida.

—¡Ah! no eres tonta—dijo la señora Labarbade....—pero mira, es más *chic* que dejemos de tutearnos. Yo te llamaré la señorita Antonia, y tú á mí Anais.

La instalación de la madrastra estuvo hecha en seguida. El señor Bruand apenas se enteró de la *invasión* de aquella nueva huésped. Seguramente no debía agradarle mucho el ver ir y venir á aquella *mosca*; pero no dejó ver su disgusto.

—Nunca me habíais hablado de vuestra madre política—dijo un día á su querida.

—No; estaba mal con ella y no esperaba volver á verla jamás.

La señora Labarbade se había hecho cargo de todo. Antonia le había dado las llaves de los armarios. Todas las mañanas *mamá Anais* hacía las cuentas, distribuía el dinero y establecía el orden en la casa. Los criados la detestaban porque hasta entonces habían sido dueños de sus acciones en aquella casa en que la vigilancia era cosa desconocida.

—No vale la pena de servir á una *señorita*—decía una noche el cochero á la doncella—porque para que le tengan á uno en un puño, es cien veces preferible estar en casa de gente honrada.

Antonia, obedeciendo á las indicaciones de la señora Labarbade, había pedido que su hermano fuese educado en la casa por un preceptor. El Conde de Bruand, siempre complaciente, había encontrado el preceptor deseado, que no era otro que Celestino Fargeau.



Celestino iba á casa de Antonia todos los días y daba lección á Adolfo, que entretanto bostezaba columpiándose sobre los magníficos muelles ó las elegantes butacas ó tarareando alguna canción de moda. Fargeau al principio había tratado de domar aquél carácter de chico travieso y malo. Trabajo perdido. El pícaro muchacho peinaba al revés la felpa del usado sombrero de su profesor y miraba á éste con aire aburrido durante las lecciones. La señora Labarbade había dicho además que no quería que se molestase para nada á su hijo.

—¡Pobrecito—solía decir á Fargeau; —miradle qué pálido está!.... El estudio le fatigaría. Dejadle. Un paseo al Luxembourg le hará más provecho que vuestra endiablada gramática..... y además, ¿para qué sirve el latín?

—Decídmelo á mí—murmuraba Fargeau.

Y volviéndose hacia su discípulo, le decía encogiéndose de hombros:

—Anda, véte á jugar. No tienes necesidad de romperte la cabeza, porque tienes una mamá que velará siempre por tí.

La señora Labarbade sonreía y encontraba que el señor Fargeau tenía mucha razón.

Cierto día el pequeño Adolfo volvió á casa de Antonia escoltado por un agente de la autoridad

que le traía de una oreja. El niño lloraba, y su madre al verle lanzó un grito, mirando al agente con furia. Este dijo que el joven Adolfo se había estado entreteniendo en echar granos de mijo y cañamones mojados en ron en los estanques del Luxembourg para que los peces comieran aquellos granos llenos de alcohol.

Los peces se habían emborrachado en seguida y aparecían en la superficie de los estanques boca arriba y como muertos. Esto había producido un gran escándalo, porque los asistentes al jardín pensaron en un envenenamiento de las aguas. El pequeño Adolfo se estaba alabando en voz alta de aquella fechoría, diciendo que era una receta que había leído en un almanaque. Un agente acertó á pasar entonces, y le llevó á casa del comisario de policía, quien le envió en seguida á casa de sus padres encargando hiciesen el favor de reprenderle.

Al oír este relato, la señora Labarbade apenas pudo sofocar un acceso de risa.

Cuando el agente partió, sentó á su hijo sobre sus rodillas y le cubrió de besos, diciendo á Antonia y á Fargeau que estaban presentes:

—¡Qué inventiva tiene este diablillo! ¿Qué os parece, señor Fargeau? Dame, dame un beso, hijo

mío, eres más listo que todos los agentes del mundo.

Hacia algún tiempo que Antonia no salía á escena, pues era la temporada de verano. Corrían los últimos días de Julio, y hasta Agosto no empezaba su contrata. Además, tenía necesidad de descanso, estaba fatigada, y pasaba los días extendida en una *chaise longue*, bostezando, tomando un libro, dejándole caer y mirando al techo cansada, emperrezada y aburrída. A menudo la encontraba así el Conde de Bruand, y viendo que tenía mal humor, no insistía y se marchaba. Antonia estaba muy satisfecha de aquella conducta que la dejaba en libertad; pero en el fondo sentía herida su vanidad, pues no la hubiera disgustado hacer sufrir un poco á aquel Conde de Bruand tan frío y tan desdenoso.

Pero después de todo, esto no la importaba nada al pensar en Terral. Cuando sabía que Fernando la esperaba en alguna parte, al llegar la hora de la cita lo dejaba todo y volaba á su lado.

En cuanto á Fernando, se había sentido al principio envuelto en aquel amor que ya comenzaba á cansarle. Había creído encontrar el goce del orgullo en sus relaciones con Antonia; pero como

tenía que ocultar estos amores á los ojos del mundo, resultaba que no podía tenerle. Podría hacerse adorar de Antonia; pero le era imposible sostener su lujo, y cuando pensaba que otro le pagaba aquel amor, sentía una rabia violenta y pensaba hasta en romper con ella.

Pero rechazar á Antonia era quizá romper el instrumento que debía ayudarle en sus fines, y hacerla abandonar al Conde de Bruand era una locura completa. ¿Qué sería entonces de los dos? ¿Dónde irían? Para hacer esto le hacía falta dinero, mucho dinero, y era pobre. Había realizado, sin que esto lograrse satisfacerle, uno de sus primeros sueños, y temía que el porvenir no le sonriese más que en el presente. Sin aquella fe ciega en sí mismo que le hacía soportarlo y comprenderlo todo, hubiese renunciado al combate.

No había vuelto á ver á Fargeau, y sus miras se dirigían ahora por otra parte. Se había hecho presentar por un amigo en un círculo donde se jugaba, y arriesgando algunos luises ganados sabe Dios cómo, no salía de él sin haber engruesado su modesto capital. Tenía gran calma y jugaba con el mismo aplomo que lo hubiera hecho si durante toda su vida hubiese rodado por las casas de juego. Se había jurado vivir así, gastando al día si-



guiente lo que había ganado la víspera, hasta el día en que fuese rico.

Aquella vida de privaciones relativas, de envidias incesantes, de rabias sordas y de terribles ambiciones, le cansaba. Ya era tiempo de que llegase la ocasión de emplear sus fuerzas inactivas y de gastar su tesoro de combinaciones, de proyectos y de ambiciosos planes.

Cierta noche en el círculo Gontran de Rives llamó aparte al Conde de Bruand y le condujo mientras fumaban un cigarro hasta el boulevard.

—Mi querido amigo—le dijo—¿sabéis lo que me han dicho esta mañana? Me han asegurado que la otra noche vieron á Antonia en un coche con un joven de bigote negro.

—Cuentos.....—dijo el Conde haciendo un gesto de desdén.

—Muy bonita es Antonia; pero si es aficionada á marcharse por las noches en compañía.....

—Se han equivocado, mi querido Gontran—respondió León;—no me he separado de Antonia ni una sola noche desde hace quince días.

—Retiro, pues, mis palabras. Yo estoy ahora entusiasmado con Geraldina.

—Muy bien.

—Me la he llevado al campo; me adora, y hasta

que pase el capricho—negocio de una estación—llevo una vida de pastor de Arcadia, comiendo uvas, amor y queso.

El señor de Bruand creía buenamente que al hablar así de Antonia se habían equivocado; pero además tenía empeño en no hablar mucho de la joven con Gontran de Rives.

—¿Quién será ese de bigote negro?—se dijo una vez solo.—El diablo me lleve si consigo ponerme celoso; pero no es muy agradable que un señor que uno no conoce pasee con la mujer que uno sostiene.

Antonia había tenido el capricho de mudarse, y habitaba ahora en los *Campos Eliseos* un hotelito, propiedad del Conde de Bruand, que éste había tenido alquilado hasta entonces á la Condesa de Simpson, y como lady Simpson se había vuelto á Inglaterra, León había puesto el hotel á la disposición de su querida. Antonia dejó su antigua habitación con una alegría infantil, porque no conocía ese culto de los recuerdos que hace la vida tan agradable y puebla nuestro camino de sombras sonrientes que nos acompañan mientras que le atravesamos, haciéndole menos largo y más llevadero.

Era su nueva habitación un elegantísimo hotel

que sólo tenía dos pisos. En el primero estaban el salón, un *bouloir*, un *fumoir* tapizado de seda amarilla y un salón de lectura. En el segundo la alcoba de Antonia, precioso nido de seda y encajes, un cuarto de tocador, otra alcoba y un precioso gabinete desde donde se dominaban todos los jardines de las cercanías. Las cuadras y las habitaciones de criados estaban en otro edificio situado en el jardín. La señora Labarbade habitaba la alcoba contigua á la de Antonia, y había hecho del precioso tocador que estaba al lado la *habitación* del pequeño Adolfo. Allí vivía engordando cada día más, mirándose con complacencia y haciéndose coqueta hasta el punto de dedicar todos los días dos ó tres horas á su tocador. Al mirar sus *cascaidas* de carne y su color encendido, se comparaba con la pálida y esbelta Antonieta y decía sonriendo:

—A fe mía, que estoy guapa..... y tal vez la casualidad..... ¿quién sabe?.....

En sus citas con Fernand Terral, Antonia solía ir á casa de éste, ó bien se citaban al pie de algún monumento, ó en el ángulo de alguna calle, subían á un coche y se paseaban por París. Había en aquellos paseos (con cortinillas corridas) un sabor al fruto prohibido que agradaba mucho á Antonia. Había nacido para engañar, y enga-

ñaba. La hija de Eva se sentía en su centro entre aquel cúmulo de mentiras, de intrigas y de perfidias.

La señora Labarbade, que había sorprendido la mayor parte de los secretos de Antonieta y que se había hecho confiar los otros, le decía:

—Tened cuidado. El señor Conde no parece hombre muy paciente, y si sabe lo que pasa, se incomodará, y no será el señor Terral el que haga marchar la cosa cuando estemos en el arroyo.

—¡Bah!—respondió Antonia;—no soy una esclava, y suceda lo que quiera, amo á Fernando y el otro me aburre.

Un día del mes de Septiembre, que el Conde de Bruand había ido de caza, Antonia invitó á Fernando á que fuese á tomar el té á su hotel. Terral fué con aire aburrido. Decididamente estaba cansado de aquellas relaciones.

—¡Malol!—dijo la joven—te has hecho esperar. Mírame. ¿De dónde vienes?

—¿Qué te importa?—respondió Terral.

—Me importa mucho..... no se ama más que á un ser en el mundo, y quiere uno saber hasta sus pensamientos. Vamos, dime, ¿por qué te has hecho esperar? ¿Estás celoso? ¿Has jugado? ¿Has perdido dinero?..... Cuéntame si te ha sucedido



algo, que ya buscaré yo el medio de repararlo todo.

—No es eso—dijo Fernando—no es nada. Eres encantadora, eres buena, pero....

—¿Pero qué? dilo, dilo en seguida.

Terral no tenía nada que decir. Toda su desanimación y cansancio no hubiesen podido ser comprendidos por Antonia. Además, al mirarla sentía el influjo de la seducción que emanaba su cuerpo. ¿Á qué, pues, contarle su rabia y sus desesperaciones contra la lentitud de la suerte? ¿No era la joven la más envidiable de las queridas, y no debían bastarle cuando estaba á su lado aquellos tesoros de belleza? Fernando se levantó con vivacidad como para sacudir más pronto sus pensamientos, y dijo como hablando consigo mismo:

—¡Bah! dejemos eso. Ya soplará buen viento tarde ó temprano. Sólo se trata de tener un barco sólido.

Se golpeó el pecho con fuerza y añadió riendo:

—¡La coraza es buena!

Antonia tomó sus manos y las cubrió de besos diciendo:

—Yo te amo. Sí, te amo cada vez más. Ten confianza, amor mío.

En aquel momento se abrió la puerta, dejando paso al Conde de Bruand. León pareció sorpren-

derse; una leve sonrisa pasó por sus labios y quedó un momento inmóvil, mirando á Antonia y estudiando á Terral.

Al cabo de un momento dijo:

—No tengo el honor de conocer á este señor, y os ruego que me le presentéis, querida amiga.

Fernando levantó la cabeza con altanería y respondió á su vez con voz vibrante:

—Perdonad, no quiero ser presentado más que á las personas que me placen.

Una idea brusca, diabólica, de aquellas que tanto tiempo había acariciado en sus sueños, atravesó la imaginación de Terral.

—Sin duda he oído mal—replicó León:—¿estoy aquí en mi casa!

Antonia, que permanecía sentada, pálida y temblorosa, dirigió á Terral una mirada suplicante.

—Entonces, me retiro—dijo éste:—¡pero creía encontrarme aquí en un terreno neutro en que todo hombre de corazón es igual.

—¡Pardiez!—exclamó el Conde riendo burlonamente—¡ya os veo, venir!.... Concibo que os haya hecho mal efecto encontraros conmigo; pero el tiempo no estaba para ir de caza, y me he vuelto.... Excusadme si he consagrado la primera visita á mi querida, de quien no sabía fuerais el amigo.

Fernando estaba más pálido que un cadáver, y sus manos se crispaban nerviosamente. Sentía un deseo invencible de abofetear á aquel hombre que le tenía tan á distancia y le hería en lo más vivo con sus burlas.

—Decid, querida amiga, ¿no estabais la otra noche en el teatro con el señor? Recuerdo que por la mañana mandé tomar el palco á Juan.

—¡Caballero!—gritó Terral, que de livido se tornó en rojo—acabáis de insultarme y reclamo una satisfacción.

—¡Ja, ja!

—Me llamo Fernando Terral, y jamás he dejado pasar sin castigo una alusión ó una injuria.

—Excelente método—dijo el Conde de Brand mirando á la punta de sus botas;—por lo demás, si os creéis insultado, sois libre de enviarme vuestros padrinos; pero os prevengo que no cometeré en este asunto una segunda largueza. Basta con lo del palco. No daré ni las espadas ni las pistolas.

Antonia se arrojó sobre Terral, que, dando un grito de rabia y con la mano levantada, iba á precipitarse sobre el Conde.

—¡Ademanes inútiles!—dijo León.

Y abriendo su cartera, tomó una tarjeta y la

arrojó sobre un almohadón, diciendo mientras encendía un cigarro:

—Vuestros amigos me encontrarán en casa por la mañana.

Después se volvió hacia Antonia, la saludó y añadió riendo:

—No creáis que he venido á propósito. ¡Si hubiese sabido que era importuno, no hubiese parecido por aquí; pero llovía, y como odio el mal tiempo me vine á casa.

Y salió, dejando á los dos amantes confundidos.

—¡Qué tontería!—pensó el Conde al entrar en su cuarto;—¿quién será ese Terín, Terrán ó Terral?.... ¿Qué testigos nombraré?

Se puso á escribir, y después llamó á su criado.

—Llevad estas dos cartas en seguida; la una al señor de Handa-Machado y la otra al señor de Rives.

Juan salió.

—¡Un duelo!—pensó León;—eso es bueno para un desocupado como yo; pero en el fondo es estúpido.

Su mirada tropezó en una carta que estaba sobre la mesa, cuya letra reconoció en seguida.

—Una carta de Gontran de Rives.... y fechada en Baden; Gontran no está ya en el campo. ¡Quizá



habrá encontrado como yo algún tercero en su idilio!

Y añadió:

—¡Es lástima!

De repente el timbre de la puerta sonó fuertemente varias veces.

Como los criados dormían fuera del hotel, el Conde de Bruand tuvo que salir á abrir.

Era Celestino Fargeau.

—A tiempo llegáis—le dijo León—porque no me disgustará filosofar un rato con vos sobre el tema del duelo. Me bato mañana.

—¿Vos?

—Sí, con un tal Fernando Terral á quien conocéis.

—¡Terral!—exclamó Celestino, acordándose de la presentación que él había hecho de Fernando á Antonia.

—¿Queréis servirme de testigo?

—¡Yo! ¡vaya una ideal! ¿Qué dirán en vuestro club?.... pero tenéis razón; que digan lo que quieran.... Y ¿cómo se ha motivado ese duelo?

—Terral es el amante de Antonia.

—¡Bah!.... ¿y por eso os batís?

—Por eso. Bien sé que es ridículo, y sólo un campeón como yo, sin afecciones y sin familia,

puede arriesgar su vida por.... bagatelas....; ¡pero me aburro tanto!

—Concibo eso que decís—exclamó Fargeau— porque yo también tengo muchos momentos en que pienso si la verdadera sabiduría no consiste en procurar emprender cuánto antes el camino de otra vida; pero yo tengo mis razones. ¿Para qué sirvo en el mundo? Y, sin embargo, notad que debo encontrarme útil para algo, puesto que el Sena está aún virgen de mi cuerpo.... ¡pero vos!

—Yo estoy cansado de vivir.

—¡Cansado de vivir!.... ¡Qué locura! ¡á vuestra edad! ¡con vuestra fortuna!.... eso no es razonable. Veamos, y ¿quién es vuestro segundo testigo?

—El señor de Handa-Machado.

—No le conozco.

—Aquí tenéis sus señas. Os agradecería que os reuniereis con él para tratar con los testigos de ese Terral las condiciones del duelo. Nada de transacciones. Todo lo que quieran esos señores será aceptado.

—¿Todo?

—¡Todo!

—El diablo me lleve si jamás pensé en serviros de testigo, mi querido León; pero lo queréis y no hay remedio.... por lo demás, debéis ser muy en-

tendido en el manejo de las armas y..... ¿queréis que lo diga todo?

—Decid.

—Pues vuestra reputación es la que os proporciona este duelo. ¡Malditos sean los ambiciosos que se revuelven en el lodo con todas las envidias en el corazón!

—No os comprendo.

—¿No sabéis que soy yo el que he presentado ese Terral á la..... señorita Antonia? Decía tener gran deseo de ver de cerca una *estrella*, y yo le proporcioné el telescopio; pero en verdad no sospeché que tuviese el proyecto de hombrearse con vos.

—¿Cómo? ¿ereís?.....

—Estoy seguro. Ese ambicioso insaciable posee todas las envidias de la medianía que adelanta poco y que quisiera alas. Nuestras provincias están llenas de jóvenes así, que viven con los ojos fijos en París como en la Tierra Prometida, desdenosos de la felicidad que tienen y ávidos de lo desconocido, hacia donde tienden sus manos, viniendo á discurrir por nuestras calles en la esperanza de ser mimados por la fortuna. ¡Ah! ¡quién pudiera dar un castigo ejemplar á todos esos Ferrandos Terral que París cambia en caballeros de aventuras!

—¿Me decís eso para impedirme que me bata con él?

—Os juro que no. Además, no me desagradará ver que ese pedante recibe de vos una lección provechosa. ¡Procurad no matarle! porque temo que se ciegue y que se ensarte él mismo como un pollo.

Al cabo de un momento el señor Handa-Machado hizo pasar su tarjeta á León. El Conde le presentó á Fargeau y el señor Handa-Machado tuvo el tacto de no detener su mirada en el traje de Celestino, ofreciéndole su coche para reunirse á los testigos de Fernando Terral.

La cuestión se arregló bien pronto. Terral había escogido para sus testigos á un oficial de caballería, paisano suyo, que había encontrado en la calle aquella misma mañana, y á un conocido, de la fonda donde comía. Por un momento había pensado en Carlos Bourdenois; pero el oficial le gustaba más, y el segundo testigo tenía en el barrio una excelente reputación de tirador.

Los testigos de Fernando fueron á buscarle á su casa.

—Hemos quedado en que mañana, en Courbevoie, tendrá lugar el desafío.

—Bien—dijo Terral.



—¿Quieres que te enseñe un golpe excelente?  
—dijo el oficial.

—Gracias; respondo de mí.

—¿Es vuestro primer duelo, caballero?—preguntó el segundo testigo.

—Sí.

—¡Ah!

Hubo un momento de silencio, pasado el cual, el oficial pidió los floretes.

—No tengo floretes—dijo Terral.

—Bueno. En ese caso vamos pronto á la sala de armas. Es necesario ejercitar la mano.

—Tenéis razón—dijo Terral.

Y estuvieron en la sala de armas hasta la hora de comer. El juego de Terral, diestro y fácil, era á la vez elegante y seguro. Su contrincante, que parecía muy asombrado, le preguntó de quién era discípulo.

—De un gendarme—dijo Terral.

—¿Viejo sin duda? Ese golpe parece del antiguo método; pero vuestro juego es excelente.

Terral convidó á sus testigos á comer con él cerca de la valla. Les sirvieron en el jardín, bajo las acacias. Había á su alrededor familias de obreros que á los postres cantaban acompañándose al son de sus vasos. Terral parecía en extremo

alegre, como un hombre que siente aproximarse la hora decisiva de su vida y espera que ha de favorecerle la fortuna.

No era el duelo por sí mismo lo que le importaba, sino sus consecuencias. El Conde de Bruand era muy conocido en París para que su adversario, dichoso ó desgraciado, no se hiciese célebre.

—Que él me hiera, ó que yo le hiera á él—pensaba Fernando—el resultado será el mismo para mí. También puede suceder que yo sucumba, que me mate.....

Y añadió vivamente:

—¡Bah! los muertos acaban de luchar, y en ese caso no tendré que preocuparme del porvenir.

Se separó de sus testigos bastante tarde. Al entrar en su casa oyó ruido en la habitación que ocupaba: era Antonia.

—¿Fernando mío!—le dijo arrojándose á su cuello;—no quiero, no quiero que te batas!

—Amiga mía, ya conoceréis que en estos momentos necesito toda mi sangre fría. Ya comprenderéis que lo que he resuelto se hará. Dejadme.

—Pero piensa que puede matarte. ¿Qué será de mí entonces, di? ¿qué será de mí?

—Estás loca. ¿Es para decirme todo eso para lo que has venido á mi casa?..... Necesito estar solo.

— ¿Me echas? ¿no me amas ya?

— ¿Olvidas que me bato mañana por tí?

— Tienes razón — dijo Antonia cogiéndole las manos — soy una ingrata.... ¡pero tengo tanto miedo á perderte!.... ¡Ah! ¡si supieses lo que detesto á ese maldito Bruand! Dicen que es muy fuerte en el manejo de las armas. ¿A qué os batis?

— A espada.

— Precisamente.... ¡oh, tengo miedo! Tranquilízame, dime algo.... ¿Verdad que te defenderás bien, Fernando?

— Si — dijo él bruscamente — y mi primera visita será para tí después del desafío; pero déjame ahora.

— Tienes razón, me voy, Fernando mío.... Nunca te he amado tanto. ¡Te adoro!

La joven cogió entre sus manos la robusta cabeza de Terral y estampó en ella un largo beso. Después salió, y mirando su reloj á la luz del primer farol que encontró, dijo:

— Las ocho. Aun tengo tiempo de ir á buscar á Gabriela.

Tomó un carruaje que pasaba y dió las señas al cochero.

— ¿Tienes un sitio para mí en tu palco? — dijo Antonia en cuanto vió á su amiga.

— Si.

— Pues voy contigo. Tengo ganas de ver á Colbrun, que está muy gracioso en el tercer acto, vestido de mono.

Una vez solo, Terral se asomó á la ventana y miró á la calle llena de gente, las tiendas profusamente iluminadas, el cielo lleno de estrellas, y á aquella multitud ruidosa donde iba á abrirse un sitio bruscamente, quizá á precio de su sangre.

También el Conde de Bruand se encontraba solo en su despacho y reflexionaba. Estaba sentado delante de una mesa llena de papeles, y leía y releía algunas viejas y amarillentas cartas, recordando aquel pasado que le había prometido tan sonriente porvenir. Eran cartas de su mujer y de amigos. ¡Cuántos de éstos no volverían á escribir ya jamás! ¡Qué de muertos, de separaciones y de eternas despedidas!

El Conde, sin saber por qué, se había sentado delante de los cajones en que dormían los dolores y las alegrías de otro tiempo, y había sentido la necesidad de arrojar una mirada sobre el pasado: la pendiente de los recuerdos es resbaladiza, y lo que cree uno que va á ser una ojeada se convierte luego en un estudio.

Los años transcurridos reviven al contemplar



los papeles que se guardan, y León respiraba con voluptuosidad al pasarles revista.

— ¡Oh, el recuerdo! — dijo de repente en voz alta. — Decididamente no existe más que eso en el mundo.

En aquel momento oyó que llamaban á la puerta de su despacho.

Hizo un gesto de mal humor. ¡No poder estar solo un instante!

— ¿Quién es?

— Soy yo — dijo Fargeau, cuya voz reconoció el Conde en seguida.

— ¡Ah, entrad, entrad, amigo mío!

Fargeau apareció con aspecto grave y triste.

Una arruga profunda se formaba entre sus dos cejas.

— No me equivocaba al creer que había de encontraros sólo.

— Y llegáis á tiempo — dijo León — porque estoy poniendo en regla mis asuntos.

— Creo que la cosa no vale la pena — murmuró entre dientes Celestino.

— No, no ha sido á causa del duelo, sino que insensiblemente, al pensar en todos los errores de mi vida, he sentido como una sed de recuerdos.... he abierto esas cartas.... y me he consolado.

— Los recuerdos del pasado — dijo Fargeau — son un remedio soberano para aquellos que pueden ver tras de sí alguna felicidad.... Yo, aunque volviera cien veces la cabeza, no podría ver nada, ni una sonrisa.

— ¡Estáis triste! — dijo León con extrañeza.

— Sí.... Hay momentos en que no se puede remediar.... ¡Ese maldito duelo....! ¡El diablo cargue con Terral! ¡Ah! desde esta mañana he reflexionado mucho. ¿Evocáis vuestro pasado? Pues bien, no es el Fargeau de ahora el que viene á hablaros, sino el Fargeau de otro tiempo.... el que os conoció siendo niño y ha hecho de vos un hombre.

— ¡Querido Fargeau! — dijo León.

— ¡Ah, si vierais qué larga va á parecerme esta noche!

— Pasadla aquí.

— Quisiera dejaros dormir. Decidme, ¿estáis completamente decidido á llevar á cabo ese duelo?

— Decidido, no; pero me batiré. ¡Oh! conozco todas las frases que se han hecho sobre este asunto. Rousseau decía: «Deserción, cobardía, suicidio de dos», y la verdad es que hay muchas cosas más útiles que hacer en este mundo, que levantarse á las cinco de la mañana, ponerse en mangas de

camisa como un gañán y molestar á cuatro amigos; pero ¿cómo impedir que un canalla siga vuestros pasos ó ensucie con sus botas las alfombras de vuestras queridas? Lo que me incomoda es que el melodrama concluye la mayoría de las veces en un sainete.

Y el Conde se echó á reir.

— Os reís de cosas bien lúgubres.

— ¿Lo creéis así?

— Sí; y el papel de espectador indiferente es de los más difíciles para un hombre como yo.

Fargeau, sentado en un sillón, con las piernas cruzadas y la cabeza inclinada sobre el pecho, estuvo largo rato hablando con León.

Después se separaron, y hubo en el apretón de manos que Celestino dió al Conde algo del abrazo de un padre.

Al día siguiente, en el bosque de Bolonia, un viento fresco pasaba á través de las ramas. Había como promesas de calor y de vida en el hermoso azul del cielo, que parecía mostrar las últimas sonrisas del estío.

En el coche que conducía al Conde y sus padrinos, el señor Handa-Machado, que llevaba las espadas, iba sin decir una palabra.

Fargeau, con la cabeza baja, parecía mirar á su

pantalón negro que iba reluciendo por las rodillas, y el Conde contemplaba por las ventanillas los árboles, que ya empezaban á ponerse amarillos, y el cielo siempre azul.

— No somos los primeros en llegar — dijo el señor Handa-Machado, apercibiendo un coche á la entrada de Courvevoi.

— ¡Ah!

Fargeau miró á aquel coche y se encontró precisamente con la cabeza de Fernando Terral que asomaba por una ventanilla.

Cuando todos estuvieron reunidos, se escogió el terreno.

Uno de los testigos de Terral quería dirigirlo todo y arreglarlo á su gusto; pero el señor Handa-Machado, bastante frío de carácter, le dejaba decir, y luego discentía con calma todas sus palabras.

El segundo testigo de Terral debía servir de médico en caso de necesidad.

Terral, con la espalda apoyada en un árbol y los brazos cruzados sobre el pecho, esperaba, mordiendo los bigotes. El señor Bruand, como si no tuviese papel en aquel drama, estudiaba los diferentes coloridos que da el otoño al follaje.

Decidieron echar á suertes la elección de armas.



Los testigos de Terral habían llevado unos enormes espadones que hacían parecer finas agujas á las espadas del señor Hauda-Machado.

La suerte se decidió por las pesadas espadas de los testigos de Terral.

Se pusieron en guardia.

Fargeau, con las cejas fruncidas, miraba á Terral con cierta expresión amenazadora.

Pálido, con los ojos brillantes, Fernando se había ya precipitado con la impetuosidad de un duelista acostumbrado. Aunque aquel era su primer desafío, se sentía seguro de sí mismo; pero el señor Bruand, siempre sonriente, paraba sus golpes con el mayor aplomo.

Fernando con un movimiento rápido trataba de desviar el arma del Conde de Bruand, pero la muñeca de León conservaba su espada inmóvil.

El Conde no tenía más que tirarse á fondo para herir á Terral en medio del pecho.

—¡Adelante!— murmuró Celestino para su co-  
leto.

Pero el Conde de Bruand, siempre desdeñoso, permanecía en guardia con los ojos fijos en los ojos de Terral.

De repente Fernando retrocedió, después se echó hacia adelante con terrible brusquedad, y su

espada desapareció en el pecho del Conde de Bruand.

—¡Ira de Dios!— exclamó Fargeau.

Fernando, apoyado en el puño de su espada, miraba á su adversario tendido en el musgo.

El doctor curaba ya la herida, y Celestino Fargeau, arrodillado en el suelo, sostenía el cuerpo entre sus brazos.

El Conde no había perdido el conocimiento. Estaba lívido y con los labios azulados, pero su mirada conservaba la misma energía.

—¡Esto ha concluído!— murmuró.

Fernando entonces se aproximó á él y le tendió la mano.

—Es inútil—dijo León;— ya os concedí el derecho de cruzar la espada conmigo, y es bastante.

Un rojo vivo tiñó las mejillas de Fernando Terral, que se retiró mordiéndose los labios.

—¡He aquí el duelo y la justicia!— pensaba Fargeau.

Mandaron acercar el coche.

El Conde de Bruand fué cuidadosamente acostado en los almohadones.

—Os acompaño—dijo á Fargeau el señor Hauda-Machado.

El coche tomó muy lentamente el camino de los

*Campos Eliseos.* A cada piedrecilla con que tropezaban las ruedas, el herido contenía una queja; Fargeau se mordía los labios para no jurar de rabia, y el doctor sostenía la pálida cabeza de León.

Al llegar al Arco del Triunfo, el cochero oyó decir en voz alta á dos albañiles que iban á su trabajo:

- ¡Chico, quién tuviera un coche como ese!
- ¡Ya lo creo!
- ¡Qué felices son los ricos!

## VI.

Los movimientos del coche sacudían al señor Bruand, arrancándole sordas quejas. De cuando en cuando una sangrienta espuma acudía á sus labios, que el médico ó Fargeau enjugaban. El primero tenía cogida la mano de León y le tomaba el pulso. La fiebre iba aumentando.

—No hemos llegado más que á los *Campos Eliseos*—dijo el doctor—y si continuamos así, cualquier movimiento puede ser mortal. ¿No tiene el Conde por aquí algún amigo á cuya casa pueda ser transportado?

—Tiene un hotel que le pertenece.

—Sí, pero es el hotel que habita la señorita Antonia.

—No importa; lo primero es lo primero.

El coche se detuvo. Fargeau corrió á la verja y llamó.

Constanza salió á abrir.

—¡Pronto! ¡preparad una cama! ¡El señor se muere!

—¡El señor!

Entre el doctor y el cochero sostuvieron al Conde de Bruand y le llevaron como á un niño hacia la puerta del hotel. León se había desmayado.

Una multitud de gente se reunía á la puerta, y en el hotel todo eran gritos y confusión.

Antonia no estaba allí, pues desde por la mañana esperaba ansiosa el resultado del desafío en casa de Terral.

Fueron precisos todos los cuidados del doctor y toda la actividad de Fargeau para que el Conde no muriese en la hora que signió á su traslación. Le habían acostado en la cama de Antonieta, y su livida cabeza caída sobre la almohada, sus ojos cerrados y su boca entreabierta le daban el aspecto de un cadáver.

Fargeau se golpeaba la frente, juraba, maldecía



*Campos Eliseos.* A cada piedrecilla con que tropezaban las ruedas, el herido contenía una queja; Fargeau se mordía los labios para no jurar de rabia, y el doctor sostenía la pálida cabeza de León.

Al llegar al Arco del Triunfo, el cochero oyó decir en voz alta á dos albañiles que iban á su trabajo:

- ¡Chico, quién tuviera un coche como ese!
- ¡Ya lo creo!
- ¡Qué felices son los ricos!

## VI.

Los movimientos del coche sacudían al señor Bruand, arrancándole sordas quejas. De cuando en cuando una sangrienta espuma acudía á sus labios, que el médico ó Fargeau enjugaban. El primero tenía cogida la mano de León y le tomaba el pulso. La fiebre iba aumentando.

—No hemos llegado más que á los *Campos Eliseos*—dijo el doctor—y si continuamos así, cualquier movimiento puede ser mortal. ¿No tiene el Conde por aquí algún amigo á cuya casa pueda ser transportado?

—Tiene un hotel que le pertenece.

—Sí, pero es el hotel que habita la señorita Antonia.

—No importa; lo primero es lo primero.

El coche se detuvo. Fargeau corrió á la verja y llamó.

Constanza salió á abrir.

—¡Pronto! ¡preparad una cama! ¡El señor se muere!

—¡El señor!

Entre el doctor y el cochero sostuvieron al Conde de Bruand y le llevaron como á un niño hacia la puerta del hotel. León se había desmayado.

Una multitud de gente se reunía á la puerta, y en el hotel todo eran gritos y confusión.

Antonia no estaba allí, pues desde por la mañana esperaba ansiosa el resultado del desafío en casa de Terral.

Fueron precisos todos los cuidados del doctor y toda la actividad de Fargeau para que el Conde no muriese en la hora que signió á su traslación. Le habían acostado en la cama de Antonieta, y su livida cabeza caída sobre la almohada, sus ojos cerrados y su boca entreabierta le daban el aspecto de un cadáver.

Fargeau se golpeaba la frente, juraba, maldecía

y enviaba los criados á la botica, sirviendo él mismo de ayudante al cirujano y al médico. ¡Permanecía á la cabecera del herido sin acordarse de que no había comido en todo el día y eran ya las altas horas de la noche!

Al volver en sí el Conde de Bruand, fué la primera persona que vió. El herido le dió las gracias, le tendió la mano é iba á hablarle; pero Fargeau le hizo una seña y dijo sonriendo:

— ¡Chist! ¡no abráis la boca! ¡luego!

La señora Labarbade iba de cuando en cuando á informarse del estado del enfermo; pero Antonia no parecía en cambio por allí, pues había pasado la noche fuera.

Cuando volvió al día siguiente y lo supo todo, dijo:

— ¡Tiene gracia! ¿Y dónde voy á dormir yo? ¡Ya pueden tener seguridad de que no volveré á poner los pies en mi alcoba!

— ¿Y por qué?

— Porque no quiero verle.

— Haces mal.

— Es posible.

— Después de todo—dijo la señora Labarbade—eres libre para hacer lo que quieras.

La herida era grave. La espada, atravesando el

pulmón derecho, había abierto la vena subclavia. Una línea más y la muerte hubiera sido instantánea. León había conocido en seguida la gravedad de su herida é hizo testamento. Dejaba toda su fortuna á parientes lejanos á quienes ni siquiera conocía. La señora Labarbade supo que el herido había pedido papel y tinta y había estado escribiendo algunas cartas en su lecho. Entonces había aplicado el ojo á la cerradura, sin poder ver por ella más que una mesa que habían aproximado al lado de la cama llena de papeles, y sobre la cual había una bujía.

La curiosidad era el flaco de la señora Labarbade, y en aquel momento hubiese dado un mes de vida por penetrar en la habitación del Conde: ya tenía la mano sobre el picaporte cuando oyó á sus espaldas el roce de un vestido de seda.

Era Antonia.

— ¿Qué pasa?—dijo ésta.— ¿Por qué estáis mirando por la cerradura?

— ¡Ah! no sabes—dijo la señora Labarbade,— está haciendo testamento.

— ¿Quién, el Conde?

— Sí, se está decidiendo tu suerte.

— Mi suerte. ¿Estáis loca? El Conde debe estar furioso conmigo, y la verdad es que no le falta



razón.... Además, su fortuna me tiene sin cuidado.... Espero no carecer de nada con Terral.

—¿Con Terral?

—¡Oh!—dijo Antonia sorprendiendo un reproche en la mirada de su madrastra.—Todo lo que digas es inútil. Amo á ese hombre y seguiré con él.

—Pero ¿quién te impedirá que le ames, y por dónde has creído que yo quería aconsejarte otra cosa? Pero si fueras más lista, en lugar de irte á correr por ahí, cogieras una silla y te irías á sentar á la cabecera del Conde de Bruand. Esto no es muy alegre, es verdad; pero, créeme, no perderías el tiempo.

—Sí, por la herencia, ¿verdad?

—Sin duda. Hay que pensar en lo positivo. Además que aunque lo que te digo te costase mucho trabajo, debías sufrirlo con paciencia al pensar que no había de durar mucho tiempo.

—Que guarde su dinero si quiere—dijo Antonia;—no le pido nada, ni quiero verle.... ¡Cuidado pienso que ha podido matar á Fernando....! Afortunadamente, Dios ha sido justo.... Cuidale tú, ya que tanto te ocupas de esas pequeñeces.... Yo soy joven, tengo quien me quiera y no encuentro motivo para fatigarme en cuidar á quien no amo.

Y volviendo las espaldas, dijo sonriendo maliciosamente:

—¡Adiós!

La señora Labarbade oyó el roce de su vestido en las escaleras del hotel.

—¡Tontuela!—dijo en voz alta.—«¡Soy joven! ¡Soy joven!....» ¡Sí, eres joven; pero no lo serás siempre!.... ¿Si creerá que la juventud ha sido inventada para ella sola?.... Véte, véte con tu Terral á comer pan y cebolla.

Y la señora Labarbade volvió á tomar su puesto de observación con un ojo pegado á la cerradura de la puerta.

El señor Bruand no escribía ya, y tenía sobre la mesa varios pliegos cerrados y sellados con la cre roja. ¡El testamento estaba allí! Esta vez la señora Labarbade no tuvo más paciencia. Quiso enterarse mejor, y abriendo la puerta entró muy despacio en la habitación, cruzando las manos é inclinando la cabeza sobre el hombro izquierdo en actitud dolorosa.

—¿Habéis llamado?—dijo cuando estuvo cerca del lecho.

—¿Yo?

—Sí.... He creído oír....

—Pues no he llamado.

La señora Labarbade echó sobre los papeles una mirada oblicua. Quería leer; pero un pliego de papel echado a la casualidad cubría los sobres, y la señora Labarbade no podía ver ni señas ni nombre.

—¿Estáis peor?

—Al contrario —dijo León;— me encuentro mejor!

—¡Ah, gracias á Dios!.... Como el doctor decía....

—¿El qué?

—Nada. Esos médicos son unos ignorantes. No son sus recetas las que curan, sino más bien los cuidados.... los cuidados inteligentes.... ¿Dónde está el árnica?.... Es necesario rociar de cuando en cuando —y agitaba el frasco violentamente.— Querría curaros yo misma. ¡Estoy segura de que curaríais más pronto!

—Gracias —dijo el Conde sonriendo un poco.

—¡Ah, las manos de una mujer! —continuó la señora Labarbade.— ¡Las Hermanas de la Caridad!.... ¿No ha venido Antonia esta mañana?.... ¿ni ayer? Creo.... ¡Su puesto estaba á vuestro lado!

—¿Por qué?

—Porque.... después de lo que os debe....

—No me debe nada.

—¿Qué queréis?.... no es agradecida.... ¡Ah, si me hubiesen amado como vos á ella!

—¿Quién os dice que yo la he amado? —dijo el Conde.

—¡Ah!....

La señora Labarbade quedó un momento desconcertada.

—Después de todo —dijo— vuestra verdadera enfermera soy yo....

—Ya sé que no me habéis dejado con frecuencia.

Ella creyó oír un reproche en estas palabras, pero no lo dejó conocer, y continuó con voz que procuraba dulcificar:

—¿No se ha desarreglado el vendaje?

—No. Todo está bien; gracias.

—Pero esta mesa os estorba —dijo ella desarreglando bruscamente las cartas, puestas unas sobre otras.

León, que sorprendió aquel movimiento, se enderezó ayudándose con sus manos y dijo con vivacidad:

—¡Dejad eso!

—Perdonad.... creí....

Sólo había podido descubrir las señas de una



carta. *Al señor Paul Barré, oficial de marina.*  
Aquel nombre no le indicaba nada.

—¿Queréis algún libro?—dijo la madrastra de Antonieta, haciendo ademán de retirarse.

León no respondió.

—Si necesitáis algo, no dejo ni un momento la casa, y en cuanto deis una voz.....

—Bien—dijo el Conde de Bruand.

Salió de la alcoba muy despacio, como había entrado, y en la puerta tropezó con Celestino Fargeau, que la saludó sin decir nada y se acercó á la cama de León.

Fargeau iba á menudo al hotel, y León le recibía á todas horas, hasta cuando estaba allí el médico.

El Conde de Bruand no tenía más rato de consuelo que cuando hablaba con su antiguo preceptor. Los antiguos amigos del club iban á preguntar por él de cuando en cuando: ahora que su compañero de placer se encontraba clavado en el lecho, no había gran cosa de común entre ellos. La vida agitada, la vida rápida y del placer los ocupaba por completo. Compadecían mucho al Conde, pero empezaban á olvidarle, y el pobre León sentía como la intuición de este olvido.

—No es la muerte—decía—sino la manera de

que muero lo que me abate..... ¡Triste fin para un gran señor como yo me lisonjeaba de ser! Caer bajo el florete de un aventurero y venir á parar á una alcoba donde *ella* ha recibido tal vez á ese hombre. Dichosos aquellos que acaban bien. Yo, lo confieso, termino mal.

Callóse un momento, y añadió luego:

—¡Ah! los sueños, las primeras sonrisas, los veinte años y una mujer, ¡la mía! ¡qué dicha!.....

Otra noche decía:

—He recibido el castigo por donde he pecado..... ¿Había yo nacido acaso para esta vida de maniquí parisién? Ya sabéis, mi querido Fargeau, que lo que yo necesitaba era un rincón donde soñar, un buen libro, un amigo, vos y ella.

Y al decir esto, las lágrimas inundaban sus ojos pensando en su mujer muerta.

—Mas ¡ay! no he tenido la fuerza de soportar la soledad, y muero sin producir bien alguno, después de haber vivido neciamente.

Mientras el Conde permanecía así, en el lecho, en el hotelito de los *Campos Eliseos*, Fernando Terral había puesto ya manos á la obra para sacar de su nueva situación todo lo que pudiera tener de *provechoso*. Tenía interés en que el acontecimiento hiciese todo el ruido posible. Había encon-

trado en la corriente de su vida parisién uno de esos periodistas *in partibus* que transmiten noticias á los periódicos de los departamentos y extranjeros. Matouchard, que así se llamaba, era un prodigio en su género. Era corresponsal de once periódicos de provincias, sin contar con otros belgas, alemanes y españoles, á quienes también remitía noticias. Matouchard había transformado su casa en sala de redacción, vigilando á sus redactores como un contraamaestre á sus marineros.

Fernando Terral, que no conocía á ningún periodista, se felicitó de que la casualidad le hubiese puesto en relación con Matouchard.

Se dirigió á su casa, que estaba en la calle de Geoffroy-Marie, y subió á un piso tercero, en cuya puerta se leía el nombre de Matouchard. Abrieron, y Terral entró en un recibimiento, lleno por todas partes de periódicos y libros.

Matouchard salió á recibirle sonriente y con un cigarro en la boca.

—A tiempo llegáis, señor Terral. De vos hablamos. Entrad, entrad, y recibid mi enhorabuena por vuestro famoso duelo.

Fernando pasó á la sala de redacción, donde una docena de escritores hambrientos, inclinados sobre pupitres ó mesas, escribían y fumaban.

—Sentaos, señor Terral—dijo Matouchard.

Al oír aquel nombre, todas las miradas quedaron fijas en Fernando, que permaneció impávido y se sentó.

—¿Habéis tenido noticias del Conde de Bruand—preguntó Matouchard.

—Sí; está mejor.

—Vamos, vamos, contadnos el lance, y vosotros poned oído, porque se trata de la primera noticia del día.

Fernando contó con todos sus detalles la ocurrencia de la víspera, atribuyéndose un papel á la vez romántico y digno.

—¡Bravo, bravo!—decía Matouchard.

Y sacó su reloj.

—El correo sale á las cinco, y son las tres. Daos prisa, Landrumeau, porque sois el que tiene que hacer el artículo.

—¿Para *L'Observateur de l'Aube*?

—Sí; mañana se lo enviaremos á los demás.

—Bueno—dijo Landrumeau.

Y se puso á trabajar con gran prisa.

Cuando Terral salió de esta *fábrica de noticias*, iba muy satisfecho al pensar que dentro de pocos días *todo París* se ocuparía de él. Entró en el café de Orsay y se sentó balanceándose en la silla, con



el brazo izquierdo apoyado en el respaldo, las piernas cruzadas y arrojando largas columnas de humo de su cigarro. Un viento fresco acariciaba dulcemente sus cabellos, y se sentía verdaderamente dichoso con la cabeza llena de proyectos y ambiciones que veía ahora tan cerca de realizarse.

De repente hizo un movimiento y se enderezó al apercibir á Celestino Fargeau, que venía hacia él con la cabeza baja. Fargeau miraba al suelo y no hubiera apercibido á Fernando; pero éste le llamó por su nombre y se levantó tendiéndole la mano.

—¿Cómo sigue el Conde de Bruand?—preguntó.

—¡Ah, sois vos!—dijo Celestino reconociéndole.—Os felicito—añadió con una sonrisa llena de amargura. ¡Habéis jugado bien la partida!

—¿Qué partida?—preguntó Terral.

—No disimuléis, y ya que estáis devorado por la ambición, sed franco.

—No os comprendo.

—¡Diantre! muy torpe estáis hoy. Habéis querido alcanzar fama, ser conocido, y el Conde de Bruand os ha servido de escalera. Ya estáis satisfecho. Ahora sólo os falta mostraros tan hábil como habéis sido audaz.

Estas palabras habían sido dichas con una severidad de tono que duplicaba su valor.

Terral, un poco pálido, le escuchaba retorciéndose el bigote.

—No creí—dijo—encontrar en vos un juez.

—¿Y por qué no lo creísteis?

—No sé por qué, pero.....—respondió Terral mirándole de arriba abajo.

—¡Ah! sí, porque llevo un sombrero usado y pantalones que se *rien*. ¿Necesitáis moralistas de chaleco blanco?..... Escuchad, es muy probable que no volvamos á hablarnos jamás, pues cuando os vea venir por una acera me marcharé por la otra; pero quiero deciros que no cambiaría estos miserables zapatos que véis, y que no deben nada á nadie, por las relucientes botas que lleváis, cuyo charol está manchado de sangre.

—¡Ah!—exclamó Terral.

E hizo un movimiento para arrojarse sobre Fargeau, que le miraba con dureza; pero se contuvo y dijo con una frialdad que desmentía el temblor de su voz:

—No habéis respondido á mi pregunta. Os he pedido noticias del Conde de Bruand.

—El Conde Bruand ha muerto—dijo Fargeau.

Terral bajó la cabeza. Dejó escapar un ¡ah! y retrocedió un paso, mientras que Celestino proseguía su marcha.

De repente Fernando corrió hacia él y le llamó.  
—¡Otra vez!—dijo Fargeau.—¿Qué me queréis?

Terral le tendió la mano. Fargeau miró aquella mano con indiferencia y fijó sus ojos en los de Terral como para interrogarle.

—Olvidemos—dijo Terral lentamente.

Fargeau levantó la cabeza con expresión de altanero desprecio.

—¡Olvidad!—dijo Fernando dando á su voz una entonación más humilde.

Fargeau se encogió de hombros.

—¡Bien!—dijo.

—Entonces, dadme vuestra mano.

—¡Oh, oh! eso es otra cosa. Os concedo el olvido, porque después de todo no soy ningún inquisidor; pero la mano..... Mirad, vais á encontrar ahora muchos aduladores, á recibir los cumplimientos de los envidiosos y la admiración de los necios: esto se encuentra en cualquier parte; pero la presión de manos de un hombre honrado, esa, señor Terral, hay que ganarla, hay que merecerla.

Y se alejó, dejando al joven petrificado y preguntándose si había oído bien. ¡Despreciado por aquel hombre! ¡El bohemio rechaba al aventurero!

Fernando sintió rabia al principio; pero luego

pensó que nada le importaba el sufrimiento de aquel Diógenes del *casó Athalie*.

Se sentó y de nuevo se puso á reflexionar.

¡El Conde de Bruand había muerto! Esta idea no dejaba de conmoverle un poco. ¡Muerto!

—¡Bah!—se dijo;—¿no he expuesto nobiemente mi vida contra la suya? Era cuestión de suerte, y si he ganado, mejor para mí.

Después pensó que la justicia iba á mezclarse en el asunto, que iban á detenerle y que tendría que pasar por los tribunales antes de entrar con la frente levantada en la sociedad parisién. Seguramente le absolverían; pero la prisión preventiva era mala cosa, pues la instrucción de la causa podía durar mucho tiempo.

—Pues bien—dijo—me iré á Bruselas y estaré allí hasta el día en que se reuna el Jurado.

Pero para marcharse necesitaba dinero, y aun cuando podría reunir para el viaje, no le quedaría nada para poder vivir allí. Volvió á su casa atormentado por estos pensamientos, y se encontró en ella á Antonia.

—¿No sabes lo que sucede?—le dijo.

—Si, el Conde de Bruand ha muerto.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Fargeau.



—¡Dichoso Fargeaul!.... pero, dime Fernando, ¿no podrán hacerte nada por haber muerto á causa de la herida?.... Tengo miedo....

—Me juzgarán—dijo Terral.

—¿Los jueces?.... ¡Dios mío! ¿Te condenarán, Fernando?

—No tengas cuidado.

—¿Y qué piensas hacer?—preguntó la joven al cabo de un momento.

—¡Ah, si tuviese dinero!—dijo Terral como hablando consigo mismo.

—¿Necesitas dinero para salvarte?

—Sí.

—¡Lo tendrás!

—¿Piensas dármelo tu? No puedo aceptarle.

—¿Y por qué?—preguntó Antonia muy asombrada.—Quiero salvarte, ¿entiendes? Dime cuánto necesitas.

—Nada.

—¿Cuánto tienes aquí?

Y diciendo esto le sacaba el portamonedas del bolsillo.

—¿Adónde quieres ir con esto? ¿á Bélgica?

—Sí, parto esta noche.

—Pero una vez allí vas á morirte de hambre. Dime, Fernando, ¿es verdad que me amas?

—¡Que sí te amo!—dijo el joven verdaderamente conmovido por la suplicante sonrisa de la joven.

Y la besó con frenesí.

—Si te traigo esta noche algún dinero, ¿le tomarás? ¿dónde?.... Acepta. ¿No somos amigos para siempre? Mira, estarás poco tiempo en Bruselas.... volverás.... y si no, yo iré á buscarte.... Tomarás el dinero ¿eh?.... Te lo suplico.

—Pues bien, sí—dijo Terral—le tomaré. Antes de un mes será la vista, y en seguida volveré para consagrarme á tí por completo y para que ya jamás nos separemos.

Antonia salió de casa de Terral loca de alegría. Hasta entonces aquel hombre la había dominado demostrándola en su amor la superioridad y el desdén; pero ahora era ella quien le protegía! La hija de Eva triunfaba extendiendo su mano protectora sobre aquella frente altiva.

La joven llegó alegre y gozosa al hotelito de los *Campos Eliseos*, en una de cuyas habitaciones estaba el Conde de Bruand entre cuatro cirios durmiendo su último sueño.

Todo el hotel estaba en desorden. La señora Larbade iba y venía registrando los armarios y apoderándose de cuanto podía. Los criados, sor-

prendidos, murmuraban, pero no se atrevían á oponerse á aquella *invasión*.

Al ver á Antonia, la llamó y la dijo en voz baja que Fargeau se había llevado el testamento á casa del notario y que su lectura se verificaría al día siguiente, después de los funerales, en casa del Conde de Bruand.

—¿Qué me importa á mí el testamento?—dijo Antonia subiendo á su cuarto.

La joven no tenía dinero, pero tenía brillantes, de los cuales dependía la salvación de Terral.

En el momento de entrar en su habitación se detuvo, recordando que estaba allí el cadáver del Conde.

Vaciló y palideció un poco ante aquella puerta; pero por fin la empujó bruscamente y por un instante se sintió sofocada por el olor á cera derretida.

Las cortinas de los balcones, completamente corridas, no dejaban penetrar la luz del día, y en el fondo, sobre un lecho cuyas ropas parecían de mármol, entre cuatro cirios encendidos, estaba el cadáver del Conde de Bruand.

Antonia no se atrevió á mirar, y se dirigió con la cabeza vuelta hacia el secreter en que tenía encerrados sus brillantes. ¡Los brillantes que aquel

muerto que estaba allí le había dado en otro tiempo!

Antonia sintió miedo. Un estremecimiento nervioso recorrió todo su cuerpo. Creyó oír ruido á sus espaldas y se detuvo..... Nada. Entonces abrió precipitadamente el mueblecito, cogió tres ó cuatro estuches, y le volvió á cerrar. Tenía prisa para salir, y sin embargo, un secreto instinto la impulsaba á contemplar el cadáver del Conde de Bruand.

Se detuvo y miró.

Con los ojos abiertos, fijos y vídriosos, los cabellos cayendo lacios sobre la almohada y la boca contraída por la agonía, el aspecto de aquel cadáver daba miedo.

Antonia lanzó un grito y haciendo un esfuerzo salió de aquella estancia en que parecía retenida por una fuerza invisible.

En la escalera tropezó con dos hombres que subían. Eran Celestino Fargeau, y Gontran de Rives, que había venido de Baden expresamente para pasar la última noche al lado de su amigo.

La joven tomó un coche y se hizo conducir á Monte de Piedad. Allí pidió cinco mil francos sobre sus brillantes.

Fernando Terral tomó sólo la mitad de esta suma y partió aquella misma noche.



Antonia quería romper su contrata con el teatro de la Zarzuela y acompañarle, pero él se lo impidió.

Mientras que un vapor llevaba á Fernando Terral hacia Bruselas, Antonia salía á escena con un precioso traje de aldeana bretona, dirigiendo sonrisas á todas partes.

Precisamente á aquella misma hora Fargeau y Gontran de Rives, sentados el uno al lado del otro, empezaban la velada fúnebre. Fargeau había visto morir la noche antes al Conde de Bruand y estaba rendido por la fatiga. Poco á poco se fué quedando dormido, mientras que Gontran contemplaba á la luz de los cirios aquel rostro lívido que había sonreído y aquella boca helada que había amado. Gontran no era un Hamlet, pero el recuerdo de otras veladas pasadas alegremente, en las que siendo León el rey del festín parecía desafiar al porvenir, le impresionó profundamente al contemplar aquellos lívidos despojos. ¡Y sin embargo, sólo hacía un mes de todo esto! ¡Y las mismas risas sonaban en los mismos sitios y á las mismas horas, los mismos salones se iluminaban, y las mismas mujeres se engalanaban para otros!.... Olvidaban al que partía, como se olvida en una batalla al que cae. ¡Estrechad las filas! Y las filas se estrecha-

ban, y la marcha seguía, y el cadáver quedaba allá abajo abandonado, sin un recuerdo. ¡Qué larga pareció la noche á Gontran de Rives! Por fin llegó el día y apareció la aurora, aquella aurora que tantas veces había sorprendido al joven sentado aún en la mesa de orgía.... Gontran sintió un estremecimiento, y al encontrarse solo, sacudió el brazo de Fargeau para despertarle.

—Ya es de día—dijo.

—¡Aahl

Fargeau miró el cadáver del Conde de Bruand y movió la cabeza.

—Por un momento—dijo—he creído que todo había sido un sueño.

—¡Qué amargo habrá sido vuestro despertar!.... ¡Pobre amigo León!

Los periódicos insertaron aquella noche las siguientes líneas en la columna de *Hechos diversos*:

«Hoy han tenido lugar en presencia de algunos amigos los funerales del señor Conde de Bruand. Más digno tal vez de compasión que la víctima, el vencedor de este duelo, señor Terral, se ha refugiado en Bruselas, donde esperará el fin de la instrucción del proceso. Se dice que este asunto se verá ante los tribunales á fines del mes próximo.»

Paris estaba vivamente preocupado con aquel duelo; después, con el tiempo se olvidó y no volvió á recordarle hasta que los periódicos anunciaron que tendría lugar la vista. Terral se constituyó en seguida prisionero. Su actitud fué muy simpática al auditorio, á los periodistas que comentaron sus contestaciones, y sobre todo á las mujeres. Antonia asistió á la vista con un precioso traje que llamó la atención general. El Jurado absolvió á Fernando Terral por unanimidad. Celestino Fargeau se había mostrado sumamente benévolo para Terral en su declaración; pero al salir de la audiencia tropezó con él y le lanzó una mirada irónica que no estaba exenta de amenazas, á pesar de haber prometido olvidar. Al ver aquella mirada, Terral se encogió de hombros. ¿Qué le importaba de nada, si ya era libre, conocido y casi ilustre?

Aquella misma noche se presentó en el teatro con Antonia, y toda la atención de la sala fué para él.

—¡Te amo!—le dijo la hermosa joven, llena de orgullo al presenciar la gloria de su amante.

Antonia tuvo que abandonar el hotelito de los Campos Elíseos. El Conde de Bruand dejaba lo que le quedaba de su fortuna (bastante mermada) á Paul Barré, su amigo de la infancia y lejano pariente;

una renta vitalicia á su criado Juan, y sus objetos de arte mandaba fuesen repartidos entre sus camaradas, dejando la mayor parte á su amigo Gontran de Rives. El Conde había borrado á última hora un párrafo concerniente á Celestino Fargeau.

Fargeau mismo le había obligado á ello al conocer sus intenciones.

—No necesito nada—había dicho—y os prohibo que me pongáis al igual de un cuervo que acude á alimentarse con los despojos de los muertos. Sólo había consentido en aceptar algunos libros que el Conde le había entregado antes de morir.

La señora Labarbade, en un principio indignada y furiosa al ver escaparse la herencia, se fué calmando poco á poco, y sólo pensó en poner *en orden* la nueva habitación de *su querida Antonieta*.

Antonia, contando con el porvenir y con lo imprevisto, había alquilado una lujosa habitación en la calle de Saint-Georges y no había querido cambiar en nada su género de vida. La señora Labarbade escogió entre las alhajas las que se debían empeñar para sufragar los primeros gastos de instalación.

Pero no se encargó la madrastra de Antonieta de esta comisión sin separar una *ligera* cantidad, pues se la vió por aquel tiempo ir con frecuencia



á casa de un agente de cambio, logrando coleccionar grandes pedazos de papel amarillo que no eran sino acciones de ferrocarriles. Antonia ignoraba esto, y aunque lo hubiese sabido, no hubiese hecho caso. La señora Labarbade trataba á veces de darla consejos, y en particular de alejarla de Fernando Terral, que continuaba ocupando por completo la imaginación de la joven; pero Antonia acogía sus observaciones de tal manera, que su madrastra quedaba escarmentada por algún tiempo para volver á hacerlas.

La joven quiso al principio que Fernando viviese con ella, pero él se negó. Quería ser libre y dejar libre á su querida. Terral había á su vez abandonado su antigua casa y habitaba ahora un precioso entresuelo, amueblado á la antigua, en el boulevard *des Italiens*. Nada en su nueva casa estaba pagado; pero Terral tenía ahora crédito y vivía de él. Se dedicaba á jugar á la Bolsa, y sus operaciones eran muy afortunadas.

Desde los primeros días de la instalación de Antonia, Fernando se quejó de la presencia del joven Adolfo, que según crecía se iba haciendo más insoportable. Aconsejó á Antonia que le pusiera en un colegio, y esto produjo un escándalo en la casa. La señora Labarbade echaba fuego por

los ojos; pero Antonieta, á quien su hermano incomodaba también, fué inflexible, y su madrastra comprendió que no tenía más remedio que ceder ó marcharse. Por fin la prudencia le aconsejó que cediera, y un día el joven Adolfo, muy compungido, se encaminó á un colegio, acompañado de su madre, que le había atestado los bolsillos de golosinas.

Cuando la señora Labarbade volvía de dejar á su hijo en el colegio, enjugando sus ojos enrojecidos con un pañuelo de batista perteneciente á Antonia, decía para consolarse y como si hablase con su hijo:

—No temas, Adolfo, que tu madre vela por tí, y ya llegará un día en que puedas burlarte de esa hermana que te encierra ahora sin compasión. Ya te llegará tu vez, querido mío.

Antonia se sentía ahora verdaderamente dichosa. Se colgaba del brazo de Fernando con singular orgullo y caminaba á pie por los boulevares, gozándose con las curiosas miradas que los transeúntes dirigían al vencedor del Conde de Bruand. La joven maldecía el teatro, que la separaba de su amante á ciertas horas, y hubiese deseado que éste fuese actor, para que les reuniese el oficio como lo hacía el amor; pero este amor, que parecía

más ardiente que nunca, iba cambiando de fase. La joven se figuraba amar á Terral más que nunca, y en realidad le amaba menos. Sólo sentía acariciados su orgullo y su amor propio cuando oía murmurar algún elogio de Fernando; pero ya no era aquel sentimiento de sacrificio que dos meses antes la hubiese llevado á venderlo, á perderlo y á sacrificarlo todo por él.

Pasados los primeros momentos de embriaguez, y cuando se acostumbró á exhibirse del brazo de Fernando, empezó á desear otra cosa, otros placeres y otras emociones.

Un día se confesó que se aburría.

Quiso sacudir este aburrimiento y acudió á todas las fiestas y á todos los placeres en compañía de Fernando.

El dinero que Terral ganaba en la Bolsa por la mañana, se gastaba por la noche; pero él no se inquietaba, confiando más que nunca en su buena suerte.

## VII.

Fernando Terral hubiese elevado con gusto en su casa, no un altar á dioses desconocidos, sino una estatua á la *Audacia*. ¡La debía tanto! Había

logrado sus fines. La fortuna le sonreía. Se hablaba de su golpe de vista en negocios y de su suerte en amores, en las escaleras de la Bolsa.

Subía Fernando una mañana hacia los *Campos Eliseos* fumando un hermoso cigarro, cuando vió en una de las alamedas, andando lentamente y con la cabeza baja, á Carlos Bourdenois, de quien no había vuelto á saber desde el día en que cambiaron sus mutuas confianzas. Bourdenois no le había visto, pues parecía absorto en sus pensamientos y estaba muy pálido y como fatigado. Terral tardó un momento en reconocerle, dirigiéndose luego hacia él, tanto para hablar con un compañero de la infancia, como para lucir su triunfo ante un amigo.

—¡Bourdenois!—dijo cuando estuvo á pocos pasos del pintor.

El interpelado levantó la cabeza, y al ver á Terral no pudo contener una triste sonrisa.

—¡Cuánto me alegro encontrarte!—dijo Fernando.—¿Cómo no has ido á verme?

—¿Yo?—dijo Bourdenois;—no sabía....

Parecía muy confundido.

El contraste era grande entre la actitud altiva y el elegante traje de Terral y el usado paletó y pantalones con rodilleras del pobre Bourdenois.



más ardiente que nunca, iba cambiando de fase. La joven se figuraba amar á Terral más que nunca, y en realidad le amaba menos. Sólo sentía acariciados su orgullo y su amor propio cuando oía murmurar algún elogio de Fernando; pero ya no era aquel sentimiento de sacrificio que dos meses antes la hubiese llevado á venderlo, á perderlo y á sacrificarlo todo por él.

Pasados los primeros momentos de embriaguez, y cuando se acostumbró á exhibirse del brazo de Fernando, empezó á desear otra cosa, otros placeres y otras emociones.

Un día se confesó que se aburría.

Quiso sacudir este aburrimiento y acudió á todas las fiestas y á todos los placeres en compañía de Fernando.

El dinero que Terral ganaba en la Bolsa por la mañana, se gastaba por la noche; pero él no se inquietaba, confiando más que nunca en su buena suerte.

## VII.

Fernando Terral hubiese elevado con gusto en su casa, no un altar á dioses desconocidos, sino una estatua á la *Audacia*. ¡La debía tanto! Había

logrado sus fines. La fortuna le sonreía. Se hablaba de su golpe de vista en negocios y de su suerte en amores, en las escaleras de la Bolsa.

Subía Fernando una mañana hacia los *Campos Eliseos* fumando un hermoso cigarro, cuando vió en una de las alamedas, andando lentamente y con la cabeza baja, á Carlos Bourdenois, de quien no había vuelto á saber desde el día en que cambiaron sus mutuas confianzas. Bourdenois no le había visto, pues parecía absorto en sus pensamientos y estaba muy pálido y como fatigado. Terral tardó un momento en reconocerle, dirigiéndose luego hacia él, tanto para hablar con un compañero de la infancia, como para lucir su triunfo ante un amigo.

—¡Bourdenois!—dijo cuando estuvo á pocos pasos del pintor.

El interpelado levantó la cabeza, y al ver á Terral no pudo contener una triste sonrisa.

—¡Cuánto me alegro encontrarte!—dijo Fernando.—¿Cómo no has ido á verme?

—¿Yo?—dijo Bourdenois;—no sabía....

Parecía muy confundido.

El contraste era grande entre la actitud altiva y el elegante traje de Terral y el usado paletó y pantalones con rodilleras del pobre Bourdenois.

—Pareces muy taciturno, querido Carlos. ¿Estás enfermo del corazón?—preguntó Terral.

—Sí—dijo Bourdenois sonriendo;—del corazón.....

—Y del estómago—dijo Fernando para sus adentros.—¿Has almorzado ya?—añadió en voz alta.

—No..... Sí—respondió el pintor interrumpiéndose.

—¿A estas horas? ¡Imposible! Habrás tomado chocolate, cuando más. Vamos, ven á hacerme compañía.

Y le arrastró por un brazo, dirigiéndose al café *du Rond-Point*, donde los *gentlemen* de aquel barrio fraternizaban gustosos con los chalanes y caballistas del circo.

Bourdenois trató de rehusar al convite de su amigo.

—Vamos—dijo Terral—me alegro mucho de poder hablar un rato contigo. Quiero probarte que tenía mucha razón antes para ser ambicioso, porque los deseos llegan á ser realidades más pronto que uno lo piensa, y el reino de este mundo no le conquista verdaderamente más que aquel que, como vulgarmente se dice, tiene tupé.

—Estoy persuadido de ello—dijo Bourdenois.

Y se quedó pensativo mirando con distracción al blanco mantel que cubría la mesa.

—Pero come—dijo Terral riendo—y bebe, por más que este vino sea detestable.

Llamó al mozo, pidió otro vino y añadió mirando á Bourdenais:

—Sí, querido mío; he llegado al colmo de mis aspiraciones, que ya sabes eran grandes. Soy rico, soy amado. ¡El oro y la mujer! mis dos grandes deseos..... y, cosa rara, amigo mío, debo todo eso á mi duelo.

—¿Á qué duelo?—preguntó Bourdenais.

—¿Cómo á qué duelo?

Fernando dejó caer sobre el plato el tenedor que llevaba á la boca y miró á su amigo estupefacto.

—¿No sabes la historia de mi duelo?

—¿Te has batido?

—¿No lo has leído en los periódicos?

—Amigo mío—dijo Bourdenois—dispénsame, vivo en mi taller como un oso. No sé nada ni leo nada. Sólo trabajo y espero.

Terral, al ver que su fama no había llegado á ciertos sitios, pareció muy contrariado; pero pronto se consoló encontrando ocasión de referir su aventura.



Bourdenois le escuchaba distraído y como pensando en otra cosa.

Cuando Fernando acabó, el pintor le felicitó sin entusiasmo y el silencio se hizo entre ellos.

Después Terral interrogó á su antiguo amigo por pura política.

—¿Y qué me dices de tí? ¿Cómo van tus amores? porque tú tenías amores. Aquel idilio en pleno jardín de María de Médicis..... Vamos, dime, ¿qué ha sido de la virgen de Luxembourg?

—Haces bien en burlarte—dijo Bourdenois.— Soy muy desgraciado y sufro.

—No me burlo—respondió Terral—deseo saberlo, porque me intereso por tí.

—Pues bien—dijo Bourdenois;—todo aquello no existe ya. He tenido que despertar.

—¿Cómo?..... ¿Aquel ángel.....?

—No me has comprendido—dijo Bourdenois al ver la maliciosa sonrisa de Terral.—No he sufrido con ella ninguna decepción. Es una joven honradísima á quien yo hubiera deseado hacer mi esposa..... Tú que eres tan ambicioso, que has deseado tanto, no has aspirado nunca á los placeres del hogar..... Pues bien; he seguido *viéndola* en Luxembourg á la misma hora, como si hubiese acudido á una cita. Su padre la acompañaba siempre.

¡Pobrecillo! Es un noble anciano de ideas antiguas, que hizo su dimisión de una cátedra que tenía en 1851..... Ahora está muy pobre y se dedica á dar lecciones de latín á cuatro chiquillos, cuando debía estar explicando filosofía en una cátedra de la Sorbonne; pero ¿qué quieres? prefiere la pobreza á renunciar á sus ideas. Su angelical hija, que se llama Clara, trabaja en labores de tapicería para los almacenes, y consigue tener la casa en orden y no carecer de pan que llevar á la boca. No tienen criada, y sin embargo su casa es un nido, alegre, limpio y flamante. Me la ofrecieron y fui á visitarlos. Hablamos mucho, y era de ver la alegría del pobre hombre al ver que sus ideas eran las más, y el interés que tomaba en convencerme en algunos puntos sobre pequeños detalles en que no estábamos tan acordados..... En una palabra, me ha enamorado.

—¿Y su hija también?

—También su hija—dijo Bourdenois, á quien el vino daba más energía.

El pobre estaba acostumbrado á no beber más que agua.

—¿Y la señorita Clara?...

—¿Qué?.....

—¿Te ama?

—Sí—dijo Bourdenois.

—Entonces, cástate con ella.

Bourdenois se echó hacia atrás bruscamente en su silla, y dijo con un acento desesperado que no logró conmover á Terral:

—Pues eso es lo que me mata, amigo mío, la imposibilidad de casarme.

—¿Y por qué?

—Porque no saco con mis pinceles para mantenerme, pues el ayuntamiento de nuestro pueblo, que me había enviado aquí para estudiar, me ha retirado la pensión sin más ni más, por un acuerdo municipal..... Yo me reiría de todo esto si no estuviese enamorado; pero lo estoy, y la idea de la imposibilidad de casarme constitayé mi tormento. ¿Qué haría la pobre Clara con un hombre que está en mi situación?..... Á veces la idea del suicidio me asalta con violencia.

—¡Bravo!—dijo Terral.—¡La rabia es el primer escalón del triunfo!

—¡La rabia!—dijo Bourdenois—no creas que la tenga. Vivo en mi triste rincón sin exhalar una queja y hasta resignado con mi mala suerte.....; pero hoy..... no sé qué diablos tiene ese vinillo que se me ha subido á la cabeza..... Como no estoy acostumbrado á beber más que agua..... No, no siento

rabia. Me quejo, pero me resigno y, ó sucumbiré en la lucha y todo habrá acabado, ó saldré triunfante y olvidaré pronto estos sinsabores..... Salgamos, salgamos de aquí. Mi cabeza arde.

—Vamos—dijo Terral sonriendo.

Pagó al mezo y se fué á dar un paseo con Bourdenois en un coche cerrado, donde el pobre pintor siguió hablando de su amor, de sus luchas y de su resignación.

—¿Dónde quieres que te lleve?—dijo por fin Terral, algo cansado de estas confidencias.

Bourdenois iba á decir las señas de su casa, pero se detuvo.

—Donde tú quieras.

Terral le dejó en el boulevard sin insistir más. Se le había ocurrido deslizar en el bolsillo de su amigo algunas monedas de oro, pero luego se dijo: —¡Bah! ¿con qué objeto? En adelante tendré cuidado de evitar semejantes encuentros. Este muchacho con sus lamentaciones es un capítulo de moral en acción. Es preciso evitar dos clases de gentes: los pillos y las personas virtuosas.

Carlos Bourdenois volvió solo á su taller, que era una pieza muy grande que recibía luz por una ancha ventana que daba á la calle. En sus muros estaban colgados los diferentes objetos que cons-



tituían el *lujo* del joven; cuadros sin acabar, croquis, un retrato de mujer, y sobre peanas algunos bustos de yeso. El resto de la habitación estaba muy desmantelado, pues algunos muebles buenos y broncees que Bourdenois había comprado en otro tiempo, habían tenido que ser llevados poco á poco al *Monte de Piedad*. Lo que quedaba no tenía ningún valor y denotaba miseria.

El pobre pintor se dejó caer en un diván tan viejo y usado, que por todas partes dejaba ver el pelote del asiento, y cruzando los brazos se puso á reflexionar.

Por la puerta de un cuartito obscuro se dejaba ver la cama de hierro con un solo jergón, donde Carlos dormía y olvidaba soñando con *ella*.

Se sentía verdaderamente aturdido. El vinillo del restaurant se había subido á la cabeza del bebedor de agua, y además aquel encuentro le había turbado y puesto fuera de sí. ¡Terral poderoso, rico, cuya audacia se había impuesto al mundo, y cuya fortuna había sido conquistada por un paso de atrevimiento! Aquello era capaz de indignar aun á los más pacientes.

—Tal vez soy un tonto—pensaba Bourdenois.— La lucha asidua y honrada es una locura, y en el mundo sólo dan resultado el atrevimiento y la

audacia. Para atraer la atención es mejor un robo que una queja. Terral ha jugado su vida y la ha ganado..... ¡Ah! si yo me atreviese!

Y añadió en seguida:

—¿Atreverme á qué? ¿Acaso soy de esos que inventan las acontecimientos? ¿Cómo había yo de saber inventarlos, cuando soy incapaz de aprovecharme de ellos?....

El pintor estaba sumamente desanimado. Sus ideas se confundían, y por primera vez en su vida sentía miedo. Hasta entonces su existencia había sido triste, pero tranquila y de incesante trabajo; su medianía le había bastado, y cuando ésta se transformó en la miseria, aun la resignación le dió fuerzas; pero ahora el triunfo de Terral le sacaba fuera de sí y hubiera llegado á enloquecerle. El joven lo comprendió, y haciendo un esfuerzo para pensar en otra cosa, trajo á su imaginación la imagen de Clara.

El profesor señor Gouvenot habitaba con su hija en la calle de Soufflot un quinto piso, cuyos balcones daban á la vez al Panteón de Hombres Célebres y á Luxemburgo. Constaba sólo de cinco piezas: la alcoba de Clara, la de su padre, un comedor, un despachito y la cocina. Todo esto limpio, alegre, flamante, como había dicho Bourdenois á Terral.

Allí, en aquel apacible hogar, era donde el pintor fijaba su pensamiento cuando quería olvidar sus penas cotidianas.

Evocaba el rostro puro, los grandes ojos negros y la confiada y melancólica sonrisa de Clara, y poco á poco se iba tranquilizando y animándose más que nunca á seguir en su constancia y trabajo, seguro de llegar á triunfar de la adversidad.

El señor Gouvenot acogía con gran placer á aquel joven á quien había encontrado por casualidad, y que de día en día, de conversación en conversación, le iba siendo cada vez más simpático.

El padre de Clara era hijo de un acérrimo partidario de la Convención y había perseverado en las mismas ideas de su padre. Precisamente Bourdenois tenía entre sus tíos maternos á uno de esos procónsules de la República, que la reacción trata hoy de presentar como seres despreciables, y que fueron, salvo deshonrosas excepciones, pacientes y celosos organizadores, dispuestos á sacrificar sus intereses y existencias á su deber. No se había necesitado más para que el señor Gouvenot se hiciera gran amigo del pintor. El anciano era además un hombre confiado y comunicativo, que iba siempre con el corazón en la mano, con los ojos puestos en su ideal y sin mirar para nada á sus pies. Mu-

chas veces había sido engañado, escarnecido, burlado, sin que su candor nativo se hubiese desmentido un instante. Su hija Clara velaba por él, que decía á veces riendo:

—Yo soy la hija y ésta es el padre.

Embebido y absorto en importantes trabajos sobre la historia de la Revolución que trataba de escribir, acumulaba hacia ya treinta años elementos para ella, buscando periódicos, dibujos, autógrafos de aquella época, que reunía en paquetes que numeraba y ponía su etiqueta, sin decidirse nunca á empezar su proyectada obra.

—No es tiempo aún—decía con dulzura.—Dejemos andar las cosas. Cuanto más se aleja uno de una época, más claro se ve lo que en ella pasó. ¡Es todavía muy pronto para escribir acerca de la Revolución!

—Pero, papá—decía algunas veces Clara—mientras, con proyectos no se vive.

El señor Gouvenot sonreía.

El hecho es que no hacía nada en su obra, y continuaba explicando con la mayor complacencia los clásicos latinos y entusiasmándose ante sus discípulos con los discursos de Tito Livio y las severidades de Tácito.

Clara estaba ya en edad de casarse; pero deci-



dida á vivir siempre al lado de su padre, no quería hacerlo si el que hubiese de ser su marido no aceptaba esta condición.

En este punto Carlos Bourdenois era seguramente el hombre que Clara hubiese escogido, porque le amaba, y sobre todo le estimaba; pero desde el primer día se había levantado entre ellos el negro fantasma de la miseria. No había, pues, que pensar en esta unión mientras que Carlos no pudiese responder de su porvenir y del porvenir de los suyos.

Y el tiempo pasaba.

El encuentro que Bourdenois había tenido con Terral le había hecho el efecto de una borrachera, dejándole algunos días con la cabeza pesada y el corazón oprimido. No tenía la misma fe en el trabajo y le parecía haber bebido algún filtro maligno. Además, otra necesidad espantosa le torturaba: el hambre. Triste realidad para un idealista como Bourdenois, que no teniendo ya nada que vender, ni conociendo á nadie, se encerraba en su taller como en su antro, dejándose devorar por esa terrible enfermedad que devora á la humanidad y nadie ha sabido evitar.

Una mañana salió de su casa. ¿Para qué? no lo sabía. Aquella triste vivienda le daba miedo. Ha-

cia dos días que no había comido, y sentía el estómago vacío y la cabeza pesada. Le parecía que los transeúntes tenían fisonomías extravagantes, que los carruajes rodaban produciendo sonidos extraños y que las casas giraban.

Marchaba á la casualidad mirando al suelo.

Recordaba que en otro tiempo al salir de su casa había encontrado veinte francos entre dos piedras y se los había dado á un pobre.

— ¡Hoy — pensaba — los guardaría y podría comer!

No sabía dónde ir. Se encontró en un boulevard; se detuvo maquinalmente ante los escaparates de las librerías, y anduvo más de prisa al pasar por los de los restaurantes y cafés. Después sintió un inmenso deseo de entrar en ellos á comer y salir sin pagar.

Pero no lo hizo, y fué así hasta Montmartre. Hacía un tiempo hermosísimo, y Bourdenois se acordaba de haber ido allí muchas veces á contemplar París á la luz del sol poniente. Todo estaba invadido por bandadas de niños que jugaban, y aquella alegría, aquel movimiento, aquellos gritos infantiles incomodaban á Bourdenois, que seguía andando sin rumbo, hasta que por fin se detuvo en el camino de Saint-Denis junto á las fortifica-

ciones. La tensión de sus nervios crispados le había sostenido hasta allí; pero de pronto la tensión de éstos cesó, y se vió obligado á sentarse sobre la hierba. El sol enviaba reflejos de oro á las blancas casitas, y bandadas de pájaros se perseguían, pasando mil veces por entre las ramas de los árboles.

Bourdenois se echó en el suelo cuando largo era, y trató de dormirse; pero imposible; su estómago le torturaba y le hacía sentir sus imperiosas necesidades. Se enderezó un poco, y apoyándose sobre un codo miró el sol poniente que se iba ocultando y dejando paso á la noche. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo al pensar con angustia en que se hacía la noche sin que él hubiera encontrado que comer.

Un niño pasó á su lado llevando la comida á su padre que trabajaba allí cerca sin duda.

Bourdenois sintió aquel olor apetitoso, y sus ojos dilatados se fijaron hambrientos en aquel niño que se alejaba.

Por su imaginación cruzó como un relámpago la idea de arrojarse sobre él y arrancarle lo que llevaba.... Después volvió á tenderse en el suelo y dijo avergonzado:

— ¡Soy un miserable!

El pensamiento que había tenido le horrorizaba.

Una languidez extraña, un sopor invencible se iba apoderando de él. Oyó á lo lejos una voz de hombre que cantaba, y quiso llamar; pero no pudo, y experimentando una sensación extraña quedó desvanecido.

El hombre que cantaba vió, al pasar, á Bourdenois que estaba en el suelo sin conocimiento, y estuvo á punto de continuar su camino, creyendo que se trataba de algún borracho; pero al ver el rostro pálido y enflaquecido del pobre joven, se adelantó hacia él y arrodillándose á su lado le cogió una mano. Estaba helada y el pulso latía débilmente.

— Me había equivocado—dijo el hombre en voz alta—no es un borracho, sino un enfermo.

Le frotó las manos y le quitó la corbata. Después llamó al primer transeunte que pasó, que era un carretero que llevaba leña á la Briche, y le rogó que le ayudase.

— ¿A qué?—dijo éste.

— Pero ¿no véis que ese hombre se muere? Vamos cuanto antes á llevarle á la botica.

— Eso es fácil de decir; pero por aquí no hay boticas.

— Pues entonces, al almacén de vinos.

— ¿Al que está ahí abajo?



—Sí.  
Llevaron al pobre Bourdenois y consiguieron reanimarle.

El pintor miró á todas partes con extravío, sin poder explicarse cómo estaba allí, é interrogó con la mirada á aquellos rostros que le examinaban con curiosidad.

—¿Cómo os encontráis?—le preguntó el hombre que le había visto primero.

Era éste un obrero de aire franco y alegre.

Bourdenois le miró con fijeza como tratando de reconocerle.

—Es inútil que tratéis de reconocerme. No me habéis visto nunca; pero es igual; decidme lo que os ha pasado.

—No lo sé—respondió Bourdenois, ante cuya vista todo giraba.

—¿Que se desmaya otra vez!—exclamó el de la tienda de vinos.—¡Vinagre!

La cabeza de Bourdenois había caído sobre su hombro izquierdo.

—¡Por San Pedro!—exclamó el obrero golpeándose la frente;—ahora lo adivino todo. El infeliz se muere de hambre.

—¿De hambre?

Y casi todos los que había en el almacén mira-

ron con incredulidad al obrero al ver el aspecto decente de Carlos Bourdenois.

—¡Sí, de hambre! ¡aunque os parezca mentira!.... ¡De hambre!.... ¡Vamos, pronto, un caldo, un *beesteak*, pan, vino, sobre todo vino! ¡Pronto!

La mujer del almacenista de vinos estaba ya destapando una botella de sello verde. Bourdenois volvió en sí poco á poco y humedeció sus labios en el vaso en que la dueña del almacén había echado el vino.

Cuando pudo darse cuenta de lo que le había sucedido, tendió su mano al obrero y le dió las gracias.

—¡Oh!—dijo éste—no hay de qué. Lo que yo celebro es haber llegado á tiempo.

Bourdenois, sentado ante un *beesteak* que chorreaba sangre bajo el cuchillo, comía con la voracidad y la cándida alegría de los niños ó de los convalecientes, no ocurriéndole por un momento el que luego habría que pagar. La necesidad era más fuerte que nada y el apetito, al despertar de su letargo, había dominado á la razón.

El obrero, sentado delante del pintor, llenaba su vaso y bebía con él de cuando en cuando.

—¿Y cómo os ha ocurrido esto? ¿Habíais salido de casa sin dinero?

Al oír estas palabras, Bourdenois dejó caer

bruscamente el tenedor que llevaba á la boca y quedó inmóvil. ¡Sin dinero! Entonces se acordó de todo, y maquinalmente hizo un movimiento para levantarse de la mesa.

—¿Cómo?—dijo el que le había socorrido;—¿os vais?

El pintor volvió á caer en su silla.

—¿No coméis más?

—No.

—¡Ah!—dijo el obrero—¡ahora caigo!

Y añadió bajando la voz:

—¿No hay dinero, eh?

La mirada de Bourdenois respondió á aquella pregunta.

—No os importe. Yo llevo cinco francos afortunadamente, y podremos repartirlos.

—¡Ah!—dijo Bourdenois—es que ni siquiera sé si podré devolveros.....

—No os preocupéis por eso..... ¿Se puede saber cuál es vuestro oficio?

—Soy pintor.

—¿Pintor de cuadros?

—Sí.

—Pues casi casi podemos llamarnos compañeros, porque yo también soy pintor en porcelana..... decorador.

—¡Pintor en porcelana!—murmuró Bourdenois; ¿y cuánto ganáis diariamente?

—Cinco francos por diez horas de trabajo, y además tengo las veladas, que aprovecho para hacer algo por mi cuenta.

—¿Y creéis que yo podría?.....—dijo Bourdenois.

—¿Vos? seguramente. Yo me encargo de enseñaros el empleo de los colores, que no son los mismos que en vuestras pinturas al óleo. Estoy seguro de que con poco que hagáis en lienzo, en porcelana podréis progresar bastante. Sobre todo, no lo consideréis como arte; oficio, y nada más que oficio, ya lo sabéis.

—Pues bien, me dedicaré al oficio, porque lo principal es vivir. Después iré al arte, si puedo, cuando haya ganado con qué mantenerme. La casualidad me ha favorecido al ponerme en mi camino. Me llamo Carlos Bourdenois, y me encuentro en la mayor pobreza; pero soy hombre honrado y nunca podré olvidar lo que hoy habéis hecho por mí.

—Yo me llamo Rambossom. También soy pobre, y además casado hace un año y con un chiquitín en ama; pero siempre estoy alegre como unas pascuas. La casualidad ha querido que yo tuviese



que ir hoy á *Saint-Denis* y pasara á vuestro lado. Os aseguro que me alegró mucho, y mañana mismo voy á pedir al patrón que os dé un puesto en el taller, á menos que preferáis trabajar en casa.

—No—dijo Bourdenois—en el taller, en el taller. Trabajaré mejor lejos de esos malditos lienzos que no dan qué comer.

Los dos nuevos amigos volvieron juntos á París. Rambossom citó á Bourdenois para el día siguiente.

Carlos volvió á su casa con el corazón dilatado por la esperanza, confiando en el porvenir y entreviendo entre sueños el rostro de su adorada Clara.

Por medio del trabajo diario, del trabajo del obrero, podría quizá llegar hasta ella, y al pensarlo se sentía orgulloso de su sacrificio y lleno de fe y entusiasmado con aquella idea que tomaba cuerpo ante sus ojos.

—¡Podré ganar para vivir á su lado! ¡Mañana mi trabajo no será infecundo ni mi constancia estéril!

Antes de dormirse echó á sus cuadros una mirada de despedida, y dijo en voz alta con el acento que un amante hablaría á su amada:

—Volveré á vosotros, sí, volveré; pero después que haya ganado el pan de cada día. . . . .

.....  
Mientras ocurría el episodio que acabamos de

referir, Fernando Terral subía en coche y se dirigía, acompañado de Antonia, á casa de Violeta Raymond, una mujer á la moda que daba reuniones. Las invitaciones á éstas, impresas en letras doradas, decían que *se suplicaba la mayor sencillez en las toilettes*; pero aun así y todo, se reunían en los salones de Violeta, en la calle de Helder, tantos brillantes, que con su producto se hubiera podido mantener á un barrio entero durante un mes. La flor de la elegancia y de la insolencia parisién lucía allí las joyas y trajes más excéntricos.

Violeta estaba radiante en aquel centro en que se reunía el *todo Paris* alegre y bullicioso, y había hecho llenar de flores su vasto comedor, donde se preparaba una comida de tres mil francos.

Antonietta era íntima amiga de la dueña de la casa, y había ido aquella noche sencillamente vestida con un traje blanco guarnecido de violetas del polo, que eclipsaba las *toilettes* más ricas. Violeta Raymond no escaseó sus elogios á aquel atavío. En fin, la reina de la fiesta fué Antonia, y Terral saboreó aquel triunfo con cierto aire desdenoso.

Los invitados no necesitaban ser presentados los unos á los otros, porque todos se conocían y muchos se tuteaban.

—¿Y el Barón de Rives?—preguntó Violeta antes de sentarse á la mesa;—¿no ha venido con vos, Riensaint?

—No, querida mía—contestó el interpelado.—Gaston de Rives se ha vuelto un anacoreta de poco tiempo á esta parte. ¡Es toato!

—Pues cenaremos sin él.

Y cenaron.

Esas noches pasadas en la fiebre de la orgía, entre plata y oro, flores y suculentos manjares que se ostentan en la riquísima mesa, mientras que fuera de aquellos lugares reina el frío y el hambre, todas, todas son iguales. Las mismas alegrías, las mismas bromas, los mismos besos, los mismos gritos; los mismos gritos sobre todo. No hay placer sin ruido, según esos locos. Choques de vasos, risas sin causa, carcajadas sin fin, todo se confunde. Sólo el día siguiente de la orgía vale algo por lo que enseña. La moral se llama entonces indigestión, dispepsia ó neuralgia. Las medicinas hacen las veces de mentores. Todo se paga.

Pero nuestros personajes no pensaban en aquellos momentos más que en su alegría presente.

—¡Vino!—¡Madera!—¡Acabad pronto!

—¡Imbécil!—¡Uno solo, nada más que uno!—  
¡Á la puerta!—¡Una canción!

—¡Nada!—¡Nadie!—¡Ah, eh, oh!.....

—¡Jamás!—¡Sí!—¡Buenas noches!

Y entre esta confusión ó tempestad, las siguientes ocurrencias, más largas, pero no menos locas.

—Pero, Geraldina, coméis demasiado, hija mía. Estáis preparando una buena indigestión á la hija de vuestra madre.

—Y á vos, ¿qué os importa? Roberto, dame más..... sólo un poco.

—¡Ah! ¿sabéis que ha habido noticias de Miron que se escapó con la caja?

—¿De veras?

—Dicen que lleva en Bruselas un lujo de príncipe. En la calle de Herbes-Potageres no se habla más que de él.

—¡Viva Miron!

—¡Un brindis en honor de Miron!

—Señores, Josefa no ha bebido. Pregunto por qué no ha bebido Josefa.

—Porque Miron es un canalla.

—Eso es demasiado, Josefa, hija mía.

—¿Cómo escribes tú canalla con k?

—Sí....., un canalla, pues me engañó miserablemente..... Figúrate que me regaló una magnífica cadena, gruesa como un brazo, y yo me puse



tan contenta, cuando un día se me ocurre empearla.... ¡y era de doble!

—¡Me lo figuraba!

—¡Bien por Mirou! ¡Engañar á sus *ingleses*! Perfectamente; pero á Josefa.... aun mejor. ¡Muy bien, muy bien por Mirou!

—¡Viva Mirou! ¡viva Mirou!

—¡Qué simple es esta Josefa!—dijo Verta bebiendo una copa de champagne.

Josefa se levantó furiosa, y cogiendo una manzana de un frutero, se la tiró á Verta, que pudo esquivar el golpe. La manzana fué á romper un espejito de Venecia. Por fin, el pequeño Barberino logró contentar á las jóvenes abrazándolas á la vez.

Antonia se levantó para ver los desperfectos causados en el espejo por la manzana.

—¡Rombos!—dijo volviéndose á sentar después de haberle examinado.—¡Señal de riqueza! ¡El Polaco se enriquecerá! ¡Viva la Rusia!

—Felicía, cuéntame tu historia.

—¡Sí, sí, que la cuente!

—¡Pero que la cuente á todos!

—¡No se permite hablar en voz baja!

—¡Que hable Felicia!

—¡Hacedla subir sobre la mesa!

—¡Felicía, sube á la mesa y cuéntanos tu historia!

—¡La historia de Felicia! ¡Que la cuente! ¡El público pide la historia de Felicia!

—¡En voz alta!

—¡Silencio!

—¡Que hable!

—¡Que calle!

Felicía lloraba. El vino había exaltado sus fibras sensibles, haciéndola derramar algunas lágrimas que caían sobre el plato que tenía delante. Sus cabellos se habían desatado y estaban esparcidos sobre sus hombros. La joven miró alrededor de la mesa con aire vago y dijo lentamente:

—No creáis que me importa el contaros mi historia.... Dame vino, mi querido Leopoldo.... No, ese no, Jerez.... Empezaré diciéndoos que vivía con mis padres.

—¿De veras?

—Todo el mundo ha vivido en casa de sus padres—exclamó Antonia, que apoyaba su cabeza sobre el pecho de Terral.

—¡Ah, los padres!—dijo Verta comiendo un pedazo de acitrón.

—Si—continuó Felicia—vivía con ellos y me aburría.... ¡No toquéis mis cabellos!.... Además, vivía enfrente un muchacho muy guapo.

—¿Tanto como Barberino?

—¡Silencio! Signe tu historia, Felicia.

—No me gusta esa historia—dijo el Conde de Broski.

Felicia prosiguió:

—Por fin..... ya podéis figuraros..... fui suya..... pero luego.... vino un niño.

—¡Ah! ¿hubo un niño?

—¡Final del cuadro!

—¿Y qué hiciste de él, Felicia?

Felicia fijó en la mesa sus extraviados ojos, y con una sonrisa terrible, la sonrisa de las locas,

—Le maté—murmuró dulcemente.

Todos estaban borrachos, locos, riendo, gritando y bebiendo; pero cuando Felicia dijo aquellas palabras, se miraron instintivamente y quedaron mudos y horrorizados en medio de su embriaguez.

—Le maté—continuó Felicia en medio de aquel silencio.—Sí, le ahogué con estas manos..... Después le enterré bajo el rosal que había al lado de mi ventana..... y le regaba todas las mañanas..... Cuando hubo rosas, cogí un ramo que guardaré siempre..... ¡Ya está marchito el pobre!—añadió llorando en el vaso que tenía en la mano—y sin embargo, aun conserva su aroma.

El silencio se había hecho sepulcral, y todos se miraban con aire de horror.

—¡Qué es esto?—exclamó Terral levantándose.—¡Vaya una noche de placer! Todos se han quedado como muertos. ¡Váyase al diablo Felicia con sus historias horripilantes, y si vuelve á hablar de ellas, la echamos por la ventana!

—La verdad es que nos ha dejado fríos—dijo Olivier Renaud.

—Pues bebed—exclamó Violeta.—¡Vino!

—¡Y olvidemos á Felicia Hamlet!

—¡A Felicia Young!

—¿Por qué me llamáis así—dijo la joven;—mi apellido es Germot.

La *sinfonía de la cena* iba en *creescendo*. El ruido iba siendo cada vez más intenso y las notas más agudas. Aquel calor perfumado y aquella atmósfera cargada, penetrante, eléctrica, exaltaba y crispaba más los excitados nervios de los comensales de Violeta.

Antonia se sentía dichosa con aquella fiebre.

Sus sienas latían. Estrechaba en sus pequeñas manos las manos de Terral, y miraba á Violeta con aire de triunfo. Se creía la reina de todas aquellas mujeres, la más amada, la más envidiada, y se sentía orgullosa de su triunfo.



Terral también estaba radiante. Había sorprendido algunas miradas femeninas fijas en él, y sabía que muchos hombres le envidiaban.

—¡Terral— exclamó Olivier Renaud del otro lado de la mesa— vamos á brindar por Antonial

—¡Váyanse al diablo los brindis— respondió Terral— ¡ó brindad por los tontos, si queréis! ¡Vosotros, los periodistas, les debéis ese recuerdo!

—Pues brindemos por vos, futuro millonario.

—¿Por qué no? Hay muchos tontos que hacen fortuna, y por consiguiente, más natural es que la hagan las gentes de talento. Ya es tiempo de que la inteligencia sea pagada en su justo valor, y si así no sucede, no debe desecharse medio alguno para conseguir el fin que uno se propone. No debemos respetar esa moral absurda que cambiaría el mundo en un claustro. La naturaleza nos ha dado apetitos y deseos para que estos deseos y apetitos sean satisfechos. ¡Qué diablos! Si tenemos dientes es para devorar, y aquel que los tenga más largos es el que debe devorar más.

—¡Bravo!

—¡Terral, estáis elocuente!

—¡Una cátedra en la *Sorbone* para Fernando Terral!

—¡Aprobado! Alargadme esa botella de ron.

—¡Ah! Terral, no digáis más tonterías— dijo Berta.

Antonia miraba á Terral con amor. ¡Jamás le había visto tan hermoso!

—Hay dos clases de gentes— exclamó Terral.— Los que no tienen inconveniente en confesar su ambición, y los hipócritas que tratan de ocultarla. ¡Guerra á los tímidos! ¡Viva la audacia! La regla debe ser ésta: desear mucho y tomar lo más posible. ¡Al asalto!

—¡A la bayoneta!

—¡Estáis magnífico Terral!— gritó Olivier Renaud.— Sois el primer orador del boulevard.

—¡El mismo Maquiavelo!

—Suprimid los nombres propios— dijo Violeta.

—¡Terral nos fastidia! ¡ese Terral nos fastidia!— dijo Felicia lloriqueando;— ¡una canción, que se cante una canción!

—¡Sí, sí!

—¿Pero se ha acabado el licor? Entonces, dadme agua de colonia.

—¡Agua de colonia! ¡Vaya una idea!

—Sí, sí, agua de colonia, que tengo mucha sed— repetía Felicia.

—O vinagrillo de tocador. Es lo mismo.

—¡A beber!

Y bebían.

Iba amaneciendo, y los obreros andaban ya por las calles mientras aquellos locos, ávidos aún, con los labios secos, seguían bebiendo y bebiendo sin cesar. Después de haber bebido los licores más exquisitos y preciosos, al concluir la última botella de éstos, habían mandado á una taberna á buscar un mal vino para calmar aquella sed terrible. Los unos caían al suelo quedándose dormidos, mientras otros, pálidos, desencajados, reían, se quejaban ó lloraban.

Sólo Terral, fuerte y tranquilo, miraba aquellos cuerpos gastados y vencidos por la orgía, sosteniendo á Antonia que se había dormido en sus brazos.

### VIII.

Una noche, volviendo del teatro, Antonia, con tono alegre, dijo á Terral:

—¿No sabes? Va á hacerse muchas veces una revista. ¡Se está ya hastiado de las comedias de costumbres! ¡Son tan tontas! Habrá trajes cortos y vaporosos. Marcelino es el que va á dibujarlos. ¡Tengo un papel! Estoy contentísima. ¡Qué papel!..... ¡Seis trajes!

—Me alegro— dijo Terral con aire indiferente.

— Parece que estás enfadado.

—¿Yo? no....

Antonia no insistió, pero no se había equivocado. Terral parecía hallarse contrariado, y lo estaba en efecto, pues hacía algún tiempo que tenía celos. Se había enamorado de Antonia de una manera más profunda, ó por lo menos más violenta y no se atrevía á confesárselo á sí mismo. No quería que nadie supiese esta debilidad suya. Él mismo se había tendido el lazo en que al fin iba á ser cogido. A fuerza de jugar con el amor se había quemado el corazón y los sentidos, un poco el primero y mucho los segundos. Se creía seguro en medio de los hombres con la coraza de que se había revestido; pero ésta tenía un punto vulnerable por el que iba á ser herido. Aquel hombre dominante, había encontrado un amo, y aquella voluntad de hierro estaba ahora á punto de verse esclava de los locos caprichos de Antonia; y como él lo conocía y sentía instintivamente el poder de aquella niña, instintivamente también se rebelaba y no quería ser débil y perder su poder.

Lo que había conducido hasta el amor á aquel Terral que parecía incapaz de este sentimiento, eran los celos. Presentía que desde hacía algún



Y bebían.

Iba amaneciendo, y los obreros andaban ya por las calles mientras aquellos locos, ávidos aún, con los labios secos, seguían bebiendo y bebiendo sin cesar. Después de haber bebido los licores más exquisitos y preciosos, al concluir la última botella de éstos, habían mandado á una taberna á buscar un mal vino para calmar aquella sed terrible. Los unos caían al suelo quedándose dormidos, mientras otros, pálidos, desencajados, reían, se quejaban ó lloraban.

Sólo Terral, fuerte y tranquilo, miraba aquellos cuerpos gastados y vencidos por la orgía, sosteniendo á Antonia que se había dormido en sus brazos.

### VIII.

Una noche, volviendo del teatro, Antonia, con tono alegre, dijo á Terral:

—¿No sabes? Va á hacerse muchas veces una revista. ¡Se está ya hastiado de las comedias de costumbres! ¡Son tan tontas! Habrá trajes cortos y vaporosos. Marcelino es el que va á dibujarlos. ¡Tengo un papel! Estoy contentísima. ¡Qué papel!..... ¡Seis trajes!

—Me alegro— dijo Terral con aire indiferente.

— Parece que estás enfadado.

—¿Yo? no....

Antonia no insistió, pero no se había equivocado. Terral parecía hallarse contrariado, y lo estaba en efecto, pues hacía algún tiempo que tenía celos. Se había enamorado de Antonia de una manera más profunda, ó por lo menos más violenta y no se atrevía á confesárselo á sí mismo. No quería que nadie supiese esta debilidad suya. Él mismo se había tendido el lazo en que al fin iba á ser cogido. A fuerza de jugar con el amor se había quemado el corazón y los sentidos, un poco el primero y mucho los segundos. Se creía seguro en medio de los hombres con la coraza de que se había revestido; pero ésta tenía un punto vulnerable por el que iba á ser herido. Aquel hombre dominante, había encontrado un amo, y aquella voluntad de hierro estaba ahora á punto de verse esclava de los locos caprichos de Antonia; y como él lo conocía y sentía instintivamente el poder de aquella niña, instintivamente también se rebelaba y no quería ser débil y perder su poder.

Lo que había conducido hasta el amor á aquel Terral que parecía incapaz de este sentimiento, eran los celos. Presentía que desde hacía algún

tiempo Antonieta no le pertenecía ya por completo y parecía cansada de aquella vida. La joven no tenía ya aquellos arranques que la impulsaban hacia él, ni aquellas palabras verdaderas que hacían nacer en ella el orgullo de su conquista.

Ahora, en lugar de estar loca de alegría como antes, cuando se encontraba sola con Terral, permanecía triste y con los grandes ojos muy abiertos, fijos y distraídos. Entonces Fernando la interrogaba, y ella balbuceaba suspirando una respuesta que no explicaba nada.

El orgulloso Terral sufría mucho al ver herida su vanidad, que era tal vez el único sentimiento por que aquel corazón de roca era accesible, y en cuanto fué celoso fué débil.

Antonia se aperebió de ello y abusó.

Permaneció más tiempo que otras veces en los ensayos, no siendo nunca exacta y haciéndose esperar. Después escuchaba apenas los reproches que Fernando la dirigía, y lejos de pedir perdón como otras veces, sonreía, bromeaba y pasaba á otra cosa. Estaba segura de Terral, y no creía necesario sacrificarse en nada por él, á pesar de que aun seguía amándole por costumbre. Fernando se preguntaba si no era mejor separarse de ella que vivir así á su lado, pues al fin y al cabo el dinero

que ganaba, que era mucho, se derretía en las lindas manos de Antonieta. Terral se quebraba la cabeza para descubrir una mina de oro que bastase á sufragar los enormes gastos de la joven, y casi siempre lograba encontrarla, pues sus jugadas de bolsa, de una audacia increíble, solían ser acertadísimas. Manejaba millones no poseyendo ni mil francos, y con nada lo conseguía todo.

Antonia no sentía ya por su amante el primer entusiasmo, pues naturalmente, al estar éste agobiado de preocupaciones, no era ya el hombre conquistador y desdeñoso de antes, que tanto la había seducido. Más bien que un amante era un marido, un amo que quería mandar, y Antonieta no podía resistir ningún dominio, pues prefería ante todo hacer una vida fácil y libre.... ¡Oh, la libertad!

Ya sabía que Terral seguía amándola; pero aquel amor tenía algo de *ya visto* que la fatigaba. Deseaba conservarle, sin embargo, impulsada por la fuerza de la costumbre, pero añadir á él alguna nueva aventura, de cuyas emociones tenía sed. Muchas veces, como había sucedido en la cena de casa de Violeta, sentía despertar su pasión por Terral; pero esto duraba poco.

Todo París conocía á Grevignot. Era un hombre-



cillo delgado, picado de viruelas y feo, pero con ojos llenos de viveza y una voz muy vibrante. Hacía papeles cómicos, y no había ninguno tan á propósito como él para canciones picarescas.

Mientras que cantaba una noche sus *couplets*, vió en un palco á una hermosa joven vestida de blanco, que tenía los gemelos fijos en él.

—¡Calla, es Antonia!—se dijo Grevinet.

En efecto, era Antonia.

Esto dió que hablar entre los cómicos, que no escasearon sus bromas á Grevignet.

Al día siguiente, á la misma hora, Antonia estaba en el teatro y fijaba sus anteojos en el actor.

—¡Oh!—dijeron á Grevignet—esto es demasiado significativo.—¡Tú has trastornado la cabeza á Antonia! ¡Eres un conquistador!

Al día siguiente, á su entrada en escena, Grevignet volvió á aperebir á la joven.

—¡Ay, hijos míos!—dijo al entrar entre bastidores;—no creáis que soy un fátuo, aunque la naturaleza me ha hecho lo suficientemente feo para no serlo; pero—y llevó riendo la mano á su corazón—estoy cierto de que soy amado.

—Grevignet, tú no te has mirado al espejo—le dijeron.

Grevignet no se equivocaba. Aquel rostro flaco,

aquel cuerpo endeble y aquel no sé qué de espiritual, habían seducido á Antonia, que iba en busca de un ideal. El *eclecticismo* la había conducido de Terral á Grevignet, del mismo modo que la hubiese llevado de la estatua del Apolo de Belvedere hacia algún monigote mal hecho.

Una noche Antonia subió al escenario saludando á derecha é izquierda; se fué derecha al cuarto de Grevignet, y *se le llevó* materialmente en su coche. Este pequeño escándalo fué por dos días la *comidilla* de todos los teatros.

La vida de falsía para que Antonia había nacido, volvió á empezar, y la joven respiró al encontrarse en su elemento. Había engañado al Conde Bruand por Terral, y engañaba ahora á Terral por Grevignet. La joven había nacido para eso, y la extrañaba haber estado tanto tiempo sin sacudir el yugo.

Terral lo había sabido y estaba furioso; pero se contenía fingiendo ignorarlo, pues tenía miedo al rompimiento. El día en que bajo pena de aparecer ridículo no pudiera seguir fingiendo que no sabía nada, sería terrible para él.

Y aquel día debía llegar. Antonia le había dicho que fuera á recogerla una tarde á la hora de comer, para ir juntos al restaurant y luego al tea-

tro. Terral había tomado un palco y se presentó á la hora indicada.

Antonia no estaba.

Ferral encontró á la señora Labarbade sentada en una mecedora, y á Adolfo saltando sobre los sillones y destrozándolo todo. Como era jueves, tenía opción á ir á comer con su madre, y ésta había ido á buscarle.

—¿Volverá pronto Antonia?—preguntó Terral.

—¿Qué sé yo!—contestó la señora de Labarbade, meneando la cabeza con aire de incredulidad.

Al decir esto había tomado un aire importante, y cruzada de manos hacía resbalar sus pulgares el uno sobre el otro.

—¿Está en el teatro?—volvió á preguntar Terral.

—No lo creo.

—¿Volverá á la hora de comer?

—Creo que no. Yo pienso ir á comer con Adolfo al *Palais Royal*, y después iremos al teatro.

—Á ver á la señorita Schneider—añadió el colegial guiñando el ojo izquierdo.

—Calla, bribón—dijo la madre.

Terral se había sentado un poco impaciente.

—Está bien; esperaré.

La señora Labarbade se dirigió á su habitación para ponerse un abrigo.

—Mirad—dijo entonces Adolfo aproximándose á Terral—si esperáis á mi hermana, podéis esperar sentado, porque ya hace tiempo que se fué y no pensaba volver. ¿Sabéis dónde come esta noche? En *Nogent*.

—¡Demonio!—dijo Terral levantándose.

Cogió su sombrero y salió bruscamente, mientras que el joven Adolfo extendido á la larga daba una carga con sus zapatos al canapé para dar muestras de su alegría.

—¿No sabes?—dijo á su madre cuando volvió, —se lo he dicho todo. Va á caer como una bomba en medio del festín de Baltasar. ¡Qué buena escena va á ser!

—¡Ah infame!—dijo la señora Labarbade riendo.—¿Cuándo vas á dejar de ser malo?

—¡Jamás! Lo que yo quisiera ver es la cabeza de Grevignet. Fernando le va á aplastar el cráneo con un plato. *Lo que he hecho está bien hecho*—repetía cantando con voz chillona.

—Puedes aún alabarte de ser tan malo—le dijo la señora Labarbade abrazándole.—Después de todo, no me disgusta que esa tonta lleve una lec-



ción, para que vea que no todos son como el Conde de Bruand.

—A mí tampoco—dijo Adolfo.—El domingo pasado no tenía yo tabaco; le pedí un franco y me le negó..... ¡Oh! ¡esa no es manera de portarse con un hermano!

—No temas—añadió la madre;—ya nos las pagará todas juntas..... ¡Vámonos!

Terral había partido con la rabia en el corazón y los dientes apretados, á buscar un coche, sin otro pensamiento que éste: correr á *Nogent*, encontrar allí á Antonia y abofetear al que..... pero ni aun sabía el nombre de su rival, ni el sitio en que podría encontrarlos en *Nogent*. Entonces volvió maquinalmente hacia casa de Antonia. La señora Labarbade había partido; la doncella de Antonia también, y el cochero se había ido sin duda con su ama.

Terral pasó la noche presa de la mayor agitación. Su amor propio sufría horriblemente al verse ultrajado. ¡Oh! ¡pero ya se vengaría!

Fué al Círculo, jugó y perdió. Al salir debía diez y seis mil francos; pero poco le importaba. Debía cobrar al día siguiente una liquidación, y pagaría. Sólo Antonia le ponía nervioso y exaltado. Lo que había perdido, poco le importaba. Ya buscaría el desquite al día siguiente.

Se volvió á su casa. Allí trató de leer para dormirse; pero no lo consiguió. Al día siguiente á las diez estaba ya en casa de Antonia.

—Bueno, bueno—dijo á la señora Labarbade, que le habló muy confusa y como queriendo disculpar á Antonia;—ya volveré.

A las cuatro volvió en efecto, y le dijeron que la joven estaba durmiendo.

—La señora ha dicho que no estaba para nadie—balbuceó la doncella.

—Está bien—dijo Terral;—pero yo entro.

Y empujó bruscamente la puerta de la alcoba.

Las cortinas estaban corridas, dejando pasar apenas una débil claridad.

El lecho, con ricas cortinas de *guipure*, se destacaba vagamente, como un montón de nieve, en la obscuridad.

Había realmente algo de cándido y de virginal en aquella habitación, donde no se oía ahora más que la respiración algo agitada de la joven que dormía.

Terral se aproximó al lecho.

Estaba acostumbrado á la semiobscuridad de esas habitaciones en que parece se aproxima la noche en pleno día. Miró un momento á Antonia, que estaba con la cabeza apoyada sobre el brazo

derecho y la boca entreabierta. Sus negros cabellos se habían desatado y caían esparcidos sobre la almohada. Sus párpados parecían cerrados por una mano de plomo. Había en aquel rostro de líneas purísimas algo como de la fatiga pesada y terrible que sigue á la orgía.

Terral la examinó; después se fué á la ventana y corrió las cortinas. La luz penetró de lleno en la perfumada alcoba.

La joven no había oído nada y seguía durmiendo.

Entonces la cogió por un brazo y la sacudió con violencia.

Antonia se levantó, separando con sus dos manos los cabellos que caían por su frente, frotándose los ojos con movimientos de gata y sonriendo instintivamente.

Cuando apercibió á Terral, lanzó un suspiro.

—¡Ah! ¿eres tú?

—Yo soy.

Antonia se despejó al momento y se puso en guardia.

—¿Estás enfadado conmigo, verdad?—dijo.

Había preparado sus baterías, segura de sí misma.

—No — contestó Terral friamente. — ¿Por qué había de estarlo? ¿Acaso no eres libre?

Comprendía muy bien que á una naturaleza inconstante y vana no se la domina imponiéndose, y en sus palabras había un tinte de desprecio.

—Pactos como el nuestro no están firmados por mucho tiempo—exclamó Fernando.—¿Qué nos ha reunido? Un capricho. Acabado éste, no tenemos más que hablar.... Ayer estuve á punto por un momento de enfadarme ridículamente; pero he flexionado, y vengo á abrazarte y á despedirme de tí.

—Fernando, no digas eso.

—Eres una buena muchacha en el fondo—dijo Terral cogiéndole las manos, que de buena gana hubiese triturado.—Siempre seremos buenos amigos. Vaya, dame un abrazo, y....

—Fernando—dijo la joven enderezándose y mirándole frente á frente—dime la verdad. ¿Es que ya no me amas?

—Confesarás, querida, que me has dado derecho para olvidarte un poco....

—¿Yo?

—Tú, sí. Necesitaria estar ciego para no verlo. Ayer te estuve esperando más de dos horas. Otro cualquiera se hubiese desesperado.... pero cada uno tiene su temperamento....

—¿Te fuiste á casa de Violeta, verdad? Vamos, no lo niegues.



—Creo que tengo el perfecto derecho de ir donde me parezca, lo mismo que haces tú. Yo no te he pedido cuentas ningunas, y no sé por qué has de pedírmelas tú á mí.

—Y si yo te lo digo todo, ¿te seguirás callando?

—¡Ah, ah!—dijo Terral riendo.—Parece que estás celosa.

—Es que tengo mi amor propio como cualquier otra.

—¡Ya!

—Mira, Fernando. Voy á decirte la verdad. Me comprometió Florina á ir á Nogent á una comida de campo.... era su santo.... Ciertó que te hice esperar, y esta no es una razón.... Por cierto que estuve bien aburrida.... Conque, vamos, dime si has visto á Violeta....

—¡Ah!—exclamó Terral.—No sigas esta necia escena de celos. ¿Me tomas por un tonto? No fué Florina quien te comprometió ayer, sino que te fuiste á Nogent con Grevignet.

—¡Fernando!....

—Cuando te lo digo, es porque lo sé.

—¡Te jurol!....

—No te canses en jurar. ¿Acaso yo me quejo ó me exalto? ¿Hay un sólo reproche en mis labios ó

en mis ojos?.... Después del Conde de Bruand yo, y después Grevignet.... ¿por qué no? Yo no soy una cadena.... Deseas ser libre y no me parece mal; pero lo que no quiero es que te rías de mí creyendo engañarme. ¿Has creído hacerme tu juguete? ¡Pobrecilla! Mírame bien y comprenderás que con sólo juntar dos dedos puedo aplastaros á tí y á ese pequeño monigote.

Y Terral se paseaba á grandes pasos por aquella habitación, con la cabeza erguida, seguido de la mirada de Antonia, que se había tornado humilde de repente al contemplar al Terral de otro tiempo, á aquel cuya mirada la dominaba por completo.

—No creas que soy un tirano—prosiguió—y ya sé además que no tengo más derecho sobre tí que el que da la duración de un capricho; pero no permito á nadie absolutamente, que se burle de mí.... ¿Pasar de mis brazos á los de otro? Bueno. Después de todo, tú has nacido—añadió con desprecio—y estás hecha para eso.... pero tratar de tomarme por *primo*.... (y Terral erguía su hermosa cabeza); lo que es eso, te lo prohíbo.

—Pues bien, sí—dijo la joven de repente, arrasada y dominada á la vez por aquella calma desdenosa y contenida—es verdad; te pido perdón; me acuso y me arrepiento. Te amo siempre: eres mi

Fernando. ¿No me amas ya? Mírame, soy tu mujercita..... Vamos, te lo ruego, Fernando, no te vayas sin haberme dicho antes que todo lo has olvidado.

El vestido que Antonia había llevado la víspera estaba doblado sobre una butaca. Terral le cogió, y arrojándole á un lado, se sentó.

Antonia fué en seguida á echarse á sus piés, y tomándole las dos manos le acarició con una sonrisa de esclava, implorando, rogando y humillándose. Terral miraba aquellas espaldas desnudas, redondas, irresistibles, con voluptuosidad; pero se contenía, sabiendo muy bien que el éxito de la partida dependía de su frialdad y de su implacable desdén. Entonces Antonia fué servil y baja, suplicó y arrancó su perdón con lágrimas. A pesar de no amarle ya, seguía siempre bajo el poder de su dominio, sin adivinar que aquel hombre la adoraba. Se creía despreciada y tenía miedo, por vanidad, de perderle y de verle pertenecer á otra. Sin duda quería seguir engañándole, pero estaba resuelta á no dejar que la abandonase, pues á pesar del hastío que la inspiraban ya aquellos amores, Fernando no había perdido su prestigio á los ojos de la joven, y si no era el único, era por lo menos el preferido.

Terral se felicitaba en su interior por haber sabido fingir tan bien, pues sabía que el día en que Antonia leyese claramente en su corazón, estaba perdido.

Esta escena vino á sumergir á Antonia en reflexiones que la asaltaban siempre que trataba de explicarse el extraño carácter de Terral, que presentaba tan bruscos contrastes.

—¿En que consistirá que cuando estoy á su lado me siento completamente dominada?—se preguntaba la joven mientras que su doncella la vestía.

Después recordaba la humilde actitud que momentos antes había tenido delante de él, y se avergonzaba de tanta debilidad. Hubiera querido desquitarse en seguida y humillar á Fernando..... ¡Oh! ¡Haber llorado ella!.....

—¡Bah!—dijo de repente—si es el diablo, ya le cortaré las uñas.

—¿Qué ha dicho la señora?—preguntó Constanza asombrada.

—Nada. Dame más polvos de arroz..... así.....  
¿Pero quién hace ese ruido en la antesala?..... Vé á informarte.

Constanza volvió diciendo que eran algunos aereedores que deseaban hablar á la señora.

—¿Y no hay nadie con ellos?—preguntó Antonia.



—Sí, Eloísa.

Eloísa era la cocinera.

—Eloísa es tonta y no sabrá despedirlos. Será preciso que salga *mamá Anaís*.

Constanza salió por la puerta que conducía á las habitaciones de la señora Labarbade, mientras que Antonia, como para acompañar al coro de acreedores, se puso á cantar al piano el aire de *¡Ay, chiquita!*

La señora Labarbade, que estaba tendida en un diván leyendo una novela de Javier de Montepin, miró á Constanza con mal humor, y dejando el volumen sobre un almohadón, después de haber marcado una cruz con la uña en la página en que estaba leyendo, la preguntó qué quería.

—La señora me ha mandado—dijo Constanza—que viniese á decirlos que en la antesala hay algunos acreedores que están alborotando.....

—¡Ya os entiendo!—dijo la señora Labarbade.—¡Bonita comisión! Antonia contrae las deudas y yo recibo los sofiones. ¡Ah! bien puedo arrepentirme del día que tuve la mala idea de venir aquí. Cada uno debe estarse en su casa. Todas las cargas son para mí. ¿Acaso son míos esos acreedores, cuando ni siquiera los conozco?

—Sin embargo—dijo Constanza—hay que sa-

lir á entenderse con ellos, porque si no, van á hacerlo pedazos todo. Como están solos con esa tonta de Eloísa.....

—Bueno, bueno; ya voy—gruñó *mamá Anaís*.

Se arregló un poco los cabellos ante un espejo, tomó un aire digno, y metiendo las manos en los bolsillos de su delantal, pasó á la antesala.

Allí estaban todos gritando, reclamando y hablando de forzar las puertas con aire amenazador.

—¡Qué deseáis?—dijo la señora Labarbade.—¿A qué viene ese ruido? ¡Cualquiera diría que estábamos en la Bolsa! ¡Gentes sin corazón! ¿Ignoráis que la señorita Antonia está enferma?

—¿Enferma?—preguntó uno con ansiedad.—Pues razón demás para pagar.

—Es verdad—dijo otro.—La salud de la señorita Antonia es nuestra única garantía.

—No temáis—respondió la señora Labarbade;—sólo se trata de una ligera indisposición; pero por ligera que sea, siempre ha de hacerla daño el ruido.....

—Tenemos derecho á hacer todo el ruido que nos dé la gana, mientras no nos paguen.

—¡Estáis equivocados!.....

—¡Que nos paguen y callaremos!

—¡Hace una hora que estamos esperando!

—¡A mí me han hecho traer la cuenta veintidós veces y aun no he podido cobrar un cuarto!

—¡Y á mí me ha pasado lo mismo!

—¡Y á mí!

—Ya sabemos de memoria los tramos que tiene esta escalera.

—¡Ya se pagará!—gritó la señora Labarbade.

—Hacé tres meses que nos vienen haciendo esas mismas promesas.

—Pues bien.....—replicó *mamá Anais*.

—No nos fiamos.

—Os lo prometo, á fe de mujer honrada.

—La honradez no paga.

—Os probaré lo contrario; pero tengo que advertiros una cosa—y *mamá Anais* bajaba la voz.—

El dinero con que se os pagará saldrá de mi bolsillo, por lo cual espero me haréis algún descuento.

—¡No hay descuento que valga!

—¡No hablemos de eso!

—¡Qué nos paguen!

—¡Bueno, bueno; basta de gritos! ¡Ya que queréis, guardaré mi dinero y no encontraréis medio de cobrar.

—¡Daremos parte al Juzgado!

—¡Já, já!..... eso os produciría más gastos que

el descuento que yo os pido..... Vamos, por última vez. ¿Queréis hacerme la rebaja de un veinte por ciento en los precios marcados en vuestras facturas?

—¡Un veinte por ciento!.....

—¡Qué barbaridad!

—¿Nos tomáis por ladrones?

—¿Pues cuánto creéis que ganamos nosotros?

—Está bien; me contento con un quince por ciento, aunque es muy posible que sacase más si hiciese tasar los objetos comprados, pues vuestras facturas tienen unos precios exorbitantes.

—¡Vaya una ocurrencia! ¡Queréis que intervengan nuestras facturas!

—¡Como si fuéramos albañiles!

—Pues bien, nada de eso se hará si hacéis la rebaja del quince por ciento—insistió la señora Labarbade.

—¡No, no!

—¡Sea un doce por ciento, si queréis!—dijo uno, después de haber conferenciado unos momentos con todos los demás.

—Para que veáis que soy buena—respondió la señora Labarbade—me contentaré con un doce.—Traed mañana á esta misma hora vuestras facturas, y os serán puntualmente pagadas; però no



mencionéis para nada el descuento en las sumas. Es inútil, pues ya anotaré yo esa diferencia en mis libros.

Los acreedores se retiraron muy contentos de la señora Labarbade, que orgullosa por haber apaciguado aquella tempestad, se dirigió al cuarto de Antonieta.

—¿Y esa gente?—dijo ésta al verla.

—Ya se han marchado todos. Trabajo me ha costado despedirlos. He tenido que darles mi palabra de que mañana se les pagaría.

—¿Pero estás loca? ¡Si no tengo un céntimo!

—Sin embargo, no hay más remedio, pues no nos dejarían en paz. Además he prometido.....

—Has prometido, has prometido.....

—Hija mía, una mujer honrada no tiene más que una palabra. He dicho que se pagaría, y se pagará.... Vamos, tonta. ¿Acaso no tienes cuatro veces esa suma en diamantes? Empeña la mitad, y aun te quedará bastante para tirar de largo unos cuantos días.

—Es que debo mucho, según creo.

—Por el contrario, es una miseria. Cincuenta y ocho mil francos..... Ya ves que sé tus cuentas al dedillo..... Vamos, dame tu aderezo verde, tu cruz de brillantes y los pendientes que te ha en-

viado ese español. Llevaré todo eso al *Monte de Piedad*, y adiós los acreedores ó una gran parte de ellos.

—Tienes razón—dijo Antonia.—Precisamente necesito ahora un chal de la India y me vendrá muy bien ese dinero.

La señora Labarbade, siempre activa, llevó los diamantes en cuestión al *Monte de Piedad*, y sacó de ellos más de sesenta y dos mil francos, de los cuales confesó á Antonia cincuenta y ocho mil, que era la cantidad justa que se debía á los acreedores.

—¿Pero no me das algo de ese dinero?—dijo Antonieta.

—No, hija mía.—Estamos comprometidas para mañana, y ese dinero no nos pertenece.

—¿Y las papeletas?

—Las guardo yo, porque si te las diera, de seguro las perderías.

Al día siguiente la señora de Labarbade pagó cincuenta y siete mil doscientos francos; pero en realidad, hecha la deducción del doce por ciento, sólo sacó de su caja cincuenta mil trescientos treinta y seis.

Despidió á los acreedores muy contenta, y volvió á su cuarto calculando lo que le había producido aquel negocio.

Entre todo había sacado un producto de más de doce mil francos, que pensó colocar al momento con sus ahorros.

—Mañana iré á casa de mi agente de negocios— se dijo *mamá Anais*.

Y sonrió á la idea de que antes de un mes, Antonia se vería obligada á pagar nuevas deudas y podría hacer *un nuevo negocio* la intermediaria.

Después la señora Labarbade tomó un periódico y miró en la columna de la *Bolsa* la cotización en aquel día de los valores que pensaba comprar.

Mientras tanto Terral corría por París en busca de un tal Durechand, agente de negocios, á quien nadie había visto desde la víspera.

Decían que la noche anterior se había dado un gran baile en casa de Durechand y que el agente había aprovechado la fiesta para hacer enganchar una silla de postas y huir á provincias, para dirigirse luego á Bélgica.

Ocho días antes Terral había entregado al agente treinta y dos mil francos para una jugada que proyectaba. El negocio había salido bien, y en la liquidación Terral debía percibir unos doscientos sesenta mil francos, con cuyo objeto se presentó en la caja el día marcado para el cobro. La

caja estaba cerrada. Se informó, y le contaron la historia del baile. Por todas partes le dieron las mismas noticias, que corrían como seguras.

Por la noche todo el mundo sabía que eran verdad.

Aparte de esto, Terral había jugado y perdido quince mil francos. Una deuda de juego es cosa sagrada. ¿Y cómo pagarla? Excepción hecha del dinero entregado á Durechand, Terral no poseía nada.

—¡Maldición!— se dijo Fernando.—¡Pensé que trataba con gentes honradas!

Y añadió sonriéndose con ironía:

—¿Qué es lo que prueba esto? Que soy un necio como los demás y que Durechand ha hecho bien.

Se interrumpió un momento, y después continuó, haciendo un gesto amenazador:

—¡Sin embargo, no le aconsejaría que se pusiese en mi camino!

Entretanto el tiempo pasaba y era preciso pagar. Terral se dirigió á todos sus conocidos pidiendo quince mil francos con la sonrisa en los labios, con el aire de un hombre que va á devolverlos enviándolos con su lacayo cinco minutos después. ¡Él, que no tenía ni cinco francos en el bolsillo!



Todos se los negaron con la misma sonrisa, la misma política y las mismas frases.

Terral sentía que las horas pasaban con rapidez, y que á medida que transecurrían su posición era más difícil.

—Mañana—pensaba—todo París dirá: ¿no sabéis lo que ha pasado con Terral? Sí, con Terral; aquel que mató al Conde de Bruand. Pues bien, no ha podido pagar una deuda de juego, y eso que sólo importaba quince mil francos..... ¡Estoy perdido!

Abatido, triste, ante el recuerdo de aquella deuda, Fernando se dirigió maquinalmente á casa de Antonia. ¿Por qué iba allí? No lo sabía. El desgraciado tenía necesidad de hablar á alguien que no fuera un amigo de la casa de juego, y de encontrar algo más franco que aquella significativa sonrisa que negaba siempre con la mayor cortesía.

Precisamente al llegar él había un gran alboroto en casa de Antonia. La joven se quejaba, la señora Labarbade replicaba y Adolfo lloraba. En aquel momento acababan de enviarle del colegio, expulsado por falta de respeto.

Fernando se dirigió á la habitación de Antonia, que acababa de salir del baño y se estaba vistiendo.

—¡Ah! ¿sois vos, amigo mio?—dijo presentando la frente á su amante.—¿Me concedéis unos minutos para terminar mi *toilette*?

Fernando se sentó en una butaca, mientras que la joven, envuelta en un largo peinador de muselina blanca con lazos rosa, terminaba de arreglar sus cabellos.

Terral no dirigía la palabra, y su silencio extraño á la joven.

—¿Qué se dice por ahí?—preguntó.

—Nada.

—Vamos—dijo Antonia—algo sucede. ¿Puede saber lo que es?

—Ya te he dicho que nada.

—Bien veo—añadió la joven haciendo una preciosa mneca con sus labios—que aun estás celoso.

—¿Yo? ¿celoso?... ¡Ah!—respondió rechazándola dulcemente—tengo ahora otras preocupaciones más graves que los celos.....

—Muchas gracias—dijo la joven.

—Tienes razón, Antonia, no estoy muy deferente; pero ya sabes que te amo á pesar de todo.

—¿Á pesar de todo? Has pronunciado con cierta intención ese *á pesar de todo*. Te aseguro que detesto á Grevignet..... Pero, hombre, tienes un

gesto que parece que vas á hacer *tu quinto y último acto*.

—¡Ah! es que ignoras que estoy perdido.

—¿Perdido?

—He jugado; debo una importante suma y no tengo dinero; ¿comprendes?

—¿Cómo es que no tienes dinero? ¿Y la jugada de Bolsa de que me hablaste?

—¡Ah! me han robado. El miserable Durechand se ha escapado con mi dinero..... No sé cómo no me he saltado la tapa de los sesos.

—¡Matartel!—dijo Antonia, abrazándole—¿ibas á matarte, Fernando mío?..... ¡Oh! ahora te seguiré á todas partes como tu sombra, te vigilaré para impedir que hagas algún disparate.

—No temas; estoy convencido de que el suicidio es una tontería. Lo que quiero es buscar un medio para salir de este apuro. Vamos, ¿tienes tú algún dinero que prestarme?

—¿Dinero?

—Sí, dinero. ¿Te extraña esta pregunta? ¿No somos asociados? Mañana por la noche tendré tal vez cien mil francos, si ahora encuentro esa miserable suma que tengo que pagar.

—¿Y cuánto necesitas?

—Quince mil francos.

—¡Ah!—dijo Antonieta—eso es una fortuna, y yo no tengo un céntimo.

Terral bajó la cabeza con desaliento.

—Sin embargo, hay que buscar ese dinero—prosiguió Antonia.—Una deuda de juego es sagrada..... ¿No tienes un amigo, ninguna persona que te pueda prestar?....

—Nadie—dijo Terral con amargura.

Y empezó á medir la habitación á grandes pasos, haciendo de repente ademán de salir.

—¿Dónde vas?—dijo Antonia.

—No sé. Donde me lleve la casualidad.

—Fernando—dijo entonces la joven—escúchame. No creas que soy mala, pues aunque el otro día te ofendí, ya estoy arrepentida. Olvida lo de Grevignet, y yo buscaré ese dinero que necesitas y te lo daré.

—¿Quién te habla de Grevignet?—respondió Terral.—Pero ¿tienes ahí ese dinero?

—Le tengo aquí—dijo la joven señalando una papelera.

Y abriendo un cajoncito, sacó de él algunos estuches que enseñó al joven, diciendo:

—Se empeña todo esto, y ya puedes pagar. Luego juegas, ganas, y se salvó la situación..... Vamos, di ahora que no soy buena.



—¡Antonia!—dijo Terral estrechándola en sus brazos.

—Esos son todos los recursos que me quedan. Después, no sé lo que haremos; pero yo no me asusto tan fácilmente, y aun cuando tuviésemos que comer pan duro, tengo buenos dientes.... ¿Quieres ir tú mismo á empeñar eso?

—¿Yo?... no—dijo Terral después de vacilar un momento.

—Entonces, llamaré á *mamá Anaís*.

Tiró del cordón de la campanilla y dijo á Constanza que avisara á la señora Labarbade.

Esta vino con su Adolfo, á quien ya había comprado un traje en un almacén de ropas hechas para reemplazar al uniforme del colegio.

—¿Qué me quieres?—preguntó *mamá Anaís*.

—Toma—respondió Antonia, alargándole la alhajas—empeña eso, porque necesito dinero.

—¡Ah! ¿otra vez?

La señora Labarbade miró alternativamente á Antonia y á Fernando, que de pie junto á la chimenea hojeaba una novela.

—Vé pronto—dijo Antonia;—¿á qué esperas?

—¿Pero son tus últimas joyas?....

—Te digo que vayas.

—Bueno, bueno—murmuró la señora Labarba-

de;—no es á mí á quien toca hacer observaciones.... ¡Ven, Adolfo!

Adolfo siguió á su madre, que salió encogiéndose de hombros y dijo adelantando el labio inferior:

—Esta chica está loca, y por el camino que lleva se va á quedar á pedir limosna. Afortunadamente yo he cuidado de nuestro porvenir, y lo demás no me importa nada.

—Y á mí tampoco—dijo el tierno Adolfo. . . .

No era ciertamente un noble sentimiento el que había impulsado á Antonia á sacrificar á Fernando Terral sus últimas joyas; la joven había obedecido á uno de esos primeros movimientos que tienen ciertas mujeres sin corazón, que recibirían sin derramar una sola lágrima la noticia de la muerte de su madre, y estarían en cambio llorando tres días la pérdida de una cotorra.

Antonia quería aparecer humilde y cariñosa para hacer olvidar á Terral que le había engañado, no porque le tuviese ya cariño, sino porque seguía temiéndole. El perro se arrastra hasta el momento en que se arroja sobre su presa. La joven no era bastante enérgica para atacar de frente; pero pen-

saba á menudo en romper su cadena y en huir, permaneciendo entretanto sonriente y cariñosa.

Fernando salió de su compromiso y pronto reparó esta pérdida.

Una noche en que Antonia iba á ir á un baile que daba Violeta, sintió por primera vez haberse desprendido de un aderezo de amatistas, por el cual tenía mucha preferencia.

—¡Qué tonta he sido!—dijo.—Al menos ese he debido conservarle.

Los acreedores llovían sobre ella, y esta existencia de engaños y trampas en medio del lujo la entusiasmaba. Todo aquello de que el Conde de Bruand la había rodeado, parecía huir poco á poco.

La señora Labarbade le predicaba sin cesar.

Vamos—le decía—es preciso que reflexiones. Me había propuesto no decirte nada; pero lo que haces es más fuerte que mis propósitos. Te veo resbalar hacia el precipicio, y no quiero dejar de darte la voz de alarma. Ya lo ves, desde que vives con ese maldito de Terral, que es un buen mozo, lo confieso, todo cuanto tenias va desapareciendo. Vive á tus expensas, te fastidia y dice que te adora. El amor es muy bonito, pero muy poco nutritivo. Y en resumen, ¿qué es lo que tanto te apa-

siona?..... Terral te hubiese abandonado si no hubieses tenido la debilidad de empeñar por él tus alhajas..... y en cuanto á tí, si fueses franca, confesarías que ya te vas cansando. Tiene la pretensión de ser amado sin hacer nada de su parte para merecerlo..... El Conde de Bruand se portaba contigo de otra manera. Se preocupaba por tus deseos, te colmaba de regalos y no era desagradable, añadiendo á todo esto el ser de una noble familia. Además con él eras libre, y ahora eres esclava como una negra, porque el tal Fernando es un celoso, un verdugo. Nunca me da los buenos días, y á mi Adolfo le tiró de las orejas brutalmente un día que sin querer el pobrecito le dió un pisotón. En tu caso, querida mía, le enviaría á paseo y viviría á mi gusto, teniendo un *esposó* que no me dejase carecer de nada, y á quien taparía habilidosamente los ojos para que no pudiera ver las pequeñas *distracciones* con que haría grata mi existencia. Eres actriz, bonita, envidiada, y vives con ese pobretón como si fueses su mujer, siéndole fiel como una tonta. Yo, en lugar de coleccionar los billetes amorosos que recibiera, respondería á ellos, pues París está lleno de gentes que no saben dónde gastar su dinero..... Vamos, ¿no tengo razón, dí?... Te quedas pensativa y no tienes va-



lor para hacer lo que te digo. Decidete á enviarle á paseo, y cuando no tengas ya á Terral cosido á tus faldas, verás cómo no te faltan los aderezos de amatistas.

—Lo pensaré—dijo la joven.

Pero á pesar de estar hastiada de Terral y ávida de libertad, no se atrevía á hacer ningún movimiento para romper su cadena. No estaba verdaderamente satisfecha, alegre y contenta, más que en el teatro, entre las historietas de bastidores y las bromas de sus compañeros. No era el arte lo que ella amaba, pues ni aun le comprendía; era la gracia del oficio, las mil hablillas del teatro, el placer de humillar á una rival ó de estrenar un vestido. Era muy insolente y muy perezosa; á lo mejor no estudiaba los papeles, obedeciendo á su capricho, y una noche tuvieron que reemplazarla por otra.

En el momento de levantar el telón, Antonia no había llegado aún al teatro.

El avisador salió á decir al público que la señorita Antonia había faltado á todos sus compromisos. El público de los pisos superiores silbó, y el de los inferiores aplaudió.

Durante este tiempo, Antonieta, olvidando el teatro, olvidando su papel y olvidando á Terral,

cenaba con unos ingleses en el pabellón de Arme-nouville.

Desde aquel día la joven empezó á desafiar descaradamente á Fernando y á desmirse de él cada vez más. En cuanto á él, ya no parecía el mismo de antes. Estaba sombrío, inquieto, y su audacia le había abandonado. La fortuna le había vuelto la espalda. Hasta entonces Terral había caminado como por un terreno seco en el que hacía resonar orgullosamente sus tacones; pero ahora el terreno se había vuelto fangoso, y cada nuevo esfuerzo que hacía para avanzar le hundía más y más en aquel pantano. Jugaba y perdía; sus operaciones de Bolsa, perfectamente combinadas, se desbarataban ante incidentes imprevistos; había perdido aquel golpe de vista que penetraba los hombres y las cosas, y se equivocaba, ó más bien, el furor causado por sus derrotas, y la rabia, le cegaban.

Se ocupaba poco de Antonia, y si no la dejaba era porque la costumbre le encadenaba á ella. Además, en todo París no quedaba más que un ser que le sonriese todavía. ¡Sonrisa de comedia, bien lo sabía! pero sonrisa al fin.

Se veían rara vez. ¿Acaso Terral tenía tiempo de ver á nadie? Pasaba las noches enteras jugando pequeñas sumas recogidas aquí y allá. Cuando por

casualidad ganaba, levantaba la cabeza; pero volvía á perder en seguida, y sus ojos volvían á mirar al suelo.

Caminaba á una ruina cierta, y oía y veía que todos los que antes se llamaban sus amigos le despreciaban ahora.

—¡Ah!—decía Fernando—es necesario hacerse fuerte y resistir hasta que encuentre la piedra filosofal del juego.

Antonia no sospechaba lo que el joven sufría; pero al verle nervioso, irritado y triste, *le encontraba fastidioso*. Muchas veces se negaba á recibirle, haciéndole bajar con la muerte en el corazón aquella escalera que tantas veces había subido lleno de orgullo.

—Después de todo, ¿qué me importa?—decía;—lo único que debe preocuparme es mi suerte.

Había sofocado aquel amor que le había herido un momento, y vencido aquellos celos que tan ridículo le hacían á sus propios ojos.

Por lo demás, mucho le hubiese dado que hacer el vigilar á Antonia, porque ésta hacía una vida agitadaísima y se había emancipado por completo de la fascinación que él la hacía sufrir.

Desde que ya no le consideraba invencible como antes, no le temía ni le amaba, deseando que lle-

gase el momento de *terminar con él* y de crearse una posición, según los consejos de la señora Labarbade.

Para conseguir esto, Antonia no tenía más que querer, y quiso.

Desde entonces no volvió á estar visible en su casa para Fernando. Le daba raras citas, durante las cuales estaba inquieta y deseando escapar. Terral por su gusto hubiese roto inmediatamente aquellas relaciones; pero era ella, ella, la que guardaba todavía una especie de hipócrita apariencia y no quería confesar que todo había acabado.

La joven era verdaderamente dichosa al encontrarse libre y enloquecida por una vida de continuos placeres. No había cena completa sin la presencia de Antonia, ni fiesta en el *demi monde* sin la hija del padre Labarbade.

Era entre todas la más risueña, la más loca y hasta llegó á tener ingenio, citándose sus gracias en los periódicos de teatros.

Parecía de hierro. Pasaba la noche en pie, el día representando, ensayando y aprendiendo sus papeles en el baño; almorzando en un sitio, comiendo en otro, corriendo al teatro y recibiendo á sus amigos, y todo esto diariamente, sin descansar ni un minuto.



La vida hubiese sido para ella cien veces más dulce y más tranquila, casada allá en Samoreau, trabajando, cantando y durmiendo con el sueño pacífico de la mujer honrada; pero había preferido como otras muchas condenarse á perpetuidad á la agitación parisién y arrastrar sus grillos, que no por ser dorados dejaban de pesar.

Sin embargo, Antonia los arrastraba con cajadas de una alegría epiléptica, y cuando los sentía en sus piés (lo cual sucedía pocas veces, pues no reflexionaba nunca), ¡oh, entonces los sumergía en champagne!

## IX.

Era un día de carreras de caballos, en las que se inauguraba el *turf* de Vincennes. El tranquilo barrio de San Antonio vió llegar, con asombro, aquellos elegantes carruajes y aquellas mujeres engalanadas con el más refinado de los lujos, que pasaban muellemente recostadas en sus victorias, mirando con curiosidad las muestras de que profusamente estaban adornadas las fachadas de las casas, y en las cuales se leían los nombres de los ebanistas, zapateros, albañiles y obreros, que eran las pobres gentes que ocupaban aquel barrio.

Sonreían al pasar. Se las veía examinar con aire curioso los arroyos del barrio, como si nunca los hubiesen visto.

Los hombres que estaban en paseo con sus mujeres y niños, no sabían qué pensar, y miraban con recelo aquella inundación de seda y lujo.

Tenían miedo.

Las jóvenes que hacía una hora se habían peinado alegremente delante de un espejo de veinte céntimos, se veían acometidas por el deseo de brillar y tener hermosos trajes.

Los carruajes que van á las carreras abandonan después el barrio y entran en un boulevard.

El hipódromo es grande y hermoso. Sus tribunas estaban aquel día completamente llenas de espectadores. Las mujeres subían á ellas riendo y ostentando preciosos trajes de colores claros. Gentiles que no se han visto desde las carreras anteriores se reconocen. Las elegantes, en coche descubierto, recogen á derecha é izquierda saludos y sonrisas, distribuyendo apretones de manos.

Cuando los *jockeys* parten, un gran estremecimiento agita la multitud, y por todas partes se oyen gritos cuando se iza la bandera que indica el color del vencedor. Los sombreros se agitan, se oyen hurras; pero este entusiasmo hipico no es

más que una parodia de las carreras inglesas. Las carreras de caballos están de moda, como lo estarán mañana tal vez las corridas de toros. Si esto llega á suceder, se verá nacer una raza de aficionados, como se ha visto otra de *gentlemen riders*. Todo viene á ser lo mismo. Pretexto para diversión y ruido, para destapar botellas de champagne y para cambiar saludos con las *cocottes* á la moda.

Antonia había llevado con ella á Flora Hardy, una de sus compañeras de teatro. La pobre Flora servía de acompañante á su amiga, y veía á los gomosos asaltar el coche de Antonia para dirigirle frases apasionadas y bromas más que equívocas, muy celebradas por los que las decían y por la que las recibía.

Flora, al ver que nadie se ocupaba de ella y el triste papel que hacía, sentía haber ido.

Antonietta, apoyada en los almohadones de su coche, respondía á todos, coqueteaba y enseñaba sus dientes blancos y sus pequeñas y enguantadas manos, respirando de cuando en cuando un gran ramo de violetas del polo que tenía sobre sus rodillas. A su lado las burlas femeninas cruzaban el espacio como dardos envenenados.

—Mirad á Antonia. ¡Tiene muchos adoradores!

—¡Pobrecilla! Bien hace en gozar de lo poco

que le queda. ¡Se marchita á pasos agigantados!

—Sí, pero lo paga el blanquete.

—¿Os parece hermosa aún?

—Nunca me lo ha parecido.

Y mientras sonreía así en medio de su lujo, como si tuviera el cielo dentro del corazón, Antonietta pensaba que al día siguiente la citarían ante el juez sus acreedores.

La joven estaba muy comprometida. Debía mucho, y, como ella decía, su unión con Terral *la tenía muy atrasada*. Suspiraba pensando en el tiempo perdido, y después se encogía de hombros al contemplar su imagen en el espejo.

—Aun soy bastante joven para repararlo todo—decía.

—Pues sírvate de regla para el porvenir—replacaba la señora Labarbade.

Una noche tuvieron un consejo de familia mientras tomaban una taza de té que *mamá Anais* mezclaba en abundancia con *curaçao*.

*La casa no marchaba*. Tenían muchos acreedores, entre los cuales estaban el carnicero, el panadero y el carbonero. Los criados, al verse también mal pagados, se hacían insolentes y decían que no querían servir más en tales condiciones.

Antonia recibía todas las noches un magnífico



ramo de rosas blancas con una magnífica camelia en el centro. A veces acompañaba al ramo una carta, otras una tarjeta escrita con lápiz y que llevaba el timbre de Raul de Navaille. Los sobres de todos los billetes tenían una corona de conde grabada con tinta azul. La joven no conocía aquel título, pero sí al que le poseía.

El señor de Navaille era desde hacía bastante tiempo uno de los más asiduos concurrentes al Vandeville. Se le solía ver allí vestido con gran exageración, la camelia de rigor en el ojal y los codos apoyados sobre el rojo terciopelo del palco. Era delgado, pálido, de aire aburrido: llevaba bigote, y los cabellos separados por el centro de la cabeza dejaban una raya blanca y recta. Tenía toda la elegancia propia del joven exagerado y excéntrico que pasa la vida bostezando y gasta parte de su juventud como si ésta fuera cosa embarazosa ó inútil.

Desde el principio Antonia le encontró á su gusto por la sencilla razón de figurarse que tenía dinero.

Fué á casa de Violeta y se informó sobre este punto.

— ¡Cómo! — le dijo su amiga — ¿no conoces á Navaille, al joven Raul, al que Olivier Renaud

llama Raul d'Anjou?.... pero tu Terral te ha tenido enterrada en vida, hija mía. Es preciso que te rehagas, pues ya no estás en las mismas condiciones y eres libre.

— Tienes razón; pero, en fin, el caso es que no le conozco. ¿Qué clase de hombre es?

— Un hombre encantador y generoso como un príncipe. Él es quien ha puesto de moda los cuellos *carcans*, y desde entonces se llamaron cuellos *Navaille*. ¿No sabías eso?

— No — dijo Antonia, que se había quedado pensativa.

— Y es muy rico — añadió Violeta. — Todo lo que se llama un buen partido.

Por la noche, al entrar en el teatro, Antonia dijo á la portera:

— Si viene el caballero de todas las noches á traer el ramo, me haréis el favor de entregarle este billete.

— No es un caballero el que viene — respondió la portera — sino un lacayo con magnífica librea.

— Pues bien, entregádselo al lacayo.

El billete hacía saber al señor Conde de Navaille que la señorita Antonia consentía en recibirle al día siguiente por la tarde.

Raul de Navaille no pareció por el teatro aquella noche, pero Antonia supo que el lacayo se había llevado el billete. La joven se puso *en guardia* al día siguiente, y faltó al ensayo por recibir al Conde de Navaille.

De repente sonó un campanillazo. Antonia se miró en el espejo, arregló sus hermosos y negros cabellos y se tendió en un diván.

La puerta se abrió bruscamente y apareció la señora Labarbade.

— Ahí está tu Fernando — exclamó precipitadamente; — ¿le despido?

— ¿Y por qué? — murmuró Fernando con ironía por encima del hombro de *mamá Anaïs*; — ¿os estorbo acaso?

Ella se volvió asustada; después quiso responder, pero una altiva mirada de Fernando la detuvo.

Por fin se retiró gruñendo y haciendo á Antonia señas de inteligencia por detrás de Terral.

La joven no se había levantado de su diván y permanecía allí con aire de mal humor y sin decir una palabra.

— ¿Qué es esto? — dijo Terral; — ¿no me esperabas y te estorbo? No será ciertamente por lo mucho que piso tu casa. Comprendo..... el pasado es des-

agradable y yo represento el pasado..... Vamos, sé franca; mi presencia te incomoda.....

El rostro de Terral estaba pálido, y sus ojos brillaban de una manera extraña.

Le parecía que tenía fiebre.

Sus sienes latían y sus manos abrasaban. Toda la noche precedente la había pasado jugando y perdiendo sin cesar.

— ¿Esperas á alguien? — exclamó bruscamente, deteniéndose de repente delante de Antonia.

— Sí — dijo la joven sonriendo.

Terral se puso pálido, retrocedió ligeramente y dijo:

— ¡Está bien!

Y se dirigió á la puerta.

— ¿Te vas? — dijo Antonia.

— Sí.

— ¿Sin abrazarme?

— ¡Oh! — dijo Terral; — basta de comedia. Ya sé que estás harta de mí, y si he venido ha sido por seguir una costumbre tonta..... pero no temas..... esta visita será la última.....

— Fernando..... — dijo Antonia levantándose y yendo hacia él — ¡Fernando!

— ¿Qué?

— No te vayas enfadado. ¿Por qué, puesto que



tenemos que separarnos, no ha de ser quedando muy amigos?

—¡Es natural!— dijo Terral con amargura.—

Aquí está mi mano.

—Ya sabes cuanto te he amado—dijo la joven.

—Es posible.

—¿No me crees?.... Escucha, aun te amo, si, te amo.... ¿pero qué quieres? He nacido para vivir en el lujo y no puedo pasarme sin él.... Prefiero morir joven, extenuada, tísica, y haber tenido de todo, coches, caballos, brillantes.... Tú me lo has dado hasta aquí; pero ahora no puedes seguir proporcionándomelo, y tengo que buscarlo en otra parte. No me acuses, porque no consiste en mí; pero si tú quisieras, si tú quisieras, podrías participar de esta vida.... tendrías tu parte.... Me ocultaría, como en otro tiempo, para amarte, y seríamos felices.

—¡Estás loca!—dijo Terral rechazándola—te engañas á ti misma. Mañana ú otro día pensarías en dejarme, como pensabas hace un momento; ¿y cómo crees que yo había de conformarme con ese convenio? Muy bajo he caído, pero aún no soy de esos. La lucha, sí, la lucha á mano armada contra todo y contra todos; pero no la vida odiosa del que va detrás de una mujer recogiendo las migajas de

un pan mal ganado.... No sabes lo que me has propuesto, ni puedes comprender lo que encierra; pero llegaría un día en que todo me lo echarias en cara y en que yo enrojecería de vergüenza por haber aceptado, pues creo que soy tan imbécil que aun puedo enrojecer.

—¡Qué tonto!—exclamó Antonia entre sonriente y ofendida.—Si supieses....

Un campanillazo cortó la frase que Antonia iba á pronunciar.

La joven se estremeció.

—¿Es él?—preguntó Terral fríamente.

Antonia no respondió.

—No quisiera encontrarle—murmuró Terral, cuya voz temblaba.

Antonia, sin decir una palabra, se dirigió á una puerta que daba á la escalera de servicio y la abrió resueltamente.

—¿Volverás?—dijo.

—Nunca—contestó Terral.

Antonia cerró la puerta y murmuró dando un suspiro:

—Después de todo, prefiero esto. Es mucho más sencillo.

Y tomó un aire souriente para recibir al Conde de Navaille.

Cuando Fernando llegó á la calle, se detuvo un momento bajo las ventanas de casa de Antonia y miró las cortinas de guipure, las cortinas de aquella habitación donde tantas veces se había despertado antes que ella y la había contemplado durmiendo.

Permaneció así contemplando aquellas ventanas, hasta que vió á su lado al cochero de un lujoso cupé que le miraba desde lo alto del pescante. Aquel cupé llevaba las cifras R. N. enlazadas bajo una corona de conde. Terral adivinó y se alejó, desechando el súbito enternecimiento que le había asaltado. Al doblar la esquina de la calle vió pasar en un coche descubierto á un joven que le saludó con la mano é iba acompañado de una mujer muy pintada.

— ¡Adiós, querido!

Era Adolfo, Adolfito, que se dirigía al bosque de Balonia.

— ¡Ya! ¡tan pronto! — pensó Fernando.

Y encogiéndose de hombros, continuó su camino sin volver á acordarse de Antonia y viendo sólo el terrible fantasma que se levantaba ante él.  
! La miseria! . . . . .

El Conde Raul de Navaille era el heredero de una familia ilustre. La historia de los Navaille

está escrita con letras de sangre y oro en los anales de la Auvernia. Gontran Raul Humberto, Conde de Navaille y Señor de Iprevard, fué uno de los compañeros de aquel Espinchal cuya historia cuenta Flechier. Escapó por casualidad á las justicias de los Días Gloriosos, y refugiado en la corte de Saboya pudo obtener indulto y justificarse ante el Parlamento de París.

Murió viejo, dejando un hijo que había abrazado, á pesar de sus consejos, la carrera militar. Éste fué el padre de Raul de Navaille.

El nombre de Carlos de Navaille, padre de Raul, se hubiera hecho ilustre al lado de los nombres de esos generales africanos Lamoricière, Changarnier, Bedeau y Cavaignac; pero una herida bastante grave puso al Conde, joven todavía y pudiendo esperar toda clase de honores, fuera del servicio militar. Hubiera podido bajo el reinado de Luis Felipe aspirar á otros favores, y los políticos creyeron que le elevarían á la dignidad de Par; pero no fué así, porque el Conde no era muy querido en Palacio.

Sus últimas palabras al morir habían sido éstas:

— Al menos he dejado intacto el viejo blasón de mis abuelos y, como ellos, un hijo para heredero.



Aquel hijo, último retoño de la raza, era el amable Raul, célebre en las carreras é ilustre en el café Inglés. El hijo del valiente militar no faltaba á ninguna fiesta de las que tiene París. Estaba en todas partes sin distraerse en ninguna, buscando una emoción, una distracción, un estremecimiento. Se había compuesto un lenguaje, mezcla de inglés de caballerizas y de francés de bastidores. Su trivialidad de lenguaje contrastaba con su correcta actitud.

Tal era el hombre á quien Antonia había prometido adorar.

— Querida amiga — dijo un día á la joven — ¿no hay un medio para que envíes al diablo tu teatro? No se tiene libertad á ninguna hora, ya por el ensayo, ya por la representación. Y si te diesen papeles dignos de tí, todavía se podrá tolerar; pero esos papelillos.....

— Es bastante fastidioso. Figúrate que ya me han retirado el papel de Reina de las aguas en la zarzuela que se está ensayando, y me han dado el de Lluvia, que es horrible..... ¡Ah, con qué gusto les dejaría plantados si pudiera!

— ¿Cuándo se estrena esa zarzuela?

— El lunes.

— ¿Y qué es hoy?

Jueves.

— Pues dejáelos y vente conmigo á los baños á Tronville.

— Mucho me alegraría de poder ir, pues aun no he visto el mar.

— Entonces, envía á paseo á tu empresario.

— ¿Quieres hacer una cosa? — dijo Antonia. — Esperemos al sábado que es el ensayo general, y les dejo plantados á lo último. ¡Eso sí que estará gracioso!

— Como quieras — dijo Raul.

El sábado, ante el público del ensayo general, que es poco más ó menos el mismo de las primeras representaciones, se alzó el telón de la zarzuela en que Antonia tenía el papel de Lluvia.

El director de orquesta levantó la batuta, y los músicos empezaron á tocar los primeros compases del rondó de la Lluvia.

Pero la Lluvia no salía.

Los actores se miraban unos á otros, y algunos fueron á ver lo que ocurría.

— ¿Pero y Antonia? — dijo el empresario.

— ¡Señorita Antonia! — gritaba el avisador.

— ¡Que se hagan rogativas para que llueva! — exclamó Olivier Renaud, el periodista.

A lo cual respondió Pablo Duchemin:

—Este año va á subir el pan.

En la escena todo era ruido y barullo. De repente se notó un gran movimiento de satisfacción.

¡Por fin salía Antonia!

Vestía un traje muy corto, con cuerpo de seda verde musgo, y estaba adornada con un magnífico aderezo de brillantes. Se adelantó hacia las candelas y empezó su rondó.

—¡No colocáis bien la letra!—dijo el director.—Parece que sobra una sílaba del verso.

Antonia hizo una mueca desdeñosa y lanzó un suspiro, volviendo la espalda al director de escena.

El empresario pareció contrariado y se atrevió á hacer una observación.

El director de escena se había aproximado á Antonia con el libreto en la mano, y la explicaba cómo había de colocar la letra, sin que ella hiciese caso.

—No extrañéis que no sepa mi papel—dijo Antonia—porque no me he ocupado en estudiarle.

—Pues habéis faltado á vuestra obligación—dijo el empresario desde su palco.

Antonia no contestó, y volviendo la espalda se metió entre bastidores. El director de escena salió detrás de ella como una flecha.

—Señorita—la dijo—es necesario que ensayéis con formalidad ó que lo dejéis. ¿Os estáis burlando de nosotros?

—No—dijo Antonia;—pero sí del papel, el cual me niego á hacer rotundamente.... ¡Adiós!

—¿Dónde váis?

—A desnudarme.

Al día siguiente la contrata estaba rota y Antonia partía á Trouville con el Conde de Naville.

No había visto nunca el mar, y al verle dijo:

—¡Bah! ¿no es más que esto? Pues es igual al Sena en Samoreau.

Antonia se distrajo el primer día que estuvo en Trouville yendo á buscar la ola que venía á morir en la arena y humedecía la punta de sus botitas. Estrenaba tres ó cuatro trajes por día, y coqueteaba con su nuevo amante, que no volvía la cabeza por no desarreglar uno solo de sus cabellos. La playa le interesó un día ó dos, pero luego la aburríó. Por la noche iba al concierto y allí se aburría también. Por fin salieron de Trouville, volvieron á París, y sin detenerse casi partieron para Baden-Baden. ¡El paraíso de los locos!

Durante este tiempo la señora Labarbade transformaba dulcemente su géaero de vida. Había ido



un día á casa de un fotógrafo, pues tenía ganas de hacerse un buen retrato. En la puerta de entrada de la casa habitada por el fotógrafo se leía: *Fotografía de la Estrella de Rabo. Se garantiza el parecido.* El fotógrafo, que era un oficial del taller de Banguereau, se la echaba de gracioso, y simpaticizó mucho con *mamá Anaïs*.

—Sois todo lo que se llama un fotógrafo que sabe distraer á sus parroquianos. Os enviaré á mis amigos.

—Os agradecería mucho más—respondió el fotógrafo—que vinieseis vos misma más á menudo.

—¿De veras?

—Os lo aseguro.

La señora Labarbade estaba entusiasmada, y aspiraba aquel incienso con una sonrisa olímpica.

Cuando se alejó, dirigió al fotógrafo una mirada que éste no debió olvidar.

La señora Labarbade supo que se llamaba Fermin Monsechard.

—¡Fermin! ¡Qué bonito nombre!—decía hablando sola.—¡Fermin!...

Aquel Monsechard, con sus veintiocho años y sus largos y abundantes cabellos, la había entusiasmado, y hasta pensó en casarse con él.

*Mamá Anaïs* estaba sobre una pendiente resbaladiza, pues Fermin Montechard no se apartaba de su imaginación. Volvió á ver la prueba negativa sobre la placa, después la prueba ya en papel secándose en el taller, y por fin el retrato ya terminado. La señora Labarbade no era lo suficientemente estóica para resistir á los halagos, ni bastante virtuosa para dominar las flaquezas de la carne; así es que mientras Antonia probaba la carne en Baden, acompañada por Raul de Navaille, *mamá Anaïs* cedía á las seducciones del fotógrafo y se gastaba con él dos mil francos, pues Montechard era *insinuante*, y el negocio de la fotografía iba tan mal!

Baden era el país soñado por Antonia. Aquella pequeña y bonita población, en que el placer es el rey y la fantasía se halla halagada y excitada por mil impresiones, hacía sus delicias. El ruido del oro chocando sobre el tapete verde, los paseos en la alameda de abetos, las carreras, los conciertos, todo la seducía. Además estaba allí medio París, y saludaba en una hora á casi todos sus amigos. Le parecía que no había abandonado la calle de Tabou, pues, como si continuara en ella, veía á menudo á Olivier Renand, á Violeta, á Barberino y á otros de sus conocidos.

Un día vió á Gontran de Rives, y dirigiéndose á él, le dijo:

—¿Qué hacéis por aquí?

—¿Yo?... aburrirme. He venido á tomar aires á este sitio, como podía haber ido á otra parte — le respondió el señor de Rives.

—No creí que estuvierais tan aburrido.

—Más lo estoy aún de lo que os figuráis. Pienso casarme. ¡Ya veis si estaré aburrido! Además, ¡me gustan tanto los niños! Deseo que os encontréis uno debajo de una col. ¡Adiós, y buena suerte!

—¡Ese Rives es tonto!

—Esa es mi opinión—dijo el Conde de Navaille.

Aquella noche Antonieta ganó diez mil francos en la mesa de juego.

La joven era completamente dichosa haciendo aquella vida de continuo movimiento, luciendo siempre magníficos vestidos y riquísimas alhajas. ¡Cuántas envidias se despertaban á su paso! Había llegado á amar á Raul de Navaille, como amó algún tiempo al Conde de Bruand, por los triunfos que la proporcionaba. Ella era la reina de los paseos y de los teatros, la más envidiada, la más festejada, la más querida. La joven pensa-

ba entonces en su infancia, en su padre asfixiándose sobre las hornillas, en la virtuosa Victoria que la había recogido á su llegada á París, en José y en aquel hogar honrado de que había huído.

—¡Y habrá gentes—decía—que encuentren la dicha en la virtud! ¡qué estúpidos!

La desgraciada los compadecía.

## X.

El orgullo de Terral se había rebelado ante la idea de recibir dinero de Antonieta. Era uno de esos seres que sueñan con el crimen, pero que retroceden ante la vergüenza, y que antes se manchan de sangre que de lodo.

Volvió á su casa abatido. Había vendido todo cuanto podía vender: cuadros, broncees, espejos. Sólo le quedaban su lecho, una mesa y algunas sillas. La vista de aquella pobreza oprímia el corazón de Terral. Si llamaban á la puerta, no abría. No quería que le sorprendieran allí pobre, miserable, desvalido.... ¡Qué vergüenza!

Fernando se dejó caer en la cama.

—Extraña mujer—pensaba.—No me ama, y



Un día vió á Gontran de Rives, y dirigiéndose á él, le dijo:

—¿Qué hacéis por aquí?

—¿Yo?... aburrirme. He venido á tomar aires á este sitio, como podía haber ido á otra parte — le respondió el señor de Rives.

—No creí que estuvierais tan aburrido.

—Más lo estoy aún de lo que os figuráis. Pienso casarme. ¡Ya veis si estaré aburrido! Además, ¡me gustan tanto los niños! Deseo que os encontréis uno debajo de una col. ¡Adiós, y buena suerte!

—¡Ese Rives es tonto!

—Esa es mi opinión—dijo el Conde de Navaille.

Aquella noche Antonieta ganó diez mil francos en la mesa de juego.

La joven era completamente dichosa haciendo aquella vida de continuo movimiento, luciendo siempre magníficos vestidos y riquísimas alhajas. ¡Cuántas envidias se despertaban á su paso! Había llegado á amar á Raul de Navaille, como amó algún tiempo al Conde de Bruand, por los triunfos que la proporcionaba. Ella era la reina de los paseos y de los teatros, la más envidiada, la más festejada, la más querida. La joven pensa-

ba entonces en su infancia, en su padre asfixiándose sobre las hornillas, en la virtuosa Victoria que la había recogido á su llegada á París, en José y en aquel hogar honrado de que había huído.

—¡Y habrá gentes—decía—que encuentren la dicha en la virtud! ¡qué estúpidos!

La desgraciada los compadecía.

## X.

El orgullo de Terral se había rebelado ante la idea de recibir dinero de Antonieta. Era uno de esos seres que sueñan con el crimen, pero que retroceden ante la vergüenza, y que antes se manchan de sangre que de lodo.

Volvió á su casa abatido. Había vendido todo cuanto podía vender: cuadros, broncees, espejos. Sólo le quedaban su leche, una mesa y algunas sillas. La vista de aquella pobreza oprímia el corazón de Terral. Si llamaban á la puerta, no abría. No quería que le sorprendieran allí pobre, miserable, desvalido.... ¡Qué vergüenza!

Fernando se dejó caer en la cama.

—Extraña mujer—pensaba.—No me ama, y

sin embargo quería salvarme..... ¿Quién sabe si su sacrificio me hubiera sacado del mal paso?..... ¡Necesito tan poco dinero!..... Quizás con diez luises estaría todo arreglado. La suerte es terrible. En una hora diez luises pueden volverse una fortuna. Hubiera ido con ellos á Baden á probar mi martingala.....

Y su pensamiento volvía hacia Antonieta.

—Pero yo no podía aceptar, no. Hubiese sido un infame..... ¿Y por qué?..... ¿que tenía eso de particular? yo le hubiese devuelto ese dinero, aceptándole sólo en calidad de préstamo..... ¡He sido un tonto!.....

Después se levantó, y añadió dirigiéndose á la puerta:

—Después de todo, aun es tiempo..... Supongamos que voy, subo, llamo, le pido dinero..... Ya le tengo en la mano, me le llevo, espero á la noche, juego, gano. Perfectamente..... Voy ahora mismo.....

Y buscaba su sombrero, abrochándose precipitadamente la levita.

De repente se detuvo.

—¿Y si encontrase allí á uno de sus amantes?..... Esta vez no tendría derecho á matarle como al Conde de Bruand..... La escribiré..... pero

la carta puede perderse..... No, decididamente no quiero su dinero. Se acabó..... Que siga sola su destino, como yo seguiré el mío.

Sin embargo, necesitaba dinero indispensablemente. Era necesario dedicarse á la caza de oro como en otro tiempo; ¿pero á quién dirigirse? ¿á quién pedir? Debía, y debía por cualquiera parte que fuera, y pedir más sería descubrir el secreto de su miseria sin adelantar nada quizá.

—¡Ni un amigo!—exclamó Fernando, abatido por el vacío que había hecho á su alrededor en el tiempo en que, desdeñándolo todo y confiando en su fuerza, gritaba el *¡yo solo!* de Medec.

—¡Ni un amigo!

Terral buscaba, interrogaba, escudriñaba sus recuerdos, y entre toda una multitud de gente, no acudía más que un solo nombre á sus labios: Bourdenois.

—Sí, Bourdenois..... ¿pero qué ha sido de él? Quizás está más olvidado, más solo y más miserable que yo.

¡Bourdenois! ¡Este sí que le hubiera salvado si hubiera podido!

Terral pensó largamente en aquel nombre lleno de recuerdos del pasado, y poco á poco, como si la



luz se hubiese hecho delante de él, recordó que le había visto impreso no sabía dónde, quizá en algún periódico.

—¿Quién sabe! Bourdenois es pintor..... Tal vez hablasen de él en alguna crítica.

Terral salió de su casa, y dirigiéndose á un gabinete de lectura, pidió el *Livret du salon*, buscó la letra B, y lanzó un gran suspiro como si acabasen de aliviarle de un gran peso.

Había leído:

«BOURDENOIS (Carlos Enrique), natural de Murridan (Dordogne), discípulo de M. Cabane.

»Calle de L'Enfer, 11.

»269.—*Los voluntarios del 92.*

»270.—*Herault de Sechelles quemando los trofeos de la dignidad real.*»

—¡Es éll!—gritó Terral.—¡Me he salvado!

Y se dirigió corriendo hacia el número 11 de la calle de L'Enfer.

Una vez en la casa, subió con rapidez hasta el quinto piso que habitaba Bourdenois.

Una mujer salió á abrir la puerta. Era ésta joven y bonita, y preguntó su nombre á Fernando.

—Fernando Terral.

—¡Oh!—dijo la joven, cuyo rostro expresó su

alegría.—Entrad, entrad. Mi marido me ha hablado mucho de vos.

—Se ha casado—pensó Terral.

Una puerta se abrió bruscamente y apareció Bourdenois en blusa de taller.

Al ver á Terral exclamó tendiéndole ambas manos:

—¡Dichosos los ojos que te ven! Te he buscado por todas partes y no he podido encontrarte..... ¿Vienes de la China, de Méjico, ó de Tombonctou?

—No—dijo Terral—vengo de más lejos.

—Pero entrad—interrumpió la mujer de Bourdenois.—Aquí no estáis bien.

Terral fué introducido en el taller.

En el caballete había un lienzo comenzado, y por todas partes cuadritos y bocetos.

Una esmeradísima limpieza indicaba que una mujer cuidadosa y ordenada inspeccionaba todo aquello.

El mobiliario no tenía pretensiones, pero era nuevo y elegante. En el taller se sentía el perfume de algunas flores colocadas en jarrones de porcelana. Todo, en fin, respiraba calma y felicidad.

Terral tuvo que oír toda entera la historia de Bourdenois. Este le refirió cómo la miseria se había cansado al fin de perseguirle, qué motivo le

había impulsado á hacerse pintor en porcelana para ganar por el día el pan de su familia, y cómo trabajando por la noche hacia cuadros á la luz de la lámpara, los cuales habían encontrado por fin jueces y compradores.

Entonces desaparecieron los obstáculos para el matrimonio. El padre había consentido, y Bourdenois había buscado á Terral para comunicarle su alegría.

—Ahora soy el más feliz de los hombres—decía entusiasmado el pintor.—Mi cielo se ha despejado, y ya no me acuerdo para nada del tiempo en que estaba cubierto de nubes; pero me harás la justicia, amigo Terral, de decir que no he robado mi felicidad, sino que me la he ganado.

—Cierto—dijo Fernando.

—¿Y tú?

—¿Yo?... yo he naufragado. Tú has condeído con calma tu barco, mientras yo he llevado el mío á todo vapor y he saltado la máquina.

—¡Ah!

—Es una lección, y la acepto....

—¡Oh, muy bien!—le interrumpió Bourdenois.—Quiero que me expliques mejor tu situación. Has naufragado, pero al menos te quedará....

—Nada.

—¿Nada?

—Estoy en la miseria.

—Pues bien—dijo alegremente Bourdenois;— ¡vamos á repartir!

Y levantándose, se dirigió á una papelera de encima, cuyo cajón abrió.

—Toma.

—¿Qué es eso?

—Ya lo ves—dijo Bourdenois tendiéndole un billete de cien francos.—El precio de un cuadro. Quisiera tener diez veces más que ofrecerte; pero....

Terral vaciló avergonzado al ver aquel arranque noble y generoso del artista; pero de pronto cogió el billete, le guardó en su bolsillo y dijo:

—Pronto te le devolveré; te lo aseguro. ¡Hasta mañana!

—¿Te vas?

—Sí, porque precisamente venía á pedirte ese dinero. Esos cien francos quizá serán mañana un millón. Gracias, amigo mío. ¡Hasta la vista!

—¡Cómo!—exclamó la señora de Bourdenois, entrando en el taller.—¿Os váis ya, y habíais hecho café para que le tomásemos juntos? ¡Oh! no podéis negaros....



Terral se excusó como pudo con la señora de Bourdenois, y estrechando la mano de su amigo, salió de la habitación.

Al llegar á la escalera se cruzó con un anciano que subía cargado de libros tarareando un aire nacional. Era el padre político de Bourdenois.

—¡Cinco luses!—exclamó Terral cuando llegó á la calle.—¡Quién sabe si mañana serán una fortuna!

Se dirigió á su casa para vestirse con un traje bastante usado ya, pero de muy buen corte, y que le daba aún una elegancia relativa.

Esperó á la noche, y para hacer tiempo hasta la hora de comer se puso á pasear por delante del Círculo á que solía concurrir.

—¡Ah, qué casualidad! ¿Tenéis libre esta noche, Terral?—le preguntó uno de sus conocidos que se dirigía al Círculo.

—Sí.

—En ese caso os invitamos á una gran comida que se da esta noche en los salones Brebant por cuenta de la compañía.

Se trataba de un banquete de accionistas de una sociedad de crédito. Habían invitado á muchos periodistas, y Terral encontró allí á Olivier Renaud y á otros compañeros de placer.

Barberino había llevado con él á un joven de

ojos azules, un poco pálido, sonriente y de rubios cabellos.

—¿Quién es ese señor?—dijo Renaud á Terral.

—No sé. No le conozco.

Cinco minutos después supo que aquel joven se llamaba Pablo de Rieux y que pertenecía á una gran familia de Borgoña, según decía.

Durante la comida el señor de Rieux *hizo frases*.

Estaba sentado enfrente de Terral, y sus dientes blancos, descubiertos por una constante sonrisa, parecían aprobar cuanto decían los demás.

El café se sirvió en una pieza contigua, y al terminar de tomarle los mozos extendieron un tapete verde, se trajeron las cartas y empezó el juego.

—Vamos—dijo Terral—ha llegado el momento.

Y como sucede muchas veces en los instantes difíciles de la vida, un recuerdo de sus lecturas de otro tiempo acudió á su imaginación y murmuró casi en voz alta la conocida frase de Julián Sorel: *¡A las armas!*

Barberino empezó á tallar. Terral puso un luis y luego otro, perdiendo ambos. Después encendió un cigarro sonriendo, y no volvió á jugar hasta que le hubo fumado. Era una superstición.

Cuando volvió á la mesa de juego, Olivier Renaud le cedió la baraja.

—Tallo tres luses—dijo Terral.

—Yo los llevo—dijo Barberino.

Terral ganó.

—Hay seis luses.

—Los llevo también—repitió Barberino.

Terral volvió á ganar, y así continuó hasta dar siete pases.

Fernando tenía delante de él un montón de oro; había ganado tres mil ochocientos cuarenta francos en dos minutos.

Cedió la baraja, recogió sus ganancias y se acercó á una ventana.

Miró el obscuro boulevard, el cielo lluvioso, los faroles de los coches que se cruzaban, y las pocas personas que transitaban, provistas de paragnas.

Y hasta aquel cuadro de la naturaleza enlutada le alegró el corazón.

—¡Qué alegre parece todo cuando se tienen mil francos en el bolsillo!—dijo.

Volvió á la mesa de juego é hizo una postura considerable; pero esta vez perdió, siguiendo así hasta que se quedó sin un cuarto, mirando petrificado las cartas, el oro, el tapete y los jugadores. Le parecía que estaba soñando; ¡ya no le quedaba nada! Pensó pedir prestada alguna cantidad á cualquiera, pero no se atrevió.

Hacia muy poco que había empezado la partida, y Terral no quería confesar que se había quedado sin dinero. Se puso, pues, á mirar examinando á los jugadores, esforzándose en hacer aparecer que se interesaba en la partida.

El ruido del oro le excitaba, repitiéndose interiormente:

—¡Si tuviera dinero! ¡Tres pases hubiera dado ya! ¡Maldita suerte!

Sus ojos se fijaron maquinalmente en el señor de Rieux que sonreía frente á él, teniendo en su mano izquierda magníficas sortijas de brillantes, cuyos destellos deslumbraban. El joven miró aquellas sortijas y vió que el señor de Rieux las sacaba de sus dedos, guardándolas en uno de los bolsillos de su levita, como para disponerse á dar cartas con más facilidad, pero en realidad para sacar rápidamente una baraja preparada.

Terral retrocedió. Por rápido que hubiese sido aquel escamoteo, no pasó desapercibido á sus ojos.

Esperó.

Dos minutos después el señor de Rieux cogía la baraja.

Puso veinte luses.

Dió nueve pases y ganó cincuenta y un mil doscientos francos.



Después dijo con su eterna sonrisa:

—Señores, cedo la baraja.

Y fijó sus alegres y azules ojos sobre los espectadores.

Terral le miraba con aire amenazador.

El aventurero palideció ante aquella mirada, y comprendió que Terral lo sabía todo; pero pronto se repuso de su emoción, y limpiando descuidadamente las sortijas de su mano derecha, se levantó como si estuviese fatigado y pasó á la pieza contigua.

Terral le siguió.

El señor de Rieux había desaparecido ya cuando Fernando entró en aquella pieza; pero en un rincón se veía un paquete blanco que sin duda había tirado al salir.

Terral se inclinó, le cogió y se puso pálido.

Era una baraja preparada.

Fernando Terral la registró anhelante y vió que estaba dispuesta para dar diez pases. ¡Diez pases! ¡Sepodía hacer una fortuna! ¡Sí! ¡Una fortuna!

Y el joven contemplaba aquellos trozos de cartón, los contaba sin alterar el orden en que estaban colocados, con los ojos fijos y el rostro encendido, temblando, fascinado ante aquellas cartas que murmuraban en su oído mil cosas, prometiéndole

la libre satisfacción de todos sus apetitos. Las figuras de aquella baraja con sus brillantes colores parecían sonreírle, y Terral sentía frío ante la baraja del aventurero, que le impresionó hasta el punto de creer que iba á desmayarse.

Por un esfuerzo de su voluntad de hierro, se hizo bruscamente.

—¡Si me vieran aquí y aperebieran esta baraja!....—pensó.

Y guardándola rápidamente en uno de sus bolsillos, entró en la sala de juego con los ojos inyectados y la cabeza trastornada. Tenía miedo de volverse loco. Todo giraba á su alrededor. Las brillantes pinturas de la sala le deslumbraban; los espejos le parecía que cambiaban, saltando de unos á otros millares de chispas rojas y azules; no veía, no oía, y todo temblaba y giraba ante sus extraviados ojos.

Una idea fija, invencible, era la única que se presentaba con claridad ante su imaginación:

—¡Tienes en tu mano una fortuna! ¡una fortuna! ¡lo oyes? ¡una fortuna!

Entonces pidió diez luises á uno de sus conocidos, y como un hombre borracho se aproximó á la mesa. Esperó á que le correspondiera la baraja, cogió entonces en una de sus manos las cartas que

acababan de alargarle, las barajó, y con la destreza asombrosa de un *griego* las substituyó audazmente por las *del otro*.

Ganó, ganó siempre hasta ocho veces, fatal forzosa matemáticamente. Ante él se amontonaba el oro, y su ruido y el de las exclamaciones y cuchicheos le parecían una música deliciosa. ¡Ah! ¡era rico, tenía una fortuna, había vencido al destino, podía hacer la vida alegre y lujosa que había soñado! Ganaba más, mucho más que había ganado el señor de Rieux, más que lo que nunca había podido soñar. Las puestas eran formidables. Tenía allí, ante su pecho, al alcance de sus manos, el medio de realizar todos sus sueños, sus sueños destruidos momentos antes. ¡El lujo, los caballos, las mujeres, Antonia, todo, todo podía poseerlo con aquel oro!

De repente se interpuso ante él el brazo de uno de los jugadores que, arrancándole las cartas, gritó con voz terrible:

—¡Nos están robando, señores!

Terral se puso densamente pálido.

El pequeño Barberino enseñaba las cartas.

—¡Confesad que hacíais trampa! ¡Estas cartas están arregladas!

—¡Eso es una infamia! —gritó el señor Rieux, que miraba á Terral, colocado frente á él en la mesa

Terral, lívido, feroz, quiso levantarse para aplastar al miserable, pero le contuvieron.

Y mientras le arrastraban fuera de la sala, empezaron á repartirse el oro que él había amontonado. Hasta cerca de la puerta de salida no pudo desprenderse de los cuatro hombres que le sujetaban.

Por fin se encontró en el boulevard, solo, abismado y con la cabeza desnuda.

—Señores—dijo en voz alta Barberino—demostré gracias á mi amigo Pablo de Rieux, aquí presente, que es el que nos ha advertido la infamia de que íbamos á ser víctimas.

Todos dieron gracias al señor de Rieux.

Terral tuvo por un momento la idea del suicidio. Decididamente la suerte se encarnizaba con él, y rebelarse había sido estúpido.

Se encaminó hacia el Sena á través de las fangosas calles, y allí se detuvo en el puente y miró correr el agua con extraviados ojos.

Sus abrasadas manos se refrescaron al agarrarse á la barandilla del puente, mojada por la lluvia, y el aire fresco que azotaba su rostro calmó su fiebre.

—¿Por qué pensar en el suicidio?— se dijo.—  
¿No hay más que París en el mundo?



Tras las ideas de muerte vivieron las de la fuga, y ya se veía Fernando lejos de allí, en España ó en América, comenzando una vida nueva, y más tarde volviendo á París, imponiéndose, con la frente levantada y vengándose de los que ahora le humillaban.

La pendiente de las ilusiones es rápida, y cuanto más oprime al hombre la desgracia, más cerca le muestra su delirio el fin que se le escapa.

La noche le mantuvo en sus nuevos pensamientos; pero con el día toda su audacia pareció debilitarse.

La aurora apareció pálida, triste y cubierta de celajes. Terral se sentía penetrado hasta los huesos por la humedad. Temblaba y sus dientes se chocaban como los de un colérico.

Echó á andar hacia su casa, y cuando llegó se desnudó apresuradamente y se metió en la cama. La fatiga le rindió, pero su sueño estuvo turbado por terribles pesadillas.

Cuando se levantó por la tarde, estaba más fatigado que al acostarse por la mañana.

Sentía hambre.

—¡Tengo hambre!

Este pensamiento y esta necesidad se apoderaron de él por completo.

Registró sus bolsillos, miró los cajones de su mesa, y logró por fin encontrar ciento veinticinco céntimos.... ¡Ciento veinticinco céntimos! ¡Era todo cuanto poseía!

Cogió un sombrero viejo que estaba desechado en el fondo de un armario, y salió.

Se encaminó hacia los barrios pobres, buscó una taberna donde pudiera comer sin ser reconocido por nadie, y entró.

Había allí albañiles y obreros que comían, armando un gran alboroto.

Terral se sentó en un rincón y pidió caldo y huevos.

—¡Miseria humana!— se decía con amargura;— ¡tengo hambre!

Nadie reparaba en él, pues no es tan raro como parece, ver gente de levita comiendo en una taberna; la miseria no tiene uniforme.

Terral vió á los albañiles que aumaban su frugal comida con alegres cauciones.

Cuando el joven mató su apetito, quedó escuchando absorto aquellas canciones.

La sala se iba vaciando poco á poco, y los parroquianos hacían al pasar una caricia á la mujer del tabernero, el cual á veces se enfadaba por esta confianza, haciéndolos reír á todos, incluso á su mujer.

Por fin Terral se apercibió de que se había quedado solo, y dirigiéndose entonces á la tabernera:

—¿Cuánto es?—Ja dijo.

La mujer miró á su marido.

Este hizo un ligero cálculo y respondió:

—Ochenta céntimos.

Terral pagó, y salió diciendo:

—Bien poco se necesita para alimentarse. ¡Si uno fuera filósofo!.... ¡Bah!—añadió—los filósofos son unos tontos.

Miró la hora en el reloj de una botica. Eran las ocho. ¡Qué lentamente pasaba el tiempo!.... ¿Qué hacer? Si volvía á su casa, ni aun luz tenía que encender; y si permanecía en la calle, sentía miedo y horror al pensar que podía ser visto de gentes que tenían derecho para abofetearle con la mirada.... Derecho.... ¿y por qué derecho? porque había sido más loco ó menos hábil que los otros.

—¡Pablo de Rienx! ¡Barberino! ¡Infames!

Y ni aun pasaba por su imaginación la idea de venganza. Estaba perdido y se dejaba arrastrar por la corriente, entendiendo que este era el modo de luchar contra ella.

Pero ¡qué escándalo! ¡Como debían haberse ocupado de él en todas partes! Hasta en los periódicos le desacreditarían.

—¡A mí qué me importa!—pensó.—¡Con no leerlos estoy despachado!

Entretanto no cesaba de andar, y ya se iba sintiendo fatigado.

—Aun tengo cuarenta y cinco céntimos—pensó; y añadió con triste sonrisa:—¡Es una fortuna!

Entró en un cafetín y se sentó.

—Estaré aquí hasta las doce.

Tomó un periódico y se puso á leer, ó mejor dicho, se puso un periódico delante y se entregó á las más hondas reflexiones.

La sirvieron café y no le vió, pues estaba cruzando un Océano imaginario, desembarcando en New-York, triunfando....

De pronto levantó la cabeza. Había oído el acento de una voz conocida. Paseó su mirada por la sala y vió que dividiendo ésta en dos había un gran biombo, de detrás del cual salía aquella voz. Terral recordaba haberla oído, pero no sabía dónde ni cuándo.

De pronto se dió una palmada en la frente.

—¡Si es la voz de Fargeau!—dijo.

Se aproximó al biombo, y mirando al otro lado, vió que había tres hombres que hablaban y fumaban tranquilamente. El uno alto y grueso, el otro delgado y con cabellos rojos, y en medio de los



dos Fargeau con una pipa en la boca, interrumpiendo de cuando en cuando la exposición de sus doctrinas para lanzar al techo bocanadas de humo.

En lugar de retirarse, Terral avanzó instintivamente. Un sentimiento de curiosidad le impulsaba. Fargeau le había negado antes su mano. ¿Qué haría ahora?

Fernando quería verlo, porque un desprecio más ó menos no le importaba ya.

Se dirigió á Fargeau, pasando por detrás del biombo, y le tocó en el hombro.

Este se volvió y exclamó al ver á Terral:

—¡Ah!

Después añadió:

—¿Se os ofrece algo?

—Quisiera hablaros.

—Bueno—dijo Celestino;—ahora salgo.

Y se levantó.

El hombre de cabellos rojos hizo otro tanto, y dijo dirigiéndose al que quedaba sentado:

—¿Y vos no venís, Vobrichon?

—No; quiero leer la *Revista de los dos mundos*.

La máquina de Sand me interesa.

Fargeau había tomado el brazo del filósofo Goussard (que así se llamaba su interlocutor) y había hecho señas á Terral para que los siguiese.

Salieron.

Apenas estuvieron en la calle, Goussard tomó la conversación en donde había quedado.

Así siguieron andando cerca de una hora, hasta que llegaron á la esquina de una calle donde Goussard se despidió.

—¿Qué me queráis?—dijo entonces Celestino.

—Yo—dijo Terral riendo de una manera nerviosa—vengo también á filosofar un momento.... y á deciros que el fondo del saco de la vida es asqueroso.... Estoy arruinado, perdido.... He querido arrojarme al Sena y voy á entregarme al diablo.

—¡Ah!—dijo Fargeau gravemente.—No sabía que hubiese tanta justicia en la tierra.

—Sí, sí—dijo Terral—ya sé todo lo que vais á decirme; pero quiero oiros. El hierro candente hace gritar, y sin embargo cicatriza la herida. Decid que la audacia es estúpida, que la honradez es el único medio para vivir tranquilo, que yo he obrado mal.... pero, entre nosotros.... ¿de qué os ha servido creer en vuestro Dios mientras que yo no creía en nada, si estáis tan miserable y tan desesperado como yo?

—A eso podría contestaros—dijo Fargeau con calma—que de qué os ha servido no creer en nada,

si vuestros zapatos están tan viejos como los míos; pero esa moral sería necia, pues que nos igualaba á todos.... Estáis vencido; esa es la moral. Vuestras uñas se han roto contra la roca; esa es la moral. La moral es vuestra palidez, vuestra cólera, vuestras ideas de suicidio. Yo no he pensado jamás en matarme, pues aunque sé desde hace tiempo que la vida es una carga, espero resignado y tranquilo una recompensa á que vos no aspiráis.... ¡De modo que el hoy os falta y en el mañana no creéis!

Involuntariamente Fernando bajó la cabeza. Fargeau le miraba examinándole como un médico á su enfermo.

—¿Queréis que os dé un consejo?—dijo al verle doblar la frente.—Vuestra salvación estriba en que empecéis una nueva vida. Aun sois joven.... Os estoy dando una de esas lecciones que no suelen servir para nada; pero ¿quién sabe? la casualidad....

—La casualidad—interrumpió vivamente Terral—es el único Dios que reconozco, y á él voy á pedirle que me saque de este atolladero.

—Hay otros dioses á los cuales debíais encomendaros con preferencia.... por ejemplo, el del trabajo.

—¡El trabajo!

Y Terral se echó á reir.

—Ya no es hora de que yo empiece ese camino. Seguiré el que he seguido siempre, sea el que quiera el resultado. Voy tras de la fortuna, y la perseguiré hasta el fin, aunque hubiese de morir en el camino.

—Pues buena suerte—dijo Fargeau.

Y se separaron.

La mirada del filósofo siguió á Terral hasta que dobló la esquina de la calle.

—A ése no se le convence fácilmente—murmuró;—pero es lo lógico, pues en él hasta el arrepentimiento sería inhumano.

Ya iba á acostarse, cuando vió sobre la chimenea de su cuarto una carta que sin duda el portero había dejado allí.

Era de Adolfo Labarbade, que le rogaba que le esperase al día siguiente.

—Esperaré—se dijo Celestino.—;Otro que tall!

Al día siguiente Adolfo Labarbade hacía su entrada en casa de Fargeau. Su primera mirada fué un poco desdeñosa. La habitación en que vivía Celestino, contrastaba notablemente con los lujosos gabinetes de los restaurants que solía frecuentar el joven.



—¿En qué puedo servirlos?—dijo Fargeau.

—Voy á explicaroslo—respondió Adolfo.

Y encendiendo un cigarro, continuó mientras arrojaba bocanadas de humo:

—No debéis ignorar, mi buen Fargeau, que el bachillerato ha sido instituido por los Gobiernos para fastidiar á los jóvenes que se ocupan de Cicerón como de la primera camisa que les pusieron.

—¡Pardiez!—dijo Fargeau, á quien divertía aquel aplomo.

—Pues bien, como sabéis, sin el grado de bachiller no se puede estudiar Derecho.

—Es claro.

—Decid más bien que es ridículo é insufrible....—continuó.—Mamá quiere que estudie Derecho, y ya comprenderéis que yo no puedo disgustar á mamá.

—Pues entonces, tomad el grado de bachiller.

—No me aprobarian.

—¿Por qué?

—Porque odio los latinajos y no entiendo una palabra de ellos: por eso he pensado en vos, ciudadano Fargeau, en vos que sois un pozo de ciencia, un tesoro en conocimientos, un Rothschild de sabiduría.

—Pues será en lo único.

—No todo se puede tener.... En resumen, ¿queréis examinaros por mí?

—¡Eh!.... ¿Qué habéis dicho?

—Que si queréis presentaros por mí en el examen.

—¿En vuestro lugar? ¿Tomando vuestro nombre?

—¡Es tan sencillo!

—¿Por quién me tomáis?—dijo Celestino cruzándose de brazos y tratando de sonreír.—Os habéis equivocado, caballero, al creer que todos los que no llevan botinas de charol como las vuestras son unos caallas. El hábito no hace al monje. Hay muchos infelices en la miseria, que hacen lo que me pedís, porque no pueden resistir á las eloquentes voces de su estómago; pero yo prefiero apretar la hebilla de mi pantalón cuando le tengo vacío, á manchar mi nombre honrado. Me llamo Celestino Fargeau y no Adolfo Labarbade, y si por un momento habéis creído que me cambiaría por vos en algunos momentos de la vida, sabed que es un error nuevo que añadir á los muchos que ya tenéis. Conque hasta la vista, pues yo voy á salir.

—¡Ah!—dijo el joven asombrado;—¿os negáis?

—Rotundamente—dijo Fargeau, señalando la puerta al hijo de la señora Labarbade.

El joven Adolfo bajó la escalera encogiéndose de hombros y pensando que Fargeau era un imbecil.

Subió al coche que le esperaba á la puerta, y dió las señas al cochero.

Le estaban esperando para almorzar, y por el camino quería preparar las *frases* que había de improvisar á los postres.

## XI.

Antonieta habia terminado ya su novela con el Conde de Navaille, después de haberle arruinado. La joven no podía además vivir mucho tiempo con una misma idea. Los contratos que formaba se desgarraban rápidamente, y tenía en circulación tantos billetes de amor, que dejaba protestar algunos.

Se habia hecho mucho más positiva é interesada, y ahora sabía ya el precio de una alhaja, y media por su peso el valor de un brazaletes.

Cambiaba de amantes todos los días, ávida de novedad y de sensaciones nuevas, y aquella vida frenética, eléctrica, de sobresaltos y de espasmos, que hubiera matado á un caballo, era la única po-

sible para ella, que, siempre sonriente, reemplazaba con los procedimientos químicos todo lo que iba perdiendo en su naturaleza.

Seguía siendo siempre la Antonia deseada, envidiada, adorada en las primeras representaciones, en las carreras, en los conciertos, en los bailes y en todas partes. Su sonrisa seguía siendo tan deliciosa y descubría los mismos blanquísimos dientes; pero un observador atento hubiera podido observar que tenía cierta expresión indescriptible de tristeza y de desaliento. La joven no dejaba traslucir nada de los repentinos desfallecimientos que la asaltaban á veces cuando estaba sola y la hacían lanzar gritos de dolor.

Muchas veces, al mirarse en sus magníficos espejos, se asustaba de la palidez que cubría su rostro; pero si alguno entraba, al instante se reponía y empezaba á cantar, quizá buscando el olvido.

Por la noche, el teatro, el baile y las cenas la atraían. Se estragaba el estómago con los alimentos más nocivos á su delicada salud, que cada día iba perdiendo un poco, pues era incapaz de contentarse en ninguna clase de placeres.

Todas estas sacudidas debilitaban su débil cuerpo. Se hubiera dicho que era una de esas cajas mecánicas que se desarman pieza por pieza y que



El joven Adolfo bajó la escalera encogiéndose de hombros y pensando que Fargeau era un imbecil.

Subió al coche que le esperaba á la puerta, y dió las señas al cochero.

Le estaban esperando para almorzar, y por el camino quería preparar las *frases* que había de improvisar á los postres.

## XI.

Antonieta habia terminado ya su novela con el Conde de Navaille, después de haberle arruinado. La joven no podía además vivir mucho tiempo con una misma idea. Los contratos que formaba se desgarraban rápidamente, y tenía en circulación tantos billetes de amor, que dejaba protestar algunos.

Se habia hecho mucho más positiva é interesada, y ahora sabía ya el precio de una alhaja, y media por su peso el valor de un brazalete.

Cambiaba de amantes todos los días, ávida de novedad y de sensaciones nuevas, y aquella vida frenética, eléctrica, de sobresaltos y de espasmos, que hubiera matado á un caballo, era la única po-

sible para ella, que, siempre sonriente, reemplazaba con los procedimientos químicos todo lo que iba perdiendo en su naturaleza.

Seguía siendo siempre la Antonia deseada, envidiada, adorada en las primeras representaciones, en las carreras, en los conciertos, en los bailes y en todas partes. Su sonrisa seguía siendo tan deliciosa y descubría los mismos blanquísimos dientes; pero un observador atento hubiera podido observar que tenía cierta expresión indescriptible de tristeza y de desaliento. La joven no dejaba traslucir nada de los repentinos desfallecimientos que la asaltaban á veces cuando estaba sola y la hacían lanzar gritos de dolor.

Muchas veces, al mirarse en sus magníficos espejos, se asustaba de la palidez que cubría su rostro; pero si alguno entraba, al instante se reponía y empezaba á cantar, quizá buscando el olvido.

Por la noche, el teatro, el baile y las cenas la atraían. Se estragaba el estómago con los alimentos más nocivos á su delicada salud, que cada día iba perdiendo un poco, pues era incapaz de contentarse en ninguna clase de placeres.

Todas estas sacudidas debilitaban su débil cuerpo. Se hubiera dicho que era una de esas cajas mecánicas que se desarman pieza por pieza y que

caen desparramadas bruscamente. De todo lo que había sido Antonia, la hermosa, la de carnes rosadas como un fruto sabroso, sólo quedaba un rostro aun bello, pero marchito, y unos divinos ojos negros de expresión melancólica.

Muchas veces, cuando entraba en su palco, hubiera podido oírse la risita sardónica de alguna rival que adivinaba la ruina bajo aquella belleza pintada, la enfermedad bajo aquel esplendor aun insolente, y el sufrimiento bajo aquella sonrisa.

La señora Labarbade, al volver de algún paseo acompañada de Fermín Monsechard el fotógrafo, solía encontrar á Antonia tomando alguna medicina ó con algún ataque nervioso.

*Mamá Anais* se encogía de hombros.

Por las tardes Antonia mandaba enganchar su cupé (pues era rica, y aun la amaban y se arruinaban por aquella mujer que tosía) y daba orden de que la llevasen á las Tullerías.

Si hacía buen tiempo, iba á sentarse en un banco bajo los castaños y miraba jugar á los niños. Allí, al calor del sol, respirando el suave aroma de aquellos jardines, parecía reanimarse.

Pero por la noche, ¡qué contraste! Extendida sobre el rojo diván de algún restaurant, cautaba y reía como si la fiebre no la hubiese consumido y

como si no tuviese que pagar al día siguiente aquellos excesos.

Un día, al bajar Antonieta las manos, todas sus sortijas cayeron al suelo.

—¡Cómo he adelgazado!—dijo la joven con espanto.

Los médicos que la visitaban no le decían el nombre de su enfermedad. ¡Tenía esta enfermedad tantos nombres!

Entonces Antonia, que era supersticiosa, consultaba las cartas, y las cartas le decían: «El mal que te consume pasará pronto, y no tardarás en curar»; pero si se miraba al espejo, sus tristes ojos y sus lívidas mejillas le gritaban: «¡Todo, todo ha concluído para tí!»

Entonces desgarraba sus vestidos, rompía los muebles y repetía entre gritos desesperados:

—¡Yo no quiero morir!

Otras veces permanecía días enteros en una butaca contando y recontando las flores de la alfombra ó los dibujos de las colgaduras.

Le entregaban tarjetas.

Cuando leía los nombres grabados en ellas, decía:

—¿Que me quieren estas gentes? No las conozco.



Eran los nombres de sus amantes.

Un día que estaba hablando con la señora Labarbade, entró Adolfo muy contento é hizo seña á su madre para que le escuchase un instante.

—Mamá, ¿no hay cinco luises demás en tu portamonedas para tu hijo querido?

La señora Labarbade levantó los ojos al cielo. Antonieta, al ver que hablaban á su espalda, preguntó:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, hermanita—dijo Adolfo.

—¡Ah! ¿á qué has venido?

—A buscar dinero.

Y se aproximó á Antonieta.

—¡He jugado y he perdido!

—¿Cuánto?

—Diez luises.

—¡Siempre tan tunante!—murmuró la señora Labarbade sonriendo.

—¿No me los podrías dar?

—Sí, ahí los tienes en ese cajón.

Adolfo se inclinó para dar un beso á su hermana después de haber cogido el dinero.

—Hueles á ron.

—Es posible.

—¡Oh, qué bueno es el ron!—dijo Antonia con una vaga sonrisa.

La señora Labarbade cogió á Adolfo de la mano y le llevó hasta la puerta.

—Siempre haces lo que quieres, bribón.

Y añadió mentalmente:

—Adolfo no cesa de pedir. ¡Como si no tuviese yo bastante con las exigencias del otro!

El otro era Fermín Monsechard.

Adolfo estaba ya en la escalera.

¡Ah!—decía Antonia sonriendo.—El ron..... el ponche..... las yemitas azules..... Esta noche tomaré un ponche con René..... ¡Qué bueno es el ron!

Fernando Terral aborrecía ya aquel París que había querido conquistar. Quería huir de él, ir á otra parte para buscar otra mina, otro filón.....

—¡Partiré!—dijo.

Dos días después estaba en Bolonia con el dinero que había sacado vendiendo sus últimos muebles y algunas ropas. En el trayecto de París á Bolonia, aquel ambicioso decidió ir á Londres. ¡París, Londres! ¡Huía del primero, pero iba al segundo! ¡Londres! Aquel pueblo inmenso era

otro Océano, otra California, otro mundo. En él triunfa la intrepidez, asegurando una vida cómoda al hombre que se empeña en crearse una posición. En él el festín es sabrosísimo para el que tiene buenos dientes. Participaría del festín, tendría en la mesa un puesto; ¿cómo? no lo sabía; pero estaba decidido á conquistar su sitio aunque fuera á puñaladas.

Terral tomaba el fresco de la mañana mientras que embarcaban los equipajes de los pasajeros. El de Terral no era muy pesado, pues sólo llevaba lo puesto.

Los ingleses, que volvían á su país tan flemáticamente como habían salido de él, entraban á comer en los hoteles. Un mozo se aproximó á Terral y le ponderó la cocina del *Hotel de Albión*.

—¡Gracias!— dijo Terral;— no tengo apetito.

Había decidido por economía hacer una sola comida en el día.

Y para entrar en calor, pues la brisa del mar le helaba, se puso á pasear rápidamente, hiriendo fuertemente el suelo con los pies.

De pronto tropezó con un joven que sonrió y aprovechó la ocasión para preguntarle en francés, pero con marcado acento extranjero, á qué hora partía el vapor.

—A las siete— contestó Terral.

—Entonces tenemos aún quince minutos—dijo el joven, mirando la hora en un magnífico cronómetro.

—Quince minutos, si—dijo Terral.

Y se alejó.

Al dar otra vuelta encontró en el mismo sitio al joven mirando hacia el mar.

—Perdonad—dijo éste con amabilidad.—¿Creéis que la travesía será mala hoy?

—No soy marino, y por consiguiente no entiendo de eso—respondió Terral bruscamente.

—¡Ah!..... ¿Y no teméis al mareo?

—No—contestó Terral.—¿Acaso temo yo algo?—añadió mentalmente.

—Os pido mil perdones por todas mis preguntas, caballero; pero entre compañeros de viaje.....

Váis á Londres, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Yo también..... Decidme, ¿conocéis este hotel?—dijo el joven alargando á Terral una tarjeta en que se anunciaba una fonda de Londres.

—No; porque no he ido nunca á Londres, é ignoro como vos cuanto me preguntáis.

—Entonces tendré que informarme por un inglés, y lo siento, porque no me gustan los ingleses.



— ¡Oh!

— Soy español y hace tres años que viajo por Europa. Comprendo que vale la pena de atravesar el Canal de la Mancha el ver la Inglaterra; pero ese cielo lleno de bruma me horroriza de antemano..... ¿Conocéis á España, caballero?

— No — respondió Terral.

— Pues os felicito — dijo el español con la franqueza caballeresca de los castellanos — porque así, aun os quedan muchas emociones que experimentar si llegáis á visitarla!

— ¿Quién sabe? — dijo Terral.

La campana del vapor se dejaba oír llamando á los viajeros.

Nuestros dos jóvenes acudieron apresuradamente á su llamada.

— Ahora — dijo el español — va á empezar mi martirio con el marco. Desde Barcelona á Marsella he sufrido mucho, y éste va á ser mi segundo suplicio.

Después ofreció á Terral un cigarrillo en una elegante petaca de Manila.

Terral dió las gracias y encendió el cigarrillo.

Hasta entonces había tenido cierta reserva con aquel joven; pero desde hacía algunos minutos, por el contrario, un nuevo proyecto bullía en su

imaginación. Estudiaba á aquel joven á quien hacía un momento no conocía, y que entablaba relaciones con él con la expansión propia de los meridionales.

El español tendría unos veintiséis años; era bajo, moreno, con grandes y profundos ojos negros, sedoso bigote y una vivacidad extraordinaria. Iba irreprochablemente vestido. Llevaba á la mano un saco de viaje con una magnífica cerradura de acero, en la que se veía grabada una corona de conde. Su elegancia varonil se manifestaba en todo su traje y persona. El carácter distintivo de su fisonomía era la franqueza, la vivacidad y un no sé qué de petulante y severo al mismo tiempo.

En pocos minutos Fernando había analizado y adivinado todo esto. Era fatalista y pensó que la casualidad no podía poner en balde en su camino á aquel desconocido. Era tal vez la cuerda salvadora á que se coge el que se está ahogando, la mano á que tenía que asirse, la ocasión que se le presentaba.

Mientras que el vapor se alejaba de Bolonia, el español fumaba, tarareando aires de su país. De pronto se interrumpió y dijo á Terral:

— ¿Viajáis por gusto?

—¿Yo?.... Sí.

—Pues yo también, á pesar de que los españoles tenemos fama de no conocer más montañas que las de nuestro país, ni más ríos que el Manzanares..... ¡Ah! ¡este olor á brea es insoportable! ¿Queréis que paseemos un poco?

—Paseemos.

—Quisiera estar ya de vuelta de mi expedición, pues sin saber por qué, tengo cierta antipatía á Londres antes de haberle conocido, y á pesar de que voy á él por mi gusto, ya deseo volver.

El español hablaba alegremente y con ese acento castellano que no carece de encanto.

—¿Y vos?

—¡Oh!—dijo Terral—es probable que me quede para siempre en Lóndres, porque detesto á París.

—En ese punto no pensamos del mismo modo.

Y demostrando su admiración con expresivos gestos, el español hizo de París una entusiasta descripción.

Hablando así, poco á poco fueron deslizándose por la pendiente de las confidencias, y el español dijo á Terral que se llamaba D. Antonio Godoba y era Conde de Oriola; que estaba huérfano y que había salido de Barcelona por haber recibido un

desengaño de su prometida pocos días antes de casarse. Quiso consolarse viajando, y recorrió la Francia, la Suiza y la Alemania. En estos viajes olvidó sus pesares y recobró su antigua alegría.

—No tengo banquero—decía D. Antonio—y llevo conmigo en este saco que veis, todo el dinero que necesito, y cuando echo de ver que está vacío, escribo á la casa de Pérez y Ancho, de Barcelona, y giran á mi favor lo que les pido. No tengo criado, porque esto me proporcionaría un cuidado, y me sirvo del primero que encuentro cuando voy á alguna parte.

Terral escuchaba sin haberse fijado apenas más que en una cosa: *«llevo conmigo en este saco todo el dinero que necesito.»*

Los marineros maniobraban silhando una canción inglesa, y si álguien se quejaba de la lluvia que empezaba á caer, respondían con esa flemma propia de los ingleses:

—Pues esto no es nada para lo que va á venir.

En efecto, espesos nubarrones anunciaban una próxima tempestad.

Terral se sentía dichoso al contemplar aquel cielo obscuro y amenazador. No podía explicarse su alegría; pero lo cierto es que respiraba más libremente en aquella atmósfera cargada de electri-



ciudad. Le gustaba presenciar las sordas luchas del hombre contra los elementos.

—Capitán—dijo con tono gozoso—ya tenemos armada la tempestad.

—Cualquiera diría que os gusta—contestó el capitán.

La lluvia iba arreciando y la gran mancha negra que se destacaba en el cielo iba extendiéndose como se extiende una gota de tinta en un papel de seda.

A veces el cielo se iluminaba con la luz de un relámpago, y el vapor, rudamente sacudido, subía lanzado como el tapón de una botella de champagne sobre la formidable masa de agua que le impelía, para volver á caer como si fuera á hundirse en el agujero profundo que se abría ante él.

El español, cogido á una cuerda, con los ojos fijos y pálido como un muerto, lanzaba dolorosos gemidos, acometido por un horrible mareo.

Terral le miraba con los brazos cruzados, y sentía que una idea criminal iba poco á poco apoderándose de él.

—Si ese hombre muriese—dijo—nadie se acordaría del saco que lleva.

En aquella obscuridad que lo cubría todo como un velo negro, sólo brillaba la cerradura del sa-

quito, lanzando á Terral provocativos reflejos.

Fernando temblaba, presa de un espantoso delirio, y un sudor frío cubría su frente.

Entretanto el español se retorció atormentado por horribles calambres que le hacían lanzar gritos de dolor.

Quería morir.

¡La muerte!

—Está más cerca de tí que lo que crees—pensó Terral.

Entonces se aproximó, y sus manos, agitadas por un temblor nervioso, se dirigieron hacia el saco de cuero..... Después la idea del robo le pareció tan vil, que se detuvo; pero la ambición pudo más en él, y se lanzó sobre Godoba, cogiéndolo bruscamente entre sus brazos. La obscuridad era profunda, y en aquel rincón del barco no había nadie. Sólo con su criminal idea, Fernando oprimió al español contra su pecho.

—Gracias, muchas gracias—dijo entonces Godoba, creyendo que Terral trataba de auxiliarle.

Y Terral sintió que una mano helada estrechaba la suya.

Entonces retrocedió, y sus brazos soltaron á Godoba, que cayó sobre el puente con la cabeza inclinada sobre el brazo izquierdo.

—¡Ah! ¡me falta el valor! ¡Soy un cobarde!— gritó Terral;—y bajando como un loco la estrecha escalera que conducía á los camarotes, se arrojó sobre su lecho y se agazapó en él como una bestia feroz.

Cuando volvió en sí (pues había sufrido un desvanecimiento), la tempestad había pasado y los pasajeros comían tranquilamente. Habían salido de alta mar y el vapor bogaba ya en el Támesis.

Fernando se levantó; pidió huevos y un poco de queso, y después de haber pagado, subió sobre cubierta.

—¡Eh!—le gritó al momento una voz que le era conocida.—¡Nos hemos salvado!

Terral se estremeció.

Era la voz de D. Antonio.

—Sí—dijo Fernando.

Y le volvió la espalda.

Cuatro horas después llegaban á Londres.

Terral entró en un parador y pidió una habitación.

—¿Qué habrá sido del español?—se dijo cuando estuvo solo.—No he querido seguirle, porque tenía miedo de mí mismo. ¡Jamás sabrá ese hombre que me debe la vida! y sin embargo—añadió con singular sonrisa—¡no hay duda que me la debe!

## XII.

Antonia había experimentado una excitación suprema en sus últimas orgías. Sentía ahora más deseo que nunca de aturdirse y de que el alcohol, exaltando sus sentidos, la comunicase nuevo ardor y una vida más apasionada. Parecía una lámpara que al extinguirse ilumina con claridad por un instante cuanto la rodea, para apagarse luego repentinamente dejándolo todo en sombra. Con sus mejillas arrebatadas, sus ojos brillantes por la fiebre, sus labios rojos como el carmín, y sus cabellos blondos y abundantes todavía, tenía un atractivo especial, un encanto irresistible. El sucesor de Raul de Navaille (que era un agente de cambio) estaba orgulloso de ella.

La alegría de otras veces parecía haber vuelto á apoderarse de la joven, que se sentía transportada á una nueva atmósfera donde la vida era semejante á uno de esos sueños en que el cuerpo no toca la tierra y en que se ve todo desde lo alto del éter.

Al encontrarse Antonia con aquella nueva belleza que hacía de ella un tipo más interesante que nunca, quiso que la hiciesen un retrato, para lo



cual buscaron á un jóven pintor que gozaba ya de una gran reputación y se llamaba Carlos Bourdenois. El artista hizo de aquella fisonomía transfigurada por el sufrimiento, una obra maestra.

Antonia miraba entusiasmada aquel retrato, admirándose y enviándose sonrisas. Por entusiasmo hacia el cuadro, se enamoró del pintor, y una mañana se lo dijo, mientras que éste daba los últimos toques á su obra. Bourdenois fingió creer que era una broma; respondió ingeniosamente, y desde aquel día no volvió, dejando sin embargo acabado el retrato. Antonia llamó á la señora Labarbade y á su hermano para que lo vieran.

—Es precioso—dijo *mamá Anais*;—pero la verdad es que como parecido, nunca se podrá comparar la pintura con la fotografía.

Sin duda pensaba al decir esto en Fermín Monsehard, el colaborador del sol.

Antonia permanecía sola muchas veces admirando aquella obra maestra, en que el artista, sin querer tal vez, había puesto una suprema melancolía que los egipcios hubiesen llamado *el emblema de la muerte*; pero no era esto lo que Antonia admiraba en aquel cuadro. En aquella tristísima sonrisa, que era la suya, veía todas las horas perdidas desfilando como en una linterna mágica. La

jóven saludaba á aquellos recuerdos con una sonrisa, y sus lánguidos ojos, al recordar los pasados días y las olvidadas noches, lanzaban aún destellos de voluptuosidad. De nuevo hubiese vuelto á recorrer aquel camino en que las flores caen en el lodo. Se sentía morir, consumir, algo que la iba arrancando átomo por átomo la vida; pero no sentía remordimientos. La invadían nuevos deseos, una fiebre de placer, una necesidad de estremecimientos y emociones, una sed abrasadora de ruido, de cenas y de amores.

Antonia había despedido á su médico, que la reprendía sin cesar á cada nuevo exceso, y arrojando al fuego sus recetas y medicinas, las cambió por champagne. Aquella joven débil, inconsciente y perezosa, que no había tenido en toda su vida más que instintos, sin voluntad alguna, encontraba una singular energía para resistir á su enfermedad, defender su vida y reir ante la misma muerte.

Pero la muerte se burla de los que ríen, y avanza cada día un paso, extendiendo su descarnada mano, que encuentra siempre lo que busca. Antonia se sentía presa completamente en sus redes; tenía momentos de terribles ahogos, convulsivos estremecimientos y dolores sordos, fijos y tenaces,

que la hacían gritar llavando la mano á su frente y llorando con amargura.

—Pero ¿qué es lo que tengo?...—decía con espanto.

Volvió á llamar á su médico.

—¿Qué tengo, decid? ¿Qué es esto?—le preguntó.

El doctor no respondió y prescribió los mismos remedios de antes: baños, tisanas, y sobre todo, mucha tranquilidad.

—¡Tranquilidad!—exclamaba Antonia retorciéndose con desesperación.—¿Puedo yo acaso tenerla?

Una horrible enfermedad nerviosa, complicada con una afección cerebral, la agitaba, sumergiéndola luego en una completa postración. Cuando la hablaban, sus ojos fijos en el suelo ó en cualquier objeto parecían los de un muerto.

Antonia no podía darse cuenta del mal que la iba consumiéndola. Su pecho se deprimía y su columna vertebral se arqueaba. Una palidez de cera cubría todo su cuerpo, en el que de día en día iban marcándose más los huesos. Sus ojos, siempre bellos, se hundían en las azuladas órbitas. Todos sus movimientos tenían una rigidez cadavérica, y á veces lanzaba gritos como si sus huesos se

hiciesen pedazos al hacer cualquier movimiento.

Los médicos habían murmurado una palabra que Antonia no había entendido. *Reblandecimiento agudo* habían dicho.

—¡Parliez!—exclamó la señora Labarbade, que estaba atenta;—no tiene nada de extraño con la vida que ha llevado: *¡Tanto va el cántaro á la fuente.....*

El que se ve atacado por esta horrible enfermedad, parece que da cada día un paso más hacia el sufrimiento. La sensibilidad, horriblemente exaltada, multiplica y centuplica los dolores. La movilidad va paralizándose poco á poco, como la inteligencia, y llega un día en que ni se puede extender un brazo ni comprender por qué no se extiende. ¡Fuerza y facultades! ¡Todo, todo se pierde y degenera al mismo tiempo!

Antonia se contemplaba fantasma de sí misma, y á veces tenía el triste capricho de ataviarse con sus galas de otro tiempo, que podían ahora envolver dos veces aquel cuerpo enflaquecido y extenuado.

Entonces la joven bajaba la cabeza sollozando.

A veces también era presa del delirio. Entonces quería ir al teatro, oír música, ver trajes, decoraciones y actores. *Mamá Anais* hacía que la trans-



portasen, alzando los hombros con aire de indiferencia, á algún palco obscuro, desde donde Antonia devoraba, sin comprenderlo, lo que pasaba en escena, con sus grandes ojos fijos y espantados, el cuello extendido y la boca entreabierta.

Luego de repente decía:

—Me aburro.

Y era necesario marcharse.

La señora Labarbade lanzaba un suspiro, acompañaba á Antonieta hasta el carruaje, y á menudo volvía al palco para escuchar el final de la pieza, mientras que *la pequeña* quedaba abandonada en el carruaje. Daba también mamá Anais á menudo citas en el teatro á Fermin Monsehard, que sacudia á menudo á derecha é izquierda su magnífica cabellera en que el perfume de *Mil Flores* luchaba con el colodion.

Al llegar á casa, Antonia se hacía desnudar y trataba de dormir; pero las noches se sucedían largas, lentas y crueles, entre delirios y horribles dolores. ¡Qué diferencia con las noches pasadas en el *Café Inglés*, llenas de aventuras, canciones y pasión!

Una noche, durante su delirio, Antonia debió ver la imagen de Terral, porque no cesó de pronunciar su nombre.

—Quiero casarme con él—dijo á la señora Labarbade cuando entró en su cuarto al día siguiente.

—¿Casarte! ¿Con quién?

—Con Fernando.

—¡Valiente boda!

—Sí, una boda.... una boda....—repitió Antonia con extravío.

Poco á poco se fué quedando dormida, y su cabeza cayó sobre la almohada de encajes, cuyo lujo contrastaba con tantas miserias.

La señora Labarbade se ataviaba entre tanto para recibir á su fotógrafo. . . . .

Precisamente aquella mañana Fernando Terral se había levantado furioso por no haber encontrado nada después de haber pasado quince días en Londres.

—La fortuna me vuelve la espalda—pensaba.

Habia hecho todo lo posible por alcanzar aquella fortuna, pero la inmensa ciudad no entrega sus secretos de explotación más que á sus hijos y algún que otro afortunado. Allí, más que en ninguna otra parte, se encuentra solo el desgraciado. La multitud parisién tiene voz, movimiento, alma;

la de Londres es un mar terrible que sumerge al que cae.

Terral parecía un minero que remueve el terreno sin lograr descubrir la pepita de oro. Iba y venía por las innumerables calles, buscando el filón que debía explotar; pero en medio de aquella populosa ciudad se encontraba más que nunca aislado, descorazonado, perdido y veía con inquietud que se acababa su dinero. Se presentó en una casa de comercio pidiendo una plaza, pero le contestaron que no necesitaban sus servicios. Los ingleses son desconfiados, y un francés expatriado y sin recursos buscando trabajo por las calles de Londres no podía inspirar ninguna confianza.

Por fin encontró un librero que le encomendó la traducción de algunas obras francesas, pues Terral sabía el inglés bastante bien, y el librero se encargaba de corregir cualquier falta que pudieran tener las traducciones.

Aquel trabajo hacía correr el sudor por la frente de Terral, hasta que por fin se cansó; regañó con el librero, y se vió de nuevo sin recursos.

—Decididamente la suerte me ha abandonado—se dijo.

Al pasar cerca del Parlamento vió algunos sargentos que reclutaban voluntarios, y pensó alis-

tarse; pero una cosa le contuvo: la disciplina.

Había nacido libre y quería morir del mismo modo.

Una mañana, que era la treinta y dos de su estancia en Londres, se levantó más alegre que de costumbre y así confiado. Abrió su ventana. La lluvia fina de las mañanas de Londres caía sin cesar, y los negros arroyos corriendo cadenciosamente reflejaban aquel cielo ceniciento.

—He aquí la imagen de mi vida—pensó Terral mientras se vestía.—Bruma, niebla y fango.

Le habían indicado una casa de comercio que necesitaba empleados: la casa Nicholson, Anderson y compañía. Terral almorzó en una taberna y después se dirigió á ella. Lo primero que vió al llegar fué un hombrecillo que hablaba con un inglés alto y seco. Terral se aproximó á ellos y dijo:

—¿El señor Nicholson?

—Servidor—respondió el hombrecillo.—¿En qué puedo servirlos?

Terral dijo entonces cuál era su situación, y pidió un empleo con que poder subsistir.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Fernando Terral.

—¡Calla!—dijo el señor Nicholson mirando á



Terral con fijeza. — Ese nombre no me es desconocido..... ¡Ah! ahora recuerdo que lo he visto en una crónica parisién. Sois un jugador de fama, caballero.

— ¿Yo? — dijo Terral palideciendo.

— Si, ves, según dijo el *Figaro* últimamente, á menos que no haya inventado un cuento.... Pues bien, á fe mía que no he de censuráros por ello, sino que por el contrario, apruebo vuestra conducta, pues creo que la vida en estos tiempos es una lucha á mano armada..... Debéis ser un joven inteligente, señor Terral..... ¡Anderson!.....

El inglés alto y seco se adelantó.

— Este joven podría sernos útil — dijo en mal inglés Nicholson.

— ¡Ah! — contestó el señor Anderson.

— Ha tenido desgracias de fortuna allá en París.

— Si pudiera servirnos de asociado.....

— Voy á hablarle.

El señor Nicholson hizo una seña á Terral para que le siguiese y se encaminó á un pequeño despacho.

— Señor Terral — le dijo cuando estuvieron solos — mucho celebro que hayáis venido, porque vuestros antecedentes me hacen esperar que po-

dremos entendernos. Para que veáis que desde luego me inspiráis confianza, voy á jugar limpio. Sabed que me llamo León Caminade, que he nacido en Burdeos, y que el inglés Nicholson no existe por consiguiente. El señor Anderson, que es ese que habéis visto, es un antiguo marinero que no le gustaba su oficio y se asoció conmigo. Cuando llegué á Londres me encontraba como vos sin recursos y con varios exhortos lanzados contra mí por la Prefectura de Burdeos. Resolví ganar mi vida, y concerté con mi amigo Anderson el modo de explotar la credulidad humana y la confianza francesa. Necesitábamos otro asociado, y por fin encontramos un joven bachiller, parisién, acusado de haber falsificado la firma de un pariente suyo. El se encargó de la correspondencia. Mandamos timbrar papel con el nombre de la compañía, alquilamos este entresuelo y hace dos meses que hacemos pedidos importantes á París. Nos han remitido cuanto necesitábamos; hemos vendido y hemos pagado. De modo que hoy por hoy la casa Nicholson, Anderson y compañía, está lo bastante acreditada para poder hacer un pedido que valga un millón de francos..... Hemos tenido la desgracia de que nuestro asociado se nos escapase después de habernos robado. Nos vemos, pues, en el

caso de tener que reemplazarle, porque el amigo Anderson no sabe escribir dos frases seguidas en francés; y en cuanto á mí, sé poco de eso y cometo muchas faltas de ortografía. ¿Queréis ser nuestro escribiente? Tendréis buen sueldo y parte en las ganancias, con sólo tener cuidado de engañar lo mejor posible á nuestros corresponsales de París. El negocio es cuestión de dos ó tres meses. Giran contra nosotros á noventa días fecha. De modo que dentro de tres meses llegarán las letras, que-rrán presentarlas y no nos encontrarán. Nicholson habrá muerto; Anderson habrá partido; Caminade y el ex marino serán millonarios.... y vos podéis ser tan rico como ellos.

—Me extraña la confianza que os inspiró—dijo Terral.

—Es que soy un gran fisonomista, y además conozco vuestra historia, como os he dicho.... Conque, ¿cuál es vuestra respuesta?

—Soy vuestro en cuerpo y alma — dijo Terral.

—Venga esa mano. Hacéis nuestra fortuna y la vuestra. ¿Dónde vivís ahora?

—En Soho.

—Pues es necesario que os mudéis aquí.... y ya sabéis que de la elocuencia de vuestras cartas depende que podamos repartirnos un millón de francos.

Terral salió de allí rojo, congestionado por una inmensa alegría. ¡Volvió á sonreírle la fortuna! Iba á entablar la lucha de la inteligencia contra la buena fe ó la tontería, que eran para él lo mismo.

Pagó lo que debía en el parador, para irse á vivir á las oficinas de la Compañía, como le había ordenado el socio Nicholson.

Terral estuvo haciendo todo el día proyectos, y su ardorosa cabeza parecía que iba á estallar.

Por la noche se dirigió maquinalmente al teatro, como hacía en sus buenos tiempos de París; pero la representación pasó completamente desapercibida para él, y cuando terminó y tuvo que salir del teatro, empezó á vagar por las calles, completamente embebido en sus pensamientos, perdiéndose, en fin, en el inmenso laberinto de la populosa ciudad.

Al pasar por una calleja estrecha y oscura (Terral se encontraba en Saint-Gilles), vió un hombre de atlética figura que estaba parado en un rincón. En el mismo momento, tres ó cuatro bandidos le cogieron por detrás y le echaron al suelo. Entonces se adelantó el que Terral había visto, y poniendo una rodilla sobre el pecho del joven, rodeó con sus manos de hierro el cuello de éste, dejándole muer-



to casi instantáneamente. Después entre todos le despejaron de sus ropas, dejándole completamente desnudo.

Nicholson y Anderson se sorprendieron mucho al día siguiente de ver que su nuevo socio no parecía por allí. Creyeron que los había delatado, y se echaron á temblar.

—Sin embargo—decía Caminade—sus antecedentes me inspiraban mucha confianza.

Por la noche ambos socios se tranquilizaron al saber que un francés había sido estrangulado en Saint-Gilles la noche anterior por la banda de estranguladores de que tanto se hablaba.

Caminade fué á ver el cadáver y reconoció á Terral.

—¡Ah!—dijo á su socio;—nos hemos quedado sin escribiente; pero prefiero escribir yo, aunque sea con mil faltas de ortografía, á buscar otro. Ya veis como no me equivoqué al decir que Terral era uno de los nuestros.

Aquella fué la oración fúnebre de Fernando Terral.

## XIII.

La señora Labarbade llamó aparte una mañana al médico que asistía á Antonieta.

—¿Qué me decís de la enferma, doctor?—preguntó, más bien con aire enojado que afligido.

—Que no tengo ninguna esperanza, y sólo un milagro podría salvarla.

—Pero en fin.... quisiera saber si será cuestión de mucho tiempo....

—¡Ah! ese es el secreto de la naturaleza. Lo mismo puede durar un mes, que un año, que un día.

La señora Labarbade volvió á la habitación de Antonieta con aire de mal humor. La enferma estaba extendida en un diván-cama, y miraba lo que tenía ante sus ojos con aire idiota. Su madrastra se detuvo y la contempló un momento con desdénosa piedad. Después se encogió de hombros y dijo dulcificando la voz:

—¿Qué tal, te ha dado buenas noticias el doctor?

—Sí—dijo Antonia levantando penosamente la cabeza.—Me ha dicho que pronto estaré buena.

to casi instantáneamente. Después entre todos le despejaron de sus ropas, dejándole completamente desnudo.

Nicholson y Anderson se sorprendieron mucho al día siguiente de ver que su nuevo socio no parecía por allí. Creyeron que los había delatado, y se echaron á temblar.

—Sin embargo—decía Caminade—sus antecedentes me inspiraban mucha confianza.

Por la noche ambos socios se tranquilizaron al saber que un francés había sido estrangulado en Saint-Gilles la noche anterior por la banda de estranguladores de que tanto se hablaba.

Caminade fué á ver el cadáver y reconoció á Terral.

—¡Ah!—dijo á su socio;—nos hemos quedado sin escribiente; pero prefiero escribir yo, aunque sea con mil faltas de ortografía, á buscar otro. Ya veis como no me equivoqué al decir que Terral era uno de los nuestros.

Aquella fué la oración fúnebre de Fernando Terral.

## XIII.

La señora Labarbade llamó aparte una mañana al médico que asistía á Antonieta.

—¿Qué me decís de la enferma, doctor?—preguntó, más bien con aire enojado que afligido.

—Que no tengo ninguna esperanza, y sólo un milagro podría salvarla.

—Pero en fin.... quisiera saber si será cuestión de mucho tiempo....

—¡Ah! ese es el secreto de la naturaleza. Lo mismo puede durar un mes, que un año, que un día.

La señora Labarbade volvió á la habitación de Antonieta con aire de mal humor. La enferma estaba extendida en un diván-cama, y miraba lo que tenía ante sus ojos con aire idiota. Su madrastra se detuvo y la contempló un momento con desdénosa piedad. Después se encogió de hombros y dijo dulcificando la voz:

—¿Qué tal, te ha dado buenas noticias el doctor?

—Sí—dijo Antonia levantando penosamente la cabeza.—Me ha dicho que pronto estaré buena.



—¿Que pronto estarás buena?—dijo la señora Labarbade con acento burlón.

—Yo lo deseo—continuó Antonia—y hago por mi parte todo cuanto puedo.... pero estoy tan mala.... tan mala.... Tengo tantos dolores.... Dime, ¿no han venido hoy cartas para mí?

—¿Cómo cartas? ¿qué cartas?

—No sé.... Descaría algo que me distrajera.

—¿Pues no hace poco tiempo que no viene el cartero!—murmuró entre dientes la señora Labarbade.

—¡Anais!—dijo Antonieta tratando de incorporarse.—¡Escucha, escucha!

—¿Qué es lo que quieres que escuche?

—Esa música—dijo Antonia.—Abre la ventana, que quiero oirla bien.

La señora Labarbade obedeció.

Un soplo de aire fresco entró bruscamente en la habitación de la enferma, al mismo tiempo que la alegre música de un organillo.

—¡Anais!—volvió á decir Antonia.

Y su labio superior, contraído por una sonrisa, descubrió los dientes amarillentos de aquella boca que tan linda había sido, y que estaba ahora contraída por la enfermedad.

—¿Qué quieres?—dijo la señora Labarbade.

—Escucha eso que tocan.... ¿No sabes?.... Eso que están tocando....

La joven recordaba haber oído aquella música, y era que ella misma la había cantado el año anterior, ante un público que la adoraba.

De repente Antonia se vió á sí misma con el traje que llevaba entonces, golpeando el suelo con los tacones de sus botinas y riendo cuando al dar una vuelta con rapidez la llama de las candilejas parecía querer lanzarse hacia ella para darla un beso de fuego.

¡Y ahora aquella música venía á buscarla, á dejarse oír bajo sus ventanas, recordándola un tiempo que no había de volver jamás!

—Yo he cantado eso—dijo la infeliz, volviendo sus grandes ojos hacia la señora Labarbade.—Espera, espera; voy á ver si lo recuerdo.

Hizo un terrible esfuerzo de imaginación, y su voz cascada, desgarradora, su voz que no era ya más que un ronquido, entonó los dos versos siguientes:

«Yo soy la reina de la primavera,  
Soy el amor y la esperanza.»

Pero de pronto se detuvo, haciendo vanos esfuerzos y sin conseguir recordar más....

Gruesas lágrimas acudieron á sus ojos, y un tristísimo sollozo sofocó su canción, canción que no tenía fuerza, que no era ya más que un eco, un suspiro, el hipo de una moribunda.

Entonces Antonia se dejó caer con desaliento sobre las almohadas, con la boca entreabierta, el rostro lívido y surcado por las lágrimas, y murmuró en voz baja:

—Cierra esa ventana..... ¡Entra frío!..... ¡mucho frío!

En la calle el organillo seguía dejando oír sus alegres notas.

Antonia permaneció un momento tranquila, hasta que un estremecimiento terrible recorrió todo su cuerpo y una tos cavernosa y seca la sofocó bruscamente.

—¡Ya la hemos hecho buena!—exclamó la señora Labarbade al verla así.—Con esos disparates de abrir las ventanas te vas á matar y á hacerme pasar á mí el purgatorio en vida.

Antonieta se había desmayado, y no volvió en sí hasta las seis de la tarde, quedándose después dormida.

La señora Labarbade ordenó á la doncella que cuidase de la *señora*, y pasó á su habitación para vestirse.

Á poco la vieron bajar cubierta de galas y aromatizando el aire con sus perfumes. La doncella aprovechó el verse libre, pues estaba completamente sola con la enferma, y se fué á una cita que tenía con su novio.

Hacia las ocho se despertó Antonia y miró á su alrededor. Llamó, y al ver que nadie la respondía, sintió que un miedo horrible se apoderaba de ella.

Por un momento se hizo la luz en aquel cerebro enfermo, y Antonieta se vio abandonada, moribunda y sin tener nadie en el mundo hacia quien volver los ojos. Entonces lanzó un grito, quiso incorporarse para llamar, pero le faltaron las fuerzas y volvió á caer pesadamente sobre el lecho.

Un espantoso delirio se apoderó de ella, haciéndola ponerse en pie sobre su cama y volver á caer lanzando gritos de dolor y pidiendo socorro.

Pero nadie respondía á sus voces.

El delirio duró dos horas.

Después de haberse separado de Fermín Monsechard, la señora Labarbade volvió y entró en seguida en la habitación de Antonia.

La desgraciada joven estaba tendida en su lecho, lívida y con los cabellos esparcidos por la al-



mohada. De su boca entreabierta salía un ruido extraño.

—Duerme—pensó *mamá Anaís*.

Pero Antonia no dormía.

Estaba agonizando.

Al día siguiente la encontraron muerta.

—¡Ah! ¡pobrecilla!—dijo la señora Labarbade.

—Creí que aun duraría tres días.

Una mañana el regente de la imprenta J. D. y compañía, al examinar las pruebas de su periódico, encontró el párrafo siguiente:

*La señorita Antonieta Labarbade, conocida en el teatro por la señorita Antonia, acaba de morir en esta ciudad.*

Nada más.

El regente se puso pálido, dejó caer la pluma, y salió un momento al patio de la imprenta, murmurando tristemente:

—¡Pobre Antonieta!

Al cabo de un momento se oyó una voz que decía:

—¡Señor José! ¿Habéis acabado ya de corregir?

Están esperando las pruebas.

—Ahora mismo acabo—dijo José.

Y se puso á trabajar.

José, el hermano de Victoria Hervaut, el pri-

mer amor de Antonieta, era, desde hacia un año, regente de la imprenta J. D. y compañía. Seguía siendo el joven laborioso y honrado de otro tiempo, querido de sus compañeros, caritativo con los pobres y amable y deferente con todo el mundo.

Quando José terminó su trabajo, preguntó la hora á que enterraban á Antonia.

Le dijeron que al día siguiente á las once.

El joven estuvo puntual á dicha hora, esperando á que colocaran la caja en el lujoso carro que esperaba en la calle.

La señora Labarbade bajó vestida de riguroso luto, y la escasa comitiva se puso en marcha hacia la iglesia.

Quando llegaron al cementerio, José permaneció clavado ante aquella fosa que los sepultureros iban llenando.

¡Cuántos recuerdos cubria para él aquella tierra!

—¡Más digno es ese puesto que el que la desgraciada ocupaba en el mundo!—dijo José mientras se alejaba del cementerio.

Al día siguiente le preguntaron cuando estaba en el trabajo:

—¿No conocíais á Antonia, José?

—No; respondió el joven.

BIBLIOTECA DE LA  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
MEXICO  
MEXICO

El no había conocido más que á *Antonietta*. . .

Antonia había dejado una fortuna, según de público se decía, que la señora de Labarbade realizó del mejor modo que pudo.

Se anunció por todo París la venta de los muebles y objetos pertenecientes á la señorita Antonia Labarbade. Las mujeres de mundo se disputaron las reliquias de la joven, lo cual vino en provecho de la señora Labarbade, que se encontró verdaderamente rica.

Entonces pensó casarse con Fermín Mansechard, pero el fotógrafo había puesto ahora su cariño en una amazona del circo ecuestre.

La señora Labarbade, después de recibir este desengaño, juzgó oportuno retirarse á provincias, donde se hizo pasar por la viuda de un rico comerciante, y allí sería la mujer más feliz de la tierra si el joven Adolfo no turbase de cuando en cuando su dicha pidiéndola dinero.

## EL COSMOS EDITORIA

ARCO DE SANTA MARÍA, 4.

Obras que son propiedad de la Casa y que se hallan de venta en las principales librerías.

### LITERATURA.

	Pesetas.	
<b>Arambilet.</b> — <i>Agnés</i> .....	1	
<b>Barbey d'Aurevilly.</b> — <i>Lo que no muere</i> .—Versión española de Ricardo Pérez.....	2,50	
<b>Belot.</b> — <i>Loca de amor</i> .—Traducción de J. de La Cerda.....	2,50	1,50
<b>Belot.</b> — <i>La culebra</i> (continuación de <i>Loca de amor</i> ). Versión castellana de J. de La Cerda...	2,50	2
<b>Belot.</b> — <i>Las corbatas blancas</i> .—Traducción de Angel de Luque.....	2,50	1
<b>Belot.</b> — <i>La explotación del secreto</i> (segunda parte de <i>Las corbatas blancas</i> ).—Traducción de Pedro Nagre.....	2,50	
<b>Belot.</b> — <i>La pecadora</i> .—Traduc. de P. San Román.	2,50	1,50
<b>Belot.</b> — <i>Una luna de miel en Monte Carlo</i> .....	3	1,50
<b>Bouvier.</b> — <i>Las Borgoñas del día</i> (novela). Versión española de Angel Luque.—Dos tomos.....	5	5
<b>Cañizo.</b> — <i>Justicia y Providencia</i> (novela).....	2,50	
<b>Claretie.</b> — <i>Juan Mocas</i> (novela).—Un tomo...	2,50	2,50
<b>Claretie.</b> — <i>Noris</i> (novela).—Un tomo.....	2,50	2,50
<b>Claretie.</b> — <i>La fugitiva</i> .....	3	2,50
<b>Claretie.</b> — <i>La querida, seguida de Carlos y Cornelio</i> . Traducción de Angel de Luque: dos tomos.	5	50
<b>Claretie.</b> — <i>El Señor Ministro</i> .—Dos tomos.....	5	
<b>Claretie.</b> — <i>Santiaguito</i> .—Versión castellana de C. Vidal.....	2,50	
<b>Claretie.</b> — <i>Un diputado republicano</i> .....	2,50	
<b>Cubas.</b> — <i>El ángel del presidio</i> (novela).....	1,50	6
<b>Cubas.</b> — <i>El panal de miel</i> (novela).....	2,50	
<b>Cubas.</b> — <i>La mortaja de limosna</i> (novela).....	1,50	5
<b>Cuentos escogidos</b> de los mejores autores, tales		





	Poesías
como Balzac, Hoffman, Ereckman-Chatrion y otros. Un tomo.....	2,50
<b>Delpit.</b> — <i>Las regresadas de la vida</i> (novela), traducción de Miguel Bala.—Madrid.....	2,50
<b>Dickens.</b> — <i>Días penosos</i> (novela). Versión española del licenciado Barbadillo.—Un tomo.....	2,50
<b>Dumas.</b> — <i>Paulina</i> . Pascual Bruno.—Traducción de D. E. de O.....	3
<b>Eça de Queiros.</b> — <i>El primo Basilio</i> (novela).—Dos tomos.....	5
<b>Edmond.</b> — <i>La leñadora</i> . Versión española de Miguel Bala.....	2,50
<b>Enault.</b> — <i>Gabriela de Célestange</i> (novela). Versión española de Angel Luque.....	2,50
<b>Ennery.</b> — <i>El Príncipe de Moria</i> , traducida por Ricardo Hinojosa.....	2,50
<b>Fenillet.</b> — <i>La muerte</i> .—Traducción de Carlos Frontaura y Carlos Ochoa.—(Segunda edición)...	3
<b>Fenillet.</b> — <i>Los amores de Felipe</i> .—Traducción de Miguel Bala.....	2,50
<b>Fenillet.</b> — <i>En matrimonio en la aristocracia</i> .—Traducción de Miguel Bala.....	2,50
<b>Fenillet.</b> — <i>El conde Luis de Camors</i> .—Traducción de F. Norberto Castilla.....	2,50
<b>Fenillet.</b> — <i>La novela de un joven pobre</i> .—Un tomo.....	2,50
<b>Fenillet.</b> — <i>El Viajero</i> .....	3
<b>Fortunio.</b> — <i>La Virgen de Belem</i> (novela). Versión española de Carlos B. Figueredo.....	2,50
<b>Gaboriau.</b> — <i>Matrimonios de aventura</i> .....	2,50
<b>Gaboriau.</b> — <i>Los Hombres de paja</i> .....	2,50
<b>Gaboriau.</b> — <i>El dinero de los otros</i> (continuación de <i>Los hombres de paja</i> ).....	2,50
<b>Galería de desgraciados</b> (poesías), escrita por una colección de distinguidos escritores y escritoras, é ilustrada con grabados.....	1
<b>Gautier.</b> — <i>Fortunio y la muerte enamorada</i> (novelas), traducidas por un Aprendiz de estilista....	2,50
<b>Gautier.</b> — <i>Novelas cortas</i> .....	2,50
<b>Houssaye.</b> — <i>La Comedianta</i> (novela). Versión española de un Redactor de El Cosmos.....	2,50
<b>Jorge Sand.</b> — <i>El Castillo de Flamaraude</i> .....	2,50
<b>Jorge Sand.</b> — <i>Las Dos Hermanas</i> .....	2,50
<b>Julio Simón.</b> — <i>Dios, Patria y Libertad</i> .....	5

	Poesías
<b>La Cerda.</b> — <i>El gran problema</i> (novela).....	2,50
<b>La Cerda.</b> — <i>La tela de araña</i> .....	1
<b>Mahalin.</b> — <i>La bella horchatera</i> .—Dos tomos....	5
<b>Malot.</b> — <i>Zyta la saltimbanquis</i> . Versión española de Angel de Luque.....	2,50
<b>Musset.</b> — <i>La confesión de un hijo del siglo</i> .—Versión española de Ricardo Gil.....	2,50
<b>Onhet.</b> — <i>El gran Murgal</i> . Traducción de J. de La Cerda.—(Segunda edición).....	3
<b>Onhet.</b> — <i>Las Señoras de Croix-Mort</i> .—Traducción de D. Carlos de Ochoa.—(Segunda edición).....	3
<b>Onhet.</b> — <i>Lise Fleuron</i> (novela). Traducida por José de Olave.....	2,50
<b>Onhet.</b> — <i>Sergio Panlus</i> .....	3
<b>Onhet.</b> — <i>La Perreña de Pont-Avesnes</i> .....	3
<b>Onhet.</b> — <i>Negro y rosa</i> .—Versión castellana de Carlos Ochoa.....	3
<b>Ortega Munilla.</b> — <i>Orgía de hambre</i> (novela y cuentos).....	2,50
<b>Ossorio y Bernard.</b> — <i>Cuadros de género trazados á pluma</i> .....	2
<b>Ossorio y Bernard.</b> — <i>Romances de ciego</i> (poesías).....	1
<b>Ossorio y Bernard.</b> — <i>Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol</i> .....	2
<b>Rivière.</b> — <i>El combate de la vida</i> .—3 tomos. Versión española de P. Sañudo Autrán.....	7,50
<b>Soles Eguilaz.</b> — <i>En el quinto cielo</i> (novela).....	2,50
<b>Trusba.</b> — <i>El gabán y la chaqueta</i> (novela).—Dos tomos.....	5
<b>Ulbach.</b> — <i>El suplicio de un padre</i> , traducida por Carlos Nesgra.—Madrid. (Segunda edición).....	2,50
<b>Vascano.</b> — <i>Javier Malo</i> (novela).....	2,50
<b>Wilkie Collins.</b> — <i>¿Señorita ó señora?</i> .....	2,50
<b>X<sup>ooo</sup>.</b> — <i>Al lado de la dicha</i> (novela).—Versión española de E. Nesgra.....	2,50
<b>Zaccone.</b> — <i>Los dramas de la Bolsa</i> (novela). Versión castellana de D. <sup>a</sup> Faustina Sáez de Melgar....	2,50
<b>Zola.</b> — <i>Germinal</i> (novela). Versión española de Angel de Luque.—Dos tomos en 8. <sup>o</sup> mayor de más de 500 páginas cada uno. (Segunda edición).....	6
<b>Zola.</b> — <i>Su Excelencia Eugenio Rouyon</i> .—Traducción de J. de La Cerda: dos tomos.....	5

	<u>Pesetas.</u>
Zola.— <i>El vientre de París</i> .—Versión castellana de D. Enrique Meric; dos tomos.....	5
Zola.— <i>La confesión de Claudio</i> .—Versión castellana de Angel de Linque.....	3
Zola.— <i>La fortuna de los Rougon</i> .—Versión castellana de J. de La Cerda; dos tomos.....	5
Zola.— <i>La Conquista de Plassans</i> .—Versión castellana de J. de La Cerda: 2 tomos.....	5
Zola.— <i>Nana</i> .....	3
Zola.— <i>Thérèse Raquin</i> .....	3
Zola.— <i>La Roba</i> .....	3
Zola.— <i>A la dicha de las damas</i> .....	3
Zola.— <i>Ancón Micautín</i> .....	3
Zola.— <i>Cuentos á Ninón</i> .....	3

Los pedidos de todas estas obras se dirigirán al Administrador de EL COSMOS EDITORIAL (Arco de Santa María, 4, Madrid), acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.





ADAMSONIAN  
ONE

TE